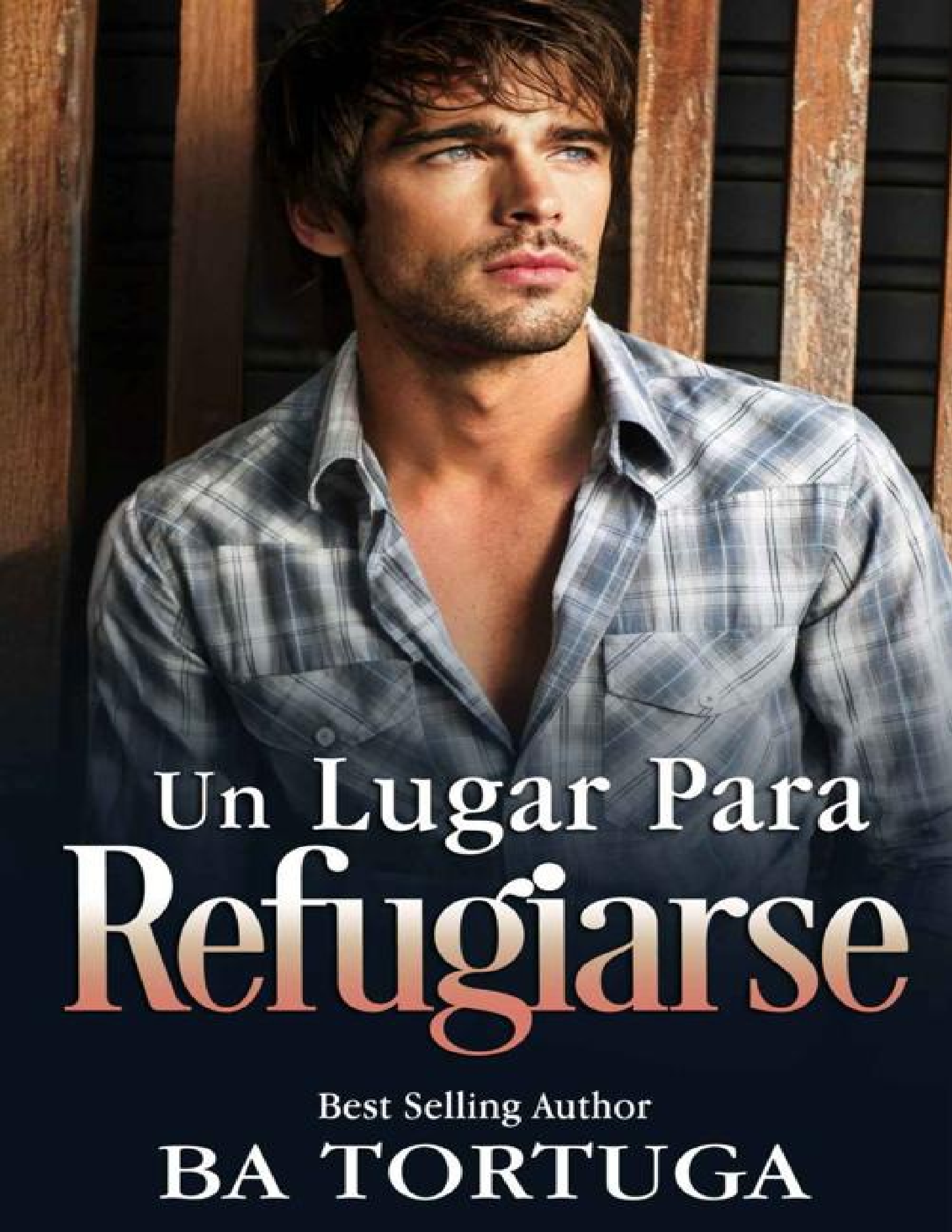




Un Lugar Para
Refugiarse

Best Selling Author

BA TORTUGA

ÚN LUGAR PARA REFUGIARSE

BA TORTUGA

TRADUCIDO POR
TANIA DARDÓN

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares, organizaciones o personas reales —vivas o muertas— es mera coincidencia.

Un lugar para refugiarse

Copyright © 2024 BA Tortuga

Traducción: Tania Dardón

Diseño de portada: AJ Corza

ISBN: 978-1-953438-92-8

Título original: *Soft Place to Fall*

Copyright © 2019 BA Tortuga

Publicado con autorización

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser usada o reproducida de ninguna manera sin autorización escrita, salvo en el caso de citas breves incluidas en artículos críticos o reseñas.

ÍNDICE

[Un lugar para refugiarse](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Postfacio](#)

[Acerca de BA](#)

UN LUGAR PARA REFUGIARSE

Stetson Major y Curtis no podrían ser vaqueros tan opuestos. Stetson es un ranchero, atado a la tierra que ama en Taos, Nuevo México, mientras que Curtis, es un vaquero de rodeo cuya búsqueda de adrenalina nunca podría ser domada.

Pero ahora la mamá de Stetson está muriendo por Alzheimer y no puede recordar que Curtis dejó de ser el novio de su hijo hace mucho tiempo. Su ausencia la hace llorar, así que Stetson se traga el orgullo y llama a su exnovio.

Para Curtis, Stetson es el hombre al que dejó ir, el amor de su vida. Y doña Betty es su amiga, así que él está feliz de poder ayudar. Sin embargo, volver al rancho alborota todo tipo de sentimientos que, aunque enterrados, nunca desaparecieron. Aun así, las Nacionales del rodeo están acercándose y Curtis no puede quedarse, incluso si comienza a querer hacerlo, especialmente para apoyar a Stetson cuando más lo necesita.

Stetson y Curtis quieren encontrar un lugar donde ambos encajen, ofrecerse como refugio al otro si uno de ellos lo necesita. Pero la familia, los problemas de dinero y el llamado del circuito del rodeo podrían terminar con la segunda oportunidad de su historia de amor antes de que siquiera pueda comenzar.

Para mi chica, por traerme de vuelta a casa.

Muchas gracias a mi agente, Sartiza Hernández, por su fe en este proyecto, y a mis dos J, por su honestidad. Este libro no habría sucedido sin todos ustedes.

CAPÍTULO ÚNO

«Por favor, Dios». Rezó Stetson. «Por favor que conteste el teléfono. Solo esta vez, deja que me ponga en primer lugar y que conteste el puto teléfono». Levantó la vista al brillante cielo azul de Santa Fe, rezando en su dirección como lo hacía desde hacía años. «Perdona mi francés, Dios. Estoy un poco estresado, pero necesito esto. Necesito esto más de lo que alguna vez he deseado algo».

Stetson dudaba que eso fuera verdad si lo pensaba durante un largo tiempo, pero no tenía la intención de pensar en ello. Diablos, él solo quería sobrevivir a esta llamada.

Encendió su Marlboro, tomó una profunda, profunda calada mientras escuchaba el teléfono timbrar a la vez que observaba al personal de enfermería y a la gente ir y venir del gran edificio de adobe que se veía exactamente igual que todos los otros grandes edificios de adobe que albergaban a médicos, personal de enfermería y personas enfermas de toda la ciudad.

Uno no se imaginaría cuántas enfermeras y enfermeros fumaban, pero vaya que lo hacían. Él había fumado con todo el personal de este edificio.

—¿Bueno? —La suave y cantada voz texana siempre sorprendía a Stetson. Los vaqueros de rodeo debieran sonar como campesinos sin educación. Diablos, eran hermosos e irresistibles, deberían abrir sus bocas y ser estúpidos.

Le tomó un segundo hablar porque no podía creer que Curtis hubiera contestado.

—¿Bueno?

—Eh. Perdón. Lo siento, es Stetson. Stetson Major. —«¿Me recuerdas? ¿El chico al que dejaste atrás hace ocho años?».

—No inventes —la cruda sorpresa casi lo hizo sonreír—. Tienes número nuevo, pero vi el cinco-cero-cinco y me preocupó que algo hubiera pasado.

—Sí. Ha pasado mucho tiempo. —«Una eternidad»—. ¿Cómo has estado?

Stetson sabía la respuesta a eso. Estaba al tanto de Curtis Traynor por las noticias, las revistas de rodeo y veía cada evento en la tele. Era como echarle sal a la herida. Aun así, preguntó. Era cortés y evitaba que quedara como un cretino gigante.

—Muy bien, hombre. ¿Qué pasa? Tiene que ser serio para ti si me estás llamando. —Curtis simplemente no tenía paciencia para las tonterías, nunca la había tenido.

—Necesito pedirte un favor. No lo haría si no fuera importante. —Diablos, ¿cuántas veces había querido tomar el teléfono solo para pedir sexo? Solo para suplicar por media hora de contacto.

No lo había hecho. Ni una sola vez. Esto era diferente.

—Échale. Veré qué puedo hacer, sea lo que sea —Stetson escuchó el pensamiento tácito de que «sea lo que sea» podría ser nada.

—Es mi amá. —De pronto no podía hablar; las palabras atascadas en su garganta como si fueran polenta rancia.

—¿Qué tiene? —la voz de Curtis cambió por completo, su preocupación inmediata y jodidamente gratificante. Siempre había amado a su amá y el Señor sabía que ella amaba a Curtis como a su vida.

—Alzheimer. —Hacía tres años la había encontrado en las caballerizas, asustada y en lágrimas. Ahora estaba en un centro y... «Dios, tienes que concentrarte, hombre. Habla con Curtis antes de que cuelgue».

—Ah, mierda, Stetson. Lo siento mucho. ¿Qué... qué tan malo es?

—Es malo. Ella no tiene... O sea... Mierda. Mira, ella quiere verte. Quiere saber por qué no has venido a verla.

—Ay, Dios. —Curtis dejó de hablar por un momento y Stetson sintió la aterradora preocupación de que hubiera perdido la conexión y que no fuera capaz de recuperarla—. ¿Quieres decir que no recuerda que nos separamos?

—No. No, ella... bueno, tú sabes que siempre te quiso. —A veces pensaba que a su mamá le agradaba Curtis y su forma de ser muchísimo más de lo que le agradaba él. Mierda. Lo sabía. Stetson era demasiado parecido a su abuelito, un simple vaquero viejo atado a la tierra. Su amá anhelaba la carretera y había perdido la oportunidad de ello cuando perdió a su apá.

—Siempre fue buena conmigo, eso es seguro —Curtis hizo una pausa larga—. ¿Qué necesitas?

—Cada día que pregunta por ti es un día que llora. ¿Puedes venir a verla solo una vez, por favor? ¿Solo un día? —¿Solo para que no tuviera que escucharla llorar por un maldito día?

—Mierda, Stetson. Por supuesto que puedo. —De la nada, oyó el murmullo de personas hablando, muchas—. Mira, estaba de camino a Dallas por The Stampede, pero en este momento estoy en el aeropuerto de Denver. Puedo estar ahí en ocho horas.

—Odio pedir, pero —«No lo suficiente para no hacerlo, ¿verdad?»— gracias. Estamos en Santa Fe. —Ocho horas serían demasiado tarde para su amá, no obstante, si Curtis pudiera quedarse solo para una visita en la mañana, entonces él podría pagarle al hombre el vuelo a Dallas unas horas después.

—Uy, diablos, si no estás en Taos, será más rápido para mí volar a Albuquerque y rentar una camioneta. Te escribo cuando tenga un vuelo.

—Lo aprecio. Te lo... te lo pagaré. —Vendería el último par de caballos de corte si tenía que hacerlo.

—Por mis huevos que no. Esto es por tu mamá —resopló Curtis—. La amo más que a mis botas Lucchese. ¿Este es tu número ahora? ¿Puedo mandarte mensajes a este?

—Sí. Aquí estaré. Gracias otra vez. Te debo una.

—¿Me envías la dirección? ¿Estás en un hotel? —Stetson podía oír a más gente hablando, podía oír a Curtis murmurarle a alguien que sonaba muy educado. ¿Un empleado de mostrador?

—Tengo un tráiler aquí. Pero te conseguiré una habitación en un hotel. Algo decente.

—Yo puedo hacer eso, hombre. Tú solo aguanta. —Curtis se escuchaba como siempre lo hizo: capaz y a cargo. Despertó un dolor profundo en la boca del estómago ranchero, y vaya si aquello no hizo que se enojara.

—Te veo pronto. —Terminó la llamada antes de que pudiera gruñir, porque Dios sabía que Curtis estaba haciéndole un favor. Se quedó parado allí, mirando fijamente su cigarro, que se había consumido hasta el filtro. Maldición.

Fue a sentarse a una de las bancas afuera de las puertas principales, el viento lo hizo temblar.

Dios, le dolía la cabeza. Pero podría volver a entrar en un rato para decirle a su mamá que Curtis venía en camino.

—Hola, Stetson. —Mariposa se sentó junto a él, le tendió un vaso de café. La pijama quirúrgica de hoy era de Scooby-Doo, y la mujer tenía que estar congelándose, mas no parecía sentir frío.

—Hola, señorita. ¿Cómo estás el día de hoy?

—Bien. Cansada. Mi hija más pequeña tiene resfriado. ¿Cómo estás tú? ¿Estás aguantando?

—Lo haré. —Aunque en realidad pensaba que podría ser mejor morir—. Logré contactar a mi ex. Va a llegar esta noche.

—¿Por el que Mamá Major está tan preocupada? —Ante su afirmación con la cabeza, Mariposa le dio unas palmaditas en su mano—. Bien por ti. Eres un buen hijo.

Un buen hijo no la dejaría en este lugar para que muriera, pero no había encontrado otra respuesta. Había provocado incendios y terminaba arrinconada en los rincones de las caballerizas con los caballos, completamente desnuda y delirando. Stetson había tenido que hacer algo. El rancho era peligroso.

—Lo intento. Odio esto. —Él solo quería a su mamá de vuelta. Ni siquiera era tan mayor, carajo. Aparición temprana, fase media tardía cuando fue diagnosticada. Ahora estaba cayendo en picada a la fase final y estaba declinando rápido.

No era justo. Era la mujer más fuerte que había conocido en su vida.

Y todo lo que ella quería era ver al hijo de perra que le había roto el puto corazón a Stetson y dejado solo con un rancho de ciento veintidós hectáreas.

—Lo sé. Te diría que todo se pondrá mejor, pero no lo hará. Sin embargo, se acabará pronto.

—Gracias, cielo. —El corazón le dolía y el trasero lo traía helado—. Supongo que debería decirle, ¿eh?

—Claro. Le va a alegrar. Tómate el café antes de que se enfríe. Te traje del bueno.

—Oh. ¿Jarabe de avellana? —Ella era buena con su amá también. Mari simplemente era una buena mujer.

—Ya te la sabes. —Se inclinó contra él y le sonrió—. Vas a aguantar, vaquero.

—Eso espero. La amo demasiado.

—Bien. Las mamás se lo merecen, ¿no?

—Sí. —Él esbozó una sonrisa ante eso porque su amá diría lo mismo—. Hay que recordar quién se orina cuando estornuda por tu culpa, ¿verdad?

—Lo sabes, vaquero. —Le guiñó un ojo, uno de esos cálidos y gentiles ojos oscuros.

—Okay, señorita. —Sabía que no podía echarse otra fumada. Su amá lo olería—. Te veo después.

—Andaré por ahí como en unos veinte.

Stetson se dirigió al interior, asintiéndole a... mierda, a todos. Conocía a cada puta persona que trabajaba aquí. Odiaba esto. El mejor lugar que podía permitirse seguía teniendo el rancio olor a orina y desesperanza aunado a un aura de tristeza entre todas las familias que veía entrar y salir.

Abrió la puerta y encontró a su amá sentada ahí con lágrimas en las mejillas.

—Ey, mujer. ¿Qué pasa?

—No has venido a verme en dos días.

—Te ayudé a comer hace como media hora.

Ella sacudió su cabeza.

—Yo sé la verdad. Te extrañé.

—Llamé a Curtis. Viene en camino. —Stetson esperaba que eso la complaciera. Él no había pedido favores así hacía mucho, mucho tiempo, y le quemaba que el primero con el que lo hizo fuera Curtis.

Su amá se iluminó de inmediato, dando aplausos.

—Debería hacerme el cabello.

—Puedo llamar a la señorita Sophia para que venga y te lo haga. —Ella le había hecho el cabello un montón de veces desde que su mamá había sido trasladada aquí.

—Gracias. —Le dio una sonrisa que solo tembló muy poquito—. Me agrada Curtis.

—Lo sé. Él te ama muchísimo. No puede esperar a verte.

—¿Le está yendo bien este año? —Se veía más luminosa, más participativa.

—Así es. Es el favorito para el *all-around*. —Eso no lo tuvo que inventar. Curtis era el mejor en el mundo. Tanto con silla como sin ella y en toro. Tres veces. Un vaquero exitoso a la caza del título número tres.

Ahora que Stetson no era un niño herido, lo entendía. No había forma de que pudiera competir con el dinero, los patrocinadores y las luces. Él solo era un vaquero en quiebra ganándose la vida en el ruedo del desierto. Sin embargo, en ese entonces, él se había creído lo mejor y que valía el renunciar a todo eso.

Ahora, saber todo eso no importaba en lo más puto mínimo.

—¡Qué bien por él! —El rostro de su mamá se arrugó un poco, y por un horrible momento, pensó que ella estaba recordando la verdad de las cosas. Luego, se animó enseguida y le sonrió—. ¿Me puedo hacer el cabello, hijo? ¿Y puedes pedir enchiladas para cenar?

—Lo que tú quieras, amá.

—¿Vas a comer conmigo? A veces me entra la confusión, pero es mejor cuando estás aquí.

Iba a gritar. A llorar. A derrumbarse. Stetson se sentía de esa forma al menos quince veces al día. En su lugar, sonrió. Él era un vaquero, maldita sea. Le debía esto. Le debía su vida—. Solo si no te importa que yo cene tacos.

—Mi bebé amante de los tacos.

—Una bendición en la palma de la mano. —Dios, los estados de ánimo de la mujer se movía como un portón oxidado.

—Pero no de ensalada.

—Dios, no. Déjale eso a los texanos. —Algunas cosas no pertenecían en los tacos. Tal vez en una tostada. Pero en los tacos no tanto.

Ella se rio, de pronto se oía joven, como la recordaba cuando él era un niño y ella era simplemente mágica. El ranchero se le unió con una sonrisa y tomó su mano cuando la mujer se estiró por él.

—Ay, extraño esos días —dijo ella, como si supiera lo que él estaba pensando—. Tenías este gallo en la cabeza.

—Seguro que todavía lo tengo. Para eso es el sombrero, ¿cierto?

—Sí. Tú papá siempre decía eso. —La cara de su amá se arrugó, sin embargo, nunca se olvidaba de su apá. Gracias a Dios.

—Lo decía y también hacía esto. —Se alborotó su pelo, despeinándolo.

Su amá dejó salir un gritito.

—Oh, sí. Te pareces tanto a él.

—Pobre de mí. —Ella siempre había sido la guapa. Ella y su apá habían sido de pelo oscuro como él, pero ella tenía piel oscura, exótico le llamaban cuando se trataba de una mujer. Apañonado si era un hombre. Stetson se parecía a su apá, menos redondo, más angular. Con

menos rasgos indígenas, más como de un vaquero cualquiera. Su mamá estaba en sus ojos, los cuales eran negros como los de un pájaro.

—Ay, calla. Tu papi era lo más hermoso que alguna vez vi.

—Bueno, me veo como él, punto final. —Su mamá siempre había dicho eso. Stetson era el niño de papi, de la cabeza a los pies.

—Tienes mi nariz. —Ella lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Hay gelatina?

—Puedo traerte un poco. Espérame. —Dos cosas que ella quería que él podía conseguir. Hurra.

—Gracias, mi vida. —Se escuchaba cansada ahora y Stetson sabía que cuando regresara ella estaría dormida.

Aun así, tal vez recordaría que Curtis estaba de camino. Tal vez ya no lloraría. Tal vez esto mejoraría las cosas.

Se detuvo justo afuera de la puerta, jaló aire como un marihuano en un concierto de Grateful Dead, porque era eso o alzar su cabeza al cielo y aullar.

Cada vez que él pensaba que había alcanzado el límite de lo que podría hacer, probaba que estaba equivocado. Cada vez. Él había hecho todo esto. Podía manejar ver al amor de su vida otra vez.

Podía por su mamá.

CAPÍTULO DOS

Santa Fe siempre ponía de buenas a Curtis. La ciudad tenía una vibra, toda colores y casi extranjera, como si no perteneciera a los Estados Unidos en absoluto. También le encantaba el rodeo de allí. Era pequeño, con un ruedo que era tal vez el cuarto del tamaño de los espectáculos grandes, pero el premio juntaba casi un millón de dólares en total y cada puto vaquero en la tierra quería ganárselo. Era en serio increíble.

¿Venir para ver a doña Betty porque estaba muy enferma? No tan increíble.

¿Saber que Stetson Major solo se había dignado a llamarlo después de tanto tiempo porque necesitaba que Curtis fingiera que la realidad no era que no se habían visto en casi una maldita década? Hombre, eso sí que calaba.

El viaje desde Albuquerque tenía una belleza pura con nieve en el suelo, para lo cual era prematuro, pensó. Por lo general, la nieve llegaba el Día de Acción de Gracias.

Estaba oscuro para cuando él encontró el geriátrico y un lugar en el estacionamiento. Inspiró y el frío lo golpeó en los pulmones, hizo que tosiera por un momento. Señor, y Curtis pensaba que Denver era seco. Esto estaba amenazando con matar los vellos de su nariz por completo.

Encorvó los hombros, preparándose para el olor a antiséptico y la tristeza general del lugar. Pero él haría todo por doña Betty. De verdad que lo haría. Por eso había venido corriendo cuando Stetson llamó.

Justo afuera de las puertas, había un sombrero de vaquero unido a unas piernas largas y un par de botas de trabajo, con un hoyo en la parte inferior lo suficientemente grande como para ver a través de él. La cara no era visible, pero no importaba. Reconocería a Stetson Major desde el otro lado de un estado de fútbol sin un Jumbrotrón. Ese bastardo lacónico tenía el vientre mejor hecho en todo el universo, y Curtis trabajaba con hombres que hacían miles de abdominales al día.

Alguien estaba tomándose descansos para fumar cuando se suponía que había dejado el hábito quizás hacía nueve años atrás.

Curtis se acercó y pisó una de las botas.

El ala del sombrero se elevó y ahí estaba, cara a cara con aquel que dejó ir, esos ojos marrón oscuro lucían... bueno, tan cansados e infelices como nunca los había visto.

—Viniste. Va a estar encantada —murmuró Stetson.

—Mierda, eso espero. —Curtis estudió las líneas en la cara del hombre como si fueran un mapa que lo conduciría a entender cómo es que la habían cagado tan cabrón—. Te ves del nabo.

—Lo intento. —Stetson miró el cigarro que estaba consumido hasta el filtro, lo pisó, luego lo lanzó—. ¿Estás listo para verla? Se arregló el cabello para ti.

—Lo estoy. Si todavía está despierta. Estoy aquí para lo que sea que necesites que haga.

—Gracias. Ella piensa que todavía somos algo. Si pregunta por mi apá, solo ignóralo. Discutir no va con esto.

Stetson lo condujo al interior del geriátrico, el cual era mejor de lo que había esperado, en serio, y lo llevó hacia el laberinto de pasillos.

—Lo siento, hombre. Ella siempre ha sido todo un roble. —El vaquero no la quería ver enferma, frágil.

Stetson miró hacia él, asintió con la cabeza y le mostró una expresión que hablaba de arrepentimientos. Curtis quería alcanzar su mano, pero ya no tenía el derecho de hacer eso. No lo había tenido desde hacía mucho tiempo. Esto no se trataba de ellos y no había ningún puto «ellos», ¿o sí?

No lo había habido.

De lo que hubo no quedaba ni la brasa. Ni siquiera eran amigos. Stetson había querido a un amo de casa que moviera el ganado a través de los altos matorrales del desierto, y Curtis había querido un compañero de viaje. Ninguno de los dos había conseguido lo que querían.

Coño, en realidad ninguno de los dos había querido ni una sola cosa de lo que podrían haber tenido con alguien. Ninguno había estado listo para poner de su parte.

Respiró hondo cuando hicieron una pausa afuera de la habitación con un apellido escrito en Sharpie negro sobre una placa. «Major». Esto era real entonces.

—Está bien. —Stetson abrió la puerta y asomó la cabeza—. ¿Amá? Ma' Curtis vino a verte.

—¿Curtis? ¡Mete ese culo aquí!

Se oía tan normal, pero el *shock* lo abofeteó en la cara cuando la vio. No podía pesar más que un pájaro y su rostro poseía profundas líneas talladas en él.

—¡Curtis! ¿Por qué no has venido a verme? Sé que Stetson te ha extrañado como a un diente caído. Todavía un hombre de rodeo, siempre en la carretera. Me recuerdas a mi esposo, siempre corriendo tras algo. ¿Ya lo conociste?

—Sí, señora. —Él esperaba que eso sirviera como una respuesta para cualquier cosa. Avanzó hacia la cama para que pudiera darle un beso en la mejilla—. Y por supuesto que también la extrañé.

—Tan lindo, muchacho dulce. Es bueno verte.

El vaquero sonrió por ella, incluso si tensaba sus mejillas. Uno no se iba al infierno por este tipo de mentiras, ¿verdad?

—Ese sí que es un lindo camisón.

—Gracias. Odio que tengas que verme en cama. Pronto me regreso a mi casa. Stetson lo prometió. Solo estaré aquí un poco más. Tengo que recuperar mi fuerza, ¿sabes?

—Así es. Muy pronto te tendrán levantando pesas y corriendo la manzana. —Dios, sus mejillas se habían hundido, los pequeños toques de rubor y labial brillaban demasiado contra su pálida piel. ¿Dónde estaba la mujer bronceada que había conocido tan bien, la sana y fuerte que traía en friega a un rancho llenos de hombres?

Él seguía mirando a Stetson, pero el hombre bien podría haber sido una columna de sal, parado tan inmóvil y en silencio. Ese rostro parecía tallado en un bloque de granito. Inexpresivo. «Jesús».

Se sentó a un lado de Betty y tomó su mano.

—¿Le platico todo acerca de mi temporada?

—Por favor. Quiero escuchar todo. Todo sobre tu vida. Sabía que Stetson terminaría con un hombre de rodeo. Era inevitable, nació para eso. Lo único que sacó de mí.

Curtis le lanzó una mirada al susodicho de nuevo. Alguna vez atrás los dos se habrían reído

de algo como eso. Ahora, no parecía ser tan gracioso.

—Lo sabe. Los chicos de circuito somos irresistibles.

—Sí, sí. Los amigos más libres y fáciles que podrías tener. —Betty comenzó a parpadear más lento, a lo mejor le estaba entrando el sueño—. Cuéntame todo, Curtis.

El vaquero comenzó a contarle historias, con la esperanza de que ella no recordara en qué temporada había estado él cuando lo vio por última vez. Pensó que a lo mejor ella solo quería oír su voz.

En diez minutos se quedó dormida y Stetson se acercó para bajar la parte superior de la cama antes de atenuar las luces, luego besó su mejilla.

—Buenas noches, amá.

Curtis soltó la mano de Betty con gentileza y esperó por Stetson, sin saber qué decir o hacer. No se le ocurría algo peor que pudiera sucederle a alguien como a doña Betty, y ella era el pilar de la vida de su hijo.

El rancho fue a la puerta y esperó a que saliera, luego la cerró.

—Gracias por venir. Ha estado preguntando por ti hace siglos.

—No hay de qué. Puedo quedarme unos días. Solo necesito saber su itinerario, quizás saber qué notar en caso de que la esté alterando. —Le carcomían las ganas de tocar a Stetson, consolar al hombre con el que había pasado tantísimo tiempo, al que alguna vez había conocido tan bien. Sin embargo, no le correspondía. Esto no era real, excepto por el hecho de que una buena mujer estaba muriendo demasiado joven.

—¿De veras? Ella va y viene muy seguido, pero te recibiría cuando vinieras. —El rancho le asintió a una enfermera, la cual le ofreció una sonrisa.

—Nos vemos mañana, Stetson.

—Sí, señora. —Este inclinó su sombrero en dirección de la pequeña enferma latina—. Que pases buena noche.

Ambos hombres caminaron a la salida y Stetson sacó un paquete de cigarros.

—Pensé que lo habías dejado —murmuró Curtis.

—Lo hice. —El rancho encendió un cigarro y tomó una profunda calada. El hombre tenía un bigote ahora, una barba incipiente de uno o dos días—. Deja que te consiga una habitación de hotel y luego te alimentaré.

—Eso suena bien. Revisé tres lugares, pero me dieron mi vuelo tan rápido que ni tiempo tuve de reservar algo.

—Hay uno bueno con cocinetas y eso que queda cerca. —Stetson sacó su teléfono y en un tris tras, Curtis tenía una habitación—. La tienes durante todo el tiempo que necesites. Te envíe por mensaje la confirmación.

—Gracias. —El vaquero se rio entre dientes—. Comer y dormir son importantes.

—Vamos. Hay una cenaduría a la vuelta de la esquina. ¿Me sigues?

—Claro. —Quería zangolotear a Stetson, decirle que sonriera, pero Curtis solo ondeó su mano, dirigiéndose a la camioneta rentada. No le correspondía y no era nada justo que quisiera algo para él y no para el rancho.

Stetson se subió a una troca oscura y Curtis negó con la cabeza. El rancho se movía como un anciano. No lo era. Apenas iba a cumplir veintinueve, pero él suponía que eso no importaba. Cosas como estas envejecían a un hombre.

El vaquero encendió la camioneta y esperó a que Stetson liderara el camino antes de moverse hacia el ligero tráfico. Santa Fe era pequeña para ser una ciudad capital.

La cenaduría era diminuta —apenas un agujero en la pared al que nunca iría por cuenta

propia—, pero Stetson se estacionó y se dirigió hacia la puerta como si el camino estuviera grabado en sus músculos.

El lugar olía al paraíso. Carne roja y tocino, chile y pan. De acuerdo, Curtis podría ir con la corriente de algo tan rico como esto sin importar cómo luciera por fuera. Se acomodó en una cabina de cara al rancho y se quitó el sombrero.

—Stetson, corazón. ¿Cómo está tu mamá? —Lo que tenía la mesera de redonda lo tenía de alta, su larga trenza negra brillaba bajo la luz artificial.

—Tiene sus días malos y sus días buenos. Café y lo que sea que este agropecuario quiera.

El vaquero le sonrió a la dama, en cuyo gafete se leía «Minnie».

—Café por favor, señora.

—Enseguida. —Ella estiró su mano y le dio un apretón al hombro de Stetson.

El hombre yacía sentado ahí, viéndolo, mirándolo fijamente como si Curtis fuera un espejismo o algo. El silencio se estiró hasta que pensó que podría reventarse, el rancho apenas parpadeaba.

—Oye —dijo el vaquero al fin—. Me alegra que llamas.

—Mentiroso. Aprecio que vinieras. Mi amá necesitaba verte. Le encantó.

«¿Qué hay de ti, Stetson? ¿También necesitabas verme? Si ella no hubiera preguntado por mí, ¿alguna vez te habrías ablandado lo suficiente como para llamarme?».

Curtis agarró el café que Minnie puso delante de él y le dio un sorbo a su café para evitar decir aquello en voz alta. Era un pensamiento loco y estúpido y solo llevaría a la locura.

—Está en un mal estado, ¿eh?

—Aparentemente se pone peor, pero sí. Nunca regresará a casa.

—Jesús. —No tenía idea de qué decir. Ninguna—. Yo... ¿quién está manejando el rancho?

—Puse al señor Butler a dar de comer tres veces a la semana y José Garzas hace el resto. Voy a casa cada tres noches más o menos.

—Mmm. —Curtis estudió con cuidado ese rostro surcado—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—Oh, yo descanso. —Ah, Stetson, el maestro de la respuesta no respuesta.

—Eso no fue lo que pregunté. —Casi se le salió llamarle «bebé» y él no había usado ese apelativo con nadie en casi ocho malditos años. Con nadie. Diablos, podía contar con una mano los hombres con los que había pasado la noche...

—No sé. Conduje al rancho anoche y me llamaron a las seis de la mañana para decirme que ella me necesitaba.

—¿Eso es qué? ¿Dos horas de camino? —Mierda. Él se iba a quedar en el sofá y haría que Stetson tomara la cama.

—Sí. No te preocupes. Tengo el tráiler para caballos aquí.

—El tráiler... verga, no. Te vienes conmigo al hotel.

De ninguna manera su rancho se iba a quedar en un condenado tráiler para caballos. ¿Qué putas? Hacía frío, incluso para Santa Fe, y un hombre podría terminar con los huesos hechos hielo. Momento. Alto con esa mierda. Stetson no era «su» nada, él estaba aquí por Betty. Aun así, el vaquero no dejaría a un perro en el frío, ¿o sí? No, señor.

—Ya hiciste mucho con venir, Curtis.

—Ajá. ¿Es uno de esos lugares con cocineta? Entonces habrá un sofá. Puede que ya casi no comparta habitación, pero Dios sabe que sigo acostumbrado a un montón de hombres roncando. —Ahí quedó.

Llegó más café, Stetson se lo bebió todo sin siquiera prepararlo. El hombre usualmente lo

tomaba con crema y dos se azúcar. Maldición.

—Entonces, ¿cuál es lo bueno aquí? —preguntó Curtis.

—Las enchiladas. El bol de mole.

—Mmm. —Le echó una ojeada al menú—. ¿Alguna vez probaste la hamburguesa de queso y chile verde con huevo frito?

—Sí, el chile verde es lo más popular ahora.

—Entonces me voy con eso. —Curtis se estaba muriendo de hambre. Se había saltado unas cuantas comidas en algún punto. Por lo general volaba en primera clase, pero al intercambiar su boleto, había tenido que pasarse al económico para este pequeño viaje, luego se movió hacia Albuquerque a una hora mierda como para detenerse.

—Voy a pedir una hamburguesa. Creo.

—Suenan bien. —Los dos ordenaron y el vaquero se adelantó y pidió la canasta de aperitivos también. Anillos de cebolla, queso frito y más papás fritas. Stetson necesitaba comer.

Diablos, necesitaba hablar. El duro hijo de perra estaba tan comprimido que estaba a punto de implosionar.

Curtis esperó hasta que Minnie los dejara de nuevo antes de apoyar sus codos sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo ha estado ella aquí?

—Eh... Han pasado casi tres años desde que ya no pude dejarla sola. Un poquito más de dos años desde que ella ha estado... en un lugar como ese. —El rancho no lo estaba mirando a los ojos—. Ella quiere estar en casa, pero no podía mantenerla a salvo en el rancho. Lo intenté, mas no pude.

—Por supuesto que no pudiste. —Curtis se preguntaba si otra gente lo había culpado o si solo el rancho se culpaba a sí mismo. Nadie era más duro con Stetson que Stetson Major.

—Has estado montando bien este año.

Le recorrió una pequeña sacudida por el cuerpo de solo saber que el rancho había estado siguiéndolo.

—He estado trabajando duro. Gracias a Dios las Finales ya casi llegan. —Curtis estaba listo para un descanso. Él no era viejo, pero ya estaba grandecito para las competencias. Incluso si solo hacía dos eventos en algunos lugares ahora, seguía siendo una golpiza que su cuerpo recibía cada semana.

—Sí. Sí, ya es el final de la temporada.

—Sip. The Stampede era mi último para ir a las Nacionales, pero no necesito los puntos.

—Perdón por llamar, pero no tenía opción. Ella no recuerda.

—No, puedo verlo. —Había habido un montón de veces para que Stetson le echara una llamada y había tomado de las lágrimas de una mujer mayor enferma para que él tomara el teléfono. «Perdón por llamar. Cabrón»—. Sabes que amo a tu mamá. —La cosa era que, el amor nunca había sido el problema.

—Lo sé. Te ama con todo su corazón. Siempre fue así. No me habló durante seis meses después de que nos separamos.

—Guau. —Considerando que Stetson y su mamá vivían juntos en el rancho, eso era decir algo. Doña Betty sí que podía ser terca—. Lo siento —seguía diciendo Curtis.

—Eh. —El rancho agitó una mano nudosa y curtida como el cuero—. Así pasa cuando sucede. Todo está bien.

Ajá. Excepto que él sabía que era lo contrario.

Stetson no había estado tranquilo antes de que todo se terminara. Ninguno de los dos lo había estado. Señor, que tremenda pelea más dura resultó ser. Se habían dicho de todo menos «amor».

Diablos, él se había marchado en su auto con un agujero de escopeta en la puerta trasera de su troca.

Curtis sonrió un poco.

—Duré una semana con moretones después de esa pelea.

—Sí. No lo lamento. —El ranchero le obsequió un guiño lento.

—Apuesto a que no. Tenías tremenda derecha. —Él habría puesto a Stetson contra cualquiera en una riña. El hombre podía lanzar y recibir puñetazos.

—Todavía la tengo.

Por los clavos de Cristo. Esa era una sonrisa.

Esa expresión le provocó una sensación cálida en la parte baja de su cuerpo y tuvo una charla firme y totalmente mental con sus partes íntimas.

El vaquero solo quería... Diablos, quería tomar a Stetson, partirle toda la cara al hijo de puta, luego tomarlo en brazos y sostenerlo hasta que todo estuviera mejor. Sabía que el ranchero no le agradecería por ello, eso era seguro. Diablos, ni él estaba seguro de agradecerse a sí mismo. El hecho era que seguía siendo un hombre de rodeo y siempre lo sería, y el Señor sabía que Stetson tenía muy poco respeto por ese estilo de vida. Aun así, siempre había habido algo acerca de ese hombre, un llamado profundo que lo hacía querer aferrarse fuerte.

Sin embargo, su comida llegó antes de que él pudiera hacer grandes gestos, y maldición, esa hamburguesa de queso era como tener el paraíso servido en un plato. La canastita de aperitivos llegó junto con la comida e igual le entraron.

Stetson comía como si estuviera famélico, como si hubiera un hueco en él que necesitaba llenar.

Curtis imaginaba que lo había. Si podía darle al hombre una comida de verdad y una buena noche de sueño, entonces él lograría algo que nadie más había hecho en lo que parecían meses.

El teléfono del vaquero timbró y el hombre saltó, su expresión pasó a una de entera preocupación. Lo tomó, lo miró, luego suspiró.

—Es solo un vendedor telefónico.

¿Qué tan mal tenía que estar tu vida para que temieras una llamada telefónica? Curtis extendió su mano y Stetson le tendió el celular, parecía estar un poco sorprendido por ello. Se lo metió en el bolsillo.

—Me encargaré de las llamadas.

—¿Qué? Yo... yo no lo hice para que tú... yo solo... —El ranchero parecía al borde del pánico, pero Curtis sabía cómo lidiar con una situación de emergencia. Él había pasado una buena parte de su vida en una emergencia tonta tras otra. Después de todo, era de Texas y un vaquero. Salían tarados de fábrica.

—Shhh. Tranquilo. Por favor, vaquero. Serénate por un segundo —dijo Curtis.

—No recuerdo cómo —confesó Stetson, parecía bastante avergonzado.

—Trataré de ayudar —Agitó una papa a la francesa—. ¿Quieres postre? Puede que ese pay esté llamando mi nombre. —Una vitrina enfrente con tres tipos de pay, todos perfectos y cremosos.

—El pay aquí es espectacular, pero yo pediré sopapillas.

—Oh. —Dios, ¿cuánto tiempo había pasado desde que comió masa frita con miel?—. Sí, por favor.

Stetson se rio entre dientes.

—Ha pasado mucho tiempo desde que eso era lo estándar, ¿eh?

Jesús, sí. Lo que según era su casa estos días era la ladera oeste, donde era muchísimo más

medio oeste que suroeste. Carne y papas y mucho pay. Las sopapillas eran Stetson. Nuevo México y buenos recuerdos.

—Olvidé lo buenas que son aquí.

—No conocemos nada más que chiles y masa frita.

—No me digas. —Denver podía reclamar al chile verde todo lo quisiera. Curtis sabía la verdad—. Dos órdenes de sopapillas, por favor —le pidió a Minnie.

—En camino. —Se llevó los platos y volvió para servirles café.

—¿Mejor? —preguntó Curtis. Él sabía por estrés que a veces la energía a través de una comida grande podía mitigar el pánico, el terrible dolor interno.

—Sí. No he estado comiendo regularmente, ya sabes. Siempre corriendo.

—Me lo imagino. —¿Qué tan raro era esto? Más que nada incómodo porque se sentía como los viejos tiempos, como si él nunca se hubiera ido. Aun así, delante suyo había un hombre diferente.

Los ojos de Stetson se habían envejecido. Había algunas líneas en las esquinas, una cicatriz que dividía una ceja que no había estado ahí antes. No había un atisbo de canas, el ranchero no tenía ni siquiera treinta años, ¿por qué las tendría? Pero si lo viera en el puesto de un evento, le habría calculado al hombre unos cincuenta, quizás cincuenta y cinco.

Permanecieron en silencio por unos cuantos minutos, ambos estaban pensando demasiado para lo tarde que era. Las sopapillas llegaron y los salvaron, bolsitas calientes de perfección frita y dorada.

La miel estaba espesa y suave, gimió mientras le daba una mordida al postre. Qué rico.

Cuando levantó la vista a Stetson, el hombre lo estaba observando como si Curtis fuera un regalo de Navidad bajo el árbol navideño.

—Saben rico —dijo el vaquero, lamiéndose los labios.

—Lo son.

—No has probado ninguna.

El ranchero miró a la canastita de pan y se sonrojó.

—Cierto.

Curtis ni siquiera se sintió avergonzado por la corriente de placer que eso le provocó. Quería que Stetson lo viera, que lo extrañara, maldita sea. Que lo deseara. Aunque fuera una mentira.

Los dos juntos habían ardido más que una fogata en Año Nuevo. Era bueno saber que aún existía una chispa porque a pesar de que había probado con otros hombres, ninguno lo había quemado hasta las cenizas como lo había hecho Stetson.

Ese hombre era el único para él, Curtis lo sabía. Lástima que ellos... no hubieran funcionado. Masticó otra sopapilla para evitar decir algo estúpido.

—No sé qué decirte. Solo quiero seguir agradeciéndote. Mi amá estuvo emocionada todo el día. Incluso se mandó hacer el pelo.

—Bueno, pasaré tiempo con ella otro poco más. Solo pasar el rato. ¿Hay algo más que no deba mencionar además de tu papá y que rompimos? —El vaquero quería evitar meter la pata a toda costa.

—No hay forma de saber. Algunos días está más despierta que otros, pero a veces puedo mencionar a uno de los perros y ella no se acuerda. Otra veces, no hay nada que la calme.

—De acuerdo. —El peso de aquello tenía que ser enorme para Stetson. Curtis podía ayudarlo a cargarlo por unos días por lo menos—. Bien, te voy a apoyar mientras estoy aquí.

—Pagaré por el hotel y te llevaré a donde quieras también. Solo... una visita más sería increíble.

Estiró su mano para cubrir una del rancho.

—No te odio, Stetson, y tú mamá es la mejor mujer que he conocido en mi vida. Haré todo lo que esté a mi alcance. ¿Estás listo para moverte?

Stetson asintió.

—Supongo que sí.

—¿Sabes dónde está el hotel? Puedo seguirte otra vez.

—Sí. De acuerdo. Vamos, vaquero.

Era hora de meter a la cama a este agotado hombre y dejar que descansara. Tal vez Curtis rezaría un poco por doña Betty.

El rancho lo siguió como un fantasma, luego lo condujo al Old Santa Fe Inn, el murmullo del río corriendo se oía a la distancia. Lindo. Aquello le facilitaría dormir. El lugar era un motel de paso remodelado, así que podía estacionar frente a su habitación.

Bueno, la cama no se miraba nada mal para un motel. Curtis lo aprobó.

—Voy a dejar que duermas un poco, vaquero. Descansa y échame un grito... oh, tú tienes mi teléfono.

—Sip. Echa el culo en la cama y quítate las botas. —Curtis tenía unos pants en su mochila que podrían quedarle a ese cuerpo flaco.

—¿Eh?

Empujó a Stetson.

—Siéntate, hombre.

El rancho se levantó como un muñeco en un caja sorpresa, los ojos en blanco como un caballo díscolo.

—No puedo quedarme aquí.

—Por mis huevos que sí. Quieres que usemos soga, podemos. No he olvidado cómo se usa. Pero te juro por Dios que después de que limpie el puto piso contigo, te voy a dejar desnudo y echar en la cama y vas a dormir. ¿Quieres explicarle a tu mamá por qué estás todo desbaratado?

Se miraron fijamente por un buen tiempo y Curtis pensó por un segundo que Stetson estaba contemplando darle un cabezazo o besarlo, y extrañamente se decepcionó cuando el otro hombre bajó la mirada.

El rancho se dejó caer en la cama y Curtis se agachó para poder agarrar una bota y tirar de ella hasta que saliera. El calcetín tenía un agujero grande en la parte de los dedos, lo que decía mucho del estado mental del hombre. El tipo era muy especial con su ropa.

Hoyos en sus calcetines, hoyos en sus botas, la cabeza de alguien andaba en las nubes y esas hijas de puta estaban negras y preparándose para una tormenta.

Aun así, el vaquero no mencionó nada. Solo se movió hacia la camisa de Stetson, tuvo que darle un manotazo cuando este intentó ayudar.

Stetson se le quedó mirando como una cabra mirando una nueva cerca, esos bonitos ojos apagados y rojos, toda la pelea lo abandonó.

Esto no era justo. En absoluto.

Él quería que el rancho lo hubiera llamado porque no podía soportar no oír su puta voz, porque la necesidad entre los dos era demasiado grande como para ignorarla. Sin embargo, eso no había pasado, ni una vez en todos estos años separados, y si los deseos fueran caballos, Curtis tendría muchos de ellos.

Retrocedió y agarró su mochila.

—Aquí hay unos pants y te conseguí un cepillo de dientes cuando nos registramos. —Le tendió ambas cosas—. Ve a lavarte, ¿de acuerdo?

—Yo no... —Stetson se puso de pie y se alejó, su sombrero todavía puesto.

—Oh, Lazador. —Curtis se rio por lo bajo y le retiró el sombrero—. Listo. Afloja un poco el cerebro, ¿eh?

—Sí. —Stetson dejó ver el atisbo de una sonrisa antes de meterse al baño y cerrar la puerta detrás de él.

El vaquero se puso unos pantalones de pijama y una camisa, luego sacó su bolsa de viaje antes de sentarse en la cama y tomar el control de la televisión.

El teléfono del ranchero no paraba de sonar, eran mensajes de gente que en mayor parte no conocía, preguntaban por doña Betty, luego estaban las llamadas de todo el país. Suponía que eran vendedores telefónicos. Dudaba que Stetson conociera a tantas personas de Chicago y Portland.

Le quitó el sonido al celular por mientras, sabía que la vibración sería suficiente en caso de que el geriátrico llamara. El número estaba guardado en los contactos de Stetson, así como «Enfermera Noche», así que esos eran los que contestaría. Curtis estaba bien tomando el turno nocturno.

El ranchero regresó arrastrando los pies, parecía un fantasma deambulando.

—Puedo dormir en la silla. —El hombre se tropezó con el tapete, casi yéndose de boca, pero cayó con medio cuerpo sobre la cama.

—Te tengo. —El vaquero ayudó a Stetson a acomodarse, apoyó su cabeza sobre una almohada—. No te preocupes, ¿va? No pienso atacarte en este estado. Me voy a dar un baño. Yo tengo tu teléfono, así que no intentes huir.

Stetson asintió con la cabeza.

—No iré a ningún lado. Lo juro.

—Hecho. —Curtis se metió al baño y abrió la regadera, poniendo el agua lo más caliente que podía aguantarla. Bañarse con agua fría nunca había funcionado para él.

Además de eso, él ni siquiera estaba excitado. Mierda, quería envolver a Stetson y mentirle, decirle que todo estaría bien. Él sabía que no sería así, no durante mucho tiempo. Perder a un padre, bueno, ambos eran demasiado jóvenes todavía para eso.

No era como que Curtis básicamente no hubiera perdido a su papá cuando se juntó con el ranchero. Su mamá aún le llamaba una vez a la semana.

Se enjabonó y se limpió todo, estaba evitando volver al cuarto tanto como fuera posible. Todavía no podía hacerse a la idea de todo esto. No sabía cómo. Se trataba de que Stetson lo extrañara, pero que estuviera sano y feliz salvo por el corazón roto. Que las cosas estuvieran bien, a parte del hecho de que Stetson necesitara a Curtis como al puto oxígeno. Se suponía que sería diferente, maldita sea.

Esta era su fantasía, que su vaquero lo llamara, lo necesitara. No que lo llamara porque Betty estaba muriendo y la mitad de su mente estaba ida a una edad tan jodidamente joven.

Golpeó la pared, dejando que las vibraciones ondularan por su brazo y le sacudiera el hombro. «Esto no es lo que pedí, Señor. Esto no es. Te juro que si haces que ella se mejore por él, me voy y no vuelvo a rezar para recuperarlo. Nunca más».

No era como que rezar lo hubiera acercado a Stetson en algún momento. El maldito tonto se resistía con terquedad a la voluntad de cualquiera que no fuera la suya.

Finalmente Curtis quedó colorado y suelto, se secó, se puso decente y se lavó los dientes antes de salir. Stetson estaba ahí, esa melena negra despeinada, lágrimas manchaban las mejillas del hombre incluso mientras dormía.

—Ay, Lazador. Tenías que haber llamado antes. —No les dio cuerda a las palabras, solo se

arrastró a la cama y atrajo al rancho a sus brazos.

Aquello le dijo lo que necesitaba saber, que Stetson vino, se acurrucó y dejó que lo sostuviera. El hombre no tenía a nadie en quien apoyarse, nadie con quien desahogarse.

Curtis podía hacer eso por Stetson. Al menos por un tiempo. Nunca sería suficiente, pero tomaría lo que pudiera conseguir. Esto no se trataba de él. Esto era sobre... la familia, supuso.

Eso funcionaría.

CAPÍTULO TRES

—Oh, Curtis. No puedo creer que tengas que verme así. Debería estar cocinándoles algo rico para comer, no estar acostada en la cama como una holgazana...

—Cómo cree, doña Betty, sabe que es suficiente con solo hablar.

Stetson escuchaba a su mamá hablar con Curtis como si este fuera su mejor amigo, trató de no sentirse celoso. ¿Qué bien haría eso?

El vaquero no tenía que hacer que se tomara sus medicinas. No tenía que firmar ordenes de inmovilización cuando perdía la cabeza. No tenía que ser el malo.

Por supuesto, eso no detuvo a la vocecilla en la cabeza de Stetson que insistía que su amá siempre había deseado que Curtis fuera su hijo, que hubiera dado a luz al famoso vaquero de rodeo en lugar de al vaquero rígido y aburrido.

Había sido así desde el día uno. Curtis era bonito, vibrante y sexi.

«¿Cuándo viene tu vaquero a casa? ¿Crees que le gusten los tamales? ¿Vas a ir con él? Sabes lazar bien».

Jesús. Como si él no tuviera que quedarse en casa, hacer su trabajo, alimentar a los animales, pagar las facturas y ejercitar a los caballos. Como si Stetson no hubiera sabido que una vez que Curtis le agarrara el rollo a las cosas, él encontraría lo que necesitaba.

Eh. ¿Qué importaba ahora?

Ella estaba feliz. Eso era lo importante.

Estaba feliz, reía y hacía bromas, sabía quién era Curtis. Eso era una maldita mejoría para los estándares de cualquiera.

—Bueno, está siendo hora de la cena, doña Betty. Debo salir de aquí y dejarla comer algo.

El vaquero le dio palmaditas a la mano de su mamá y ella asintió, pero Stetson pensó que más bien estaba cabeceando.

—Tengo que echarme una vuelta por el rancho, amá, pero regresaré en la mañana para verte.

—Desenroscó sus dedos de los puños que habían formado y se agachó para besar su frente.

Ella le dio una sonrisa.

—¿Vas a traer a Curtis contigo?

—A ver, amá... —Él no podía hacer ese tipo de promesas.

—Vendré de una forma u otra —dijo Curtis—. Me quedaré un par de días por lo menos. — ¿Cuántas portadas de revista y artículos nuevos habían visto esa misma sonrisa? Bastantes, si la pila en la habitación trasera de Stetson era un indicador.

Un par de días. Dios, cien por noche, eso sería el final para él. ¿Había lugares más baratos? Claro, pero Curtis estaba acostumbrado a lo mejor, no a dormir en una colchoneta en el piso del tráiler para caballos. Jesús, él no sabía cómo... ¿Cómo sobreviviría a esto? Entre más tiempo su

mamá estuviera enferma, más tiempo su vida estaría construida sobre cáscaras de huevo y nubes que él no podría sostener.

—Stetson, deberías llevar a Curtis a cenar algo rico. Es lo menos que puedes hacer después de que viniera a visitar, solo por mí.

—Claro que sí, amá. —Un bistec para cenar. Claro. A lo mejor si vendía su plasma.

—Chamacos bobos, escabulléndose a las caballerizas todo el tiempo. Saben qué, podrían construir una casita. O podrías estar en la carretera con él, Stetson. Yo siempre quise estar en la carretera, pero me quedé atrapada en casa. ¿Dónde está tu apá, hijo? ¿Va a venir a traermé margaritas?

—Por supuesto que sí, amá. —No tenía caso discutir. Estaba demasiado cansado—. Me aseguraré de avisarle.

Curtis lo miró, los ojos ensanchados, y él lo miró de vuelta. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Dejar que perdiera a su esposo una y otra vez? De ninguna puta manera.

Les tomó una media hora más salir del hospital, pero Stetson no esperó mucho después de eso y prendió un cigarro tan pronto como salieron y atrajo a Curtis.

—Mira, aprecio que quieras quedarte, pero comprendo que tengas que volver al trabajo.

—Puedo quedarme un poco más.

«No. No, de verdad no puedes, pendejo. Estoy en la puta miseria y no sé qué hacer a continuación. Tengo miedo y estoy agotado y tú sigues siendo hermoso y yo... estoy perdido».

—Sin peros, Lazador. Doña Betty pidió que me quedara. Se veía muchísimo mejor hoy.

—No es real. —Él lo sabía. Todo esto no era real. Stetson estaba en una puta pesadilla que solo seguía aporreándolo y no había manera de despertarse.

—Lo sé. Estaba tratando de echar ánimos. —Ah. Curtis no tenía permitido hacer eso, a verse triste y miserable. No en este momento. No cuando la única felicidad que él había oído de su mamá en semanas había venido del hombre que le había dicho que él nunca estaría lleno de tierra como lo estaba Stetson—. No te tiene que dar coraje que yo le agrade, sabes. Siempre has sido un chillón con eso.

El ranchero no se detuvo a pensar, ni por un segundo. Su puño salió disparado e hizo contacto con la mandíbula del hijo de puta y la cabeza de Curtis rebotó.

—Va, pues. —Curtis le plantó un puñetazo en la panza que hizo que casi se doblara, luego le dio un jab justo en la nariz.

Carajo, dolía como la mierda. Stetson le metió un *haymaker* violento que casi lo mandó al maldito suelo a la vez que el vaquero respondía con un par de puñetazos de conejo medios flojos directo a sus riñones en agradecimiento. El ranchero se giró y puso las manos en las caderas del vaquero y empujó, necesitaba poner algo de espacio entre ellos. Se separaron, ambos un poco jadeantes, aunque sabía que Curtis era más por la altitud que por el esfuerzo.

—Tu turno, Lazador.

—¿Qué? —Stetson inspiró un par de veces y resopló.

—Nos estamos golpeando, ¿no? Más como para arreglar las cosas que esperando matarnos el uno al otro, claro, pero aun así, estamos peleando en público. No me avergüences. —Curtis era un maldito pendejo, pero la torcedura de sus labios causó que el ranchero pusiera los ojos en blanco.

—Por favor, cabrón.

—¿Qué? ¿Eso es todo lo que obtengo?

—Sí, bastardo. Eso es todo lo que obtienes. —Era todo lo que él tenía. Pero podía respirar, ¿no? Respirar hondo no dolía tanto.

—¿Te sientes mejor, Lazador?

Stetson no se molestó en contestar. En su lugar, solo se encogió de hombros con la intención de decirle a Curtis que retrocediera. Lo que salió fue:

—No puedo pagar el hotel salvo tal vez por una noche más.

Las mejillas le quemaron ante las palabras y su orgullo recibió otro golpe, este más agresivo que cualquier puño. Pero el vaquero necesitaba saber. Bien podría actuar como si pudiera aguantar.

El hombre frunció los labios.

—Podría quedarme en el rancho, si eso no es un problema mayor.

—¿De veras? Si no te importa. —Stetson tenía el tráiler aquí para dormir, así Curtis no tenía que aguantar las horas que a él le tocaban ni cuidar de su camioneta—. De verdad lo siento. Sé que es un inconveniente.

—Está bien, bebé. —Curtis ni siquiera notó haber usado el apodo. Pendejo—. Mierda, tú sabes que el viaje me importa un carajo.

—Sí. Sí, tienes todo ese kilometraje en autopista. —El ranchero logró sacar una sonrisa y salió más fácil de lo que habría esperado—. Vamos. Pasaré por una *pizza* en el camino. ¿Todavía recuerdas cómo llegar allá?

—Me acuerdo. —Curtis asintió y tocó su brazo—. ¿Estás bueno para conducir? Caíste muerto anoche.

—Sí. Estaba... Fue un día largo. —Y para ser honestos, él ni siquiera recordaba llegar al hotel. Había estado en piloto automático—. Tengo que pasar por mi ropa sucia al tráiler para poder lavar ropa hoy en la noche.

—Claro. Si llego antes que tú, nadie me va a disparar, ¿verdad?

—Nop. La reja no tiene candado. La llave de la casa está justo donde siempre ha estado. ¿Quieres salchicha y pepperoni en tu *pizza* o ahora comes saludable? —Los chicos del rodeo tenían que vigilar su peso y Curtis estaba en muy buena condición a pesar de la hamburguesa de queso y chile verde de ayer.

El vaquero soltó una risilla.

—Quiero pimientos y aceitunas verdes. —Después de que alcanzara su billetera, Curtis sacó un billete de veinte, su expresión dejaba claro que no pensaba discutir.

Stetson odiaba que él supiera que ayudaría. Iba a estar en deuda con Curtis por el resto de su vida. Quizás más. No había problema. Básicamente le debía a todo mundo en la tierra, desde sus vecinos hasta gente que no conocía del hospital.

De los que tenía que preocuparse ahora mismo era de los acreedores. Estaba hasta el cuello en deudas y sin una puta ganancia para reponerlas.

—Vegetales. Entendido —fue todo lo que dijo, intentó sonreír pero lo más seguro era que había fracasado—. Te veo en la casa.

—Ahí estaré.

Stetson se alejó, tomó rumbo al pequeño tráiler para caballos estacionado en el estacionamiento trasero del hospital al mismo tiempo que trataba de recordar cómo respirar. Juntó toda su basura y su ropa sucia, las únicas cosas que dejó fueron su libro, el catre y las cobijas para mañana en la noche.

Bien. Se pondría en marcha, ordenaría un par de *pizzas* una vez que estuviera a medio camino y luego se dirigiría a casa para echarle un ojo a los caballos y pagar unas cuantas facturas.

Gracias a Dios tenía una cama en su oficina bajo un montón de cajas. Si limpiaba podría

dormir ahí y no tendría que compartir con Curtis. Se había quedado muerto anoche, pero si tuviera que saber que el vaquero estaba ahí mismo, Stetson no sería capaz de soportarlo. Una parte de él odiaba a su amá por esto, por hacerlo tener que lidiar con esto.

Una parte peor de él agradecía aunque fuera un segundo el tener que fingir.

Todo este asunto era simplemente... un desastre, él necesitaba hacer algo que no estuviera mal por un tiempo. Los animales hacían eso por Stetson, lo calmaban, le hacían atender las necesidades de alguien más por un rato.

Revisó el aceite de su camioneta antes de encenderla y condujo hacia el norte.

A casa.

Dios, era tiempo de ir a casa por una noche.

CAPÍTULO CUATRO

La reja se veía justo igual cuando Curtis la abrió para que pudiera avanzar al camino del rancho. El letrero J-M seguía estando arriba, sin ninguna ápice de oxidación.

Al camino le vendría bien una buena nivelación, pero él sabía que había habido un poco de inundación el año pasado. Había escuchado al respecto en Santa Fe.

Cuando se detuvo en la casa, simplemente se quedó sentado ahí, mordiéndose el labio y tratando de recordar cómo respirar. Necesitaba un poco de trabajo, eso era seguro, pero era la misma casa a la que Stetson lo había traído hacía diez años cuando él se recuperaba de una pelvis rota. La misma casa de rancho simple y normal.

Casi se dobló por el dolor que lo golpeó en el vientre. Puta madre, esto se sentía a casa.

Desde luego, él había querido irse. Lo había necesitado. Él había tenido una vida que no era esta dura existencia en este hermoso lugar. ¿Cómo carajos una tierra tan bonita podía valer tan poco por alimentar animales? Todo aquí mordía y rasguñaba. Sin olvidar que había nevadas.

—De acuerdo. Vamos. —Curtis salió de la camioneta, viendo a todos lados por Aimee la *border collie*.

Un trío de perros, todos *collies*, pero ninguno que conociera, salió disparado de un costado de la casa, ladrando y moviendo la cola. Curtis se hincó, imaginaba que era mejor que no intentara entrar antes de que hiciera amigos. Aimee seguro había fallecido ya. Señor, ni siquiera había pensado en ello, pero ella tenía casi nueve años cuando él le dio la espalda a este lugar.

Todos ellos tenían collares y se acercaron a él con facilidad, se empujaban contra sus manos como si fueran viejos amigos. Entonces no eran perros guardianes. Perros de trabajo sí eran, mas no estaban entrenados para mantener a la gente alejada.

—Necesitan una cepillada. —Les rascó sus cuellos—. ¿Tienen permiso de entrar a la casa? —Curtis se limpió la tierra de sus pantalones.

Los tres lo siguieron, justo hasta el porche cubierto y ahí había tres camas para perro junto a dos mecedoras.

—Ay, lo siento, chicos. Se quedan aquí afuera. —Desenterró la llave de la maceta de los geranios muertos que estaba a un lado de la puerta. A doña Betty siempre le había gustado cuidar plantas. Curtis tendría que conseguirle a Stetson algo resistente y que aguantara todo tipo de clima para el escondite de la llave.

Abrió la puerta principal, el aroma de Stetson como un puto fantasma en este lugar. Un par de botas incluso más desgastadas que las que el ranchero llevaba puestas yacían junto a la puerta, y una ordenada hilera de sombreros adornaba la pared; las gorras en colgadores y las tejanas en ganchos largos. Curtis colocó su sombrero en uno vacío y arrastró su mochila hasta el sillón.

El lugar no había cambiado y eso en verdad no era una exageración. Los muebles no habían

sido movidos, solo se habían hecho más viejos. La tele seguía siendo la vieja consola que siempre había estado allí. ¿Todavía podían recibir señal?

La encendió, solo para ver. Pues, no. Estática. A lo mejor Stetson veía televisión en su recámara. Curtis sabía que la habitación de doña Betty estaba en un lado del área principal, la de Stetson estaba en el otro. De verdad que él no podía recordar si había una habitación de invitados. Dios era testigo de que nunca había tenido que usarla.

La cocina contaba la historia de un hombre que no estaba aquí y que se estaba partiendo el culo. Había pilas de facturas y papeles en la mesa junto con un cenicero y una taza con restos de café seco, tenía la agarradera rota y estaba dentro de la taza. Un frutero tenía una triste y disecada manzana, y la trampa para ratones en el piso cerca del fregadero probaba por qué los chuchos no tenían permitido entrar.

—Señor. —Los platos en el fregadero eran todos tazones de cereal y tenedores. La basura contenía una tonelada de recipientes de cenas congeladas. Curtis negó la cabeza y comenzó a limpiar un poco, lavó los trastes y limpió el frutero. Necesitaba hacer algo, algo para mantener las manos ocupadas, la mente también. Se podría volver loco de pura preocupación por Stetson.

Abrió un par de ventanas, a pesar de que el aire aquí era gélido, solo para orear un poco. Luego giró en un gran círculo, tratando de decidir qué hacer a continuación. Alguien tenía que estar dándole de comer a los animales, así que no tenía caso ir a las caballerizas, aunque seguro se sentiría más en casa allí.

Terminó saliendo por el porche trasero cubierto y encontró lo que tenía que ser el lugar de Stetson para observar el mundo. Este punto panorámico dejaba expuestas las montañas, el atardecer, las caballerizas y lo que tenía que haber sido la casa de los peones en su día. La enorme silla estaba rodeada con más camas para perro, había un pozo de fuego delante de ella y una hielera vertical cerca.

Bueno, eso le hizo sonreír.

—A ver, esto sí me agrada. —Se situó en una de las cómodas sillas y en efecto, los perros llegaron trotando, querían más rascadas de orejas y amor.

Los caballos se acercaron a la cerca, media docena siguieron a la yegua líder para ver qué onda, para ver si alguien les daría comida. Se veían bien, peludos por el invierno, gordos y osados y a la espera de ser montados.

—Hagan ejercicios, chicos. Todos quieren eso. —Curtis podía quedarse unos días, montar un poco. Eso sonaba bien.

Oyó el sonido de llantas sobre grava, luego el paso de botas haciendo eco a través de la casa antes de que la puerta trasera se abriera.

—Supuse que te encontraría aquí afuera.

—Es un buen sitio. ¿Trajiste la pizza o tengo que escarbar en tu congelador?

—Traje una *pizza* y un seis. Están en la encimera. —Obtuvo una media sonrisa y una inclinación de sombrero antes de que Stetson se dirigiera hacia la cerca—. ¡Sugarbaby!

La yegua líder alzó la cabeza, las orejas se torcieron y se giraron, y se acercó corriendo. Sacó el hocico sobre la cerca una vez que llegó a Stetson, bufando con suavidad. Alguien era una consentida.

El ranchero se inclinó hacia delante y se estiró por ella para descansar su mejilla sobre la de la yegua. Consentida y probablemente la mejor amiga de Stetson.

Dios, él quería ser al que buscara para apoyarse cuando el bastardo testarudo necesitara contacto.

Curtis se sacudió un poco a sí mismo. Celoso de un caballo, por el amor de Dios.

—Iré por los platos y lo demás, amor.

«Amor». Escúchenlo nada más, actuando como si estuviera listo para filtrarse de vuelta a la vida de Stetson. Jesús. Era el más iluso de todos.

—Hay unos de papel en la cocina —la voz del ranchero era ronca, áspera y un poco al rojo vivo, pero el hombre le dio palmaditas al cuello de Sugarbaby y le frotó las orejas—. Regresaré en un ratito, linda.

—Estoy en ello. —Si Stetson necesitaba un momento, Curtis tenía la suficiente perspicacia para dárselo. Entró a la cocina y se le hizo agua la boca de inmediato. Uy, la pizza olía rico, un aroma a ajo, tomate y pan recién salido del horno.

No estaba seguro de si limpiar o no algún espacio en la mesa o si solo servirse un plato y llevárselo afuera. Stetson respondió la pregunta al unírsele dentro.

—Está helado allí afuera si quieres conservar la pizza caliente.

—Pero mantendría fría la cerveza. —Curtis le guiñó un ojo, esperando ver el atisbo de una sonrisa por lo menos.

—Buen punto. Vamos. Nos sentaremos en el cuarto principal. Sigo tratando de mover toda esa mierda en la mesa hacia la oficina, pero no lo he hecho todavía.

—Veo que todavía tienes la vieja tele —se burló el vaquero antes de que se sirviera un plato.

—Mi amá entraba en histeria cada que le movías algo, así que dejé de intentarlo. Ahora, simplemente no puedo. De seguro se quedará así para siempre.

—¿Por qué no puedes? —Él sabía que estaba siendo cruel, pero doña Betty nunca regresaría a la casa.

—Bueno, o sea, puedo, es solo que... yo no... Tengo muchas cosas de las que preocuparme.

—Oh. —Curtis asintió. Ahora veía a lo que Stetson se refería—. Solo te estaba molestando.

—Claro. Lo siento. Supongo que... no sé. Me pasé unos años asegurándome de que todo estuviera como el día anterior. Ella solía sentarse delante de esta televisión, se quedaba mirándola y se reía como si estuviera viendo algo.

Eso sonaba al mismo infierno y Curtis hizo a un lado su plato por un momento, se movió para envolver sus brazos alrededor del torso de Stetson—. Lo siento.

—Yo también. —El ranchero lo miró, se le quedó viendo con esos putos ojos heridos durante un largo rato antes de que envolviera los brazos alrededor de él y lo sostuvo fuerte. Curtis juró que se le detuvo el corazón el tiempo suficiente para que se sintiera mareado, y cuando retomó su curso, tomó el mismo ritmo que el de Stetson.

Se quedaron de pie ahí por un buen tiempo, respirando juntos, hasta que los tensos músculos del ranchero se relajaron un poco. Sí. Eso era. Dar y recibir. Calidez y cuidado.

—Todavía hueles bien. Todavía. —Stetson volteó a verlo y durante un largo y paralizante segundo, Curtis pensó que el hombre iba a besarlo, pero el ranchero retrocedió—. *Pizza*. Está demasiado buena como para dejarla ahí.

—Huele increíble. —Las manos del vaquero temblaron un poco cuando se estiró por su plato—. Regresaré por las cervezas.

—Trato hecho. —Stetson tocó su muñeca y luego agarró un par de rebanadas para él.

Llevaron su comida al área principal antes de que Curtis volviera a salir por las cervezas, después se puso cómodo para comer como si hicieran esto todos los días. Loco.

El vaquero le removió el queso a su masa y solo le dejó lo suficiente para paladearlo. Odiaba esta pendejada, pero hacía la diferencia entre siete punto seis y ocho segundos.

Stetson se rio entre dientes.

—Todavía comiendo como pájaro, ¿eh?

—Sí. Algún día me retiraré y me pondré tan redondo como una abuelita italiana.

—Me gustaría ver eso. No posees ni una onza de grasa en el cuerpo.

Como si el ranchero no estuviera igual. El hombre nunca había sido blando, pero ahora francamente le faltaba, la ropa le quedaba holgada. Curtis tendría que alimentarlo de verdad por algunos días. Haría la despensa mañana para poder abastecer el refrigerador y la alacena con suficiente comida que le aguantara a Stetson unas cuantas semanas.

El ranchero se terminó su cerveza y lo observaba como si él fuera a desaparecer en una nube verde de humo como el Mago de Oz. Curtis lo entendía; la irrealdad de la situación no le pasaba desapercibida.

—Esa *pizza* estuvo deliciosa.

—¿Verdad? Es de mi lugar favorito aquí. ¿Cómo te está tratando la altitud, Tex?

El vaquero resopló.

—He estado en Colorado y Wyoming tanto tiempo este año que estoy aclimatado.

—Lo hiciste bien en Cheyenne.

—¿Haz estado al pendiente, Lazador? —Recordaba que Stetson había mencionado algo la primera noche, pero, aun así le maravillaba. En serio, la idea de que el ranchero supiera sus estadísticas lo ponía calientito.

Stetson se encogió de hombros.

—No es como que cualquier ranchero pueda decir que conoce al ganador del *all-around*. Me enorgullece haberte conocido.

—Todavía me conoces, menso. —El abdomen se le tensó ante el pensamiento de ser alguien con quien Stetson solía convivir.

—Así es. No hay palabras para decirte cuánto aprecio esto, que vinieras. Significa todo.

—Me alegra haberlo hecho para ayudar a tu mamá, lo sabes.

—No. No, o sea, sí, claro. Pero no te estoy agradeciendo por mi amá. Significa todo para mí.

—Oh. —Se le calentaron las mejillas—. Bueno, entonces me alegra más, Lazador. Te extraño —dijo las palabras y se dio cuenta de que las decía en serio. Curtis le habría dicho a cualquiera que no había pensado en Stetson en años. Él sabía la verdad.

—Sí. Me sé bien todo eso. —El ranchero se levantó y se estiró—. Tengo que salir y echarles un ojo a los caballos, a las caballerizas. La televisión buena está en mi recámara, si quieres ver algo. Cambiaré las sábanas y dejaré que te quedes con la cama. La pequeña habitación adjunta a la mía es una oficina ahora y el lado de la casa de mi amá está...

—Oye, puedo quedarme en el sofá. Dios sabe que he dormido en un montón de ellos. —No quería ser una molestia para Stetson cuando él podría muy bien pagarse su propio hotel.

—Sí, pero... pensé acerca de ello en el camino. No voy a... o sea... Mierda, somos adultos y tengo una cama grande. Me refiero a esta noche.

Habían dormido juntos anoche, ¿no?

—Por supuesto. —Los latidos del corazón se le aceleraron—. ¿Necesitas ayuda allí afuera?

—Espero que no, pero eres bienvenido de todos modos. Extraño estar aquí.

—Me imagino. —Curtis se puso la chaqueta y respiró hondo el aire de las montañas.

Stetson agarró un puñado de zanahorias *baby*, luego condujo al vaquero hacia las caballerizas, sin embargo, los caballos vinieron amontonados mucho antes de eso y exigían atención.

Alguien pasaba mucho tiempo aquí en el campo y no en la casa.

—Hola, muchacha. —Ahí estaba Sugarbaby de nuevo y demandaba un bocadillo. Lanzó la cabeza cuando Curtis se acercó demasiado, pero luego lo olisqueó con curiosidad.

Stetson le pasó algunas zanahorias, el hombre seguía parloteando con los otros, se inclinaba y los tocaba, sin un gramo de miedo a los dientes y las pezuñas. Curtis le tenía mucho respeto a lo que un broco podría hacer, pero estos bebés eran mansos.

—¿Esas son cabras? —«Santo Dios».

—Ajá. Cabras. Alpacas. Burros. Tres avestruces, una manada grande de alces y hay una osa madre que sigue derribando la cerca junto al costado del río.

—¿Alces? —El vaquero parpadeó.

—Sí. Si los mantenemos cercados, no son tan cazados. Tengo que sacrificar la manada quizás una vez cada dos o tres años.

—Guau. ¿Puedo verlos?

—Claro. Mañana montamos. Yo no me encargo de ellos. Quiero que le tengan miedo a la gente, pero puedes verlos. Al alce grande le puse Frank, como el caporal. Las llamas y los demás están aquí cerca detrás de las caballerizas, junto con los burros y los avestruces.

Curtis negó con la cabeza al mismo tiempo que seguía al ranchero mientras este se movía a través del ganado para ir a prender las luces de las caballerizas. El lugar estaba impecable, o Stetson se estaba partiendo el culo o el hombre tenía a los mejores vecinos en el planeta. Tal vez eran ambas cosas. La gente amaba a Stetson con facilidad; Curtis lo sabía porque él había quedado encantado con el hombre en minutos.

El vaquero podía ver cómo los años caían del ranchero, como si estuviera quitándose un abrigo mientras revisaba los comederos y bebederos al mismo tiempo que silbaba. Las demás criaturas obviamente conocían ese sonido, todas comenzaron a gorjear, a bufar y a balar por atención. Los burros se acercaron a la cerca que los separaba de los caballos, esas largas orejas iban y venían y Curtis les dio lo último de sus zanahorias, encantado con esos astutos ojos marrones y las suaves narices.

Stetson se rio, Sugarbaby estaba dándole empujones en el trasero y casi lo mandó de boca al piso.

—Perra maldita. Te voy a mandar a la fábrica para que te conviertan en pegamento.

«Sí. Como no».

—Yo solo veo que estás siendo malo con ella. —Curtis le guiñó un ojo cuando el ranchero lo volteó a ver—. Tienes que contarme todo sobre la cabra con tres patas.

—Ojalá fuera una gran historia —dijo Stetson—. Alguien la dejó aquí. La gente está pasando por tiempos difíciles, así que... adquiero muchos animalitos extras. Está bien. No me importa.

—Supongo que tener unas cuantas bocas más que alimentar es más fácil para ti ya que te encargas de tantos caballos. —El ganado era bastante barato aquí, pero el hombre pagaba mucho por pienso de cualquier manera.

—Supongo. O sea, no sé. Me preocuparé por eso después.

Eso sonaba medio ominoso. Esperaba que Stetson no estuviera pensando en nada drástico. La gente vendía sus tierras demasiado rápido a veces con tal de pagar las facturas cuando usualmente había ayuda disponible.

Stetson paseó a través del siguiente conjunto de caballerizas, dando de comer. Dios, aquí era donde el ranchero pertenecía, aquí en las montañas, cómodo alimentando bestias. No en ningún geriátrico. Ver las mejoras que el hombre había hecho aquí explicaba por completo por qué la casa estaba más acabada.

Este era el hogar de Stetson. La casa era de doña Betty. Pronto, ella ya no estaría, él lo sabía, y el ranchero podría comenzar de nuevo allí. Se le formó un nudo en la garganta ante el pensamiento, pero así era. La gente mayor fallecía y los jóvenes tomaban la batuta. Curtis se

había marchado odiando este lugar, maldijo al rancho por ser más importante que él, pero al ver a Stetson aquí, ahora, Curtis entendió. Esto era lo que añoraba cualquier vaquero de rodeo, en algún lugar dentro de sus genes. Tierra, animales y espacio para respirar que fueran suyos.

Stetson comenzó a reírse, el sonido resonó, estaba observando a un par de cabras tontear mientras jugaban entre ellas.

El vaquero quería tomar todo, a excepción de esto, y tomar las riendas, dejar que el ranchero hiciera lo que amaba y nada más. Quería proteger a este hombre con todo su ser.

Lástima que el puto mundo no funcionara así. Mierda, si amarse no había sido el problema. Se amaban. Se deseaban. Se gustaban. El orgullo había sido su perdición y eso no iba a cambiar. El vaquero no podía ser menos de lo que era y tampoco Stetson.

Aun así, eso no cambiaba lo que su corazón quería, ¿o sí? No, señor.

Curtis suspiró, luego gritó y saltó un metro hacia atrás cuando un avestruz se inclinó sobre la cerca y trató de morderle uno de sus pezones.

—¡Su puta madre!

—Cuidado. Muerden.

—No me digas. Si termino con piezas faltantes, no pensarás que es divertido, Lazador.

—Nada de piezas faltantes. Me gustan todas tus piezas justo donde están, gracias. —Stetson le regaló una sonrisa entonces, los ojos tan cálidos como era posible. Maldición.

Curtis le notificó con firmeza a su cuerpo que no se pusiera tan feliz. Si algo comenzaba a asomarse, ese avestruz podría ir tras ello.

—¿Sí? A mí también.

—Te creo. Ahí va de nuevo por ti.

—Pájaros. Tienes pájaros gigantes, hombre. —El vaquero se movió fuera de alcance.

—En realidad son más como dinosaurios que aves. Puta madre, Alice. Deja en paz al hombre.

—¿Tiene nombre?

—¿Cómo se supone que deba decirle? ¿Señora Avestruz? ¿Cómo voy a saber si está casada o solo en unión libre con Butch?

—¿Hay otro que se llama Butch? —*Okay*. Era claro que Stetson pasaba muchísimo tiempo solo.

—Y Edie. Él es el pequeño. Butch es malvado. No te metas con él. Alice solo es mezquina.

—Jesús. —Curtis desprendió a la cabra de su pantalón—. Prefiero las vacas cualquier día de la semana.

—Simplemente no eres tan aventurero como yo, eso es todo...

—Nop. Yo solo me dedico a trepar animales de novecientos kilos. —Curtis le obsequió un guiño, el slogan viejo y familiar.

—Aventura. Estupidez. Estupidez. Aventura.

—¡Oye! —Curtis dejó salir una risa fuerte, lo cual detonó en las criaturas. Una de las pequeñas cabras le dio un cabezazo y cuando él saltó, el burro le robó su sombrero.

Cuando volteó a ver al ranchero, este estaba carcajeándose mientras se aferraba a la baranda superior de la cerca. Curtis tuvo que sonreír. Él había hecho eso, había hecho reír a Stetson. Bueno, él y un montón de chiflados del reino animal.

—Por Dios, te extrañé, vaquero. Juro que sigues siendo un caso especial.

—Vamos, Lazador. Terminemos los deberes y veamos una película, ¿sí? —Podrían acurrucarse en la cama y fingir que no habían terminado por un rato. Incluso si doña Betty no estaba ahí para verlo.

CAPÍTULO CINCO

Stetson se levantó a las cuatro, se abrigó y salió para ir a dar de comer. Había nieve en el aire y el viento se sentía como un viejo enemigo, abofeteando su cara. Esta época del año en Taos podía ser inhóspita cuando un hombre no estaba ya abatido.

Pero no había problema. Curtis podía seguir durmiendo por unas horas, luego bajaría a Santa Fe para ver a su amá. Entonces, a lo mejor Stetson no tendría más que aguantarse y conducir de vuelta aquí otra vez.

Una vocecita en el fondo de su cabeza dijo: «¿Y luego qué? Dormir junto a él por otra noche antes de que vuelva a una vida donde no tiene un vaquero en la ruina?».

Y sí, eso era. Era más o menos eso, de cabo a rabo.

No quedaba nada. Iba a perder a los caballos, la colección de animales, la tierra, la casa. Su troca estaba pagada, el tráiler también, así que iba a esperar hasta la primavera, luego llevaría el tráiler para caballos hasta lo profundo de las montañas y se quedaría ahí hasta...

Diablos, no tenía fecha límite.

Tenía el ahora, el mañana, cuando Curtis regresara a la vida real y hasta que su mamá falleciera.

Eso era todo.

—Así que si quiero acostarme junto a Curtis otra noche más, a ti te debe de importar una mierda. —Stetson no sabía si la voz estaba escuchando, pero suponía que no tenía opción.

Se metió a las caballerizas, trabó la puerta y se frotó las manos para calentarlas.

—Hola a todos.

Smokey asomó la nariz por encima de la caballeriza, al animal castrado no le gustaba estar encerrado ahí. Pero estaba postrado, una pezuña bien rajada. Tenía que mantener confinado al chico.

—Hola, amiguito. A quién diablos te voy a entregar, ¿eh? —El ranchero lo rascó un poco, luego suspiró y abrió la puerta, empujando a Smokey hacia atrás—. Necesito echarle un ojo. Pórtate bien.

Smokey se pararía por él, aun así, en un día estando de buenas odiaba que le tocaran la pata. El herrero siempre se tenía que agachar cuando estaba cerca de este anciano. Stetson se giró para apoyar su trasero contra el costado de Smokey, entonces deslizó sus manos por la larga pata, avisando con tiempo.

—Si me pateas me voy a encabronar, anciano, ¿me entendiste? Necesito asegurarme de que la pezuña está mejorando. —Eso y de que no hubiera ningún hedor saliendo de ella. Había estado mimando a Smokey.

Moviendo la cabeza de arriba abajo, el animal le dejó echar un vistazo. No estaba mal. Era

mejor de lo que había esperado, pero de verdad necesitaba sacarlo todos los días. Los hombres que le ayudaban a dar la comida eran estupendos, pero Smokey era un condenado reto.

—Estás sanando. Apruebo. Y por no hacerme papilla el cerebro, te ganaste una rica comida.

—Stetson tarareó, dejando que todo lo demás se resbalara por un rato. A los animales no les importaba el dinero o los exnovios ni demás cosas. Ellos necesitaban lo que necesitaban, que era comida, agua y cuidado.

Cosas simples.

Cosas buenas.

Se detuvo en la caballeriza de Barney, el pobre anciano demasiado viejo ya como para estar afuera en el frío y casi ciego como para funcionar. Stetson le rascó el hocico y vio cómo esas orejas peludas giraban de un lado a otro.

—Hola, chaparro. ¿Cómo estás el día de hoy? Quizás debería engancharte a un ronzal y sacarte a un paseo, ¿eh?

Barney gimoteó y vino directo a él para empujar la cabeza en sus manos. Las cuales sabían justo dónde rascar, justo cómo calmar. ¿Qué era lo que Stetson iba a hacer? ¿Enviar a Barney a que lo hicieran comida de perro? ¿Dispararle y dejar que se pudriera? Descansó su frente con la del animal.

—No sé cómo arreglar esto. Tengo un puto miedo, chicos.

Barney le mordisqueó la mano, demandando su premio. Bestia mimada. Stetson le dio un puñito de pienso.

—Ahí tienes, ¿sí? Juro que si pudiera encontrarte otro hogar, lo haría, pero nadie cerca de aquí está en mejores condiciones.

Y nadie le agradecería por un viejo poni que no había servido para nada desde que su apá lo había traído a casa por su cumpleaños número cincuenta. Bueno, eso no era verdad. Ese poni intratable de ojos saltones le había enseñado al ranchero lo que se sentía ser arrojado. Cada vez que él había intentado hacer que Barney cruzara la guardia de ganado en el camino del rancho, el animal había arrojado su trasero a la tierra y trotaba de vuelta a las caballerizas.

Aun así, cada vez que había sucedido, sus progenitores habían sacudido sus cabezas y le habían dicho que se amarrara los pantalones y que volviera a subirse.

Cada una de esas veces había vuelto a ensillar, montar, luego cepillar, dar alimento y agua y revisar pezuñas, porque así era como lo hacía un vaquero. Dios les daba los animales, ellos los cuidaban.

—¿Quieres ese paseo, Barney? —Stetson agarró un ronzal para engancharlo al cabestro del poni. En efecto, la cola se sacudió y Barney retrocedió para esperar que él abriera la puerta de la caballeriza—. Te tengo, amiguito. Te voy a guiar bien.

De una forma u otra, él resolvería esto. Lo haría. Tenía que.

Tomaron rumbo hacia el campo.

—Hay que agarrar al toro por los cuernos, ¿verdad, Barn?

El relincho de Barney atravesó la mañana como una corneta de aire comprimido. Eso hizo sonreír a Stetson. Cierto. A los ponis les importaba un carajo los impuestos o perder la tierra de la que la familia de su amá había sido dueña durante cuatro generaciones y que su apá había expandido a algo maravilloso.

A ellos les importaba el aire fresco, las zanahorias y el pienso suave. Y otros caballos.

Claramente a ellos les importaba una mierda el vaquero acabado que se aparecía con dicho pienso suave, el que estaba perdiendo a su amá y su mente. Oh, eso era gracioso, excepto que no.

Dieron dos vueltas alrededor del prado encercado, Barney estaba animado, ni una vez se

tropezó. Qué buen chico. Stetson lo giró hacia las caballerizas sin que se resistiera, solo siguió al rancharo de vuelta a donde estaba calentito.

Bien, Stetson no estaba seguro de estar de ánimos para pelear esta mañana...

Para lo que sí estaba de ánimos ahora era para ir a ver a Curtis... Sí. Estabuló a Barney y lo acarició antes de ir a revisar a unos cuantos caballos viejos más. Luego quería ir a la casa.

Para cuando regresó a ella, ya se estaba sintiendo como él mismo y se aferró al pensamiento, a sabiendas de que no duraría mucho más que unos días. En el momento que entró y vio la cocina vacía de su amá y la mochila de viaje de Curtis en el piso... bueno, estaría haciendo enojar a esas voces otra vez.

No pasaba nada. Él tomaría lo que pudiera conseguir.

Stetson soltó una risa, un sonido bajo y crudo, cuando vio al vaquero todavía en su cama, agarrado a su almohada. Dios, el hombre era hermoso. Pelo castaño oscuro que se rizaba sobre su frente y nuca, y esos brillantes ojos azules estaban cerrados, enmarcados por unas pestañas oscuras que a la mayoría de las mujeres les parecían injustas.

El rancharo se iba a ir a su tumba amando a este hombre.

De acuerdo. Stetson necesitaba bajar a Santa Fe. Un baño. Cereal. Conducir. Después de todo, esa era su vida. Estos últimos días.

Se quedó mirando un poco más y luego se movió y salió de ahí. Su amá lo estaba esperando.

CAPÍTULO

SEIS

Curtis deseó haber bajado con Stetson, pero el tonto lo había dejado en la cama, una nota estaba pegada en el espejo del baño.

HAY CEREAL EN LA ENCIMERA. El calentador de agua ya funciona bien. Siéntete libre de traer bísquets de salchicha.

EL VAQUERO negó con la cabeza mientras sonreía por el necio ranchero. Lo volvía completamente loco. Como si Curtis fuera a preferir dormir que estar allá. No era ningún haragán y Stetson lo sabía. Alguien estaba huyendo de él.

Su celular timbró. El nombre Miles Bend apareció.

—¡Ey! ¡Amigo!

—¿Dónde putas estás, CT? ¿Estás bien?

—Sí. Un amigo tuvo una emergencia familiar, así que hice una parada para ayudar.

—¿Algo que podamos hacer? —Oh, Miles era un buen amigo.

—Ahora mismo no. Yo te aviso. —Curtis necesitaba llegar al geriátrico, así que se dirigió a su camioneta después de agarrar una barrita de proteína de su mochila. El cereal tenía mucha azúcar. Él necesitaba nueces y un toquecito de miel.

—Ya estás. Te reportas.

—Lo haré. Oye, ¿quién ganó Dallas? —preguntó el vaquero.

—Nate. Anda en racha. Ese pendejo.

—Sí —se rio Curtis—. Lo voy a destrozar en las Finales.

—Lo sabes. Estoy esperando que tú te lleves las vueltas completas. —Miles lo apoyaba.

—Más me vale. Sacrifiqué demasiado tiempo en esta temporada como para no hacerlo. —Curtis se subió a la troca y puso su teléfono en manos libres.

—No me digas. Entonces, ¿dónde diablos estás? Ya sé que dijiste que estás ayudando a un amigo, pero ¿dónde? ¿Texas?

—Santa Fe. —El vaquero hizo una pequeña mueca, a la espera de que Miles lo cuestionara.

—¿Santa Fe? O sea, ¿el lugar donde buscas por Stetson cada vez que viajas?

—Sí. —Suspiró, odiando que la razón por la que estaba aquí fuera muy triste—. Su amá está muy enferma.

Hubo una pausa y luego un suspiro.

—Hombre, qué feo. Lo siento. ¿Podemos hacer algo? —preguntó Miles de nuevo.

—No lo creo. Tiene Alzheimer. Diría que ya está entrando en la última etapa. No recuerda que Stetson y yo no nos hemos visto en años. —El pensamiento le revolvió el estómago e hizo que se le formara un nudo en la garganta.

Esta vez hubo una pausa larga.

—Rezaré para que sea lo más fácil posible. Sé que es un proceso duro.

—Lo es. Odio verla así, pero estaba aferrada a verme. —Él haría todo con tal de verla bien.

—Bueno, está claro que eres un buen hombre —la voz de Miles bajó—. ¿Cómo se ve tu ex?

—Flaco. Cansado. —Hermoso. Seguía siendo lo mejor que Curtis había visto en toda su vida.

—Ah. Bueno, eso es algo, supongo.

¿Qué diablos significaba eso? A lo mejor era una de esas cosas que la gente decía cuando no sabían qué decir. Curtis se rio por lo bajo.

—Sí. Te echo un grito si necesito tu ayuda, compa. Lo prometo.

—Ánimo y recuérdanos. No te pierdas en el desierto.

—No lo haré. Hasta luego. —Terminó la llamada y navegó a través de la radio para encontrar algo que lo despertara un poco más. Curtis odiaba admitirlo, pero ahora que era mayor podía verse quedándose más tiempo y dejar que el desierto lo envolviera y clavara sus botas en el suelo.

Dejar que Stetson se hundiera en él, dentro de su puta alma.

Era el camino de la locura. Nunca habían logrado hacer que las cosas funcionaran. Querían cosas distintas y ninguno de los dos quería cambiar. Diablos, no era sano hacer eso, ¿cierto? ¿Intentar cambiar a alguien? Era mejor dejarlo.

Curtis dejó salir una risilla, el sonido demasiado crudo. Conducir. No pensar. Haría una parada en Santa Fe para pasar por unos burritos y unos bísquets de salchicha para desayunar. Era mucho más fácil conseguir claras de huevo en Santa Fe que en Española.

Él de lo que sí tenía ganas era de un estofado de pollo con chile verde. Tal vez lo pediría esta noche. Tenía la sensación de que Stetson querría regresar a la casa otra vez, recargar la pila con los caballos y todo eso. Podría encender una fogata en el pozo, beber una cerveza.

Agarró comida y buen café, luego hizo su camino hacia el geriátrico. Era hora de visitar a doña Betty y de pasar un poco de tiempo con su Hombre Equivocado.

Un nuevo personal de enfermería lo saludó esta mañana y deseó haber comprado donas o algo por el estilo para ellos. Este tenía que ser el trabajo más feo de todos, trabajar con personas y sus familias histéricas. Eran unos santos, todos ellos.

Stetson estaba saliendo mientras él entraba, su rostro era una nube negra.

—Necesito un cigarro.

—¿Qué pasa, amor? —Oh-oh. Eso no se veía bien—. Traje comida.

—Gracias. Está de malas. Solo necesito unos minutos, ¿está bien?

—Claro. ¿Por qué no vas y comes en la camioneta? Le traje a Betty un par de *hash browns*.

—Le van a encantar. Gracias, vaquero. Te aprecio.

«Te aprecio».

Dios, ¿cuándo esas palabras se habían convertido en algo que ansiaba oír?

—Échame un grito si necesitas que vaya contigo un rato.

Curtis se metió antes de que pudiera decir algo más, porque solo quería ir a sentarse con Stetson, y se suponía que estaba aquí por doña Betty.

Ella estaba sentada en su cama, sus mejillas tan rojas como las de su hijo.

—Curtis.

—Hola, doña Betty. ¿Cómo está el día de hoy? Le traje papa frita.

—Yo... me siento avergonzada, siendo honesta. Stetson dejó que pensara... Debes pensar que soy una vieja cascarrabias, y qué lindo de tu parte que vinieras y... Papa frita, ¿eh?

Él enarcó una ceja.

—Sí, señora. Sé que le gustan.

—Gracias. Sé que ya no eres su pareja. Hizo que te fueras, te echó. Ya me acuerdo.

Curtis hizo una mueca, deseó que el ranchero le hubiera advertido que «de malas» significaba lúcida y enojada al respecto. Además, había sido más bien como que *él* se había ido en un arranque de ira y que Stetson no había salido corriendo detrás de él—. Ambos metimos la pata, doña Betty.

—Sí, bueno, fue lo más tonto que ha hecho. Dejarte ir.

—Uy, lo dudo —Curtis guiñó un ojo—. Los hombres son unos tontos, ¿no es así?

—Sí. —Ella negó con la cabeza—. Se ve de la mierda, y si no deja de fumar, lo voy a agarrar a nalgadas.

—Yo le digo. —El vaquero se sentó en la silla que Stetson había desocupado y sacó la comida—. De verdad lamento que no se esté sintiendo bien, doña Betty.

—Me estoy muriendo y ambos lo sabemos. ¿Estás aquí por mí o por Stetson?

Los ojos de Curtis se encontraron con la mirada directa de la mujer, una sonrisa curvó su boca. Esta era la Betty que él conocía y amaba.

—Estoy aquí porque él me pidió que viniera.

—Excelente. —Ella se comió parte de un *hash brown* y luego lo bajó—. Estoy cansada. Quería que Stetson fuera feliz. Eras tú. Él era feliz contigo.

—Tuvimos buenos momentos, eso es seguro. —¿Qué más podía decir?—. Yo todavía lo amo. Es solo que teníamos ideas diferentes, es todo.

—Sí. Él es de casa. No sacó eso de su apá, para nada.

Curtis no estaba seguro de eso. Parker Major había dejado a su familia con regularidad por el circuito cuando Stetson era un bebé y había muerto en el ruedo cuando Lazador era un adolescente. El vaquero consideraba con certeza que la necesidad de una base estable había venido de su papá.

—¿Quiere té o algo? —preguntó él, saltándose esa discusión.

—No. No, no creo. —Ella le ofreció una media sonrisa—. Siento que tengas que ver esto. Stetson no debió haber llamado solo porque estaba siendo tonta.

—Es un buen hijo, Betty. Un buen hombre.

—Lo sé —suspiró ella—. Me preocupa lo que hará cuando yo no esté, es todo. El rancho está empeñado hasta las nubes.

—Cállate, amá —la voz de Stetson espetó, con suficiente filo como para cortar—. Estoy bien.

Betty hizo una mueca con la boca.

—Claro, hijo. Estás estupendo.

Señor, Curtis odiaba estar en medio de cosas familiares.

—Gracias por el desayuno, vaquero. Lo aprecio. ¿Comiste tus *hash browns*, amá? —Stetson se paró cerca de la cama, cerrando la conversación de tajo. Habría sido más impresionante si no hubiera sido triste.

—Sí. —Ella levantó otra pieza y mordisqueó—. Gracias, Curtis.

—De nada a los dos. —Curtis trató de sonreír con la intención de calmar las aguas.

El ranchero tenía una expresión seria, pero se mantuvo en silencio y pronto doña Betty se puso a parlotear sobre algo de lo que el vaquero no sabía nada, algo de algún momento en su memoria. Su mirada atenta se había nublado otra vez, y Curtis se preguntó si esa era una retirada estratégica o una pérdida real de uno mismo.

Por la triste resignación en el rostro de Stetson, imaginó que era lo segundo.

Qué horrible. Esto no era justo, no lo era para nada. Él prefería ver a una doña Betty mordaz que a esta mujer, casi niña, en blanco y confundida.

—Hola, señora Betty. Es hora de su baño. —Una enfermera alegre y redonda entró, le sonrió a él y luego a Stetson—. Sophia está aquí para hacerle el cabello.

—¿Sophia me agrada, hijo? —Ella miró al ranchero, luego a él, y Stetson asintió con la cabeza.

—Sí, amá. Es muy amable. Vamos, vaquero. Hora de irse.

—Nos vemos después, doña Betty. —Curtis se agachó para besarla en la mejilla, vio una lágrima ahí, mas no lo mencionó. Eso sería grosero.

—Estaremos abajo, amá —murmuró Stetson—. Disfruta de tu peinado, ¿sale? Sophia es una mujer amable. Te pintó las uñas de los pies, ¿te acuerdas?

El rostro entero de Betty se iluminó ante esas palabras.

—¡Sí! Me gustan los colores bonitos.

—Ahí está.

Curtis agarró la bolsa de comida y siguió a Stetson para salir de la habitación, podía escuchar a la enfermera platicar con Betty. Hombre, ¿solo había sido media hora ahí dentro? Se sentía como si el reloj se hubiera detenido.

—Perdón por eso. Ella va y viene.

—Me imagino. Es bastante mordaz a veces, ¿eh?

—Sí. Eso es casi peor. Luego se encabrita.

—Supongo que sabe que algo no anda bien. —Eso ciertamente encabritaría a Curtis. Les temía a las lesiones en la cabeza por esa justa razón. Nadie quería estar atrapado dentro de un cuerpo dañado. Peor era estar atrapado en un cuerpo funcional y ya no ser tú.

Stetson asintió y lo condujo hacia la tranquila salita con sillones grandes y viejos, algunas mesas y una televisión antigua que estaba transmitiendo un programa de entrevistas.

—¿Dormiste bien?

—Sí. Habría venido contigo, Lazador.

—Me fui temprano, pero gracias. Trato de pasar un par de noches en el tráiler, solo para ahorrar.

Gasolina. Llantas. Aceite. No lo dijo, pero Curtis lo entendía.

—Mierda. Puedes dejar tu troca aquí y llevarnos el coche rentado a casa esta noche. Tienes una cuatro por cuatro si necesitas algo en el rancho, ¿verdad?

—Así es. Es mejor que una camioneta de trabajo, ¿sabes?

—Sip. Navega mejor por los espacios más apretados, incluso con un tráiler. —Bum. Bien hecho. Se había conseguido un copiloto para el regreso a casa.

No se le ocurría algo más preciado que un momento a solas con Stetson en la oscuridad, música de fondo y los kilómetros pasando. Bueno, a menos que fuera cogerse a Lazador hasta que ninguno de los dos pudiera ver, pero eso no era lo que su vaquero de la montaña necesitaba ahora mismo, ¿o sí?

No era que Curtis odiara el concepto de esa idea. En teoría, sonaba maravilloso. Él solo necesitaba decirle a su pito que mantuviera un perfil bajo y darle espacio a Stetson para respirar.

Por ahora.

El ranchero abrió su café y le dio un buen trago, luego se apoyó contra los cojines.

—Todavía tengo dos burritos. —Había pedido uno de claras, pero el resto eran normales en caso de que alguien quisiera uno.

—Te acepto uno, si no lo quieres. —Stetson asintió—. Aunque me comí un bol de cereal esta mañana.

—Oye, si te comes uno, yo también. —Curtis siempre había sido capaz de sonsacar al ranchero para que comiera cuando él lo hacía.

—¿Sí? Gracias. Lo aprecio. Sigo diciéndolo, pero es la verdad.

—Oh, Lazador. Es porque me importa, es todo. Siempre ha sido así.

—Sí. Sí, eso no siempre fue nuestro arreglo.

—Lo sé. —El vaquero estaba empezando a preguntarse por qué su arreglo había sido algo tan grande que se fue.

Diablos, él quería saber por qué coño no podían tener un nuevo arreglo que no involucrara el sufrimiento. Bueno, parte de eso era la mamá de Stetson, suponía él, al menos por ahora.

Curtis quería arrastrarse al sofá con él y acurrucarse juntos. Sentía este terrible deseo de abrazar a Stetson todo el tiempo, lo cual era más o menos contraproducente porque no podía proteger al ranchero de nada de esto.

—¿Hay algo más que pueda hacer? Me puedo quedar por una semana, así que bien podría echarte la mano.

—¿Tanto tiempo? —Stetson le sonrió, la expresión era una mezcla de diversión y anhelo—. Tendré que comprar pechugas de pollo y claras de huevo para alimentarte.

—Tienes mucho cereal —reconoció Curtis—. Yo puedo comprar las cosas. En todos lados hay un Whole Foods.

—Como cereal y cualquier cena congelada que esté en descuento.

—Bueno, como dije, yo compraré la comida. Sé que soy una diva. —Él debía tener incluso más cuidado ahora. Antes, comía tan ligero que podía echarse una cerveza. Ahora, subía de peso con solo mirar a una hamburguesa como la otra noche en la cenaduría.

—No, tienes una carrera que proteger.

—Así es. Al menos por un tiempo más. —El vaquero se rio por lo bajo cuando pensó en cómo su hombro a lo mejor no aguantaría demasiadas temporadas. Los toros y los broncos se hacían más fuertes cada puto año. ¿Y él? Bueno, él no.

—Eres el mejor, vaquero. Tienes mucho de lo que estar orgulloso. —Esa mirada oscura chocó con la suya y la sostuvo, ruborizándolo.

—Gracias. Veré el bajarle un poco el siguiente año. Este tiene que ser el bueno.

—Lo lograrás. Tengo mi fe puesta en ti. Después de todo, montaste a Appleseed.

—Sí y todos predijeron que ese me mataría.

—Me gané un buen dinero al apostar por ti.

—No inventes. Bueno, apuesta por mí en el *all-around*. Voy a lograrlo. —Curtis sabía que el cálido estadiño de placer era tonto, no obstante, se esparció por todo su vientre de todas formas.

—Ya quedamos. —Stetson asintió como si fuera un hecho, agarró su vaso de café y bebió.

—¿Quieres salir de aquí por un momento, Lazador? ¿Conducir un poco o algo?

—Dios, sí. Odio estar aquí. El olor a antiséptico...

El vaquero se daba una idea. Él había estado en el bendito hospital una vez durante una semana entera y eso lo había vuelto loco.

Esto tenía que ser una especie de infierno.

—Pues entonces avisémosle a la estación de enfermería para que sepan y marchémonos. —
Curtis se levantó y esperó a que Stetson se le uniera.

El rancho tomó su mano, se levantó y lo sorprendió con un fuerte y rápido abrazo.

—Sé que no es real, vaquero, pero...

Curtis lo tomó, el olor a Old Spice y a jabón Irish Spring era fuerte. Amaba tocar a este hombre. Los dos encajaban a la perfección. Siempre lo habían hecho.

—Cállate. —Le dio palmaditas a Stetson en la espalda—. Te tengo.

—Yo... Vamos. Tenemos que movernos. Podemos solo conducir. —El rancho avanzó decidido a la estación de enfermería.

—Tomaremos mi camioneta. —De esa manera Stetson podía fumar y sería menos improbable que quedaran varados.

—Me parece bien. —El hombre podía esconderse tras el ala de su sombrero mejor que cualquiera que él hubiera conocido—. Puedes conducir tú.

—Claro, amor. —A Curtis le encantaba conducir por Santa Fe, con su extraño laberinto de caminos y locos edificios. Tal vez podrían incluso ir a Madrid y regresar.

No importaba el lugar, siempre y cuando Stetson se relajara. Estaba tan tenso que podría explotar, y eso no le hacía bien a nadie.

Quizás Curtis podría alimentarlo también. Algo decente para que pudiera observarlo comer. Él vivía por los sexis sonidos que el rancho hacía cuando comía carne asada o pastel de queso.

A lo mejor *cannoli*. Ver eso le daba una felicidad a Curtis que no quería soltar.

—¿Por qué estás sonriendo tanto? —le preguntó Stetson después de haber dejado una nota en enfermería para que llamaran si algo sucedía.

—Estoy pensando en verte comer. —Si ya iba a pecar, lo haría bien y con ganas. La declaración era honesta por lo menos.

Stetson parpadeó antes de adquirir una cálida y complacida sonrisa.

Eso. Curtis lideró el camino hacia la troca, un saltito en su andar. De acuerdo, la situación apestaba. Eso no quería decir que no sacarían lo mejor de ella.

El vaquero tenía al que quería por un par de días. Bien podría dejarse ir como hilo de media.

CAPÍTULO SIETE

Stetson había llamado a enfermería y le dijeron que su mamá estaba profundamente dormida, el baño y el peinado la habían agotado, así que ellos dos se dirigieron al rancho mientras aún había luz del día.

Fue entonces cuando recordó por qué vivía ahí, por qué se quedaba. Su alma estaba en ese terreno, enterrada en la tierra. El cielo era inmenso y azul, el sol se filtraba en sus huesos y hacía que el frío pareciera no estar allí.

Curtis silbaba mientras paleaba estiércol como un hombre poseído. Tan bobo, feliz de hacer algo por el rancho.

Stetson se encontró a sí mismo anhelando ensillar a Bell y Vixen y llevarlos hacia el río. Necesitaban el ejercicio y no era como si estuviera haciendo calor o algo parecido. Se quedó mirando al horizonte, el anhelo era enorme.

—¿Quieres montar, Lazador? —le preguntó Curtis.

—¿Cómo supiste? —Él no había abierto la boca.

—No dejas de ver las nubes. No he tenido el placer de montar desde que fui a visitar a Shelly en Montana hace unos años.

—No inventes. Eso fue hace mucho tiempo, vaquero. Podríamos ir ahora.

—Podríamos. —Curtis se acercó y luego lo empujó con su cadera—. Juguemos.

—Iré por las sillas. Tú ve por los caballos.

—Indícame dónde. —Curtis le dio una palmada en la pierna, tan encantado que era palpable.

El vaquero ya no conocía a sus caballos, ¿verdad? Stetson chifló y Bell y Vixen se acercaron enseguida, ansiosos por salir.

—Oh, qué guapos. —Curtis enganchó ronzales a cabestros y condujo a los caballos hacia el corral para ensillarlos.

Manta. Silla. Cincha. Los movimientos eran fáciles, naturales. Stetson encontraba paz en las acciones simples, en la calidez y olor de los caballos.

—Deberías montar todos los días, Lazador. —Curtis lo estaba observando como un halcón.

—Lo hago cuando tengo tiempo. —El rancho trató de no ponerse a la defensiva. El hombre quería lo mejor para él. No había ninguna acusación ahí. Solo un deseo de que hiciera lo que amaba.

—No me refería a eso, tonto. Me refería a que se nota que te hace feliz.

—Lo hace. Amo a los caballos, lo sabes. —Sus caballos eran todo su mundo. Las cabras, los burros y todo lo demás eran increíbles, pero a los caballos los necesitaba como al aire. Había días, incluso años, donde nada más tenía sentido.

—Sí, señor. Más que a nada. —Curtis tomó las riendas una vez que tuvo a Bell listo. Luego

midió los estribos contra un brazo. El corazón de Stetson se expandió al ver la fluidez del movimiento, la forma en que el vaquero estaba hecho para esto, casi como él.

El rancharo preparó a Vixen en un abrir y cerrar de ojos, la yegua pataleaba y movía la cabeza de un lado al otro de la emoción.

—No me hagas ponerte un lazo, enfadosa.

—Ya está lista, ¿eh? —Curtis sonrió antes de subirse a Bell con facilidad.

—Es una cabezona y necesita ejercicio. —Stetson se acomodó en la silla, sintiendo que ahí era donde pertenecía, sin lugar a dudas, hasta la médula—. Vayamos al agua, veamos qué hay.

—Suenan bien. Indica el camino, ¿va? Ha pasado mucho tiempo. —El vaquero no daba la apariencia de no haber estado en una silla.

—No lo parece.

—Gracias, Lazador.

Curtis lo había apodado así desde que se conocieron. Stetson había alzado su labio antes de que dijera: «Los vaqueros de rodeo son solo sombrero y nada de ganado».

Curtis se había reído para luego decir: «¿Qué eres, un lazador?».

Stetson lo era, mas no profesionalmente. Era vaquero de profesión. Ganado. Caballos. Tierras. Trabajo periódico de carpintería aparte. Quizás era más que periódico.

Se pusieron en marcha, el viento soplaban fuerte y le robaba el aliento. Le fascinaba. Le encantaba cómo el aire frío de verdad rizaba los vellos de la nariz, cómo el cielo estaba tan claro y la tierra era tan roja, tostada, vibrante.

Por primera vez en meses, sintió que se relajaba, se permitió sentir que estaba en casa. Esbozó una sonrisa cuando Vixen echó la cabeza hacia arriba otra vez, entonces le soltó las riendas.

—Vamos, chica.

Empezaron a correr, Vixen partió a toda velocidad, sus pezuñas levantando la tierra. Stetson oyó a Curtis gritar de emoción y de pronto Ben estaba detrás de ellos, empujándolos. Pero de ninguna manera Bell superaría a Vixen.

El rancharo se inclinó hacia delante para reducir la resistencia y dejar que la velocidad lo bañara. Se abalanzaron hacia el río, Vixen segura de sí misma sobre la tierra irregular, esquivando piedras y maleza.

«Por favor, Dios», rezó. «Ayúdame. Ayúdame a sobrevivir a esto. Te necesito».

Redujeron la velocidad a una vuelta perezosa antes de llegar a la ribera del río. No quería a Vixen demasiado cerca de tierra suelta. Si quería beber agua, había un atajo a unos noventa metros río abajo.

—Por Dios, bebé. —El deseo en la voz de Curtis lo sorprendió y alzó una ceja a modo de pregunta—. Lo que es verte montar.

Stetson sintió que se sonrojaba, de la cabeza a los pies, simplemente se inundó de calor. Esos ojos azules observaban cada detalle y no podía escapar de ellos. No quería hacerlo.

—Naciste para ello, lo juro por Dios. —El vaquero no ocultó su hambre, la forma en que quería tocar. Saborear.

Oh, Dios. Stetson recordaba eso.

Curtis tenía una boca maravillosa y amaba usarla. Besaba, chupaba, lamía... Su verga se endureció, lo cual lo sorprendió un poco. Aún funcionaba. Hurra.

Se removió en la silla y Curtis le sonrió como si supiera lo que estaba pensando. Diablos, tenía que ser obvio, incluso si estaba sentado sobre cuero.

—Pórtate bien. —El rancharo no quería eso. De hecho, estaba esperando todo lo contrario.

—Demasiado tarde para eso, Lazador. Soy un chico malo.

—Donjuán. Recuerdo demasiado bien lo malo que podías ser.

—No soy un donjuán. Estoy aplicando una intención. Voy a tenerte, Stetson. —Curtis era tan malditamente... sexual. A él siempre le había encantado eso.

—¿De veras? —A Stetson no le importaba. De hecho, puede que fuera a rogar por ello, solo por una vez más.

—Sí. He estado pensando mucho en ello y considero que es lo que ambos queremos, aunque solo sea mientras estoy aquí.

—Lo es. —Por qué resistirse, ¿cierto? Stetson no iba a obtener otras oportunidades más para esto. Mierda, sus oportunidades iban en picada derecho al infierno.

—Listo. —Curtis se rio entre dientes antes de darle un empujón a Bell con un pie para que caminara a lo largo del río.

Deambularon sin prisas, sin hablar, simplemente estando ahí. Los caballos parecían sentirse de la misma manera, sus colas y orejas iban de un lado a otro. El viento no silbaba aquí abajo, el sonido del río corriendo sonaba de fondo.

A Stetson le gustaba que el vaquero no necesitara parlotear, que pudieran estar quietos. Se detuvieron en un claro donde él podía ver directo hacia las montañas. Este era el lugar favorito de su mamá, este pedazo de tierra.

«Nací justo allí, hijo, en la misma casa donde nació tu abuela, justo allí». Él podía escucharla, claro como el agua, contándole historias de su gente, una tras otra, generaciones de amor justo aquí.

Casi se dobló del dolor en ese momento. Ella nunca vería esta vista otra vez, no en persona, y si le mostraba una foto, ¿se acordaría?

Vixen bailó debajo de él y Curtis se estiró para alcanzarlo, tan rápido como cualquier hombre de seguridad que alguna vez había visto en un ruedo.

—Resiste, Lazador.

—Lo estoy intentando, Curtis. Me falta el puto aliento.

—Lo sé. Quiero mejorar las cosas para ti.

Pero no podía. Nadie podía. Stetson agarró la mano de Curtis y se aferró a ella. Eso era lo mejor que tenía.

El vaquero tiró de él para bajarlo de la yegua, luego lo atrajo en un abrazo que casi dolió, lo necesitaba demasiado. Sus caballos estaban atados al suelo, así que no se preocupó por eso, solo se aferró.

No lloró, no besó ni pensó. Solo se sujetó fuerte. La sólida sensación de Curtis sosteniéndolo y respirando con él lo hizo sentir mejor. Mucho mejor.

—Lo siento, vaquero. En un mundo perfecto... —Bueno, él sería rico, tendría estabilidad y sería uno de los patrocinadores de Curtis Traynor, no un granjero sucio en la ruina.

—Eso nunca va a pasar. —El vaquero besó su mejilla de forma platónica—. Nadie quiere la perfección, Lazador.

—Conveniente, ya que nadie la tiene. —Stetson miró hacia la vista, la hermosa visión del azul brillante encima de la tierra roja del desierto.

—Está tan silencioso aquí. —Curtis se oía complacido, no infeliz. El ranchero suponía que la vida de rodeo rara vez era silenciosa. Esa había sido una de las razones por las que no había querido ir con él. No la razón principal. Diablos, ni siquiera estaba dentro del top diez, pero era una razón.

—Es el paraíso. —Stetson creía eso con todo su corazón. Este rancho y esta tierra eran lo

más cerca que podía esperar estar del Señor.

—Es el país de Dios, eso es seguro. Y yo soy de Texas, así que eso es decir algo. —Curtis dejó salir una risilla, un sonido pequeño.

—Prometo no contar que fuiste infiel, vaquero.

—Gracias. —La risilla se convirtió en una risa real—. Tengo que defender la Estrella Solitaria o me van a sacar a patadas.

El ranchero esbozó una sonrisa y se apoyó en los brazos del otro hombre por un segundo más, luego retrocedió para sostenerse con sus propias botas agujeradas.

—¿Estás listo para seguir montando, amor? Quiero ver un poco de ese pueblo fantasma.

—Vamos. ¿Quieres agua? Agarré un par de botellas.

—Te la acepto. —Curtis tomó la botella, esa garganta larga y bronceada trabajando duro mientras el vaquero tragaba. Stetson quería tocar, quería sentir cómo subía y bajaba esa manzana de Adán bajo sus dedos.

Respiró hondo. El pueblo fantasma. Habían ido allí muchas veces cuando Curtis vivía con él.

No había red en esta zona tan alejada. Nadie podía molestarlos. El ranchero solo quería seguir montando, olvidar todo lo demás por un buen rato.

A lo mejor era culero de su parte, pero podía vivir con ese hecho.

—Oye. —Cuando volteó, Curtis le regaló una sonrisa—. Puse unas barritas de granola en mi bolsillo.

—¿Sí? Compartiré una contigo. —El vaquero seguía tratando de alimentarlo; debía estar todo flaco.

—Genial. Muero de hambre. —El aire más fresco y la altitud significaban que Curtis necesitaba más también. El hombre no tenía una onza de grasa que le sobrara.

—Eso no me sorprende. Estás en tu peso mínimo. ¿Estás esperando volver?

—Quiero que ya termine la temporada, así que, un poco sí. —Curtis se encogió de hombros antes de que sacara una barrita para compartirla entre los dos—. No lo sé. Estoy pensando en saltarme la temporada de las ferias de ganado en enero.

—¿De veras? He ido a Fort Worth unas cuantas veces, pero ya tiene tiempo que no voy. —¿El vaquero estaba pensando no asistir a los eventos grandes? Eso no era buen augurio.

—Se gana muy buen billete ahí, pero si gano la temporada este año, puedo tomarme un descanso antes de Austin, a lo mejor.

—¿Eso es cuándo? ¿Marzo? ¿Abril? —Stetson nunca había estado allí. Austin era caro, especialmente ahora.

—Sí, más o menos. Houston es casi al mismo tiempo —suspiró Curtis—. No tengo dónde quedarme cuando no estoy viajando, así que tal vez sea un sueño guajiro.

Él abrió la boca para decirle al vaquero que podía quedarse en la casa, pero ese también era un sueño guajiro. Curtis había venido a ver a su amá y él no tenía forma de saber si ella estaría aquí para la primavera.

—Tienes que comprar tu casa.

—Eso es lo tuyo, Lazador. Yo nunca pensé que viviría tanto tiempo como para considerar el retiro.

El ranchero no sabía qué carajos contestar a eso. «Lo suyo», como si esta casa, este terreno, fuera solo otro peso sobre sus hombros cuando él vendería su alma para conservarlo.

—No fue mi intención hacerte enojar, bebé.

—Ya no soy tu bebé —espetó Stetson—. Coño. Aprecio que vinieras, pero no tienes que quedarte. Hiciste feliz a mi amá. Para eso viniste. Te prometo que el pasto no va a crecer y

envolverse alrededor de tus botas para retenerte aquí. No es esa temporada del año y no tenemos agua suficiente para eso de todos modos.

—Wow. Wow. ¿Por qué tan esponjado? —Curtis se veía muy confundido y aquello solo hizo que el ranchero se encabronara más.

—¿Por qué estaría esponjado? No tengo razón para estar esponjado, hombre. Te fuiste y ambos sabemos que nunca volviste a buscarme. Ni una sola vez. Pudiste haberlo hecho... en cualquier momento. En cualquier puto momento pudiste haber llamado y dicho algo, pero no lo hiciste. —Apretó los puños y ambos caballos comenzaron a agitar sus cabezas a la vez que gimoteaban ante la tensión en el aire.

—Tu tampoco.

—¿Qué?

Curtis se encogió de hombros, curvó el labio lo suficiente como para que Stetson quisiera moler a puñetazos al bastardo ese.

—No vi que llamaras o que vinieras a un evento. No te vi buscando por mí, así como yo no te busqué. Deja de llorar y supéralo, puta madre. —El vaquero se dio media vuelta para que los dos quedaran cara a cara. Entonces, una mano aterrizó en el centro de su pecho, no era un golpe como tal pero tampoco era una caricia—. ¿Quieres pelear, Lazador? Échale. Dejaré que me partas la cara y puedes fingir no saber que te dejé hacerlo. Rompimos, carajo. Yo era un chamaco con huevos y sueños y a ti te daba puto miedo irte de aquí en caso de que cambiara y no estuvieras para verlo. Ahora eres un cabrón solo y viejo con una madre que se está muriendo y yo vivo en mi puta camioneta persiguiendo los reflectores y los broncos. A lo hecho, pecho, solecito y deja de creerte tan putas importante.

—Jódete, Curtis. —Mierda. Nunca había oído al otro hombre decir tantas palabras de corrido.

—Hay un montón de cadillos aquí, Lazador, y estoy demasiado viejo para esa mierda.

Dios, ese cantadito lento lo hizo querer sonreír.

—Te extrañaba. Me daba miedo llamar. ¿Qué si no te acordabas de mí? —Stetson sintió que la pregunta le raspó el alma como un cepillo de alambre.

Curtis dejó salir un sonido triste.

—Como si no fuera reconocerte estando borracho o muerto. No existe un mango para el cuchillo que afilamos entre nosotros.

No. No, eso era verdad. Se habían causado heridas profundas el uno al otro.

—No me gusta imaginarte viviendo en tu troca, Curtis.

El vaquero le obsequió una sonrisa cálida que amenazaba con echar raíces dentro de él.

—Y a mí no me gusta pensar en ti lidiando con esto solo, Lazador.

—Eres bienvenido a quedarte aquí durante las festividades. Yo solo... mierda, olvídale. ¿Quién quiere estar aquí así? —Las mejillas del ranchero ardieron con una mezcla de furia, anhelo y vergüenza.

Se miraron fijamente durante un largo y callado minuto. Diablos, puede que hubiera sido un mes el que estuvo parado ahí, perdido en los ojos de Curtis, antes de que el frío o el peso combinado de toda su mierda junta los alcanzara y retomaran la conversación donde la habían dejado.

—Me encantaría quedarme para Acción de Gracias. No tengo que estar en ningún lugar hasta dos días antes de las Finales.

—¿Lo harías? —Las palabras salieron de su boca antes de que Stetson pudiera pensar en tragárselas.

—Sí. —La cara del vaquero se iluminó—. Me la he pasado quedándome en hoteles los últimos años. Carajo, preferiría comer en el Golden Corral contigo que hacer lo otro.

—Probablemente lo hagamos. Después de la comida de mi amá en el hospital.

—Me agrada. —Curtis usó su pie para indicarle a Ben que se acercara, las piernas de ambos hombres se rozaron—. Cualquier cosa contigo.

—Sí. Me pasa —Stetson dejó salir un suspiro suave—. Está haciendo más frío. Tenemos que volver y repartir comida.

—Deberíamos irnos. —El pueblo fantasma estaba justo a la vista, el tejado de la oficina minera seguía intacto. Curtis señaló hacia este con su cabeza—. ¿Te acuerdas del fin que acampamos ahí?

—Me acuerdo. Casi se nos congelan los huevos. —Sin embargo, habían logrado mantenerse calientes. Habían realizado unas acrobacias increíbles.

—También encontramos una forma de entrar en calor —dijo el vaquero, haciendo eco de sus pensamientos.

—Lo hicimos. Aunque esa familia de coyotes no estaba nada feliz de que nosotros estuviéramos ahí. ¿Recuerdas cómo aullaban? —Había sido jodidamente inquietante para Stetson, y eso que él había crecido rodeado de animales. A Curtis casi le había dado el patatús.

—Diooos. Pensé que iban a comernos. —No habían parado de reírse al día siguiente.

—Jesús, aullaban muy fuerte.

Ambos hombres se giraron hacia el rancho mientras se reían entre dientes. Señor, podía recordar a Curtis corriendo a la puerta, desnudo, para arrojarles leña a los coyotes mientras chillaba como mono.

Stetson comenzó a reírse con más ganas, lo que hizo que Vixen bufara y agitara la cabeza.

—No hagas que te tumben, Lazador.

—No. No, ha sido un muy bien día para eso. Gracias por esto.

—No hay de qué. —El vaquero le dedicó una sonrisa como si todo esto fuera perfecto. Debería serlo, si no fuera porque su mamá estaba muriendo.

Aun así, era lo que era y él iba a tomarlo.

CAPÍTULO OCHO

—H ola, doña Betty. Parece que tienen un gran festín puesto en el comedor. —Curtis había entrado mientras Stetson estacionaba la camioneta. Seguían usando la rentada, pero él trataba de no conducir en la nieve, Dios sabía que estaba cayendo fuerte allá fuera.

Betty había comenzado a decaer bastante después de la mañana donde había estado tan consciente y presente. Había dejado de hablar en su mayoría y miraba a su amado té helado como si fuera algo desconocido para ella. Era como si hubiera tenido ese maravilloso momento de claridad porque estaba a punto de perder lo poco que le quedaba. Esperaba que Dios les hiciera un pequeño milagro, solo un día en donde ella pudiera estar bien.

La mujer se le quedó mirando y parpadeó despacio, como un lagarto aturdido por el sol.

Curtis tomó una silla.

—Stetson viene en camino. ¿Está emocionada por probar el pay de calabaza?

—¿Eres enfermero? —preguntó ella—. Yo tengo una enfermera.

—No, señora. Mi nombre es Curtis y soy amigo de su hijo. —El vaquero mantuvo su tono animado. Mostrar que él estaba disgustado solo la alteraría.

—Stetson. El nombre de mi hijo es Stetson. Él está trabajando con los caballos hoy. —Con eso sonrió, como si el pensar en el ranchero fuera un rayo de luz.

—¿Sí? A lo mejor la viene a ver. Es el Día de Acción de Gracias.

—¿Mi amá vino y trajo su pay? Ella siempre hace pay y yo hago el pavo y los tamales.

Stetson entró.

—Hola, amá. ¿Estás teniendo un buen día?

—¿Dónde está tu abuela Flora? —Betty estaba escalando. Curtis sabía que su cercanía podría estar afectándola, así que se levantó de la silla y se movió al fondo de la habitación.

—¿Tienes antojo de pay, amá? —Stetson se acercó a ella y esbozó una sonrisa, pero no era feliz. Era muy triste.

—Ella siempre hace pay, mi vida. —Doña Betty le sonrió a Stetson al mismo tiempo que extendía su mano.

—Así es.

La mujer frunció el ceño.

—Parker, quería decirte que no pude hacer dulce de azúcar.

—A mi apá no le va a importar.

—Es que no tuve tiempo. —Betty le dio unas palmaditas a la mano del ranchero—. Pero me hice el cabello.

—Se ve genial. ¿Quieres sentarte en la silla y ver el área del comedor?

—No. No quiero ir a ninguna parte ahora mismo. Quiero ver el desfile.

—Creo que el desfile ya terminó, amá.

—¡Quiero ver el puto desfile! —Su grito fue alto y repentino e hizo que el vaquero diera un brinco.

—Curtis, ¿puedes ir por alguien de enfermería, por favor?

—Sí. —Se precipitó por el pasillo, buscando a alguien que pudiera ser capaz de ayudar—. La señora Major necesita a alguien —le dijo a Anna en el turno de recepción.

Curtis podía oír lo histérica que estaba Betty, entonces, se oyó el sonido de piel con piel.

El personal de enfermería entró corriendo y Stetson salió de la habitación, la huella de una mano en su rostro como si estuviera pintada ahí.

«Carajo». Curtis caminó hacia él y puso su mano en la cadera del ranchero.

—¿Estás bien?

—Sí. Sí, voy a... voy a salir a fumar.

Betty estaba gritando el nombre de su difunto esposo. Dios, esto era horrible.

—No. Ven a sentarte en la troca conmigo por un minuto. —Nada de fumar, maldita sea. Eso era malo para el cuerpo.

—Solo por un minuto. —Stetson estaba comenzando a perder la compostura.

Curtis lo llevó afuera y lo metió a la camioneta. Jesús, la nieve había ahogado al pueblo entero, lo hacía ver como si las únicas dos personas ahí fueran ellos dos.

El vaquero podía sentir al otro hombre temblar bajo su mano.

Lo dirigió al asiento trasero de la gran cabina, donde ambos podían sentarse juntos, luego lo atrajo a sus brazos.

—No sé cómo puedo hacer esto —el susurro era suave y estaba lleno de miedo.

—Ay, amor. Lo siento. Te tengo. —Así era. Él regresaría después de las Finales. Se quedaría tanto tiempo como pudiera, porque Stetson lo necesitaba.

—Porque soy tremendo premio. Ni siquiera pude quedarme despierto ayer para coger.

—Oye. —Curtis le acarició la mejilla—. Necesitas descansar más que otra cosa. Lo entiendo, ¿de acuerdo? Solo respira.

¿Cuándo había envejecido el ranchero? Las líneas marcadas en ese querido rostro se debían más a la preocupación que a sonreír. Este ni siquiera era un hombre de mediana edad. Stetson todavía era joven, carajo.

El vaquero tenía este loco impulso de amarrarlo, sentarse en el asiento del conductor y marcharse. A donde fuera. Glenwood Springs. Jackson Hole.

Diablos, a Durango. Incluso a Denver. Le daba igual; él solo quería escapar. Eso no ayudaría y no sería lo correcto, en especial para Betty. Aun así, el impulso estaba ahí.

—Vaya Día de Acción de Gracias, ¿eh?

—Así pasa cuando sucede —dijo Curtis contra el cuello del ranchero.

—Sí. Así pasa.

—Solo lamento que esté teniendo un día difícil. ¿Qué hacemos ahora?

—Esperar a ver si tienen que sedarla. Si lo hicieron, nos vamos y cenamos juntos.

—Okay, sí. ¿Quieres que vaya a checar?

—No. Le voy a mandar mensaje a Mari. Ella tiene que saber. Es una buena mujer.

—Genial. —Cuando Stetson sacó su celular y se alejó unos cuantos pasos, él también sacó el suyo, a la caza de un lugar que no fuera Golden Corral para tener una cena de Acción de Gracias.

Escogió el restaurante de La Fonda, estaba llamando a uno de los grandes en el restaurante, rezaba por que Roberto siguiera trabajando allí. Los dos hombres habían montado durante una

temporada y media, hasta que el flacucho cabrón se rompió la pelvis.

—La Plazuela, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola. ¿Puedo hablar con Roberto, por favor?

—Un momento, señor. —Lo pusieron en espera, lo cual imaginó que era buena señal. Desde luego no era como si Roberto no fuera un nombre común.

—¿Bueno?

«¡Sí!». Curtis conocía esa voz.

—Ey, vato. ¿Cómo te va?

—¿Quién habla? Conozco esa voz...

—Curtis Traynor. ¿Cómo te está tratando la vida doméstica?

—Bueno, bueno, que me parta un rayo. ¿Cómo andas, ese? ¿Todo bien?

—Pues he estado montando estupendo.

—¿Estás aquí? Te invito una cerveza.

—Me estoy quedando con unos amigos cerca de Taos, pero yo puedo invitarte una cerveza este fin de semana si puedes hacerme un favorzote. —El vaquero contuvo el aliento, esperaba que Roberto no fuera a mandarlo al demonio. Habían sido cuates cuando iban de gira.

—Si puedo, claro. ¿Qué necesitas?

—¿Una cena de Acción de Gracias? Sé que puede que no seas capaz de meternos en el restaurante, pero podríamos comer en el bar o algo. La mamá de mi... —Curtis le echó un vistazo a Stetson, quien aún estaba en el teléfono— la mamá de mi chico está muy enferma y quiero hacer algo especial por él.

—Te tengo una mesa para dos a las seis. Lo que sea por ti, Curtis.

Eso les daba unas cuantas horas para sentarse en el bar y... Oh, tal vez deberían pedir una habitación. Le encantaba La Fonda.

—Eres la reata. Te debo una grande. —Vería si Stetson podía hacer que sus amigos fueran a darles de comer a los animales al racho, una vez más.

—Te veo a las seis. ¿Estás pensando en hospedarte ahí? Puedo dirigirte con Janelle.

—Eso sería genial, hombre. Te lo agradezco. —De verdad lo hacía—. Nos juntaremos para esa cerveza.

—Suenan bien. Espera.

El vaquero aguardó mientras Roberto lo transfería, y para cuando colgó, tenía una habitación, una cena y un paquete romántico con champán.

Se sentía un poco exagerado, un poco extraño, pero... al carajo, él quería darle a Stetson algo. Algo realmente bueno para esta festividad. Se lo merecía demasiado.

—Está sedada. Supongo que perdió el control por completo. ¿Crees que debería quedarme con ella? ¿Crees que está mal si no lo hago?

—No. Creo que si está durmiendo, deberías dejarla descansar. ¿Les traemos algo a las mujeres en el escritorio?

El ranchero negó con la cabeza.

—Ya tienen todo el pay de calabaza que quieran.

—Bueno, entonces vámonos. —Curtis salió de la camioneta y caminó hacia la puerta del conductor. Stetson era el único hombre porque el que conduciría en la nieve, era una regla.

—¿Adónde vamos?

—A La Fonda. Tengo un amigo que nos apartó un lugar en La Plazuela y nos reservé una habitación. ¿Crees que alguien pueda hacer el relevo e ir a dar la comida?

—Le pagué a Néstor para que lo hiciera. No estaba seguro de cómo irían las cosas. Si ella

hubiera querido cenar, nos habríamos quedado hasta tarde.

—Hurra. —Esa era la mejor noticia de todas—. Estupendo. Te pusiste una camisa buena. Nos beberemos unas cuantas bebidas y comeremos. Tomaremos una ducha larga.

—Eso suena increíble. —Stetson se subió al lado del copiloto y lo miró como si Curtis fuera el verdadero héroe.

—Lo será. Te lo prometo, amor. —Le iba a dar al ranchero el mejor Día de Acción de Gracias posible. Las cosas solo empeorarían con Betty de ahora en adelante, ambos lo sabían.

—De acuerdo. Te creo. —Stetson tomó su mano.

—Por supuesto que sí. Yo te cuido las espaldas. Siempre. —El vaquero los puso en movimiento en dirección a la Plaza.

—¿Por qué rompimos? ¿Te acuerdas? —preguntó el ranchero con un pequeño dejo de sarcasmo, no obstante, la pregunta era en serio.

—Yo me la pasaba en la carretera todo el tiempo. Tú te quedabas en casa. Era difícil ser un *nosotros* cuando nunca estábamos juntos. —¿Era eso simplificar las cosas de más? A lo mejor—. El hecho siempre es que era joven y estúpido.

—No fuiste el único. Mi amá me odia un poco por no haberme ido contigo.

—Lo dudo, amor. —Curtis imaginaba que Betty odiaba al mundo entero cuando estaba consciente de él—. Creo que odia el dejarte tan pronto y desea que hubiéramos hecho una vida juntos para que tu tuvieras a alguien en todo momento. —Era fácil tener una perspectiva desde la distancia en la que él se encontraba.

—Sí, bueno, lo hecho, hecho está, ¿verdad?

—Así es. —Y él no quería hablar mucho al respecto ya que, en realidad, muy poco había cambiado. Dios, el área en torno a la Plaza ya estaba comenzando a iluminarse con los adornos navideños. No había luminarias. Esas vendrían después, pero se veía bonito.

Stetson volteaba su sombrero en sus manos, girándolo despacio.

—Nada de seguir pensando las cosas, amor. Hoy no. Llegaremos a eso, pero no ahora.

—¿No? ¿Solo vamos a comer pavo y pay?

—Sip.

—Como si yo fuera el pavo congelado de Tracy Lawrence.

—Dios, me encanta esa historia.

La sonrisa del ranchero hizo que el mundo pareciera casi soleado. Eso era condenadamente bonito. Curtis lo tomaría.

Llegaron a La Fonda y se estacionaron en el garaje, dejando atrás la nieve. El vestíbulo del histórico hotel bullía, la gente charlaba y deambulaba, había música reproduciéndose.

—¿Quieres sentarte en la barra, Lazador?

—Podemos hacer eso o podemos sentarnos es uno de los sofás.

—Ah, me gusta. Voy por unas cervezas si se puede. Si no, será Coca-Cola.

—Me parece bien. Me vendría bien una cerveza.

—Apuesto a que sí. —Curtis se movió hacia la barra, la cual tenía gente, pero no tanta como para no ser atendido—. Quiero dos cervezas. ¿Podemos tomarlas en los sillones de allá?

—Claro, corazón. —La barman le regaló una sonrisa, sus ojos se iluminaron—. Dame cinco, ¿sale?

—Sale. —El vaquero observó a Stetson acomodarse en un sillón grande antes de hacerse pequeño, todo quieto y callado. La visión de aquello causó un dolor en el corazón de Curtis. Él quería ver al hombre bromista y sexual que había conocido.

A lo mejor podía sonsacarlo para jugar un día o más. Eso ayudaría un poco, ¿verdad? ¿Era

egoísta? ¿Era mejor solo dejar que el ranchero se consumiera y se perdiera?

No, incluso si esto era solo para autocomplacencia de Curtis, él quería hacer feliz a Stetson por un rato. Solo por unas cuantas horas.

Un día o dos. Carajo, quería compartir orgasmos, unos diez o veinte. Comida. Sexo. Todas las cosas buenas de la vida.

Ya habían conseguido montar a caballo.

—Aquí tienes, cariño. —La barman le entregó dos botellas. No eran Coors, gracias a Dios. Eran Bud, lo tomaría—. Catorce.

Le tendió un billete de veinte.

—Quédate con el cambio.

Ella lo recordaría y le daría lo que él quisiera mientras estuvieran en el hotel.

—¡Gracias!

Agarró las cervezas y se puso en marcha para ir a sentarse con Stetson.

—Ten, amor.

—Gracias, señor. —Chocaron sus botellas, ambos tomaron de a poco, prácticamente observaban a la gente a su alrededor.

Todos estaban en sus propias cosas, desde los vaqueros de alta montaña que aguardaban a que la banda en el bar estuviera lista hasta los turistas amontonados en el exterior, solo pasando para tomar fotos del famoso Inn at the End of the Trail.

—Me encanta cómo todos los clichés de Santa Fe viven aquí —Stetson se rio entre dientes mientras señalaba con su cerveza a la pareja que vestía abrigos de manta de Pendleton con sus botas altas.

—Lo sé. Solo con la joyas financiaría mi gira durante un año.

—Por lo menos. Tal vez dos. No dudo que alcance con esa pareja de allá bañados en Old Pawn.

—Deberíamos asaltarlos. —Curtis guiñó cuando a Stetson casi se le salió la cerveza por la nariz.

—Sí, me lo puedo imaginar clarito. —El ranchero rodó los ojos y empezó a hablar con un acento exagerado—. Disculpe, señora. Sáquelas, los dos.

—Sip. Ese sería yo. El ladrón caballeroso.

—El clásico texano. Me gusta. —Stetson le sonrió, la sonrisa honesta, contenta—. Puedo verte como un bandido en el paseo de Santa Fe, siguiendo a los arrieros y escabulléndote.

—¿Sí? ¿Te gusta imaginarte cómo me veo todo de negro? —El vaquero amaba escuchar las historias del ranchero.

—Una gabardina de hule, un sombrero cubriendo el rostro y un revólver en la cadera.

—Jesús, si pudiera darle al costado de un establo con un bate, eso sería una buena imagen. —Curtis era un pésimo tirador. Su apá se había desesperado, y cuando el vaquero salió del clóset, le había dicho que era de imaginarse.

Ahí estaba esa risa otra vez, Curtis sintió que se le estrujó el corazón. «Sí, carajo. Sí». Él quería eso. No era ni siquiera el cuerpo prieto del ranchero, que, *okay*, podría comérselo entero, era la risa alegre.

El vaquero casi sugirió comprobar si podían registrarse en ese instante, pero sabía que Stetson necesitaba dejarse llevar por la velada, necesitaba relajarse. Sus intenciones de autocomplacencia tenían un límite. Suponía que todavía amaba al cabrón ese.

Curtis permaneció quieto, para nada sorprendido, solo un poco sacado de onda. Siempre supo que seguía amando a Stetson. Ahora, sabía que seguía *enamorado* de él.

La risa del ranchero se redujo a risillas suaves, luego desapareció.

—¿Todo bien, vaquero?

—Todo estupendo, amor. —Curtis se sacudió ese momento extraño—. Sabes que me gustan tus historias.

—Lo recuerdo. No puedo evitarlo, me encantan las películas vaqueras.

—Deberíamos echarnos un maratón de John Wayne. —A Stetson le fascinaban las películas muy viejas. *Río rojo* y *La diligencia*, las de ese tipo.

—Me gusta la idea. Tú sabes cuánto me gusta lo viejo. Aunque la nueva adaptación de *El Tren de las 3:10 a Yuma* no fue mala.

—¿Cómo podrían Russell Crowe y Christian Bale ser malos? —Uy. Final triste y mucha belleza. Curtis podía con eso.

—Buen punto. Aunque yo en realidad soy más un hombre de Kurt Russell.

—Sí, siempre te gustó la de *Tombstone*, ¿eh? —Al vaquero le había fascinado Val Kilmer como Doc Holliday.

—Dios, sí. Desearía que a veces fuera así todavía. Sin cobradores, sin impuestos. Solo caballos, pistolas de desenfundado rápido y tierras. —Había un hambre en la cara de Stetson que lo deslumbró, lo hizo retroceder un poco.

Tal vez él podía entender la necesidad de una vida más simple, pero el ranchero estaba buscando un escape.

—Sé cómo te sientes —dijo Curtis a la ligera, sin querer adentrarse en nada.

Stetson soltó una risilla.

—¿Tú? Tienes las cámaras y las luces, la fama, las selfis. Apuesto a que contrataste un publicista.

—Tengo patrocinadores. Todos tienen publicistas que trabajan para ellos. Mantengo las cosas simples. —Algunos de los chicos que conocía que la habían roto en el jineteo de toros tenían entrenadores, publicistas y esa mierda. Equipos enteros de gente lamebotas. Ese no era el estilo vaquero.

—Bien. —Esa única palabra fue todo lo que Stetson parecía tener para decir sobre el tema. Solo *bien*.

Chocó su botella con la del ranchero otra vez, le guiñó cuando su hombre movió la vista hacia él. Señor, «su hombre». Iba a terminar con el corazón roto de nuevo.

Stetson esbozó una sonrisa, la expresión lenta y pícara, prometía cosas que necesitaban suceder por el bien de ambos.

El vaquero lanzó su preocupación por la ventana imaginaria.

—Entonces, el especial es pavo, me parece. Trae todas las guarniciones, incluyendo los bísquets de chile verde. —Curtis arrojó la dieta también. Era el Día de Acción de Gracias. Las calorías no contaban en los días festivos.

—Uy, hombre. Eso suena al paraíso servido en un plato.

—Lo mismo pensé. Hay dos tipos de pay. —Compartieron una mirada cómplice. Comerían uno en la cena y se llevarían el otro a la habitación para comerlo entre los dos.

Si el vaquero tenía suerte, solo habría un tenedor.

Pasaron el rato ahí platicando, y Curtis juraría que vio a Stetson relajarse con cada segundo que pasaba. Iban dos cervezas y el ranchero comenzaba a reírse con soltura, el sonido real, no había tristeza ni desesperación.

Estaban en su tercera botella cuando Roberto los vio y se dirigió a ellos.

—Tuvimos una cancelación. Saliste con suerte, hombre. Pasas antes.

—Eres lo máximo. —No era como si él no hubiera preferido comer en el bar antes que quedarse en el geriátrico. Cualquiera cosa era mejor para Stetson hoy, pero esto era extremadamente increíble—. Te debo una, amigo.

—Así es. —El recién llegado le tendió una mano al ranchero—. Roberto. Encantado.

—Stetson. Muchas gracias.

—No hay de qué, compa. Feliz Día de Acción de Gracias. —El hombre les dio una sonrisa radiante y la recepcionista se hizo cargo. Los condujo a una mesa para dos en el rincón de la pared trasera, lejos de las ventanas. Eso lo hacía más callado, más oscuro, más íntimo.

Stetson se quitó su sombrero y lo puso en uno de los ganchos sobre la pared, Curtis le siguió.

—Hola, chicos. Roberto dijo que necesitaban una cena de Acción de Gracias, así que supongo que quieren el especial, ¿correcto? —El mesero parecía un muñeco de bebé.

—Yo sí, por favor. ¿Tú?

—Yo también. El paquete completo. —La comida de esta festividad era el *cheat meal* del vaquero cada año.

El ranchero estaba mirando alrededor del restaurante, la mirada un poco atónita, como si estuviera confundido acerca de algo.

—¿Qué pasa, amor? —Curtis tomó la mano del otro hombre después de que ordenaran té helado.

—Es que... mira a la gente. Es Día de Acción de Gracias. O sea, entiendo que algunas personas no tengan familiares o que estén fuera de la ciudad, pero...

—Pero tú estarías en casa si pudieras. —Curtis asintió, lo entendía. Stetson era un hombre de tradiciones, un hombre de desfile, fútbol y pavo al horno.

—Sí. —El ranchero le mostró una sonrisa torcida—. Lo sé, sigo siendo un viejito. De seguro ahora es peor. Te agradezco que nos encontraras una mesa. Huele delicioso. Solo me sorprendí, es todo.

—Sí. Me la he pasado en la carretera cada año desde aquel último en tu casa. Y córtale a esa mierda de ser un viejito. No te amaría si no fueras tú. —«Ahí está».

Stetson lo miró fijamente, los ojos abiertos como platos. En definitiva era hora de cambiarse al té, así él más tarde podría cerrar con broche de oro la festividad.

—Sabes, eres un tarado —respondió al fin el ranchero.

—¿Por qué? ¿Por decir la verdad? —Curtis apoyó los codos en la mesa, quería escuchar la respuesta de Stetson.

—Por decirme que aún me amas. Sabes que no es justo.

—Lo sé —el vaquero hizo una pausa, tratando de colocar sus pensamientos en cierto orden—. Pero es verdad. Te amo. Te extraño. Dudo que vaya a ser diferente si lo intentamos de nuevo, pero te quiero.

Stetson estiró su mano y tocó el botón de la camisa de Curtis.

—Incluso si lo hiciéramos, ahora mismo, mi vida está rota y la tuya no. Aun así, lo aprecio, el... Mierda, no lo sé. El sentimiento suena un poco grosero.

—Dios. —El vaquero sonrió. Los dos eran unos bobos.

—Aquí tienen, caballeros. —Un segundo mesero les trajo rollos y los té—. Panes de queso con chile verde.

Esto era Nuevo México después de todo.

Brindaron con los rollos y se rieron mientras lo hacían, la tensión entre los dos había desaparecido con un *pop*. A Curtis se le escapó un gemido cuando el rollo se le deshizo en la boca. También había pan de maíz en la canastita, pero sabía que serían muy dulces para su

paladar texano.

No conversaron mucho; solo comieron mientras se miraban el uno al otro y a los demás comensales. El silencio era cómodo. Confortante. Libre de tensión. Curtis quería echar un puño al aire y celebrar.

Esto era lo que él quería. Darle a Stetson lo que nadie más, unos cuantos minutos de paz. Y bueno, una comida caliente y buena compañía. Esperaba estar proveyendo ambas cosas.

Asumía que así era, para los dos.

Cuando el postre llegó, ordenaron café, fuerte, caliente y con sabor a piñón. Rico.

—Uh, justo en su punto. Bueno y dulce. No se me viene a la mente algún otro café que me haya gustado más.

—Mmm. —Curtis sonrió en su taza. Stetson y su amor por lo dulce. Ahora, el pay tenía crema batida casera. Mmm. A él le encantaba eso.

Stetson lo observó lamer la crema batida de la cuchara, la mirada afilada, hambrienta.

—Creo que voy a tener que pedir más crema batida.

—Bueno. —El vaquero estaba más que puesto para ello.

Para su total sorpresa, el Sr. Sereno y Firme llamó al mesero con la mano y le pidió más crema. Oh, hola. Curtis se rio entre dientes. Delicioso.

El bol de crema batida extra llegó y el ranchero lo empujó hacia él.

—Toma toda la que quieras, vaquero. La pedí para ti.

—Me estás consintiendo. —Curtis develó una sonrisa grande.

—Sí, sí. Solo quiero verte disfrutarla. Me hace doler.

—De buena manera. —Eso esperaba con ganas. Puede que esto estuviera funcionando.

—De la mejor manera.

—Eso es algo muy bueno, Lazador. —El vaquero se removió en su asiento, tenso del cinturón para abajo.

—Lo es. ¿Me deseas tanto como yo a ti? —Stetson lo miró como quien miraba a un banquete con el estómago vacío.

—Así es. —No iba a mentir. Puede que estuvieran en una especie de burbuja festiva que nunca se repetiría, no obstante, Curtis sentía que esta era su oportunidad para... para algo. Era demasiado reciente como para descífralo.

—Qué bueno. —Tan simple como eso—. Cométete tu pay, vaquero.

—Sí, señor. —Echó más crema batida a su pay antes de que le diera una buena mordida. Mmm. La parte de la calabaza era un poco agria, especiada con los sabores del invierno. La corteza era hojaldrada. La crema lo elevaba a otro nivel.

El ranchero se rio por lo bajo, el sonido ronco y sexual, sin embargo, cuando Curtis levantó la vista, Stetson estaba concentrado bebiendo su café.

Provocador. Se parecía tantísimo a su viejo amante, el vaquero sintió una punzada en su interior.

El hombre le dio una mordida a su propio pay antes de tararear desde lo profundo del pecho.

—Este pay de nuez pecana está sabroso. ¿Quieres probar?

—Por favor. —Curtis medio esperaba que Stetson le ofreciera su plato para que él mismo tomara un pedacito. En su lugar, el ranchero se lo dio con su tenedor.

De acuerdo. Iba a manchar el frente de sus pantalones justo ahí. Había pasado demasiado tiempo. Muchísimo.

—¿Te gusta?

—Rico. Ahumado. —Curtis se lamió los labios—. Bueno.

—Sí, te gusta el olor de una buena fogata, ¿eh?

—Justo eso, y quizás un vaso de *whiskey*.

—Sí. Algo rico y suave. —Stetson le guiñó el ojo—. No es como que sepa un carajo de *whiskey*.

—Nop. Eres un hombre de cerveza. —¿No era esa una canción?

—Verdaderamente lo soy. Barato y fácil.

—Oye, no. No creo que seas fácil en absoluto. —El vaquero esperó por el pellizco que sabía vendría.

Llegó en un muslo interno, punzante y provocador.

Gritó. Luego miró a su alrededor. Nadie les estaba prestando atención. Se terminó su pay antes de lamer la crema que quedaba en el bol.

—¡Mírate! —Stetson lo miraba como si le hubiera crecido una segunda cabeza—. Santo Dios, vaquero. Eres... un caso especial.

—¿Lo soy? Te dije, nada de límites para este día del año. Aunque tendré que compensarlo más tarde.

—Yo podría... —El ranchero se puso rojo como tomate pero no agachó la mirada—. Yo podría ayudar con ello.

—Apuesto a que sí. —Curtis quería ir a su habitación. Ahora. No obstante, ¿qué tan a menudo Stetson se quedaba a conversar después de una comida? No lo presionaría.

—¿Estás listo para subir? Yo sí. Estoy listo para ti.

Ahora fue el turno del vaquero de sentir las mejillas calientes.

—Lo estoy. —Llamó al mesero con la mano, esperaba no parecer un mamón—. ¿Me puede traer la cuenta, por favor?

—Por supuesto. ¿Quiere cargarla a su habitación?

—Todavía no nos hemos registrado, así que la voy a pagar de una vez. —Le entregó su tarjeta de crédito.

—Gracias por la cena, vaquero. Lo aprecio.

—Me encantó compartirla contigo. —Era en serio. Los últimos años habían sido solitarios y no le había caído el veinte hasta esta semana.

—Tal vez... —el ranchero calló y después negó con la cabeza—. A mí también, vaquero. Más de lo que te imaginas.

—Bien. —El mesero le regresó la tarjeta de crédito para que pudiera firmar la cuenta. Curtis se puso de pie y le extendió su mano a Stetson. Esta noche no era para los tal vez. Era solo para ellos dos. Una escapada secreta.

Lidiarían con la realidad mañana.

Cuando el ranchero tomó su mano justo ahí, en público, una especie de alegría desbocada lo invadió. Se registraron en el hotel sin decirse una palabra, luego se dirigieron a la segunda planta. Camas nuevas, había mencionado el hombre de recepción. No se inmutó cuando pidieron por una cama tamaño King. Santa Gay el mejor.

Arriba, ambos hicieron sus sombreros a un lado y se sentaron en la cama para quitarse las botas. Curtis imaginaba que ambos habían hecho esto antes —juntos y separados—, así que no había la necesidad de actuar como vírgenes. Él se sentía extrañamente tranquilo, a pesar de saber que el ranchero estaba ahí mismo.

Asumía que sabía lo que quería. No era de extrañar.

Subió la mano para desabrocharse el cuello, pero Stetson lo detuvo.

—Quiero hacerlo yo, Curtis. Por favor.

El vaquero se encontró con esos bonitos ojos oscuros y asintió, luego dejó caer las manos a sus costados.

—Lo tienes, Lazador.

—Gracias. Sueño con esto a veces, con desnudarte.

Los botones se liberaron con facilidad y Stetson se acercó para besar el hueco en la garganta de Curtis mientras el susodicho intentaba abrirle el alma.

Deslizó una mano a la cabeza de Stetson, esa melena suave de vaquero contra sus dedos.

—Sueño contigo todo el tiempo.

—Mentiroso. —Sin embargo, el gemido del ranchero delataba que le creía, sabía que no había un atisbo de mentira.

—Ni un poco. —Tomó un beso porque había esperado lo suficiente y no quería perder la oportunidad.

Ahí estaba ese extraño desdoblamiento de nuevo, uno donde el tiempo se detenía y Stetson tenía dieciocho otra vez pero al mismo tiempo no. Esta versión estaba formada de músculo magro de cargar por años pesar y preocupación sobre esos hombros.

Curtis retrocedió un poco y ayudó a Stetson a desnudarse también, contó cicatrices nuevas.

—Estás bueno para mí. —Los dedos del ranchero le removieron la camisa de los hombros, la aspereza de esos dedos callosos eran mejor que cualquier otro toque sedoso.

—¿Sí? —Las costillas se le notaban, lo sabía, pero estaba bien armado para ser un jinete de toros flacucho. Que Stetson le dijera eso significaba mucho.

—Sí, señor. —Su acompañante se arrodilló delante de él y Curtis negó con la cabeza. Él no necesitaba... Un beso suave hizo contacto con su abdomen, robándole un jadeo.

Sus músculos se tensaron, sus caderas se alzaron. Se le aceleró la respiración, quería más.

«Por favor, Dios», rezó. «Permite que esto sea real. Deja que esto pase».

—Estás pensando demasiado. —Stetson le desabrochó los pantalones—. Tú sabes qué es esto. Siempre fuimos buenos haciéndolo.

—Lo fuimos. Esta parte era fácil.

—Por supuesto, éramos niños... —El sonido de la cremallera se oyó tan fuerte que casi ahogó sus palabras.

—¿Lo éramos? Vaya si no nos poníamos salvajes el uno por el otro.

Curtis sujetó la cabeza de Stetson otra vez y la inclinó para poder ver esos ojos.

—No te equivoques, Lazador. Todavía me pongo salvaje por ti.

—Bésame, vaquero. Te necesito.

—Bien. —¿Existía algo mejor que esto? Besó a Stetson una y otra vez, hasta que la tensión en su cuello lo hizo empujar al otro hombre sobre la cama.

Tan bueno como había sido ver al ranchero de rodillas enfrente de él, que Stetson se sentara sobre sus muslos era un tipo de gozo especial. Se le entrecortó la respiración, su cuerpo en alerta máxima.

—Jesús, te sientes perfecto —dijo él.

Stetson se rio entre dientes antes de agacharse para besarlo, dándole suficiente con qué ahogarse. Cambiaron el ángulo y continuaron, labios y lenguas se encontraban, presionaban, se movían.

Curtis se sujetó a Stetson como un hombre ahogándose aferrado a una balsa salvavidas. El ranchero se aferraba a él de la misma manera, la necesidad era abrasadora, el calor se acrecentaba.

Carajo, esto era todo lo que Curtis quería ahora mismo. En el planeta.

Estiró su mano y agarró ese culo perfecto enfundado en unos Wranglers. A pesar de lo delgado que Stetson estaba, era un puñado doble de músculo duro y Curtis lo apretó. El ranchero arqueó la espalda y se meció contra su cuerpo. Carajo. Eso le secó la boca.

Se le quedó mirando a Stetson, tratando de memorizar cada momento. Nunca dejaría escapar esto, se aferraría durante los largos meses que se avecinaban en la carretera. Dios, vaya pensamiento. Iba a tener que subirse a su poni y marcharse, pero la puta verdad era que no quería.

—Oye. Quédate conmigo. —Stetson sujetó su cara y acarició sus mejillas como si él fuera algo precioso.

—Estoy aquí, amor. Lo juro. —Se devolvió al presente y besó al ranchero una vez más, se estaba formando una adicción, esa boca era como el paraíso.

Stetson se meció contra él, otra y otra vez, esa promesa dura en sus *jeans* fue suficiente para marearlo.

—Necesito el resto de tu piel. Todo tú. —Se puso de pie, los levantó con facilidad de la cama. Diablos, necesitaba engordar a su amante.

Se suponía que Curtis debía ser el liviano.

—Lo que sea que quieras, vaquero. —Los pantalones desaparecieron como por arte de magia, y pronto estuvieron desnudos como el día que nacieron, se deslizaron bajo las frías mantas antes de presionar sus cuerpos.

Se acostaron sobre sus costados, sus manos tocaban piel y los besos tomaron una nota diferente ahora que estaban completamente desnudos.

Curtis no podía mantener los ojos abiertos, no podía hacer nada más que tocar y tocar, acariciar a Stetson en todos los lugares que sus manos pudieran alcanzar. Trazó la línea de su hombro y su brazo, luego deslizó una mano sobre las costillas de Stetson, las cuales sobresalían demasiado.

El ranchero se rio entre dientes y se empujó con firmeza contra los dedos de Curtis, profundizando el contacto.

—Mmm. Hambriento.

—Lo estoy. Raro, considerando que acabamos de comer.

El vaquero dejó escapar una risilla antes de morder ese labio inferior carnoso que Stetson poseía.

—Postre.

—También comí eso. No fue tan bueno como esto.

—Esto es muchísimo mejor. —Rozó su mano sobre la espalda baja del ranchero para luego acariciar una nalga—. Tenemos mucho de donde escoger.

Stetson se rio entre dientes, el sonido profundo y secreto, algo que le pertenecía a él y solo a él.

—Lo sabes.

Entonces, la mano de Stetson —esa increíble, áspera y marcada mano— encontró sus miembros y los envolvió, juntándolos de la base a la cabeza.

Curtis contuvo la respiración, su cuerpo quedó inmóvil por un instante. Incluso su corazón tambaleó.

—Ha pasado tanto puto tiempo.

—Lo sé. Aquí termina. —El ranchero lo acarició, el contacto tan seguro e increíble como había sido la última vez.

—¿Ajá? —Hablar se estaba convirtiendo en un lujo. Dejó salir un gemido breve, sus caderas

se movían despacio y constantes mientras se empujaba hacia ese contacto.

A ninguno de los dos parecía importarle.

Curtis presionó fuerte la mano contra ese culo de vaquero para mantenerlos en ritmo. Quería que Stetson se volviera loco por él, quería hacer de todo. Sin embargo, esto serviría por ahora. Tenían toda la noche.

Stetson soltó un gemido grave y se acercó para mordisquear la mandíbula del vaquero.

—Mmmm. Esto se siente muy bien. —Quién lo viera formando palabras. Hurra. Curtis se rio; una alegría pura se apoderó de él por un momento—. De hecho, es perfecto.

—Sí. —Tan simple, esa palabra, pero era lo que necesitaba escuchar.

El vaquero tenía todas estas otras palabras que estaban tratando de escapar, así que lamió la piel de Stetson en su lugar, porque ¿qué bien harían ahora? Mordisqueó a lo largo de una clavícula, saboreando el más pequeño rastro de sudor.

—¡Maldición! —Los dedos del ranchero se apretaron, lo que probaba que le había dado al blanco.

Sí. De acuerdo, se le había olvidado eso y mil otras cosas que él necesitaba redescubrir. Curtis raspó la zona con sus dientes una vez más, casi festejó cuando el abdomen de Stetson se contrajo.

Él hizo eso. Había hecho que esos músculos se tensaran. Bajó su mano por un momento, luego la apretó alrededor de la de Stetson, solo lo suficiente para darles a ambos una descarga de placer.

El ranchero le regaló un gemido bajo que estuvo cerca de sonar roto, así que alzó la cabeza y se tragó el sonido cuando tomó los labios de Stetson.

Ahí dejaron de pensar. Él lo sabía tan bien como conocía su nombre. Ambos se movían por instinto, los dos se movían hacia el placer que necesitaban con desesperación. La liberación.

Lo demás podía llegar más tarde. Ahora mismo ambos necesitaban estos toques más básicos.

Curtis se mecía más rápido para empujar contra el agarre de Stetson.

—Más fuerte, amor. Más.

—Ajá. Yo me encargo. —El ranchero cumplió su palabra, tirando de él como si estuviera jalando una soga para toros.

Curtis arqueó la espalda, la respiración le salía ajetreada.

—Pronto, amor. Demasiado pronto pero pronto. —¿Tenía sentido lo que decía?

—Shh. Estás bien. Te tengo. —Stetson mordió el lóbulo de su oreja, ese diminuto dolor casi fue insoportable.

—Así es. —Se mordió el labio, luego apretó ambos miembros con más firmeza, su mano seguía alrededor de la del ranchero.

Stetson comenzó a provocar su abertura con cada caricia hacia arriba, y él quería gritar. Sus testículos se contrajeron, su verga tan dura que un gato no podría arañarla. Estaba tan sensible, la cosa más diminuta estaba prendiéndolo como a un petardo.

El vaquero se estremeció como si su cuerpo hubiera sido el epicentro de un terremoto, todo su mundo se había desplazado.

—Está bien, vaquero. Puedes dejarte ir. —La voz de Stetson era baja, áspera, pero la generosidad en las palabras lo sorprendió.

—Te necesito como al oxígeno, Stetson.

—Estoy aquí. Justo aquí. Puedes tener lo que quieras. —El ranchero pasó un pulgar sobre su abertura, lo cual hizo que una descarga le recorriera la columna.

Eso fue todo. Se vino rápido, fuerte y sin advertencia.

El aire abandonó sus pulmones en un suspiro y el tiempo se detuvo. Curtis se congeló, luego comenzó a temblar, su cuerpo trabajando a pesar de los fuegos artificiales en su cerebro. Cuando al fin pudo ver a Stetson, se sentía como un auténtico canalla. Su amante seguía meciéndose, casi sollozando entre jadeos. Jesús.

Curtis quitó la mano de Stetson de un manotazo y tomó esa larga verga para tirar de ella con el ritmo que sabía ansiaba el ranchero.

—Por favor. —Había un mundo de anhelo justo ahí y el vaquero tenía la intención de responder a él.

—Te tengo. —Curtis observó cada movimiento, cada torsión de ese cuerpo delgado. Stetson anhelaba como nadie; de hecho, suplicaba con su alma entera. Él acarició y jaló, dejó que el ranchero de verdad sintiera cada moción, cada callo—. La forma en que te mueves.

Joder. Él podía mirar y mirar, en cualquier ángulo.

—Yo... ah, mierda. Ah, carajo. —Los ojos de Stetson se ensancharon y el hombre se desmoronó en sus manos, soltó un gemido mientras se venía, la resbaladiza humedad facilitando el recorrido de su tacto.

Stetson parpadeó, y por un segundo, Curtis pensó que su amante iba a perder la cabeza, pero solo se acercó y se apoyó contra él.

—Eso es. —Esa liberación de tensión había sido enorme para el vaquero. No podía ni imaginar cómo se sentía Stetson, quien venía lidiando con una situación de años ya—. Te tengo. Lo prometo.

—Lo sé —las palabras salieron suaves, casi tristes, pero ninguno mencionó nada al respecto.

Ellos tomarían lo que pudieran esta noche, claro estaba, y dejarían que el mañana los despertara solo cuanto tuvieran que hacerlo.

Entonces, cada uno se recompondría.

CAPÍTULO NUEVE

Stetson utilizó lo último que quedaba de leña para prender la chimenea por el último día de Curtis en el rancho.

El clima estaba más frío que la cola de un pingüino. El rancho había dejado a su amada dormida para que él pudiera dar de comer temprano. No quería perderse ni un poquito del tiempo que les quedaba.

Había sido la mejor semana que había tenido recientemente. Habían bebido, reído, tomado un par de cervezas. Había habido mucho amor y caricias.

Había sido espectacular.

Casi se había sentido real. Menos mal que sabía la verdad.

Curtis apareció desde el pasillo, los pants le colgaban de las caderas, su torso desnudo brillaba con un poco de sudor por todas las lagartijas y abdominales que había estado haciendo.

—Ey, ¿fuego? Huele increíble.

—Sí, pensé que podríamos usar esa leña vieja. Está helando.

—Lo está. Me voy a congelar una vez que termine de sudar. —Curtis avanzó hacia él para apoyarse contra su espalda y metió las manos bajo su chaqueta.

Stetson consiguió no dar un respingo, pero sabía que el vaquero había sentido cómo sus músculos saltaron y temblaron bajo ese gélido contacto.

—Cu-cuidado, tú. Las mías son unos bloques de hielo.

—¡Ah, venganza! —Curtis lo besó en la nuca.

—¿Ya tienes todo listo para mañana? —Stetson iba a extrañar al vaquero como a un diente caído. Había olvidado lo que se sentía no estar solo. Era más que seguro que se arrepentiría de ello una vez llegara el día de mañana.

—En su mayoría, sí. ¿Necesitas ayuda para darles de comer a los perros o algo?

—Nop. Todo está hecho. Todo lo que tienes que hacer es sentarte conmigo por un rato.

«Solo ven y haz como que este no es el último pedazo de leña, como que no te irás mañana y como que yo no me la pasaré sentado en el hospital, escuchando como mi amada me llama por el nombre de mi papá. Como que una vez que te hayas ido, te habrás ido de verdad».

—Puedo hacer eso. —Curtis pescó una sudadera de la mecedora y se la puso.

Stetson se quitó el abrigo, revisó el fogón y luego fue a sentarse con el vaquero en el sofá, pegaditos.

—Oye. —Curtis le besó la barbilla, después la mejilla—. Pica —mencionó—. Desearía poder quedarme, sabes.

—Lo sé. —«Mentiroso»—. Son las Finales. Tienes que irte. —Él iría si pudiera.

—Así es. Podría... —Curtis se mordió el labio, cortando lo que fuera que había estado a

punto de decir.

—Yo tengo que quedarme. Tú tienes que marcharte. Mi amá y yo estaremos viéndote montar, como siempre.

—¿Siempre? —El vaquero lo miró con una ceja levantada—. Vaya. Iba a decir que quiero regresar para Navidad. Es solo que no quiero que resulte ser una carga para ti.

—Siempre te veo montar. —Un leve pánico comenzó a formarse dentro de él. ¿Una carga? ¿Cómo lo...? Curtis no podía saber lo mal que estaban las cosas, ¿verdad?

—Me encanta. —El vaquero se inclinó—. Digo, Navidad debe ser pesado. Con Betty. No quiero que sientas que tienes que dejar que me quede mientras te ocupas de todas tus otras cosas. Puedo ayudar dando de comer y lo demás.

—Te quiero aquí. —Stetson no tendría el rancho para la próxima Navidad. Este sería el último soplo de vida del viejo lugar, así que, ¿por qué no hacerlo uno bueno? Con risas, sexo caliente y un pozole todavía más caliente en Nochebuena.

—Entonces vendré en cuanto las Finales terminen. ¿Quieres...? ¿Debería traer un pino?

—Claro. Festejaremos a lo grande.

—Lo haremos. —Curtis era todo sonrisas ahora, esa famosa jeta de vaquero adornada con ellas—. ¿Te acuerdas de la primera vez que me quedé aquí?

El rancho asintió con la cabeza. Curtis había sido pisado, justo donde más dolía, y Stetson lo había traído a casa. No tuvo que preocuparse de que su amá los acusara de meterse en algo porque todas las partes del vaquero estaban amoratadas y rotas.

—Pensé que el viaje te mataría.

—No fuiste el único. Tú mamá hizo que todos esos sanadores religiosos llegaran.

—Y esa mujer que dibujó en tu yeso. —Stetson comenzó a reírse y eso era bueno porque había pensado que no le quedaban risas.

—Nunca había visto un rancho que se viera así. Nunca había visto tantos animales con tan poco pasto.

—Es nuestro modo. ¿Dónde te vas a quedar en Las Vegas? —El rancho estaba sumamente curioso sobre las cosas que no podía deducir de la transmisión.

—Fuera del centro. Uno de esos lugares con transbordador y buffet barato. Así consigo dormir más.

—Ah. Así está bien. —Stetson se sentía como un vil pueblerino últimamente, lo cual estaba bien en gran parte, porque todos lo eran. Todos estaban sufriendo; todos estaban arruinados y pariendo chayotes. Curtis le había dicho, todos esos años atrás, que esperaba que aferrarse al rancho valiera la pena. Dios, él ya no sabía cómo contestar a eso—. Espero que tengas un buen evento.

—Yo también. Me ha estado yendo bien este año. Sería triste fallar ahora. —El vaquero le acarició los brazos—. Desearía que pudieras venir. Lo sé, lo sé, si los deseos fueran caballos...

—No puedo dejar a mi amá. No ahora. —Se estaba desvaneciendo rápido. Diablos, ni siquiera creía que ella fuera a estar con él en Navidad. No la dejaría con esto sola.

—Lo sé. Me preocupa haber tomado demasiado de tu tiempo —Curtis suspiró—. Lo siento mucho, amor. Lo sabes, ¿verdad? Ella es una excelente mujer.

—Es hora. Eso no es vivir.

El vaquero lo abrazó sin decir nada más. ¿Qué quedaba para decir sobre su mamá?

Jodidamente nada. No era justo y mucho menos el final.

Se apoyó contra Curtis y escuchó a los piñones crepitar en la chimenea. Justo o no, él tenía esto ahora mismo. Este momento era perfecto.

—Todo estará bien, corazón. Monto y luego regreso en Navidad.

Stetson le dio unas palmaditas a la pierna del vaquero.

—No te preocupes por mí. Puedo mantener en pie la fortaleza, no te estreses.

Después de todo, el rancharo lo había estado haciendo por años. ¿Qué era un par de semanas si era para pasar otra festividad con este hombre que amaba demasiado?

—Es bueno tener un lugar al cual llegar. Gracias —dijo Curtis en voz baja, pero era verdad.

—Me alegra que vinieras. —Stetson miró sus dedos, amando cómo se veían entrelazados, solo un par de hombres con cicatrices, golpeados y curtidos tomados de las manos en un mundo que disfrutaba de ahogarlos tanto como de alentarlos—. Tú eres la luz al final del túnel.

—¿Lo soy? —Las mejillas del vaquero se tiñeron de rojo—. Gracias, Lazador. Quiero serlo. Quiero ayudar.

—Lo eres. Lo haces. Como sea. Me entiendes.

—Sí. —Curtis tarareó un poco y Stetson pensó que era un villancico.

Dejó que aquello lo cobijara. El rancho se sentiría frío mañana.

CAPÍTULO

DIEZ

—¡E y, CT! ¿Estás listo para la primera ronda? —Su amigo Miles apareció junto a él detrás de la barandilla y Curtis casi se cagó del susto.

—Obvio. Quiero terminar con ello. —Sentía como si hubiera estado fuera del juego una eternidad. Diablos, sentía que una parte de su cerebro aún estaba con Lazador.

Todo su maldito corazón lo estaba y esa era la verdad.

—Diablos, andas saltarín —murmuró Miles.

—Lo estoy. Traigo hormigas en los pantalones.

—Bien por ti. Debería ayudarte a montar. —El hombre le dio una palmada en el hombro. Luego su amigo se puso serio—. ¿Cómo está la amá de Stetson?

—Muriendo.

La expresión de Miles cayó.

—Señor. Lo siento mucho, hombre. Recé por un milagro para él.

—Yo también —suspiró Curtis—. Está tan enojada cuando sabe lo que está pasando, es como si quisiera darle una paliza al mundo.

—No me puedo ni imaginar. ¿Cómo lo está llevando Stetson?

—A duras penas. —Él no quería hablar de la falta de fondos del ranchero, aunque sabía que era un problema. Vaquero testarudo. Curtis quería pagar préstamos o invertir o algo, pero ¿cómo sacaba el tema sin herir los sentimientos de Stetson?

—Sí. —Miles asintió—. Gracias a Dios tengo hermanos que trabajan la tierra y ellos me tienen a mí para hacer dinero.

—¿Verdad? —Eso podría funcionar, pero ya habían discutido eso una y otra vez. Stetson lo querría ahí, y si querían hacer que las cosas funcionaran, Curtis sabía que tenía que quedarse.

El vaquero no estaba seguro de que pudiera hacer eso. Aún no. Pronto. Un año tal vez y él estaría listo para retirarse. El rancho se había sentido más a un hogar que cualquier otra cosa desde que dejó la casa de sus papás en Texas, ¿verdad? Mierda. El rancho era... era donde estaba Stetson.

—¿Cómo van las cosas para ti, hombre? ¿Estás montando bien?

—Sip. The Stampede me metió dentro del top diez. Estoy en el octavo lugar ahora. Entraré a la pelea por el premio mayor si sigo así.

—De poca madre. —Curtis tenía la intención de llevárselo todo, pero siempre le alegraba cuando sus compas llegaban al top diez con él.

—¿Verdad? Puedes decir que me conociste cuando.

—Tienes que hacer fila, amigo.

—Te tomaste un descanso. Tendrás que trabajar por ello. —Miles le dedicó una sonrisa,

emanaba pura maldad—. ¿Subiste de peso, hombre?

—No. —Sí subió. Dos kilos. No afectaría su balance y había hecho ejercicio todos los días, abdominales y lagartijas.

—¿Estás seguro? —Miles no podía dejar de sonreír ni intentándolo.

—Segurísimo. ¿Ves? —Se dio unas palmadas en el abdomen, el cual estaba plano bajo su hebilla, gracias a Dios. Diablos, por la forma en que Stetson lo había acariciado, él sabía que se veía bien.

—Lo veo. —Lástima que ese arroz no se había cocido. ¿Él y Miles? Jesús, eso había sido un desastre. Una noche terrible con montones de cerveza después, habían decidido que ser amigos era la mejor opción.

—Sabes que cargo todo mi peso en mi culo —dijo Curtis, a ver si Miles se burlaba.

—Tú y tu trasero de plomo. —Su amigo rodó los ojos.

—Me mantiene con los pies en la tierra.

—Lo hace. ¿Vas a montar en las tres pruebas?

—Voy por el *all-around* —coincidió—. Tengo que. Tengo que vencer a los lazadores.

—Quédate con la de petral y la del jineteo de toros; a mí déjame la del jineteo de broncos.

—Ya veremos cómo califico. Quiero ganar, Miles.

—¿Sí? ¿Sientes que sí? —Su amigo comenzó a balancearse de un lado al otro, estaba comenzando a calentar, solo un poco.

—Sí. —Y de pronto lo hacía. Un plan se estaba formando en su mente, una razón para llegar hasta el final.

Tenía una meta, y que Dios lo ayudara, eso era lo que necesitaba. Una dirección. Una forma de mantener su mente enfocada.

Curtis rotó su cabeza. Ciertamente. Era hora de calentar, de moverse. Stetson no le agradecería por salir volando.

No, él tenía que darle un último espectáculo a doña Betty. Saltó sobre las puntas de sus botas y le regaló una sonrisa a la cámara que se acercó.

En algún lugar Stetson la vería y sabría que esa sonrisa era para él.

CAPÍTULO ONCE

—Mira, amá. Es Curtis. Te está saludando. —Stetson no se molestó en voltear para ver si ella estaba poniendo atención o no. Él sabía que no. Ella estaba ahí y respiraba, dentro y fuera, dentro y fuera, gorgoteando. Estaba muriendo de hambre. No había probado bocado en tres días.

Él juraba por todo lo más sagrado, que iba a encontrar a alguien para que le consiguiera una enorme dosis de insulina e iba a terminar con su sufrimiento. Esto no era justo.

Nada de esto lo era.

Así que en lugar de mirarla, continuó viendo la transmisión en su teléfono, aquí donde había wifi.

Vio a Curtis.

La ronda tres de las Finales y el vaquero iba a la cabeza en petral y en jineteo de toros. Tenía el segundo puesto en jineteo de broncos y superaba a uno de los lazadores en el *all-around* por unos ochenta puntos.

Cada noche Curtis llamaba. Cada noche preguntaba por su mamá. Cada noche Stetson mentía.

«Sí, ella está echándote porras, vaquero», le decía. «Se fue a la cama justo después de la ronda».

De cierta forma eso era verdad. Su amá amaba a Curtis hasta la muerte. Más que eso, le agradaba.

El jineteo de toros llegó y el ranchero apoyó los codos sobre sus rodillas, mirando fijamente la pantalla.

—Vamos, vaquero.

Miles Bend estaba jalando la sogá de Curtis; Hank Rogers sujetaba su chaleco. Eso era como un sándwich de helado dentro del top tres, y el Señor sabía que era un linda vista.

—En serio, amá, más te vale que no seas capaz de escuchar mis pensamientos, porque soy un hombre malo, muy malo.

Stetson sonrió un poco, luego giró la cabeza para verla. Se le borró la sonrisa. Ella necesitaba dormir. A lo mejor estaba dormida. ¿Quién diablos sabía?

Curtis estaba usando su camisa de la suerte, la cachemira azul marino lucía muy bien en él.

El ranchero apretó sus puños cuando Curtis se colocó en posición y luego asintió.

El pequeño toro mexicano dobló hacia la izquierda, dando rápidas vueltas mientras intentaba tumbar al vaquero. Curtis había montado toros el doble de grandes y el doble de agresivos, pero este era rápido como un pestaño y eso significaba fuerza G.

—Vamos, vaquero. —Stetson asintió con cada segundo. «Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Vamos.

Tú puedes. Ocho»—. ¡Sí!

La puntuación no era cosa del otro mundo, pero era una puntuación al final de cuentas.

—¡Setenta y cinco, amá! Eso lo mantiene arriba. Y esta no es su mejor disciplina. —Estaba tan jodidamente orgulloso—. Ese es nuestro vaquero. Va a ganar.

Le echó un vistazo a su amá y la encontró mirando fijamente a la tele, sabía que ella no estaba viendo lo mismo que Stetson, pero esperaba que le diera un poco de consuelo.

Al menos sus ojos estaban abiertos.

Cerró la transmisión y se guardó el celular.

—¿Estás lista para irte a dormir, amá?

Ella no contestó, ese raro gorgoteo del tubo era el único sonido. Se dijo a sí mismo que era una bendición, la última cosa que le había dicho era que lo amaba.

Eso estaba bien.

Se levantó y a continuación besó su mejilla.

—Buenas noches, amá. —Stetson se quedaría esta noche en el tráiler; tenía gente encargada para darle de comer a los animales, los perros iban a olvidar quién era él.

El enfermero de la noche era nuevo, pero parecía ser amable, con una sonrisa siempre disponible y educado.

—¿Ya se va, señor Stetson?

—Voy a estar en el estacionamiento. Avísenme si me necesitan.

—Está helando esta noche.

Cada maldita noche helaba.

—Gracias, hombre. Me voy a abrigar.

—Si necesita mantas extras, avísenos —murmuró el enfermero.

—Gracias. Estoy seguro de que regresaré más tarde para robar un poco de café. —Se encaminó hacia el tráiler y trepó hacia el olor confortante de animal y paja. Se acomodó en las cobijas y espero por su llamada.

No pasó mucho tiempo, la vibración agitó su teléfono en su bolsillo. El nombre de Curtis era como magia, pues lo hizo sonreír.

—Ey, vaquero. Qué buen jineteo.

—Ey, Lazador. —Esa voz se vertió sobre él como miel calentita—. Gracias. Salió perfecto. Ese torito me hizo para todos lados pero no me aflojó, ¿eh?

—Pero lo controlaste, incluso lo espueleaste un poco.

—Lo hice. Maldición. Estoy listo para regresar.

El corazón de Stetson hizo una voltereta y se dijo a sí mismo que no debía leer entre líneas.

—Tienes otros seis días más, ¿eh? ¿Cuántas montas te quedan? —Se alzó el cuello de su abrigo.

—Tres, espero. Tal vez cuatro. Depende de Louis Dreyman. —Ese era el hombre detrás del premio de Curtis.

—¿Quieres que vaya y lo golpee en la rodilla? —bromeó el ranchero.

—Sí. De inmediato. —Curtis se rio entre dientes—. ¿Hoy fumaste? —Curtis le estaba echando bronca por los cigarros.

—Sí. Unos cuantos. —Media cajetilla.

—Para. —Una palabra hecha de hierro—. Necesito que estés al cien cuando vuelva, no enfermo de bronquitis o algo por el estilo.

—Estoy deseando verte otra vez. Este... ya sabes.

—Lo sé —Curtis bajó la voz—. Te deseo, Lazador.

Oh, eso lo calentó un poco.

—Puedes tenerme. Cuando quieras.

Stetson estaba un poco rígido en este momento, un poco adolorido, pero vería la forma, si Curtis estuviera aquí.

—Bueno. —El vaquero se rio por lo bajo, el cálido sonido mantuvo el frío a raya. Luego, llegó la inevitable pregunta—. ¿Cómo está doña Betty?

«Muriendo».

—Igual que siempre. Te vimos montar hoy.

Era una mentira, pero era necesaria. Curtis debía mantener su mente en el juego.

—Maldita sea. Sigo esperando que... Sé que es estúpido, pero lo hago.

—Esperamos que ganes. ¿Cómo estás? ¿Qué tal está aguantando tu cuerpo?

—Sí. Odio echarme la sal, pero he estado montando bien y estoy solo un poco golpeado.

A lo mejor él estaba tomando todo el dolor de Curtis. Esa sería una increíble historia para un escritor de terror, ¿eh? Señor ten piedad.

—¿Cenaste?

El vaquero hizo una larga pausa y Stetson supo que ahora le tocaba a él echarle pleito.

—Comí un poco con Miles.

—Mentiroso. Intenta otra vez.

—Comí un poco del plato de Miles. Pediré una ensalada en el hotel, lo prometo.

—¿De verdad? Porque necesitas conservar tu energía.

—Lo sé. Una César. Prometido.

Bueno, Curtis ya le había hecho una promesa y luego la rompió.

—Mmm. ¿Te comes los crotones por mí? —A Stetson le encantaba el pan crujiente.

—Lo haré. Carbohidratos aceptables. Puede que incluso me coma unos bocados de un pastel de zanahoria.

Él había visto a Curtis hacer eso. Ordenaba una rebanada grande de pastel del servicio a habitación y comía solo dos bocados antes de dejarla.

—Oh, hombre. Debería estar ahí contigo para terminármelo.

—Deberías. Haré una parada para comprarlo de camino al pueblo.

—Bien. —El ranchero tembló un poco y contempló salir para agarrar otro vaso de café. Era malísimo pero estaba caliente.

—¿Estás bien, Lazador? ¿Estás en ese puto tráiler?

—¿Eh?

—Lazador...

—No te preocupes por este viejo vaquero.

—Me preocupo por ti todos los días. Eso no ha cambiado —suspiró Curtis, el sonido como una ráfaga de viento—. Odio imaginarte durmiendo en ese tráiler. ¿Qué tan frío está, Lazador? ¿Cuánto frío tienes?

—Estoy bien. —Si comenzaba a hacer más frío, lo dejarían quedarse en una sala de espera sin usar.

—Déjame conseguirte una habitación de hotel, Stetson. Solo por esta noche.

—Estoy bien, vaquero. Ya déjalo.

—No puedo. Ha de ser un congelador esa cosa. Está helando aquí en Las Vegas, carajo.

—¿Sí? Uy, ¿traes puesto tu abrigo?

—Sí. De piel de oveja y todo —Curtis soltó una carcajada—. No te desvíes.

—¿Qué dijiste?

—Tonto. No me la quieras voltear. Por favor, bebé. Deja que te pague un cuarto.

Stetson sonrió, la atención casi insoportable.

—Mañana, ¿sale? Pregúntame mañana.

—De acuerdo. Lo haré. Te necesito sano, ¿okay? ¿Estás comiendo? ¿Te dan de comer en el hospital?

—¡Toda la gelatina que quiera! —Eran muy buenos con él, en verdad. Le llevaban la comida que su mamá no se comía.

—Bueno. Dios, hay mucho ruido en este hotel. Estaba consentido en el rancho.

—No hace ruido aquí, ¿verdad? —Tuvo que reírse porque no había nada como estar en casa y saber que nadie iba a venir a molestarte. Era un silencio como ningún otro.

—Nop. Digo, los coyotes nos dejan saber que están ahí, pero eso es todo. —Curtis tenía la mejor risa.

—Te extraño, vaquero. —Nunca se permitió decirlo, pero Dios sabía que lo decía en serio.

—Yo también te extraño. Es una herida profunda ahora que volví a estar cerca de ti. —Curtis hizo un ruido con la garganta, intensamente sexual. Necesitado.

—Sí. Como yo que ahora sé lo bueno que es —susurró las palabras, no por vergüenza, sino porque esto era demasiado crudo.

—Correcto. Antes éramos jóvenes. Ahora sabemos lo que nos estamos perdiendo, maldita sea.

Eso le sacó una risa de sorpresa a Stetson, el sonido fuerte y estridente. Se quedó viendo el techo del tráiler, su cuerpo se calentó un poco ante el pensamiento de lo que habían hecho antes de que Curtis se fuera.

El vaquero se rio junto con él, sonaba más feliz que al principio de la llamada.

—¿Qué planes tienes para mañana? —Escuchó a Curtis parlotear, cerró los ojos mientras se permitía vivir a través del vaquero, fingir que su mundo no estaba a punto de colapsar.

No era perfecto, pero Stetson tomaría lo que pudiera sacar de esto.

CAPÍTULO DOCE

—¡T u turno, Traynor! —El jefe de cajón agitó su portapapeles en el cajón cuatro, donde una grande y huesuda yegua esperaba por el culo de Curtis.

De todas sus montas esta semana, había estado temiendo esta. Gale Force daba reparos fuertes y su cuello solo podía aguantar cierto límite de jineteo con petral.

Sin embargo, aquí era donde estaba su dinero. Esto podría mantenerlo arriba, donde necesitaba estar.

Por Dios, él quería esto con todo su ser. Quería conseguir esta puta victoria e ir a casa con su Stetson.

El pensamiento fue contundente y rápido y resonó dentro de él.

Curtis parpadeó y se movió hacia el cajón. Dos jinetes estaban listos para ir antes que él, pero su petral de grapa ya estaba en posición, además se movían rápido en esta última parte de la semana.

—Que montes bien, vaquero. —El viejo Vick le regaló una sonrisa, la mitad de sus dientes inexistentes al igual que cuatro de sus dedos.

—Sip. —Curtis asintió brevemente. Nadie podría acusarlo de ser mal educado. Se cerró el chaleco antes de ajustarse el soporte de cuello.

«Por favor, Dios. Solo ocho segundos. Necesito ochos segundos y espuelear».

El vaquero se paró en el cajón, agarrándose de la parte superior de la barandilla. Respiró profundo y esbozó una sonrisa grande.

—A ver, señorita. Tú. Yo. Una buena puntuación.

La yegua le volteó los ojos, pero sabía su trabajo y lo estaba retando a hacerlo. Sus orejas revolotearon, una señal de que estaba lista, y él trepó por encima de la barandilla. Ahí estaba Tim Halloway para evitar que el vaquero saliera volando como la novia de Pecos Bill. ¿Cómo era que se llamaba?

Colocó sus piernas en su lugar, las espuelas por encima de los hombros de la yegua.

—Hagamos esto.

Curtis asintió y el mundo comenzó a agitarse.

Gale Force saltó disparada y él la espueleo en los hombros una vez que comenzó a corcovear cuatro zancadas después. Cuando ella lo hizo, fue como de manual: cabeza abajo, patas traseras tan altas que ella podría haber pateado la luna.

Una de dos, él iba a morir o esta monta iba a romper récords.

Curtis apretó los dientes, se estiró hacia atrás con su brazo libre en alto, manteniendo el codo flexionado del otro para sujetarse al petral de grapa.

—Vamos —bramó—. ¡Patea, jaca!

Por medio segundo, el vaquero sintió que iba a salir volando, pero se aferró como un cadillo, y cuando la campana sonó, sus ojos buscaron a caporal, Norbet o James. Le importaba un carajo cuál.

La yegua enfureció una vez que la campana sonó y corrió a lo largo de la valla, y Curtis tuvo el presentimiento de que ella estaba a punto de intentar rasparlo. «Ahí. El caporal».

Por supuesto, cuando estuvo casi a punto de alcanzar al veloz hombre a caballo, la yegua lanzó sus patas traseras y lo mandó a besar el suelo.

Curtis aterrizó tan fuerte que sintió cómo le tembló todo, lo oyó mientras sus huesos trataban de encontrar diferentes lugares.

El público estaba enardecido, así que se puso de pie y se quitó el sombrero para ondearlo en el aire. El marcador mostraba su puntuación, la cual se había perdido con el mal descenso. Ochenta y dos.

«Su puta madre».

—Espero hayas visto eso, Lazador. Espero que estuvieras viendo.

Salió cojeando del ruedo mientras escuchaba al animador, Dallas Ray, mencionarlo.

—¡Curtis Traynor con ochenta y dos puntos! Ahí va el ganador de la ronda, mi gente. ¡Y podría catapultarlo a la victoria del *all-around*!

«Oh, gracias a Dios y a todos los Santos». Ondeó su sombrero otra vez, luego se dirigió a la parte trasera. Necesitaba sentarse. Necesitaba respirar. Necesitaba ver si era verdad, si estaba tan cerca de llevarse el premio gordo.

Miles lo estaba esperando en la reja, luego lo golpeó en la espalda.

—Creo que lo lograste, hombre.

—Las matemáticas no son tu fuerte, Miles.

—Sí, sí. ¿Necesitas un chequeo?

—¿Eh? Nah. Solo necesito sentar...

—Traynor. Trae ese culo aquí y hazte la revisión.

Cierto. La atención medica no iba a tomar un no por respuesta. Siempre se preocupaban demasiado.

—Jesús, Pete, eres un cabrón mandón.

—No tanto como el Doc.

—Cierto. —Se torció de regreso, hacia detrás de los cajones y le sonrió al paramédico que actuaba como el asistente de Doc—. No estoy herido, solo zarandeado.

—Déjame sentirme mejor echándole un ojo. Esa fue una buena monta, hombre.

—Gracias. —Hicieron ese abrazo de hombre con un apretón de manos. Curtis conocía a Pete desde hacía diez años ya—. Puede que haya logrado el objetivo.

—Dios sabe que has trabajado por ello. —Pete le alumbró los ojos—. Las pupilas se ven bien.

—Es mi columna, no mi cráneo —bromeó el vaquero—. Caí tan fuerte sobre mi cola que se me sacudieron mis entrañas.

—¿Algo en particular?

—Solo mi culo. —Curtis guiñó un ojo pero era verdad.

—¿El coxis?

—Sí. Aquella se corcoveó por última vez y me fui al piso.

—Ven hasta atrás y déjame ver. Prometo no ponerme demasiado personal.

Sí, Stetson podría ponerse de malas sobre eso. Aun así, lo siguió obedientemente, porque el ranchero también se disgustaría si su culo estaba roto.

—¡Buena monta, Traynor! —La gente le echó porras y lo saludaron durante su camino a la atención médica, donde Bonner Nelson yacía ahí, un brazo en un ángulo horrible.

—Mierda, Bonner, ¿intestaste zafarte de poner el árbol de Navidad para tu nueva esposa?

—¿Cómo adivinaste? —Señor, eso tenía que doler. Bonner tenía agonía pura escrita en la cara.

—Sé lo holgazán que eres. ¿Alguien fue por tu mujer?

—No. O sea, le llamé, pero nos vamos a ver en el hospital. No quiero que vea esto. Me verá una vez que tenga una férula o un yeso o lo que sea.

—Jesús. ¿Van a llamar a una ambulancia?

—Así es. Andy tuvo que ser transportado antes, así que tuvieron que llamar a otra. —El hombre se arqueó en la camilla—. Dios.

—Déjame darte algo, Bonner —refunfuñó Pete—, ¿por favor?

—No le voy a contar a nadie, vaquero. Lo juro. —Curtis conocía ese tipo de dolor. Se había roto la pelvis una vez y pensó que podría desplomarse cada vez que se movía.

—De acuerdo. Está bien, sí. —El hombre parecía que iba a morir.

—Aguanta, Traynor. Deja que ayude a Bonner.

—Estoy bien. —Agarró un cojín de dona y se acomodó para llamar a Stetson.

—¡Lo hiciste! ¡Le enseñaste a esa yegua cómo se hace, vaquero! —la voz de Lazador sonaba muy bien para él.

—¿Verdad? Trató de tirarme. —Echó un vistazo a Bonner e hizo una pequeña oración de agradecimiento.

—Caíste duro. ¿Estás bien? Vi que te llevaron a atención médica.

—Ahí es donde estoy. Caí fuerte. Pero es solo por precaución. Me van a revisar el coxis.

—Auch. Un caballo me rompió el mío hace tres años. Es muy sensible.

—No creo que nada haya tronado, pero puede que sea más corto —bajó la voz—. No te voy a gustar menos, ¿verdad?

—Prometo ni siquiera darme cuenta.

—Me gusta tu manera de pensar. —Curtis sabía que era chaparro. Menos mal que a Stetson no le importaba.

—Una monta más, ¿eh? Montas un bronco más y es tuyo, no hay duda. —Ese era su Lazador, trabajando los números. Stetson decía que era estúpido, pero el vaquero sabía la verdad.

—Sip. Mi pialador falló en la ronda tres y su becerro se soltó en la ronda cinco, así que supongo que no me va a alcanzar. Me voy a salir del jineteo de toros y solo haré el jineteo de broncos.

—Bien pensado. El jineteo con silla es tu mero mole. Solo no te vuelvas a romper el trasero.

—Nop. Lo prometo. Mi trasero estará listo.

—Puras promesas —Stetson se rio entre dientes, el sonido extrañamente cansado.

—¿Qué hay de ti, Lazador? ¿Cómo está doña Betty?

—Estoy bien. Cansado el día de hoy.

—¿Sí? Lo siento, amor. —Lo hacía. Deseaba que hubiera más que él pudiera hacer, pero volvería con Stetson pronto.

—Eh. No te preocupes. Necesitas disfrutar esa puntación.

—Lo hago. Si me quiero preocupar, lo haré.

—Vaquero mandón.

—Ese soy yo. Te extraño, Lazador.

—Te extraño, más de lo que te imaginas —el tono de Stetson había cambiado, de vuelta a

uno tenso y cansado.

—Lazador, ¿está todo...?

—Estoy listo para ti, Traynor —dijo Pete.

—Tengo que irme. Este... pronto, ¿sale? Estaré en casa pronto.

—Pronto. Solo unos cuantos días más. Mándame mensaje para avisarme cómo está tu trasero. Y come algo.

—Lo haré si lo haces tú. Buenas noches, Lazador.

—Te amo. Buenas noches. —La línea murió.

Curtis se quedó sentado ahí un momento. «Amor. Sí. Dios».

—Vamos, Traynor —Pete le hizo señas para que se acercara a la mesa de exploración.

—¿Tengo que, Doctorcillo? —Oh, eso sonaba bien.

—Sí. Necesitas que te revise. Abajo los pantalones.

—No dejes que nadie me grabe el culo, hombre. —En realidad esto era más divertido que montar.

—Cállate —Pete soltó una risa.

Ah, no había nada como dejar que alguien te revisara el coxis mientras estabas en medio de la habitación. Nada.

Sin mencionar que Pete tenía frías las malditas manos.

CAPÍTULO TRECE

—¿Stetson? ¿Stetson?

El ranchero se despertó apurado, cada centímetro de su cuerpo estaba congelado, el mundo se había convertido en largas series de periodos entumecidos intercaladas con pánico.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Es hora. —No reconocía la voz. No importaba. Era un enfermero diciéndole que su amá estaba muriéndose. A este punto, lo habían dicho más de una vez, y cada vez era una mentira—. En serio, hombre. Necesitas darte prisa.

Dios. Todo en él, cada célula de su cuerpo pareció oprimirse por un segundo, la sensación tan feroz que no pudo sentir nada.

—Ya voy. —Stetson se arrastró fuera del nido de mantas y se puso las botas, se movía lo más rápido que sus rígidos dedos le permitían.

—Te serviré un poco de café.

—Gracias. —Hora. Era hora. Jesús. ¿Por qué la gente decía eso? Siempre era hora de algo.

Ambos cruzaron el estacionamiento con paso pesado y una enfermera los alcanzó en la puerta.

—Necesitas entrar, Stetson.

—Aquí estoy. Ya voy. —El ranchero la miró, sus ojos se sentían como si estuvieran llenos de vidrio triturado—. ¿Qué hago?

Helena le dio unas palmaditas en la mano.

—Despídete de ella. Hazle compañía. Ese es tu trabajo ahora.

—Claro.

Hizo su camino hacia la habitación de su mamá, sus botas resonaban contra el piso.

Las luces estaban apagadas, las máquinas sin emitir sonido en el cuarto. El único sonido real venía del aparato succionador que evitaba que se ahogara con su propia saliva. Stetson se quedó parado ahí por un segundo, luego se sentó y tomó la mano de su amá. Estaba calientita todavía, mas no se sentía como la mujer que había dirigido su mundo con voluntad de hierro. Esta era la frágil mano de una extraña, y si pensaba en ello demasiado, se quebraría como una ventana barata. El ranchero no tenía suficiente en él para hacer eso, para lidiar con esto. Era solo un hombre y tenía miedo y frío y estaba tan cansado, ya no había arreglo.

—Esto es horrible, amá —su voz se oyó tan fuerte en el silencio de la habitación que dio un respingo, la mano de la mujer cayó laxa a la cama—. Dios, perdón, pero asumo que necesitas continuar. No tienes que preocuparte por mí. Estaré bien. Saluda a mi apá de mi parte.

¿No era eso lo que se suponía que debía hacer? ¿Decirle que estaba bien con él? Porque, que Dios lo perdone, así era. Él había comenzado a soñar con acabar con su sufrimiento para que

podiera irse a casa. Diablos, dormían a perros por menos agonía.

Stetson era un mal hombre.

Un hombre malo y en la ruina con nada que ofrecer y una mamá muerta. Él solo quería hacer esta única cosa como era debido. «Por favor, Dios. Por favor. Déjame hacer esto bien. La amo demasiado, pero necesito dejarla descansar. No puedo mantenerla más aquí. Perdóname».

Levantó la mano de su amá y la sostuvo una vez más, mirando a la nada, tan vacío como podía estarlo. En algún punto, Helena entró, apagó el succionador y lo sacó de la boca de su mamá.

—Puedes quedare tanto tiempo como necesites, cielo. Ya llamamos a la funeraria por ti.

—*Okay*. Gracias.

—¿Necesitas algo?

Necesitaba irse a casa. Necesitaba hacerse cargo de las cosas. Tenía animales que alimentar.

Pero por el momento, pensó que se quedaría aquí por un segundo en la quietud y se despediría.

—No, señora. Creo que estaremos bien.

CAPÍTULO CATORCE

Curtis sonrió para la cámara mientras recibía su enorme cheque y su nueva hebilla de oro. Deseaba haber recibido una silla de montar como en Cheyenne; se la daría a Stetson porque el Señor sabía que a ese hombre le vendría bien una ayudita... ¿Dónde estaba esa silla de Cheyenne para empezar? ¿En la casa de sus papás en Colorado?

¿Quién sabía? En este momento no le importaba.

Era un ganador de *all-around*. El vaquero número uno del país.

Dios, había trabajado duro para esto y esperaba que Stetson estuviera viendo. Esperaba que el Lazador estuviera orgulloso de él.

Esbozó una sonrisa, asintió e hizo lo de estrechar manos después, mas no se quedó a la fiesta. Ya se había ido. Su camioneta lo estaba esperando en el estacionamiento, abastecida y lista. Todo lo que tenía que hacer era conducir a casa. Diez horas y él podría estar ahí.

Se montó en ella antes de sacar su celular. Una última llamada antes de ver a Stetson en persona.

El teléfono sonó una vez y luego escuchó:

—Felicidades.

—Gracias, amor —Curtis frunció el ceño—, te oyes agotado.

—Estoy tan orgulloso de ti. Montaste espectacular.

—Di lo mejor. Finalmente rindió frutos. —El vaquero tenía suficiente con lo que podría pagar algunos de los embargos de Stetson.

—Así fue. Estoy orgulloso.

¿El rancho estaba bebiendo? Se escuchaba un poco trabado y estaba repitiendo frases.

—¿Está haciendo mucho frío allá, bebé? ¿Necesitas ese cuarto de hotel?

—Estoy en casa. En Taos. En el rancho.

Había una fatalidad en la voz del rancho que lo hirió, hizo que frunciera la cara.

—¿Por fin está durmiendo? —Él no creía. El pánico se alojó en su interior.

—Se ha ido. Ayer en la mañana.

—Ay, Dios. Lazador. Lo siento. Lo siento jodidamente mucho. —Logró adentrarse en la autopista y pisó el acelerador—. No mencionaste nada ayer.

—No haría que estuviera menos muerta y tú tenías que salir a montar.

Las palabras lo hicieron sonreír. Este era su Stetson, vaquero hasta la médula. Jesús, Curtis sufría por él.

—Está en un lugar mejor, ¿verdad?

Todos ellos creían eso.

—Sí, Dios, sí. ¿Vienes a casa?

—Estoy en la carretera ahora. De camino hacia ti. —Ayer en la mañana. Stetson tenía muchos mandados que hacer. Tanta gente a la que llamar sobre el seguro si es que ella tenía alguno, deudas y notificaciones de impuestos.

—¿No vas a ir a ninguna fiesta de celebración?

—No, bebé. Voy a casa contigo. —Él podría ayudar. En serio. Stetson lo necesitaría ahora más que nunca.

—Sí. Sí. Me late esa idea.

—Imaginé que así sería. —Curtis conseguiría ese árbol también, maldita sea. Haría una parada en Target o algo. Compraría unas cuantas guirnaldas con brillitos y algunas esferas.

—Vi cada segundo.

—¿Lo hiciste? La última monta estuvo bien, pero el cheque valió la pena.

—Todo lo que tenías que hacer era montar y lo hiciste.

—Así es. Yo... Voy para allá, Lazador.

—Gracias a Dios por eso. Yo... este... como que... Aquí espero.

—¿Como que qué? —Stetson se oía tan abatido.

—Solo estoy esperándote.

—Ya voy hacia allá. ¿Hiciste las compras?

—Mañana temprano las hago. Tú asegúrate de dormir esta noche. Haz una parada a mitad de camino.

—Lo haré. —No. Iba a conducir de corrido. Dormiría con Stetson cuando al fin pusiera a descansar su cabeza.

—Bueno. Maneja con cuidado. Llama si me necesitas.

—Llamaré para avisar. —Diablos, Curtis querría escuchar la voz del ranchero cada hora.

—Te veré mañana, ¿eh?

—Por supuesto. —El vaquero no podía esperar.

—De acuerdo. Ven a casa. Te cocinaré un estofado.

—Uy, sí. ¿Harás bísquits? Dejaré la dieta hasta febrero.

—Trato hecho, vaquero.

—Te veo pronto. —Tuvo que colgar porque necesitaba tomar aire para seguir y enfocar su mente.

Tenía un largo camino que recorrer y un vaquero esperándolo en casa.

CAPÍTULO QUINCE

Stetson escombró la casa y le dio de comer a los animales, la cabeza gacha, el mundo callado, quieto, la nieve alfombraba el suelo.

Dios, la cabeza le dolía.

El corazón le dolía.

Los caballos y los perros lo sabían, todos demandaban amor extra. Tratando de ayudar. Hasta los avestruces estaban en lo suyo en lugar de ir tras su trasero o sombrero.

El rancho estaba dando todo lo que tenía, las álgidas temperaturas atravesaban su abrigo. Los dedos se le entiesaron enseguida, las articulaciones las tenía entumecidas. Se dijo que respirara, que se tranquilizara.

Necesitaba ir por las cosas para hacer los bísquets y el estofado, así que requería hacer una lista y meterle algo de comida a su estómago.

Golpeó sus botas contra la puerta trasera para sacarles la masa de nieve pegada a las suelas.

Señor, eso provocó que sus dedos hormiguearan. Sacudió su sombrero también. De vez en cuando deseaba que su gente se hubiera asentado en el sur de Nuevo México. Luego recordaba que los veranos rebasaban los treinta y siete grados por esos lares, lo que nunca ocurría en Taos.

El sonido de una camioneta estacionándose en el patio lo sorprendió. Todo mundo sabía que Stetson estaba en casa. No había necesidad de venir a alimentar a los animales por él.

Los perros ladraron e hicieron un argüende en el porche, así que el rancho salió a ver de qué se trataba.

Parpadeó por un segundo. El vaquero tuvo que haber roto todos los límites de velocidad existentes.

Ese era Curtis, no había duda, saliendo de su troca para luego subir las escaleras trotando.

—Vaquero. —Stetson sintió que si se movía, se iba a partir a la mitad como un plato de porcelana tocando el piso. *Crag*.

—Ey, Lazador. —Curtis no mostró ninguna sonrisa, aun así fue directo hacia él y lo abrazó fuerte.

El rancho no podía respirar. Se aferró para intentar recordar cómo se hacía esto, cómo vivir. Sabía que él no estaba bien, pero esto era demoledor.

—Ey. Oye, estoy aquí. Te tengo. —Curtis le frotó la espalda, arriba abajo, calentándolo.

—Lo hiciste bien —forzó las palabras.

—Gracias. ¿Podemos entrar? Me estoy congelando.

—Tengo el calentador encendido. —Ya no quedaba leña, así que había prendido el calentador todo lo que podía.

—Suenan excelentes. Mierda. Déjame sacar unas cuantas cosas de la troca. —El vaquero se

movió rápido y regresó con algunas bolsas, una cosa grande de Target, los círculos rojos en las bolsas eran inconfundibles.

—¿Necesitas ayuda? Puedo ayudar.

—Claro. —Esta vez Curtis sí le regaló una sonrisa al tiempo que le entregaba una bolsa grande.

—Apuesto a que tienes ropa que lavar, ¿eh? —Stetson tomó el saco y enseguida abrió la puerta.

—Así es. ¡Ese hotel a las afueras no me quiso lavar mis camisas! —Curtis esbozó una sonrisa grande cuando el rancharo quedó boquiabierto—. Lo sé, indignante. Le dan hospedaje a un montón de vaqueros, lo menos que pueden hacer es desmancharlas.

—Oye, sí, no inventes. Supongo que no son gente vaquera. Las meteré a lavar. —A lo mejor esta tarde cuando Curtis estuviera durmiendo.

—Gracias, amor. —El vaquero dejó caer su mierda al piso en piso, retiró la bolsa de Target de los dedos entumidos de Stetson y luego lo atrajo en otro abrazo.

Los párpados del rancharo se cerraron y se dijo que el llorar no iba a ocurrir. Él era un vaquero, carajo.

Curtis no emitió palabra alguna, solo le frotó la espalda, dejando que él realmente se apoyara.

—¿Qui-quieres desayunar? Aún no he ido al supermercado, pero puedo hacerte unos huevos.

—Claro que sí, amor. Si no estás demasiado cansado.

—No estoy cansado. —Estaba exhausto. Eso era totalmente diferente.

—Entonces que venga la comida. Para ti también. —El vaquero le dio un beso, solo un suave roce de labios y vello facial.

—Cuéntame de tu viaje. —Stetson abrió el refrigerador. Había siete huevos, media barra de margarina, cinco Coors y un cartón de crema para café. «Okay. Huevos».

—Largo pero productivo. —Curtis soltó una risa, el sonido alegre—. Gané, Lazador.

—Lo hiciste. —Por eso mismo no le había llamado para contarle sobre su amá. ¿Qué bien habría hecho? El vaquero no habría estado enfocado y ella estaba muerta. La noticia podía anunciarse en cualquier momento.

—Todavía sigo sin creérmela. Estuvo muy cerrado por un instante.

—Me sentí tan malditamente orgulloso. Aún lo estoy. —Diablos, al final de la última monta de Curtis, Stetson había estado de pie, saltando y gritando.

—Gracias. —El vaquero se puso serio—. Lo siento mucho, Lazador.

No se molestó en fingir que no sabía a qué se refería.

—Era hora. Había dejado de estar aquí desde hacía días. No podía tragar, no podía hablar. Ya ni siquiera lloraba.

—Dios. —Curtis cerró los ojos, sus labios fruncidos—. Entonces es una bendición. Ella habría odiado vivir así.

—Sí. —El rancharo había pensado en asfixiarla con una almohada o solo tapparle la nariz y la boca para acabar con su sufrimiento, pero no pudo hacerlo. No era lo suficientemente valiente.

—¿Ya hiciste...? Eh... ¿necesitas ayuda para hacer los arreglos?

—La están cremando. Todos van a comenzar a llegar pasado mañana, ¿sabes? —Era de buena educación esperar cuatro días enteros antes de visitar a la familia, en especial aquí en Taos. Así era como lo hacía su familia por parte de su amá, el lado Pueblo.

—Por supuesto. ¿Vas a hacer un funeral? —El vaquero se removió en la silla, se veía incómodo.

—No lo sé. Debería, ¿no? ¿Para sus amigos? No sé cómo.

—Bueno, yo puedo hacer algunas llamadas.

Stetson asintió lentamente. Curtis era bueno organizando cosas y el ranchero estaba cansado de hacerse cargo.

—Yo... Hay suficiente del seguro de vida para cremarla y lo demás. ¿Sabías que tienen que ponerla en una caja para hacerlo?

—Nop. —El vaquero se le quedó mirando con los ojos muy abiertos—. ¿También queman la caja?

—Ajá. Tuve que elegir una. —Nadie debería tener que hacer eso. Nadie. Nunca.

—Bestia. Qué loco.

—Lo es. Yo... —Nadie más que él tenía que saber que había escogido una de cartón, ¿verdad? No había tenido otra opción, monetariamente hablando. Las de madera, incluso las de pino liso, hacían que todo fuera más caro.

—Oye. Respira, bebé. Está bien. —Curtis dejó de estar sentado y de mirarlo y se movió para tomar el cartón de huevos.

—Lo siento. No estoy... Perdón.

—Carajo, Stetson. La has estado pasando muy mal. —El vaquero partió unos huevos en el bol que Stetson había sacado del gabinete—. Estás de pie y moviéndote, eso es mucho.

—Eso creo.

—Ahora los dos estamos de pie y moviéndonos juntos. Incluso mi coxis, el cual estuvo protestando durante el viaje.

—Sí. —El ranchero respiró hondo—. No sé si hay pan.

—No pasa nada. —Curtis revisó los gabinetes—. Hay Pop-Tarts y bollos para hamburguesas. ¿Los bollos?

—Si no están mohosos, adelante. Creo que están parcialmente hechos de árboles.

—¿Pan de árbol? Fuchi. —El vaquero devolvió los bollos a su lugar—. Entonces las Pop-Tarts. Te dije que ya no estaba haciendo dieta.

Stetson comenzó a reírse, el sonido extraído de él, se oía más lastimero que feliz. Dios. Amaba a ese hijo de puta.

A Curtis se le dibujó una sonrisa grande en la cara, como si hubiera hecho algo increíble.

Lágrimas se escondían detrás de la risa, así que fue a buscar otro abrazo y se apretó contra el duro músculo del hombro del vaquero.

Curtis lo sujetó y se movió para sentarse en la mesa, el desayuno olvidado por un momento. El ranchero se posó en el regazo del otro hombre, sintiéndose extrañamente enorme.

—La extraño. Sabía que nunca la traería de vuelta a casa, pero... —Pero ella era su amá y nunca lo había defraudado. Una parte de él había creído que vencería esto, de alguna manera, porque era su amá y lo amaba.

—Es horrible, bebé. Está de la mierda. Sé que existe un montón de cosas acerca de estar en un lugar mejor, pero ella era acérrima. Te amaba.

—Lo hacía. Lo hace. —Algunas cosas eran más grandes que morir. Eso él lo sabía.

—Sip. —El vaquero lo abrazó hasta que el estómago de alguien gruñó. Stetson pensó que fue el de Curtis.

—Huevos y Pop-Tarts. —Las cosas importantes de la vida.

—Lo sabes. Perdóname, amor. Estoy famélico.

—¡No te preocupes! Te daré de comer. —Estaba siendo un niño llorón.

—Nos daremos de comer. ¿Haces los huevos o te encargas del tostador?

—Yo cocino los huevos. Mi sartén tiene maña.

—Así lo hacemos. —Curtis se dispuso a sacar las Pop-Tarts de sus envolturas y las metió en el tostador—. Tienes incluso de las buenas. Canela y azúcar morena.

—Esas son las únicas buenas.

Esta era una vieja discusión. Una maravillosa.

—Oh, no sé. Me gusta la de cereza. Glaseada.

—Guácala. Esas son antinaturales. —Stetson sonrió porque su argumento no tenía sentido, pero se sentía bien.

—No lo son. Ahora, ¿esas azules con rosa? Mal rollo.

—¿Tienen azul con rosa?

—Es una especie de baya falsa. —Curtis se estremeció de forma dramática.

—Falsa... fuchi. No. No. No. —Los huevos se pegaron. Siempre se pegaban en este sartén desde que su amá se había ido. A lo mejor no usaba suficiente mantequilla. Ella nunca usó nada antiadherente.

—Necesitamos comprarte nuevos sartenes, bebé.

—Oh, me las arreglo.

—Lo sé, pero estás perdiendo el dinero para un sartén nuevo en huevos. —Las Pop-Tarts brincaron en el tostador y Curtis las agarró para después ponerlas en platos.

Stetson se rio por lo bajo.

—Dicho como un hombre que ha cocinado unos cuantos huevos en su vida.

—Lo he hecho. Es proteína y los puedes cocinar en un sartén de camping sobre combustible de cocción.

Oh. Camping. Hacía mucho tiempo que no acampaba...

—¿Esa sonrisa por qué es? —El vaquero le dio un empujón con la cadera.

—¿Eh? Oh, solo me... perdí en mis pensamientos.

—Mmm. Parecían buenos pensamientos.

—Lo eran. Estaba pensando en ir a acampar, contigo.

—¿Sí?

—Sí. Por diversión.

—Podríamos hacerlo, desde luego. Podríamos bajar a Las Cruces en primavera.

—Pero ¿quieres hacerlo? —Dios, eso sería divertido. Y barato también. Stetson tenía una vieja tienda de campaña; solo se gastaría en gasolina.

—Claro que sí. Sabes que me encanta pescar.

—Ajá. —A Curtis le gustaba tomar una siesta en el sol mientras pescaban. La pesca era su mejor excusa.

—Entonces lo haremos.

Su sonrisa se sentía extraña, estirando unas mejillas que no habían sonreído mucho últimamente.

—Cómete tus huevos. —Le había dado al vaquero una mayor porción.

—Gracias. —Curtis engulló, comiendo con la mecánica precisión que solo los atletas conseguían dominar.

Stetson observó, apreciando al vaquero. Este era su último momento, el último aquí, y si era honesto, el último con Curtis. Ellos solo habían tenido una pelea fea aquella noche; Curtis simplemente había dejado de venir a la casa y él había dejado de salir, y de pronto vio al vaquero en la tele con Danny Gonzales y supo que todos habían seguido adelante.

—¿Estás bien? —Esa mirada afilada nunca se perdía de mucho.

—De perlas. —Se comió una de las Pop-Tarts y un poco de los huevos, luego empujó su

plato—. Estoy lleno, vaquero. Comételes tú.

—Stetson, necesitas comer. Necesitamos ir por comida. —Aun así, Curtis tomó la comida—. Te compraremos unas uvas.

—Iré por unas cosas. —Cuando el vaquero estuviera durmiendo.

—Genial. Iré contigo. Solo para ver cómo se ve el pueblo.

—¿Sí? Se ve como Taos. Frío y nevado. —Y hermoso. Porque todavía era condenadamente hermoso.

—Sí, pero hace años que no paso tiempo aquí. —Esas finas mejillas se enrojecieron y Curtis bajó la cabeza.

—La pasaremos bien, ¿eh? —Su amá estaría encantada.

—Así será. —El vaquero se levantó de la silla, luego recogió los platos sucios—. Hombre, es bueno estar fuera de la camioneta.

—Me imagino. ¿Quieres darte un baño? Está limpia. La bañera. —Stetson ni siquiera había sido capaz de ir al lado de la casa de su mamá todavía.

—Sí, quiero. Asumo que no se te antoja acompañarme, ¿o sí? —A ver, eso era picardía pura.

—Se me antoja. Definitivamente se me antoja, vaquero. —Él quería tocar, quería recordar cómo sentir.

—¡Ajúa! Vamos, bebé. —Curtis tomó su mano tras colocar los platos en el fregadero, los callos de ambos raspando donde hicieron contacto.

Bebé. Curtis se había referido así a él desde hacía mucho tiempo. No lo había llamado de esa forma hasta ahora. O tal vez sí lo hizo y Stetson no lo había escuchado. Él no lo sabía. Lo que era seguro era que lo escuchaba ahora y lo encendía enseguida. Suponía que debía sentirse culpable —con todas las cosas con las que tenía lidiar— por irse a jugar con el vaquero.

No sentía culpa.

Quería tener lo que pudiera recibir. Él *necesitaba* todo lo que pudiera recibir.

Curtis lo arrastró a la recámara y luego al baño, dejó correr el agua con unos rápidos movimientos.

El ranchero se quitó las botas con las puntas de los pies, luego se deshizo de su pesada camisa y la colgó en la puerta. Se movía como si estuviera debajo del agua. Se desvistió mientras esperaba a que el vaquero se sentara sobre el escusado para poder desatarle las botas.

Curtis se sentó, levantó una pierna, y el ranchero desató y jaló, los movimientos tan familiares como respirar.

—Dios, qué sexi eres.

Las palabras lo hicieron levantar la vista, pestañear.

—¿Qué?

—Lo digo en serio, Lazador. Eres precioso. Me hace malditamente feliz. —Esos ojos azules ardían por él, miraban a través de él.

Stetson se inclinó hacia delante, apoyándose sobre esos muslos nervudos para tomar un beso. ¿Qué más podía hacer? Aquellas palabras lo tocaron hasta el alma, justo donde necesitaba ese bálsamo.

Curtis lo besó como si no hubiera nada más en este planeta que prefiriera hacer. Despacio y seguro, sus manos lo sujetaron de las caderas para mantenerlo erguido.

—Vamos, bebé. Necesito que me des un poco de amor.

—Estoy listo. —Stetson se irguió, luego atrajo al vaquero hacia él para removerle la ropa del viaje.

Juntos consiguieron desnudarse, ambos impertérritos por un instante, mirándose fijamente

como cabras a una nueva cerca. Curtis tenía moretones por doquier.

—Agua caliente, vaquero. Te servirá.

—Eso espero —se rio Curtis—. Pero no estoy roto.

—Nop. —Ese era el rancho—. Gracias a Dios por eso también.

—¿Sí? —El vaquero lo besó una vez más, entonces se metieron a la regadera, unidos de esa manera. Aquella boca podía hacer que un hombre olvidara su propio nombre, por no hablar de todos sus problemas.

Curtis se apoyó en la pared y le dejó tener toda esa piel. No obstante, no fue mucho después que el hombre agarró el jabón para regresarle el favor. Vaquero impaciente.

—Estás a punto de secarte y desaparecer. Necesito darte de comer. Pasar largas horas tendidos en la cama juntos. —El hombre trazó los valles bajo las costillas de Stetson.

—Ha sido un poco duro. No te preocupes por mí. Necesitaba endurecerme.

—Basura —contestó Curtis afable, sin embargo, esa quijada se veía pétrea. Stetson supo quién haría las compras en esta ocasión. No había discusión.

El rancho recorrió con su dedo esa mandíbula cuadrada, el cuerpo le decía que quizás no era tan viejo como se sentía, que había algo acerca de Curtis y su dura anatomía que le provocaba a Stetson querer ponerse de rodillas y suplicar.

No necesitaba hacerlo. Curtis le daba todo. Caricias, besos, palabras. Todo.

—Quiero todo, Lazador. Te quiero ahora, mañana y el día siguiente.

La mordida al lóbulo de su oreja causó que se retorciera y sollozara. Stetson quería todo y un poco más. No creía que fuera capaz de seguir creyendo.

—Sexi hijo de puta —gruñó el vaquero, el sonido tosco y necesitado, sin un rastro de gentileza en él—. Ahora.

—Sí. —A Stetson ni siquiera le importaba saber a lo que estaba accediendo. Simplemente lo quería. Ya.

Curtis lo agarró, para luego cerrar sus dedos alrededor de su verga. El tirón envió una descarga directa a sus testículos.

—Carajo, vaquero. Haces que... —Se elevó sobre las puntas de sus pies y se tragó su gemido.

—Hacia allá voy. —Sin aliento, Curtis lo bombeó sin ralentizar el ritmo en ningún momento.

El tiempo se paralizó y Stetson se quedó mirándolo, esos ojos azules eran como rayos láser. Nunca nadie se había comparado a Curtis Traynor. Nadie.

—Stetson. —Su nombre. Solo su nombre, pero el vaquero lo dijo como un rezo.

Todo lo que el rancho podía hacer era asentir con la cabeza e intentar respirar. Y no ahogarse. Dejó escapar una risa, el sonido áspero y tosco, porque Curtis tiró de sus huevos al final de la última caricia hacia abajo.

—Quiero ver que te vienes por mí. Quiero ver que grites.

De algún modo Stetson pensó que eso no sería problema. No estaba emitiendo ningún sonido solo porque le faltaba el aliento. Entonces, el vaquero le dio más, agachó la cabeza para besarlo y deslizó su mano libre para tomar una nalga.

Lo encendió con ello y Stetson se hizo añicos, se estaba viniendo tan fuerte que se le olvidó todo menos el nombre de su vaquero. Ese se lo sabía y lo gritó al aire. Su cuerpo comenzó a balancearse de un lado al otro.

—Mierda, bebé. Mírate. Solo mírate. Tan malditamente bello.

Se sentía hecho polvo, hasta los huesos. Se desplomó sobre Curtis, sujetándose a esos fuertes hombros para mantenerse en pie.

—Perdón. Lo siento. —Necesitaba ocuparse de Curtis. Lo sabía.

—Yo no. —El vaquero mordisqueó un costado de su cuello—. Eso fue jodidamente increíble. Mejor que cualquier monta que he hecho.

Stetson se rio entre dientes.

—¿Mejor que cualquier monta, vaquero?

—Incluso que la hebilla de oro, Lazador. —Ese tono... Levantó la vista y encontró a Curtis mirándolo con intensidad, sin titubear.

—Bueno, entonces... —El ranchero se desprendió para descender sobre el tapete de baño, dejando que el cuerpo de Curtis lo protegiera del chorro de agua. No se esperó, ya que no sabía cuánto tiempo más les aguantaría el agua caliente.

—Ah, maldición. —El vaquero se irguió y su miembro bamboleó en frente de Stetson.

—Mía. —El ranchero trazó una línea con su lengua desde la base de la verga de Curtis hasta la punta.

—Tuya —concedió su amante, empujando las caderas como si estuviera montando.

Era fácil lamer otra vez, tratar de conseguir más de esa maravillosa sal, ese sabor a necesidad pura. El agua tenía un dejo de jabón, pero no sabía para nada mal.

Stetson cerró los ojos y envolvió sus labios sobre esa gruesa verga, su lengua se movía sin descanso sobre el pesado miembro. Se enfocó en trazar la cabeza, la cresta acampanada lo fascinaba, la abertura tan delicada, tan sensible.

Aquellos músculos trabajaban bajo la piel de Curtis y este comenzó a balbucear, palabras de amor, maldiciones. Al final eran quejitos cortos y graves acompañados de chasquidos con la lengua.

Eso era lo que el ranchero necesitaba, lo que quería: enloquecer a Curtis. Quería todos los sonidos y las caricias. Todo.

El vaquero sujetó la parte de atrás de su cabeza, motivándolo a moverse más rápido, a tomar más. Sin forzar; Curtis nunca haría eso. Aquello consiguió que Stetson trabajara con más ganas, bajando y subiendo la cabeza, succionando más fuerte.

Oyó un sollozo estrangulado, un llanto bajo y necesitado, y el ranchero chupó, necesitaba llevar a Curtis al límite.

Un calor amargo y salado le llenó la boca. Curtis soltó un grito cuando se vino, tenía una mano sobre la cabeza de Stetson, la otra sobre su hombro. «Miren a ese hombre montar...».

El agua le escocía los ojos y parpadeó para alejarla, quería ver.

—Jesús, Lazador. Vas a hacer que me caiga. —El vaquero tenía la sonrisa más ñoña en el rostro.

—Si no te mueves pronto, te vas a congelar. Esa agua caliente se irá en cualquier momento sin avisar.

—Ya lo está haciendo un poco. —Curtis tiró de él para ponerlo de pie y lavarlos a ambos.

Stetson cerró las llaves antes de que su vaquero se volviera una paleta de hielo, luego pescó unas toallas.

—Brrr. Diablos. Necesito conseguirte una toalla más calientita.

—Oh, tuve una de esas una vez. La usé hasta que se deshizo.

—¿Ves? —Ambos estaban temblando y se echaron a correr. Ropa. Necesitaban ropa.

—A la cama. Ven a la cama. Tengo una cobija eléctrica.

—¡No se diga más! —Curtis agarró su bata del colgador y los dos saltaron a la cama para luego deslizarse bajo las cobijas. El vaquero los envolvió a ambos con la bata y apretó a Stetson contra su cuerpo.

El ranchero puso el calor de la cobija hasta el tope, luego se arrimó al otro hombre, compartiendo la calidez.

—Uy. Esta parte de la casa es como hielo.

—Sí. Ven, pégate. Iré por más mantas en un rato.

—Como digas. —Curtis le hizo una trompetilla en el cuello.

Eso significaba la guerra.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Curtis se despertó tarde. Lo sabía porque el sol estaba pegando en el piso y no en la cola de la cama. Maldición. Maldita sea.

Stetson estaba desgastado y raquítico y necesitaba comida y descanso. El problema era —el vaquero apostaría lo que fuera— que el hombre se había levantado y llevaba trabajando desde hacía varias horas. A lo mejor hasta había ido a la maldita tienda y Curtis quería ser el que comprara las cosas.

Miró por la ventana y negó con la cabeza ante la visión de su amante transportando leña en una carretilla, a saber de dónde la había sacado. El vaquero sabía que la pila de leña usual se había agotado hacía mucho tiempo. «Necio».

Se vistió para el clima e hizo una nota mental para conseguir unos malditos pantalones térmicos en Taos.

Había un pedazo de papel en la encimera junto con un sándwich de mantequilla de maní envuelto y unos Fritos.

EL CAFÉ ESTÁ en el termo. Encontré pan en el congelador. Voy a ir a hacer un trueque por leña.

MM. Bueno, parecía que el trueque se había dado. Curtis se puso su abrigo y se dirigió afuera.

Había casi todo lo de una tarea de leña en la caja de la camioneta de Stetson. Solo Dios sabía lo que el hombre había intercambiado. ¿Un riñón? ¿Su alma?

El vaquero no hizo ninguna pregunta, listo para morderse la lengua. Simplemente buscó un par de guantes en el tablero de su troca y se puso a descargar.

—¿Quieres llevar la carretilla? Quería poner la chimenea esta noche después de hacer la despensa.

—Claro. —Curtis estaba rígido y adolorido, tanto como para no discutir. Él podía ayudar más así de todos modos.

—¿Comiste? Te dejé un sándwich.

—Todavía no. Me lo voy a comer cuando entremos. Más tarde te voy a llevar al pueblo para comprarnos algo suntuoso.

—¿Sí? —Stetson le mostró una sonrisa grande, la expresión llegaba hasta sus ojos—. Dormiste bien.

—Me siento increíble. —En verdad lo hacía. Trabajar era estirar cosas que el largo día en la

camioneta había doblado.

—Te ves bien en mi cama.

—¿Lo crees? —Eso le provocó al vaquero un hormigueo en todo el cuerpo—. Es más calientita contigo en ella.

—La chimenea esta noche nos ayudará a calentar todo, prometo acurrucarnos.

—Estoy mejor ahora que anoche. Solo necesito ir a la tienda más cercana donde pueda conseguir unos pantalones térmicos. —Acurrucarse era uno de sus superpoderes y un gran gozo.

—Te presto los míos si quieres. Te llevaré en un rato.

—Descuida, amor. —Terminó sin medio pulmón, pero habían apilado la leña en un santiamén. Curtis se sentía bastante realizado.

—Necesitas ese sándwich, vaquero, y una botella de agua. —Amaba que Stetson dijera «sangüich».

—¿Eh? —Se limpió el sudor de la cara a la vez que trataba de darle sentido a lo que el ranchero había dicho.

—Vaquero. Muévete. Ahora. —Stetson lo llevó a la casa y lo sentó. Luego un sándwich de mantequilla de maní con mermelada apareció en su mano acompañado de un vaso de agua.

—Gracias. —Se quedó viendo el vaso hasta que el ranchero se lo llevó y le trajo jugo de manzana y metió el pequeño popote entre sus labios. Curtis succionó, el jugo frío lo sobresaltó.

—Ahí está. Bebe un poco más.

—Oh. —Cayó en cuenta y puso los ojos en blanco—. La altitud. Mierda, Lazador. Lo siento.

—Lo sé, vaquero. Cómete tu comida ahora.

—Sí. —Le dio una mordida al sándwich y se sintió mejor en un abrir y cerrar de ojos—. Oh, esa mermelada está buena.

—Escaramujo de la señora Javes.

—¿Qué diste a cambio de la leña? —el vaquero soltó la pregunta, esperando que la sorpresa le sacara la respuesta a Stetson.

—Mi motocicleta. Ya casi no la uso. Me dieron la leña y un par de cientos para pienso.

—Oh. —«Oh, carajo»—. Bueno, espero que le den buen uso, ¿eh?

—Sí. Alguien debería. —El ranchero se quitó el abrigo y se sirvió una taza de café.

—¿Comiste? —preguntó Curtis—. De verdad quiero llevarte a la cenaduría o a la pizzería.

—Estoy dentro. —Stetson se dio la vuelta y se apoyó contra la encimera antes de ofrecerle una sonrisa.

—Trato hecho. —El vaquero se tomó su bebida antes de que el dolor de cabeza llegara. Se le olvidaba lo elevado que estaba Taos. No tenía problemas de altitud, pero sí le tomaba unos cuantos días adaptarse.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Mmm. Sí. Solo me puse estúpido. —Él no tenía ni un maldito gramo de grasa corporal, debería haberse comido ese sándwich antes de que se pusiera a trabajar.

—¿Necesitas más comida, corazón?

Diablos, Curtis no estaba seguro de que hubiera algo más para darle de comer. La casa estaba desgastada hasta el extremo, de la alacena al piso.

—Nah. Estoy bien. ¿Vas a venir aquí y darme un beso de buenos días? —El vaquero extendió su mano, no quería sentir como que eran desconocidos.

Stetson soltó una carcajada y caminó hacia él.

—Es más como de buenas tardes, pero acepto.

—¡Oye! No es tan tarde. ¿O sí? —Mierda. Ni siquiera sabía dónde había terminado su

celular.

—Son las cuatro y media, más o menos.

—Dios, bebé. ¿Por qué no me despertaste? —Se les iba a acabar la luz del día ¿en qué? ¿Media hora?—. Lo siento.

Atrajo al ranchero para el beso que tanto quería.

—¿Para qué? Puedo conducir en la noche. Sé cómo hacerlo.

—Yo también, menso —se rio Curtis—. Es solo que siento que tuviste que trabajar el doble sin mi ayuda.

—Merecías descansar. —Stetson lo besó otra vez y otra vez y una vez más.

Eso era muchísimo mejor que la comida, que dormir o incluso los pantalones térmicos. El peso del ranchero sobre sus muslos era magia pura. Sus abdómenes presionados juntos hicieron que Curtis doliera por dentro al sentir tanto.

Abrazó a Stetson de la cintura y se sujetó fuerte, así podía conservar este momento. Justo aquí.

—Está bien, vaquero. Puedes descansar por mientras.

—¿Quieres de mis Fritos?

—Te acepto uno o dos, claro.

Curtis abrió la bolsa de papitas para que ambos pudieran comer. En serio necesitaban hacer la despensa, pero el ranchero no parecía tener ninguna prisa, así que él podía quedarse así. La tienda Smith's estaba abierta hasta las once.

Podrían comer y después ir a comprar las cosas.

—¿Estás bien? —preguntó finalmente Stetson mientras le acariciaba el cabello.

—Lo estoy. Mucho mejor. ¿Estás listo?

—Tan listo como podré estarlo.

—Hagámoslo entonces.

El ranchero se levantó, tendiéndole la mano, y ambos se pusieron sus abrigos para volver a salir. Stetson hizo una pausa para darles a los perros un bol gigante de croquetas.

Curtis le entregó al ranchero sus llaves.

—Llevémonos la mía mejor, pero dejaré que conduzcas.

—Claro. Vamos, te voy a presumir.

—Oye, espérate. No soy ningún vaquero trofeo. —Curtis soltó una carcajada, encantado.

—Eres mío.

Lo era, claro que sí.

CAPÍTULO DIECISIETE

Terminaron en la pizzería, donde podrían abastecerse de carbohidratos. Curtis necesitaba la ilusión de algo sano y aquí ofrecían ensaladas que él podría ordenar junto con su enorme *calzone*.

Stetson quería burlarse, pero supuso que era demasiado pronto para eso. El vaquero tenía un amor-odio con la comida. Hacer algo grande de ello causaría que Curtis se cerrara y comiera solo pollo blanco y claras de huevo. A lo mejor uvas congeladas.

¿Él? Él comía comida cuando había algo por ahí. Cuando no, no lo hacía. Sin embargo, observar a Curtis comer seguía estando en la cima de su lista de deseos.

El compacto vaquero podía soltar un gemido sin pena alguna y lamer su tenedor. Gracias a Dios por tener que comer sentados y por los *jeans* que estaban conteniendo todo.

—¿Estás bien? —le preguntó Curtis, masticando el queso que le había quitado a la *pizza* de Stetson.

—Solo estoy admirando la vista, es todo.

—¿La vista...? Oh. —El vaquero se sonrojó—. Esta mierda está rica.

—Lo es. Solía venir mucho, solo a pasar el rato. —Luego, se había hecho mayor, junto con su amá.

—Se ve que es un lugar de encuentros. —La pequeña área estaba llena, el ruido y el olor a ajo era casi avasallador.

—Sí, lo era, en su momento. Supongo que todavía lo es.

—Me gusta el *calzone*. Y la *pizza*.

—Hola, Stetson. —Angela Hollis se acercó a la mesa. Ella trabajaba atrás en la cocina.

—Ey, Angie. ¿Cómo has estado? —El ranchero se levantó y le tendió la mano.

—Bien. Bien. Lula dijo que estabas aquí y, bueno, quería decir que... —Ella tomó su mano—. Siento mucho lo de tu mamá.

—Gracias. Era tiempo, creo. —Diablos, él lo *sabía*.

—Pero sé que debe ser duro. —Angela le dio palmaditas a la mano del ranchero, su expresión era una de entera empatía.

Stetson asintió, intentando tranquilizarse. Él no quería hacer esto, pararse aquí y tratar de comprender cómo coño se sentía. Si comenzaba a pensar que su amá ya no estaba, entonces tenía que pensar en facturas e impuestos y en cómo era que estaba tan putas feliz de no volver al puto hospital y de poder ser capaz de dormir con Curtis en su cama. Y eso lo hacía un mal hombre, lo sabía.

—Hola, soy Curtis. —El vaquero también se puso de pie y le tendió la mano a Angie.

—Hola, qué tal. No te acuerdas de mí, pero nos conocimos hace mucho tiempo. Fue hace

cuatro hijos atrás.

—Uy, chispas. Lo siento. —Curtis le ofreció a la mujer una sonrisa radiante—. Me acordaré de ahora en adelante.

—¿Te estás quedando en el rancho?

—Sí, señora. Stetson me necesita. —El vaquero no titubeó.

—Imagino que sí. El lugar es grande y necesita por lo menos cuatro pares de manos más.

—No está tan mal, Angie. —Desechó la preocupación. Era su lugar. Él conocía cada centímetro de esa tierra y lo que necesitaba.

—Ajá. ¿Me paso mañana con comida?

—Eso sería lindo. —El rancho la abrazó y distinguió los olores de la albahaca, el tomate y pan.

—Qué pases buena noche. —La mujer le dio un beso en la mejilla antes de dejarlos solos.

—No me acuerdo de ella, amor. ¿Quién es?

—¿Te acuerdas de la chica que trabajaba en la cenaduría? ¿La que solía esperarnos temprano?

—No inventes. —El vaquero lanzó un vistazo a la cocina—. Mm.

—Lo sé. Cambió. Todos lo hicimos.

—Qué si no. Estamos jodidamente viejos. —Curtis guiñó un ojo.

—Sí, ya cerca de los ¿qué? ¿Treintas para ti?

—Sip. Acabado en el mundo del rodeo. —Aflicción asomó por la cara de Curtis, tan rápido que apenas tuvo tiempo de darse cuenta.

—Basta. Eres el mejor en el mundo. —Seguramente el vaquero lo entendía, lo creía, lo sabía.

—Lo soy este año. —Fue evidente que Curtis le restó peso y pescó el último trozo de su *calzone* antes de mojarlo con la salsa.

¿Qué se suponía que debía contestar a eso? Nada, supuso, así que no lo hizo. Solo jugueteó con un pedazo de *pizza* hasta que el vaquero se lo quitó y se lo comió.

—¿Estás bien? —Quizás lo correcto era preguntarse a sí mismo si él estaba jodidamente bien. Claro que no lo estaba. En absoluto.

—Estoy bien, bebé. Lo estoy. —Curtis le dio un empujón a su pie con el suyo.

—¿Stetson? Solo queríamos decir que lamentamos mucho lo de tu amá. —El señor y la señora Apodaca estaban parados ahí. Ralph con su sombrero en la mano—. ¿Podemos asomarnos mañana? ¿Llevar comida?

El rancho se levantó una vez más, sentía que estaba en la iglesia.

—Sí, señora. Gracias. Ya está descansando en paz.

—Al fin con tu apá otra vez, ¿eh? —Ella era una señora encantadora, pero Stetson no creía que fuera a poder con esto.

—Sí, señora. Estoy seguro de que él vino por ella. —«Por favor. Por favor». Sentía que tenía ganas de gritar. Él no quería pensar en este momento.

—Bueno, llevaré a Flora con la comida mañana —dijo Ralph, era claro que se regía por el modo vaquero.

—Sí, señor. Gracias. Lo aprecio. —Se sentó, las manos hechas puños sobre su regazo. Eran buena gente. Su gente. Solo querían ofrecerle sus condolencias.

—¿Quieres pedir una caja para las sobras, Lazador? —preguntó Curtis en voz baja.

—Sí. Ya terminé y sabe demasiado bien como para desperdiciar la comida.

—Así es. —El vaquero se frotó el abdomen y le guiñó el ojo, luego sin más, se volteó para ver a la mesera, que se acercó con rapidez.

—¿Están listos? —Cuando Curtis asintió, ella se inclinó hacia delante y susurró—: La casa invita. Estamos felices de apoyarte y lamentamos mucho lo sucedido.

—Gracias. —Se le cerró la garganta a Stetson. Quería ir a hacer sus compras y no volver a salir de su casa.

—Entonces esto es para ti. —El vaquero extrajo su cartera y le tendió un billete de cinco. Buen hombre—. ¿Nos das una caja?

—Por supuesto.

Tan pronto como ella se fue, Stetson se puso de pie.

—Necesito un... —Coño. Se suponía que no fumaría más—. Estaré afuera.

Se marchó entonces y caminó hacia el estacionamiento para encenderse uno. Era una ayuda, una que no podía permitirse y mediocre, pero le calmaba los nervios.

Curtis se le unió unos minutos más tarde.

—Eso es asqueroso, Lazador.

Suponía que el plazo de cortesía había llegado a su fin. El vaquero había sido comprensivo con que fumara cuando su amá estaba en el hospital.

—Ajá. —Eso no quería decir que él no se iba a terminar ese.

—Lo digo en serio, bebé. —Curtis tomó el cigarro y lo pisó—. No es nada bueno para ti.

Stetson no sabía si alebrestarse o alegrarse de que a alguien le importara lo suficiente como para notarlo. Decidió quedarse con alegrarse y solo asintió, luego le entregó al vaquero la media cajetilla que le quedaba.

—No puedo prometer que no los buscaré cuando esté desesperado —musitó el ranchero.

—No los encontrarás. Para lo elevados que estamos aquí, no los necesitaras.

—Tonto. —Stetson suspiró al mismo tiempo que rotaba la cabeza sobre su cuello—. Vayamos a Smith's. ¿eh?

—Vamos. Necesitamos botanas y cosas que podamos comer entre todas las bandejas de enchiladas y los tamales que vamos a comprar.

El fantasma de una sonrisa asomó el rostro del ranchero.

—Necesitamos comprar un montón de tortillas también. Deberíamos agarrar un pollo asado y una bolsa de frijoles.

—¿Qué quieres que sea suntuoso, bebé? En serio, algo que quieras muchísimo.

—Swiss Rolls —respondió él de inmediato; no lo pensó dos veces.

Curtis se le quedó mirando un momento, luego se rio con suavidad.

—¿Recuerdas ese fin de semana que pasamos encerrados por la nieve en Cedaredge en Colorado? Sobrevivimos a base de cacahuates tostados, Doritos y Swiss Rolls.

—Y esas aceitunas raras. Dios, sabían tan rico. Saladas. —Stetson la había pasado tan bien. Habían hecho el amor una y otra vez, manteniéndose calientitos.

—Sí. —Curtis los puso en marcha y condujo hacia Smith's—. Definitivamente vamos a comprar esos entonces.

—Tal vez un paquete pequeño... —Costaban una maldita fortuna.

—No te preocupes, amor. Yo invito. Soy muy especial con mi café y mi crema para el café.

Vaya si eso no hizo reír al ranchero.

—¡Tú y tu condenado café fino! —Por alguna razón, eso puso a Stetson feliz como un cerdo revolcándose en caca.

—Todo ese tiempo viajando en carretera. Estoy seguro de que le ponen crack al de Starbucks. —Curtis le sonrió desde su lugar y el corazón se le apretujó. Carajo, nunca nadie había sido tan hermoso a sus ojos. Nadie.

Curtis tarareaba lo que sonaba en la radio, algo de Sirius en la nueva estación de country que Stetson nunca había escuchado. Se estacionaron frente a la tienda y entraron. Se preguntó si debería decirle a la gente de farmacia que su amá había fallecido. Ya era demasiado tarde de todos modos y ella no había necesitado medicamentos de ahí hacía mucho tiempo, no desde que había sido trasladada a Santa Fe.

—Vamos, bebé. Es tarde y casi no hay personas. Tonteemos un rato.

—¿Fingir que somos niños otra vez? —¿Fingir que todo estaba bien?

—Exacto. —Curtis fue primero a la sección de frutas y verduras, serpenteando el carrito.

—¡No olvides las uvas!

—¡Ups! —Curtis giró en un cerrado círculo, las ruedas del carrito chirriaron.

—¡Dale, vaquero! —Santo Dios. Se agarró la panza y se partió de la risa, casi se ahogó.

Curtis se frenó con un chillido, luego hizo una reverencia frente a él, muy dramático.

—Eso... tú... —Stetson respiraba con dificultad—. La señora Ramírez llamará a la policía.

—¿Qué hay de divertido en eso? —El vaquero se rio entre dientes—. No estoy rompiendo nada.

—Ella es fan del orden. —Stetson le guiñó un ojo—. ¿Uvas?

—Y unas cuantos plátanos. —Curtis comenzó a poner la fruta en el carrito.

—Pervertido —susurró el ranchero.

—Sí soy. —Curtis asintió con facilidad—. Después de todo, eres lo que comes.

Stetson parpadeó y luego comenzó a reírse, el sonido arrancado de su interior.

El vaquero se acercó a las verduras entonces, añadió ensaladas en bolsas, rábanos y aguacates.

Era más divertido ir detrás, observar con fascinación mientras Curtis hacía las compras.

Se movieron hacia la sección de carnicería y Stetson se percató de que el vaquero navegaba más hacia la orilla de la tienda donde yacía la mayoría de las cosas saludables. Sí habían echado helado. Y Swiss Rolls, cacahuates y Doritos. Señor.

Luego, Curtis hizo una parada en la farmacia y agarró lubricante, del calentito.

—¡Curtis Traynor!

—¿Qué? Confía en mí, es increíble. ¿Quieres que lleve unos condones?

—¿Los necesitamos?

—No, a menos que hayas estado haciendo cositas cochinas, bebé. —El vaquero se puso serio—. Yo no he estado activo. En mucho tiempo.

—Yo... Tú fuiste el último al que dejé acercarse. —El único.

—Pues ahí tienes. —Curtis dejó los condones en el estante—. ¿Tenemos papel de baño y eso?

—Tomaré un paquete. Vendrá gente mañana.

—Apuesto a que sí. Hay muchas personas que quieren dar sus condolencias. Haré unas llamadas mañana para un funeral como dije. —El vaquero estaba tan dispuesto a ayudar. Eso en verdad lo hacía sentir mejor.

—Sí. Eres bueno conmigo. —Stetson fue por un paquete de Charmin.

Curtis comenzó a cantar, una boba canción de Chris LeDoux que le iba al hombre como anillo al dedo.

Dios, ¿cuándo fue la última vez que había estado aquí? ¿Un año? ¿Más? Jesús. De repente sintió que estaba a nada de gritar.

—¿Estás bien? —El vaquero le quitó el papel higiénico de las manos—. Te ves todo tieso.

—Lo siento. Me abstraje. —«Considerando un colapso».

—Ya casi terminamos. Solo necesitamos unas Coca-Colas y nos vamos.

—Sale. —Las cosas mejorarían, él lo sabía. Había ocurrido con su apá. Las heridas aparecían cada vez con menos frecuencia, y entonces, un día era más agri dulce que horrible.

El ranchero lo sabía, sin embargo, a su corazón le importaba dos kilos de mierda todo lo que él supiera. Le dolía el corazón y lo único que pudo hacer fue mirar a Curtis, porque al menos eso le hacía sonreír.

—Vamos. —El vaquero levantó dos paquetes de doce del último estante y los colocó en el carrito—. Deja que te lleve a casa.

—Yo... sí. Eso sería lo mejor. Perdón, vaquero. Es solo que... —Stetson abrió sus manos y se encogió de hombros.

—Basta, Lazador. Te tengo. —Curtis se movió hacia el área de cajas—. ¿Quieres esperar en la troca?

—¿Te vas a enojar si fumo?

—Sip.

—Entonces me quedo contigo.

—¿Tienes cigarros escondidos en otro lado? —El vaquero le dio *esa* mirada, la que le decía «terco».

—A lo mejor.

—Tonto.

—Stetson. Hola, ¿cómo estás? —Margaret era un amor y ella y su amá solían chismear mientras le cobraba los productos—. Lamento mucho lo de Betty.

—Gracias, señora. —Sí, todo mundo lamentaba que estuviera muerta. Todo mundo, sin embargo, no habían estado ahí en esas últimas y horribles semanas.

Eso no era justo, ¿o sí? Esos días eran para la familia y el personal de enfermería, para que los demás pudieran recordar a los muertos con cariño, no para que estuvieran fuertemente felices de que hubiera terminado.

¿Y qué clase de persona culera era él? Que le alegraba que el dolor, la inanición y la pérdida se hubieran acabado. Mierda.

—Ey. —Curtis tomó su brazo y lo quitó de en medio—. ¿Puedes ir poniendo las cosas en las bolsas, Lazador?

—¿Eh? Sí, claro. Perdón. —Comenzó a guardar las cosas con la cabeza gacha. Cielos, habían comprado la maldita tienda completa.

—Tú eres el amigo de Stetson que hace rodeo —comentó Margaret—. Felicidades.

—Gracias. —El vaquero le ofreció la sonrisa para fans—. Fue una buena temporada para mí.

—Lo fue. Debes estar orgulloso. —Cada vez que Stetson veía a la mujer esta estaba más delgada.

—Sí, señora. —Curtis comenzó a echar cosas en bolsas también y pronto se pusieron en marcha, Margaret prometió que se pasaría con sopa.

Qué bueno que habían comprado envoltura plástica.

El vaquero echó todo a la camioneta mientras él se quedaba parado ahí, deseando tener un cigarro.

—Bebé, ven. A puesto a que solo necesitas sentarte un momento. —Curtis metió al ranchero a la troca.

—Lo siento. Es solo que... —Se había pasado meses durmiendo en su tráiler para caballos.

—Lo sé. No, quiero decir, puedo ver lo cabrón que esto duele. No hay frases hechas de mi parte. —Curtis le dio un apretón en la pierna.

—Pensé que nunca iba a terminar. Me daba la sensación de que nunca volvería a ser capaz de respirar.

—Empezar a respirar es la parte más difícil. —Curtis se rio entre dientes—. Me acuerdo de eso por una cierta ruptura.

—Sí. Yo... yo pensé que nunca volvería a ver la cara de Danny Gonzales sin querer barrer el piso con él.

El vaquero giró la cabeza tan rápido que Stetson pensó que podría zafársele y rodar por el suelo.

—¿Qué?

El ranchero miró a Curtis con una ceja alzada.

—¿Pensaste que no me daría cuenta? He visto cada segundo de grabación existente que tiene que ver contigo. Sabía que te lo estabas tirando.

Las mejillas del vaquero se le pusieron coloradas, tanto que Stetson podía verlo con el brillo de las luces del tablero.

—Hice muchas pendejadas. Mas nunca te engañé, lo juro.

—Te creo. No te estoy recriminando ni nada. Solo digo que puede que haya odiado un poquito a Danny Gonzales. —Las cosas eran lo que eran. Él estaba casado con las tierras, la rutina, con la idea de que su vida estaba en este elevado terreno desértico. Curtis había querido vivir. El ranchero no lo había entendido entonces, pero ahora lo hacía.

—Bueno, yo también me habría odiado. —Curtis miró a Stetson de reojo—. No fue justo para él tampoco.

—¿No? —Él esperaba que el vaquero lo hubiera desechado como un bushel de papas podridas—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que rompieron?

Stetson apostaba su dinero a que eran cinco años y medio.

—Me parece que lo sabes, Lazador. Nunca. Quiero decir, nunca fue lo suficientemente serio como para... Mierda. Nunca tuve que hacerme un chequeo después de él, si sabes a lo que me refiero.

—Lo sé. No quiero que pienses que estuve espiando o algo por el estilo. Es solo que te extrañaba. —Había extrañado ser parte de un *nosotros*.

—Yo también te extrañaba. —El vaquero dejó salir un pequeño sonido áspero—. Me alegra que llamaras. A pesar de que la razón fuera una terrible.

—Ella te amaba. Diablos, pensaba que yo era un idiota, pero ¿tú? Ella pensaba que eras maravilloso. La hiciste feliz al venir a verla.

—Me alegro. Siempre fue buena conmigo. —Curtis dobló hacia el rancho—. Necesitamos conseguirte una televisión nueva.

—¿Ah? —La mente del vaquero trabajaba más rápido que la de él, siempre había sido así.

—Podemos ponerla sobre la de tu amá si quieres, pero ya no hay razón para no tener una en la sala principal.

—Supongo que es verdad. —Curtis podría llevársela consigo y...—. ¿Dónde vives, vaquero?

—¿Eh? Oh. Em. —Curtis se encogió de hombros—. Tengo uno de esos almacenes en Grand Junction, donde mis padres están ahora. Tengo unas cuantas cajas en la casa mi primo en San Angelo.

—Las bienes raíces en Colorado son costosas, escuché por ahí. —Pero esas primaveras calientes... Señor. Dios.

—Sí. Digo, mis papás dejan que me quede en su cabaña, pero eso siempre viene acompañado de condiciones. —Curtis tenía una relación incómoda con sus papás. Poniéndolo en palabras

bonitas.

Stetson observó el contorno del rostro de Curtis bajo las luces del tablero.

—Si es algo que tú nunca has necesitado, son condiciones, vaquero. Te mereces ser libre y vivir más que cualquiera que haya conocido jamás.

—He hecho mi parte de locuras, eso es seguro. —Una diminuta sonrisa se formó en la boca de Curtis—. De verdad estoy que no quepo de la emoción por la Navidad. No he celebrado una como se debe desde hace algo de tiempo.

—Yo tampoco. Será nuestra.

—Así será. —Eso hizo que Curtis sonriera de nuevo y que lo besara una vez estacionada la camioneta frente a la puerta de la cocina.

—Oye, vaquero. —Stetson tomó otro beso, porque la troca seguía calientita, estaba oscuro, porque quería.

El contacto lo apaciguó un poco, lo tranquilizó desde dentro.

Ahora podía descargar la camioneta y tal vez prender la chimenea para ellos.

Simplemente algo para los dos.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Curtis había programado una alarma en su teléfono para que no fuera a quedarse dormido más de la cuenta y evitar que Stetson hiciera todo el maldito trabajo esta mañana

Aun así, se había perdido de varios de los deberes, a juzgar por el hecho de que el ranchero ya no estaba cuando él se levantó y continuó de esa forma después de que terminara de bañarse y se pusiera cada prenda de ropa que poseía.

Jesús, el calentador estaba descompuesto o es...

Diez grados. El termostato estaba puesto en diez putos grados.

Curtis se quedó parado en el pasillo, dividido, Stetson tenía su orgullo y era obvio que tenía problemas para cumplir pagos. Eso era claro como el agua. Pero maldita sea. Curtis lo subió a diecisiete grados. Algo decente.

—Mierda, está gélido allá fuera. —Oyó al ranchero golpear sus botas para quitarse la nieve seguido de una risa baja—. Aquí quédense, chuchos, voy a buscar un par de mantas extras.

El vaquero caminó hacia la cocina, a la cafetera, la cual, guau. Anticuada. Fuchi. *Okay*, necesitaba hacer un viaje a Target en Santa Fe. ¿O había uno en Española? No lo recordaba.

—Buenos días, Lazador.

—Ey, vaquero. ¿Dormiste bien? Ya comieron todos y están acurrucados allá fuera.

—Lo hice. ¿Necesitas que te ayude con los perros?

—Nah. Solo necesito asegurarme de que estén calentitos. Planeaba limpiar la nieve otra vez esta tarde.

—Es increíble aquí arriba. Pero mierda, se me había olvidado cómo era el invierno. —Se aclimataría de nuevo, aunque ahora mismo necesitaba una ración de carbohidratos y agua.

Stetson dejó salir una risa entre dientes antes de desaparecer en la parte de la casa de doña Betty de donde regresó con un montón de mantas.

—Si quieres haz café, yo iré por algo de leña.

—Estoy en ello. ¿Quieres desayunar panqueques? —Curtis sabía que había comprado todas las cosas anoche.

—Uy, eso sería genial. Por favor y gracias.

—Sale y vale. —Café. Panqueques. Salchichas de pollo. El vaquero tiró de Stetson para su beso de buenos días porque tenía ganas de uno.

—Oh... —Los labios del ranchero estaban helados, pero el beso no lo fue. Para nada.

No, el contacto se calentó en seguida. Stetson le rodeó el cuello con los brazos y se sujetó. Curtis tarareó, un sonido feliz que medio lo sorprendió.

Se acercó más al cuerpo del ranchero para mantenerse pegados. Ambos ladearon sus cabezas hacia el otro lado, el beso profundizándose en otra dirección.

Jesús. Buenos días para él. Desabrochó los botones del abrigo de piel que Stetson llevaba puesto, en la búsqueda de ese cuerpo prieto que esperaba por él. La vida era corta. El vaquero empezaría con el postre primero.

—¡Curtis! ¡Es de mañana!

—Mmm. Estamos a plena luz del día. —Le regaló una sonrisa grande al ranchero, sintió que su cara se estiraba con ella—. Dios, quiero acostarte bajo la luz del sol un día, observar cómo te arqueas por mí.

Stetson gimió, el sonido casi lastimero.

—Necesitas que te den amor, Lazador. Estás gritando por él. —El vaquero mordisqueó la piel expuesta, justo encima del cuello de la camisa.

—Por ti. Necesito tu amor. El tuyo, no el de nadie más.

—Vaya, lo que a un hombre le gusta escuchar. —Le sonrió al ranchero, encantado a más no poder.

—Es solo la verdad.

—Dios. —Curtis besó esa boca una vez más, principalmente para evitar decir todo tipo de cosas cusas. Ellos todavía estaban adaptándose.

El sonido de unos neumáticos aplastando grava llegó a sus oídos, Stetson suspiró.

—Es el quinto día. Es hora, ¿eh?

—Bueno, y estuviste afuera ayer. —El vaquero depositó otro beso en la boca de Stetson—. Mucho café. Ayudaré de cualquier manera que pueda.

—Lo haces. No soy muy bueno con esta parte.

—Basura. —Curtis recordaba a su Lazador por ahí tallando vigas y negociando con la gente, no podías ir al pueblo por una cerveza sin que alguien quisiera que Stetson se le uniera.

Diablos, él había estado allí anoche. La gente estaba lista para que el ranchero regresara.

Tal vez Stetson pensaba que no estaba listo, pero el tiempo no esperaba por nadie.

Los perros empezaron a armar un escándalo, así que el ranchero se volvió a abotonar el abrigo y salió.

Curtis se fue a hacer el café. Lo necesitarían.

La puerta se abrió y dos mujeres entraron, una cargaba pan frito y la otra un platillo cubierto.

—Stetson nos dijo que pasáramos. Está en el porche con Matt.

—Hola, soy Curtis. —«¿Quién es Matt?».

—Soy Denita. Ella es mi hija, Aliya. Matt y Stetson fueron juntos a la preparatoria. Es mi hermano.

—Oh. Encantado de conocerla, señora. Déjeme ayudarla con eso. Algo huele sabroso.

—Es solo carne adobada. —Ella le sonrió, su rostro cambió por completo con la expresión—. ¿Cómo podemos ayudar? ¿Sabes?

—Todavía no. Sé que él se encargó de algunas cosas en el geriátrico, pero necesito hacer algunas llamadas para un funeral. En cuanto aquí, creo que lo que en realidad Stetson necesita son cosas que tuvo que dejar de lado con los viajes que hacía. Leña. Una cerca para los caballos. Limpieza. Ese tipo de cosas. —¿Era eso presuntuoso de su parte?

—Aliya, llama a Antony, ¿sí? Dile que el señor Stetson necesita leña. Yo le diré a Gina de la tienda de pienso sobre la cerca. Nos cuidamos entre nosotros. Estamos contentos de que esté en casa.

La puerta se volvió a abrir, y antes de que Curtis pudiera respirar, había quince mujeres en la casa con la misma cantidad de hombres haciendo fuego en el fogón de afuera y acomodando sillas.

Una de las mujeres —que extrañamente se parecía a un muñeco tallado en manzana— lo tomó del brazo, le entregó una taza de café y básicamente lo empujó para que saliera de la casa.

—Iba a hacer panqueques... —La puerta se le cerró en la cara—. O no. —Giró la cabeza hacia el coro de risillas que oyó proveniente de los hombres.

—Pues ya mejor ven a sentarte. Soy Darby. —Un hombre redondo con trenzas largas se puso de pie y le tendió la mano—. La fogata caliente y trajimos tacos para desayunar.

—Soy Curtis.

—Ya sabemos. Nos enteramos de que debíamos felicitarte. Qué bueno que estás aquí.

De repente se vio sentado en un círculo escuchando historias sobre Betty y Parker Major, sobre cómo construyeron este rancho.

—Pero recuerdo que Parker quería montar más que nada. Lo juro por Dios, trabajé con él construyendo este sitio durante seis años, sin embargo, los toros lo llamaban. —Tom Harrison básicamente había criado a Stetson, y Curtis siempre pensó, muy en privado, que Betty y Tom habían estado involucrados por años, incluso antes de que Parker falleciera.

Ese hombre se veía viejo hoy día, líneas profundas marcaban su cara. El vaquero se recordó a sí mismo que Stetson no era el único de luto.

—Uno se vuelve loco —coincidió Curtis—. La parte de montar, quiero decir.

Uno de los hombres más jóvenes con una pierna prostética y un corte de cabello al ras, tarareó.

—Es la adrenalina. Si lo sé yo.

Los hombres asintieron y murmuraron, como un grupo de cuervos.

—¿Estás en servicio? —preguntó el vaquero.

—La ochenta y dos. Era un suboficial. Regresé a casa hace ocho meses.

Curtis se estiró para estrechar la mano del hombre.

—Gracias por tu servicio.

—Miguel Torres.

—Curtis Traynor. —Ambos asintieron la cabeza como un par de ancianos sentados alrededor de una mesa de ajedrez afuera de la tienda de pienso—. ¿Alguien había mencionado tacos?

—¿Huevo con tocino o huevo con salchicha?

—Tocino. Todo o nada, ¿o no?

—¿Stetson? No eres más que huesos y piel. Come. Ándale, come. —El hombre tenía que ser de la mujer que lo había sacado de la casa. Dios santo.

—Ten, Lazador. —El vaquero agarró dos tacos envueltos en aluminio de una canasta que alguien empujó en su dirección—. Desayuno.

El rancho los tomó, luego le ofreció una sonrisa que no había visto desde el Día de Acción de Gracias.

Esto era bueno. Era lo que Stetson necesitaba, saber que no estaba solo.

Curtis abrió un taco.

—¿Hay chile verde?

Le lanzaron un pequeño contenedor y él lo atrapó. Alguien añadió otro leño al fuego. Hombres se iban y nuevos llegaban y se sentaban ahí, hablando y contando historias mientras el día se ponía cada vez más frío.

Mientras las nubes se juntaban, un enorme tráiler llegó, lleno de leña, paja, pienso y bloques de sal. El camión del gas apareció unos minutos después.

Curtis se quedó parado ahí, a la espera. Afrontaría las consecuencias.

Los ojos del rancho se pusieron un poquito salvajes.

—¿Qué está pasando? ¿Curtis? Yo no ordené pienso.

—No te preocupes por ello. —Tom le dio palmaditas al brazo de Stetson con esa mano de tres dedos—. No cuidamos entre nosotros.

Hubo una fractura en la armadura del ranchero, su rostro se contrajo y todos desviaron la mirada. Todos excepto Curtis. Él conocía esa parte de Stetson también.

Tocó el brazo de su Lazador y se ganó una sonrisa pequeñita.

—No sé qué decir, chicos.

—¿Cuántas veces has madrugado para buscar un caballo o arreglar una puerta? —Tom resopló sin elegancia—. Diablos, cavaste una línea de alcantarillado para mi mamá hace dos años.

—Bueno, ella lo necesitaba.

—Exacto. Ahora nosotros podemos hacer eso por ti. —Miguel empujó un taco estilo Navajo en dirección de Stetson—. Calla y come para que podamos descargar.

—¿Qué tal si todos descargamos y luego comemos?

Curtis sabía que de ninguna manera el ranchero iba a dejar que un soldado lesionado descargara mientras él se quedaba sentado.

—Suenan bien. —Tom se paró, los huesos le tronaron como disparos de rifle.

—¡Vamos, muchachos! ¡Esa nieve no nos va a esperar!

Se movieron hacia el cargamento, descargaron, comieron, rieron, sus alientos se volvieron vaho por el frío. Al vaquero le enterneció toda la situación, la cual era una chulada de visión, era como estar de gira. Sin la medición de pitos.

Para cuando todo quedó hecho, la gente comenzó a marcharse, adelantándose al clima, y de pronto solo eran él, Stetson y Tom, de pie en la cocina.

—Sabes, fui a verla, antes de Acción de Gracias, pero... no sabía quién era yo, Stetson. He sido su... su amigo por treinta y pico de años y ella no me conocía. No supe cómo comportarme ante aquello.

Stetson asintió, la mandíbula apretada, pero miró a Tom a los ojos.

—Lo sé, Tom. Estoy agradecido por que fueras su amigo. Ella no habría querido que la vieras así.

—No. No, ella de seguro que no lo habría querido. Era una mujer orgullosa. Yo solo... Me siento de la mierda, por no haberla visitado más.

—Dabas la comida por mí, más de una vez. Hiciste lo que necesitaba ser hecho.

—Desearía que hubiera sido más. —Tom le tendió la mano a Curtis para estrecharla, luego lo hizo con la mano de Stetson—. Si me necesitas para cualquier cosa, llámame.

—Sí, señor. Anda. Tienes cosas que hacer. Se supone que esta tormenta va a ser una gélida.

—El ranchero acompañó al hombre a la puerta, le dio un abrazo acompañado de palmadas en la espalda y lo despidió.

Curtis echó un ojo alrededor. La cocina estaba impoluta, con más comida de la que ellos podrían comer, apilada en las encimeras y en el refrigerador. Lo gracioso era que, él todavía quería panqueques.

Stetson le puso llave a la puerta antes de que se moviera para echar otro leño en la chimenea. El vaquero lo observó por unos minutos, solo para verificar, ver cómo se movía el ranchero, ver dónde estaban sus hombros en relación a sus orejas.

—¿Qué día, ¿eh? ¿Aún podemos comer panqueques? ¿Por favor?

—Es lo que iba a preguntar. —Curtis esbozó una sonrisa, la preocupación terminó por disiparse—. Todavía tengo el antojo.

—Yo también. —Stetson se irguió—. Me voy a quitar las botas y lo demás, te voy a buscar unas calcetas gruesas.

—Va. —El vaquero se adentró en la cocina para empezar a montar al cena. Un bol, huevos, leche, harina para panqueques. Incluso calentó el jarabe.

No pareció haber pasado mucho tiempo antes de que las manos del ranchero estuvieran en sus hombros, un par de calcetas gruesas y unos pants aparecieron ante él.

—Sacaré la plancha en lo que tú te cambias.

—Gracias, bebé. —Se sentó en una silla de la cocina, muy seguro de que las botas le habían congelado los pies. No obstante, cuando se las removió, sus pies estaban ahí y los dedos no tenían colores extraños. Excelente.

—Necesitamos comprarte mejores calcetas.

—Así es. Puedo comprarlas en Walmart, pero puede que necesite ir a Target.

—Tiene que ser en Santa Fe.

—Podemos bajar, almorzar y regresar a casa sin acercarnos al hospital.

—Es un plan. Me encantaría ir a la Plaza y ver quién está en el palacio de gobierno. —Stetson conocía a cada artista indígena desde el Four Corners hasta Oklahoma. En serio. A Curtis le encantaba eso, que el ranchero creyera en el arte. ¿Quién creería eso de su duro vaquero?

Esperaba con todo su ser que Stetson regresara pronto a su tallado de madera. Necesitaba la madera en sus manos, convertirla en lo que él quisiera que fuera.

—Ya se calentó la plancha. ¿Quieres tocino o algo?

—Estaba pensando en esa salchicha de pollo y salvia, pero me dejó querer. —El vaquero revolvió el suero de leche en la mezcla.

—¿Está en el congelador?

—Sip. Podemos comernos una caja entera.

—Una caja entera, ¿eh? —El ranchero se puso a buscar.

—Sip. Me encanta esa mierda. —Ya había comido tocino en el desayuno y solo Dios sabía lo que tenía ese taco del almuerzo...

Lo que sea que fuera, le había sabido a cielo picante.

Juntos armaron un desayuno grande para cenar. Cremoso, rico, dulce. Curtis pensó que entraría en éxtasis.

Se dio palmaditas en la panza.

—Eso es probablemente más de lo que he comido en un mismo día desde hace tres años o más.

—Yo también. Estuvo rico. Me encantan los panqueques.

—Dios, sí. —El vaquero solía abandonar la dieta por un día si había un IHOP a la vista mientras viajaba—. ¿Qué hay en la agenda para hoy, bebé? ¿Solo descansar?

Había sido un día largo.

—Sentarnos, descansar, ver caer la nieve. Se siente a gusto aquí esta noche, cálido.

—Así es. —Señor, ¿hacía cuánto tiempo que Stetson no encendía el calentador?—. Por todas las cocinadas.

—Ajá. Huele bien y todo. Las velas de jarabe de arce deberían venderse.

—Definitivamente. —A lo mejor sí existían. A la mamá de Curtis le fascinaba ese local de velas en la plaza comercial. Una vez les compró unas con olor a galletas de azúcar y pay de calabaza.

—Gracias por estar aquí, vaquero. Lo aprecio.

—Me alegra estar aquí. Tienes un grupo increíble de vecinos. —Las historias, las caras...

Todos le habían fascinado. Le encantaba disfrutar de un buen rato de tonto.

Curtis terminó de limpiar el último plato.

—Ven. Vayamos a sentarnos.

—Suenan bien.

Había mantas gruesas apiladas sobre el sofá, perfectas para acurrucarse debajo de ellas. El vaquero se deslizó contra los cojines y atrajo a Stetson antes de cubrirlos. Dios, esto era genial. Caliente pero también acogedor.

—Oye —Stetson se recargó contra él—, vamos a quedar encerrados por la nieve, en el mejor de los casos.

—Bueno, tenemos provisiones, leña y pienso. —Y un arbolito de Navidad que todavía estaba en su caja. Mañana sacaría la pequeña guirnalda y algunas de las golosinas.

—¿Qué más necesitamos?

—El uno al otro. —El vaquero estaba convencido de que eso podría curar cualquier mal.

—Romántico. —Stetson le besó la mandíbula.

—Soy un vaquero. Somos puro corazones y rosas. —Guiñó un ojo y envolvió un brazo alrededor de los hombros del ranchero.

—Mantendré eso en mente.

—Más te vale, bebé. También me gusta el sexo. —Quería que Stetson se riera.

—Corazones, rosas y coger. —Las suaves risillas comenzaron—. ¿Algo más?

—Mmm. Tocino. Pero con moderación. Y tú conoces mi obsesión secreta.

—Sopapillas. Con bastante miel —dijo el ranchero enseguida.

—Uy. —Curtis ya no tenía hambre pero podría comerse unas.

—¿Ves? Lo sé todo.

—Así es. —El vaquero se inclinó hacia delante para tomar un beso largo y lento—. No hay nadie más con quien preferiría quedarme encerrado, Lazador.

Stetson alzó su mano para acariciarle la mejilla.

—Lo mismo digo, vaquero. Está cayendo con ganas. Creo que sí sucederá.

—No puedo esperar a verlo en la mañana. —Curtis sonrió—. Aunque tengo algunas ideas de cómo podemos acurrucarnos en la cama esta noche.

—Cochino. —Pero ¿la luz en los ojos de Stetson?

Su ranchero sabía con exactitud lo que él estaba pensando.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Stetson estaba escondido.

En el baño trasero con la puerta cerrada como todo un cobarde.

Habían hecho el funeral; habían esparcido las cenizas de su amá sobre un trozo de tierra al que le habían limpiado la nieve. El trato estaba hecho.

Ahora él necesitaba que todos lo dejaran jodidamente en paz.

Lástima que hubiera tanta condenada gente. Tanta como el día en que todos decidieron ir a verlo. Más. Gente que no le gustaba tanto como Tom y...

Que Dios lo ayudara, necesitaba un pequeño respiro. Tal vez muchos respiros seguidos.

Había una parte de él —una parte mezquina y amargada— que señalaba que ninguna de esas personas estuvo cuando su amá había estado aquí. Ni siquiera Curtis.

Diablos, el vaquero seguiría vagando alegremente por ahí si Stetson no hubiera llamado.

No era justo. El hombre había venido de inmediato cuando lo llamó. Y se había quedado a ayudar un buen rato.

Sonó un suave golpe en la puerta.

—¿Lazador? ¿Estás bien? —Hablando de Curtis...

—Sí. Sí, ya salgo. —El ranchero se lavó la cara y se alisó la camisa negra. Había tenido que desenterrarla del armario y ya no le quedaba tan bien.

—No te preocupes. Solo quería checar. Quédate en el recámara si quieres. Los únicos que quedan son Tom y los Martínez, por si quieres despedirte.

¿Cómo lo había conseguido Curtis?

—De acuerdo. Ahora mismo voy. —Tom. Los Martínez. Podía hacerlo.

Salió, muy contento de no tener que pegar una sonrisa.

—Hola. —Tom le dio un medio abrazo. Muy varonil—. Sé que tengo que dejar de molestarte. Si necesitas algo, me llamas. Jake y yo ya les dimos de comer a los animales.

—Son geniales. Se los agradezco.

—No hay problema. —Jake Martínez agitó su mano—. Belinda te dejó más tortillas y pan horneado.

—Voy a engordar.

—Te vendrían bien unos cuantos kilos —Tom sonrió—. Vamos, Jake. Te invito una cerveza.

—Nah, me invitarás un margarita. Con hielo. —Jake rio entre dientes, siguiendo a Tom por la puerta.

El silencio que reinó fue un bálsamo para sus nervios.

Se quedó allí de pie, sintiéndose como una ventana estrellada que estaba siendo sostenida por el marco. Un toque y se haría añicos.

El vaquero estaba a unos metros, mirándolo. Algo cauteloso, ¿y cómo podía Stetson culparlo?

No sabía qué decir. «¿Mi amá está muerta? Acabo de verter lo que quedaba de ella en el suelo ¿de veras se ha ido? ¿Estoy cansado y asustado porque ahora se supone que debo volver a la vida real, pero no estoy seguro de recordar cómo?».

—¿Viste que Jake te trajo algo de cedro? Pensó que podrías usarlo para tallar algo.

—¿Lo hizo? Hace mucho que no tallo. —Se miró las manos, preguntándose si siquiera sabía cómo tallar—. Creo que tengo que irme al carajo de aquí.

Se detuvo y ladeó la cabeza. No había querido decir eso.

—Está bien. ¿Quieres que te acompañe? —Curtis no estaba sonriendo como tal, sin embargo, tenía esa mirada cómplice.

—Por favor. Solo quiero irme. —A cualquier parte.

—Lo tienes. —El vaquero se movió alrededor, recogiendo abrigo y llaves—. Les dimos de comer a los perros hace un rato, así que estamos bien. Vamos.

Dejó que Curtis lo llevara hasta la puerta y a la camioneta, que condujera por el largo y helado camino del rancho y se adentrara en la temprana oscuridad.

Stetson no tenía ni idea de dónde lo llevaría Curtis. No le importaba. Solo tenía que irse.

Tomaron el Highway 64 y agarraron camino, en tanto, el vaquero cantaba junto a Luke Bryan en la radio.

Echó la cabeza hacia atrás, el cerebro le taladraba un poco en la cabeza. Dios, estaba cansado.

El coche siguió avanzando, y por un segundo, el rancharo pensó que iban a parar en Angel Fire, pero siguieron adelante. Se preguntó si debería enviarle un mensaje de texto a Tom y pedirle que regresara al rancho a alimentar de nuevo por la mañana...

Diablos, podría conseguir que alguien fuera. Los perros tenían cobijo de sobra. Simplemente confiaría en Curtis.

Ahora mismo, Stetson necesitaba que alguien lo cuidara por un instante.

—¿Necesitas algo, Lazador? ¿Una taza de café o un dulce?

El rancharo respiró hondo, tratando de ver si aún quedaba espacio en su interior para la comida y descubrió que sí.

—Podría tomar algo, sí.

—Perfecto. —El vaquero se paró en la siguiente gasolinera—. ¿Quieres quedarte aquí?

—No. Quiero acompañarte. —Quería ver algo diferente, aunque fuera lo mismo.

—Excelente. —Curtis le lanzó una sonrisa aliviada—. Este sitio se ve tranquilo, ¿eh? Si nos tomáramos de la mano, al dependiente podría darle un infarto.

—Podría. Aunque, este es el país del esquí. Puede que no le importe.

—Cierto. —El vaquero lo tomó del brazo, lo que le parecía un buen arreglo.

Compraron tonterías: Funyuns, refrescos Dr Pepper, Sixlets y un capuchino de la máquina. Sopesaron sobre los muchos sabores de chicharrones antes de decidir que se parecían demasiado a los Funyuns y se fueron por las papitas picantes y los Corn Nuts en su lugar.

—¿Por qué de repente se me antoja un granizado? Hace como menos trece grados allá fuera —dijo Curtis.

—Es el instinto. Entrás en un sitio así, ves la máquina y el Curtis de ocho años dice: «Dame».

—¿Verdad? Solía timar a Ally, la señora que trabajaba en el Go-Fer, para que me dejara mezclar Coca-Cola con cereza.

—Me gusta más la Coca-Cola. Siempre me ha gustado.

—Purista —acusó el vaquero y Stetson no pudo discutir el punto cuando llegó el momento —. Yo también necesito un Big Cherry. —Curtis se desvió hacia el pasillo de los caramelos.

—Me gustan los de menta.

—Pues Peppermint Pattie es. —El vaquero agarró unos Slim Jims y para cuando llegaron a la caja registradora, tenían un festín de chucherías.

—¿Van a Colorado por un poco de vegetación verde? —El tipo de detrás del mostrador parecía que sabía mucho al respecto.

Curtis soltó una carcajada.

—Ojalá. Nah. Solo es un viaje improvisado.

—Los viajes por carretera son geniales, hombre. En serio. Todos necesitamos más de ellos.

—Lo sabes. ¿Qué es lo mejor que se puede ver por aquí?

—El Angel Fire está padre, pero hay un hotel encantado en Cimarron.

—No digas —Stetson pestañeó. Nunca había oído de eso.

—Bueno, también es un hotel bonito, pero ese es el rumor. Es como del Viejo Oeste.

—Creo que lo vi en *Haunted Collector*. —El vaquero sonrió cuando ambos alzaron las cejas mirándolo—. Viajo mucho. Veo maratones.

—Amigo, eso es genial. Deberían echar un vistazo. A ver si tienen una experiencia.

—Totalmente. —Curtis pagó por sus cosas. Estaban afuera de nuevo, riendo sin aliento.

Se metieron en la troca y compartieron un trozo de chocolate y un beso.

—Mmm. —El vaquero le tocó la mejilla justo encima de la comisura de sus labios—. Chocolate.

Stetson levantó la mano y se la limpió.

—¿Me lo quité?

—Sí. —Curtis le guiñó un ojo antes de acomodarse detrás del volante—. ¿Cimarron, entonces?

—Vamos. No he tenido una aventura desde... —Se encogió de hombros—. No lo sé.

—Pues hay que cambiar eso. —El vaquero puso las llantas en movimiento una vez más, de vuelta a la carretera estatal.

—No soy aburrido. Solo tenía mucho trabajo que hacer.

—No estoy juzgando, bebé. Solo digo que tenemos que sacarte ahora que puedes. Facilitarte las cosas. O sea, tú sabes que ese no es mi estilo. —Curtis lo miró, claramente comprobándolo.

—No. No lo es. —Era una de las cosas que lo hicieron enamorarse. El vaquero se hacía cargo, a toda velocidad. Tan lleno de vida que dolía.

Era... firme, el ranchero supuso. Fuerte, eso era seguro.

—En fin, tienes buenos amigos que te ayudarán si nos perdemos por ahí. —Curtis indicó con el mentón hacia las bolsas de comida—. Un Slim Jim, ¿por favor?

—Por supuesto. —Desenvolvió uno y se lo entregó—. Señor, no hay nada que huela como a eso.

—Sí. Como la sogá de un toro de tres días. —El vaquero arrugó la nariz—. Pero son adictivos.

—Sin carbohidratos. Portátiles. Huelen a cola. La perfecta comida de un vaquero gay.

Curtis soltó una carcajada a la vez que golpeaba el volante con una mano.

—A huevo. Me encanta, ¿sabes?

—¿Qué cosa, vaquero?

—Lo gracioso que eres. Eso me encanta, carajo.

Stetson resopló.

—Soy un baboso gigante, pero me alegro de que te guste. —Tocó la pierna de Curtis, solo apoyó sus dedos allí. Conectando.

—Me gusta. Quiero llevarte a mil sitios, ¿lo sabes?

—¿Como a dónde? —Quería escuchar, oír al vaquero hablar de sus viajes. Descansar la mente.

—Deberíamos ir a Galveston, a Disneylandia. A Hawái. ¿Sabes lo bien que lo pasaríamos en Hawái?

—¿Hawái? —El ranchero nunca había soñado tan lejos—. Me encantaría ir a Disneylandia. —Stetson tenía una ganas inmensas de subirse a la atracción de *Piratas del Caribe*. Él le echaba la culpa a la película *Parque Jurásico*, la cual veía cada vez que la ponían.

—¿A cuál?

—¿Son diferentes?

—Bueno, uno es Disney World, creo, y está en Florida.

—Oh, California está bastante lejos. —Él nunca había estado al este de Texas.

—Podríamos ir a Los Ángeles mientras estamos allí. Fingir que somos famosos.

El ranchero se rio entre dientes. Su vaquero era tan famoso como necesitaba serlo.

—¿Sabes dónde he oído que es muy bonito? Reno. El lago Tahoe.

—Lo es. Podemos ir allí también. Podemos planear cosas, si quieres.

¿Qué significaba eso? ¿Significaba planear una visita mientras Curtis estaba en la carretera? No tenía ni idea y no iba a preguntar. Ahora mismo Stetson vivía en la fantasía de que Curtis se quedaría un poco después de la temporada de las ferias de ganado.

—Claro. Quiero. Yo... —Estaba jodidamente abrumado, así se encontraba. Agarró su café y le dio unos buenos tragos.

—¿Qué quieres, Lazador? —El vaquero formuló la pregunta con suavidad, pero sin vacilar en absoluto.

—Hacer planes contigo.

Planear no costaba nada.

—Bien. —Curtis le cubrió la mano un momento, antes de darle un apretón—. Acabo de recuperarte y no estoy listo para dejarte ir.

—¿Me habrías... me habrías llamado alguna vez?

—No lo sé, Lazador. —Curtis suspiró, el sonido un poco triste—. A decir verdad, me avergonzaba la forma en que me escabullí. Temía que si te llamaba me mandarás a la mierda, así que me dije que era mejor dejar que siguieras adelante.

—Debiste haber sabido que no iba a ir a ninguna parte. —De eso se había tratado todo el asunto.

—Nunca he sido muy brillante. —El vaquero soltó una risilla suave—. Estoy aprendiendo cosas todo el tiempo.

—Mi amá te diría que eso significaba que seguías vivo.

—Supongo que sí. Algunas lecciones llegan con fuerza.

—Ahí está la salida. Cimarron.

—No nos tardamos mucho. —Curtis maniobró la camioneta hacia la salida—. Entonces, conseguiremos una habitación, tal vez cenemos. Luego puede que tengamos que dar una vuelta y buscar fantasmas.

—Aprecio esto. Sé que no tienes que darme gusto.

—¿Qué? Tengo que sacarte a pasear y presumirte. No tienes ni idea de lo dispuesto que estoy

a hacerlo.

—No parece que haya mucho en Cimarron a lo que presumirme. —Casi todo en la calle principal estaba cerrado.

—Hay un montón de galerías y tal para mañana. Puede que quieras hacer un contacto o dos .

—¿Un contacto? ¿Para qué?

—Para tus tallados. Te conozco. Te picará el gusanito de volver a empezar.

—¿Eso crees? —El rancho lo esperaba de veras.

—Sí. Es difícil hacer arte cuando estás herido, Lazador. Primero tienes que volver a ti mismo, pero te conozco.

Curtis seguía diciendo eso. Una y otra vez. Stetson no estaba seguro de ser el tipo que el vaquero creía conocer. Ya lo verían.

Se detuvieron junto al hotel, que se veía reluciente y festivo en la nieve.

—Uh, eso se ve bien. —El rancho podía imaginárselo hacía ciento cincuenta años, atendiendo a los colonos, a la gente que se dirigía a California.

—Lo es. Estaba un poco con el pendiente al entrar a la ciudad, la verdad.

—Supongo que es un poco como una cosa de joya escondida.

—Me apunto. Vamos a ver lo que tienen en las habitaciones. —Curtis saltó, gritando un poco —. ¡Frío!

—¡Escúchate! ¿Acaso no eres de Texas? He oído que los texanos pasan todo su tiempo en Colorado. —Sin embargo, Stetson puso una cara porque sí se sentía helado.

—Sí. Me quedo en Glenwood Springs cuando estoy allí. Ciento cuarenta metros, como mucho. —Curtis trotó hacia la puerta y se la abrió.

—Gracias, señor. —Se inclinó el sombrero, sintiéndose muy lanzado.

—No hay de qué. —El vaquero lo volvió a aplacar con un pellizco en el trasero al pasar.

Sus pasos vacilaron un poco, pero eso fue todo. Lo disimuló. Él iba seguro. Grácil.

—Buenas noches, caballeros. —La señora que se escurrió hacia el vestíbulo sonrió para ellos, parecía un poco agobiada—. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿De casualidad tiene habitaciones?

Sacudió la cabeza.

—Solo tengo una y es una King. Lo siento, muchachos.

Las mejillas de Curtis se sonrosaron, pero se aclaró la garganta.

—¿Nos van a echar si digo que eso es lo que habríamos pedido?

Stetson enarcó una ceja y consideró la posibilidad de darse la media vuelta, pero la sonrisa que ella les dedicó fue cálida.

—No es asunto mío, muchachos. Si los fantasmas protestan, yo no tengo la culpa.

—No, señora. Nos arriesgaremos. —El vaquero le dedicó aquella sonrisa de ganador de oro.

—Listo. El restaurante está abierto para cenar. Son bienvenidos.

Curtis le tendió una tarjeta de crédito, firmó los papeles y se dirigieron escaleras arriba, los escalones crujían bajo sus botas.

—¿No sientes que deberíamos susurrar? —preguntó Curtis.

—Lo sé, ¿verdad? Es como... no sé. Como si la gente te estuviera oyendo.

—O tal vez estás esperando oírlos. —El vaquero abrió su habitación, y vaya, era bonita.

—¿Está mal que vengamos y nos quedemos después de solo una hora de viaje?

—Nop. Esto es una escapada. Solo una noche o así. No tiene nada de malo. —En cuanto se cerró la puerta, Curtis atrajo a Stetson para darle un beso.

Era tan fácil permitirse fingir que estaban en el Viejo Oeste, juntos en esta habitación que

olía a madera y polvo viejo. Sin maletas ni televisión ni radiodespertadores. Solo ellos con sus sombreros y sus botas.

Curtis le agarró el culo, el contacto suave y firme a la vez. Se balancearon juntos, frotando las hebillas de sus cinturones.

El ranchero se sentía travieso, como si no debieran estar besándose y frotándose aquí, pero se sentía tan bien. De ninguna manera iba a renunciar a esto. De ninguna maldita manera.

—Relájate, amor. Déjate llevar, solo por un segundo.

—Lo intento. —Stetson se rio, enlazando sus manos detrás del cuello del vaquero—. Solo estoy un poco loco.

—Lo sé. Lo juro por Dios, Lazador, piensas demasiado las cosas.

—¿Eso es malo? —Se inclinó hacia atrás lo suficiente para encontrarse con los ojos de Curtis.

—Solo cuando me siento tonto. —El vaquero se encogió un poco de hombros—. Eso suena estúpido. Quiero decir, ¿qué tiene que ver conmigo? Pero a veces me pregunto si no soy tan profundo.

—No sé cómo responder a eso.

—Entonces no lo hagas, amor. Respira. Quédate aquí conmigo, solo un ratito. —Curtis se apoyó en él, con la frente y la nariz presionadas contra las de Stetson. Estaban compartiendo el mismo espacio, la misma respiración.

Los hombros del ranchero temblaron mientras la tensión intentaba liberarse, los músculos trémulos.

—Oh, bebé —Curtis levantó la mano para frotarle los hombros.

—Lo siento.

—No lo sientas. Has cargado el mundo durante años.

—Así me siento. —Stetson se inclinó, la piel de gallina subiéndole por los brazos—. ¿Quién era ese tipo que cargaba la tierra? ¿Atlas?

—¿Ese no es un libro de mapas? —El vaquero subió y bajó las cejas, burlándose de él como el tarado que era.

—Exacto. Zopenco.

—Sí, pero soy tuyo y piensas quedarte conmigo. —Curtis lo besó una vez más antes de dirigirse al baño—. Lo siento, amor, de repente...

—Cuando tienes que ir, tienes que ir. —El ranchero se quitó el abrigo y fue a sentarse junto a la ventana. ¿Pensaba demasiado? ¿Se estresaba con demasiada facilidad?

Se oyó la cadena del escusado, seguido del lavabo. El vaquero volvió a entrar en la habitación principal.

—Uf. Hombre, todo ese capuchino...

—Te calentaste y por consecuente se te descongeló la vejiga.

—Supongo. ¿Quieres bajar a explorar? El comedor alguna vez fue el salón. Vi el folleto.

—¿Me besas una vez más? —Entonces podrían volver a unirse al mundo en general.

—Obvio microbio. —Curtis se acercó a él, lo agarró para besarlo, lo abrazó fuerte como si lo entendiera.

Quizás se estaba volviendo loco, pero no estaban en casa, no estaban perdidos y él no estaba solo.

Maldita sea.

CAPÍTULO VEINTE

A Curtis le encantó el ambiente de taberna del restaurante. Tenían filetes, hamburguesas y cosas de Nuevo México, así que no se sentía como si estuviera presionando a Stetson para que comiera algo raro. Eso podía esperar a California.

El techo de lámina le hizo sonreír. Pensó que lo que veía ahí tal vez eran agujeros de bala.

—¿Crees que son agujeros de bala? —preguntó él, dándole un empujón al ranchero con la punta de la bota por debajo de la mesa.

—¿Si esta era la taberna? Sí lo creo. Esto era el Viejo Oeste por aquel entonces, ¿sabes?

—Sí. Ley de armas. —El vaquero no añoraba aquellos días como algunos tipos del circuito. Le gustaba su *smartphone* y su troca—. Este lugar es increíble. Huele bien también.

—Carne. Huele a gloria. —Stetson miró a su alrededor, los ojos siguiendo el marco de madera tallada del espejo sobre la barra.

El ranchero seguía haciéndose el sorprendido cuando Curtis decía que querría volver a tallar madera, pero esa vena creativa volvería a surgir ahora que Stetson tenía tiempo. Lo traía en la sangre. Solía ser capaz de contemplar aquello durante horas: Stetson con sus cinceles y cuchillos, totalmente concentrado en la madera y en lo que esta le decía.

—Hola, muchachos. ¿Qué desean tomar? —Una alegre señora mayor se acercó a atenderlos, entregándoles los menús.

—Una cerveza *light* —pidió Curtis.

—Una margarita con hielo y un vaso de agua, por favor.

—¿Sal?

—Por favor. —Stetson sonrió, y por fin, gracias al cielo, no era una sonrisa tensa.

Alabado sea el Señor, quería ver esa sonrisa todos los malditos días. Quería regocijarse en ella. Temía la reanudación de la temporada de rodeo porque, entre otras cosas, tendría que ir a firmar autógrafos a algunos de los grandes eventos, y no quería separarse del ranchero.

A lo mejor esta vez Stetson podría venir con él. Por lo menos a algunos sitios. Quería enseñarle el mundo.

El ranchero arrastró los dedos sobre la mesa.

—Esto no es viejo como el bar. Bastante sólido.

—Me gusta. Madera oscura. Tiene una bonita pátina. —Diablos, no tenía ni idea de lo que estaba balbuceando.

Stetson se rio de él y negó con la cabeza.

—A mí también. ¿Te imaginas viajar por aquí en los viejos tiempos? Diligencias y caballos.

—No. Quiero decir, eso tenía que ser terriblemente incómodo. —Metido en un espacio minúsculo con un montón de extraños malolientes.

—Habría tenido que montar, incluso con el peor clima. Afuera es mejor que adentro.

—Tú y tus caballos. —Curtis también amaba montar. Lo harían con frecuencia una vez que mejorara el tiempo, concluyó.

—Sí. Se acerca la primavera y todos querrán hacer ejercicio.

—Pero primero la Navidad, ¿no?

—Sí. Primero la Navidad.

El vaquero alzó el puño al aire.

—¡Ajúa! —Le guiñó un ojo a Stetson y se echó hacia atrás para dejar que la mesera les dejara las bebidas.

—¿Están listos para ordenar o necesitan unos minutos?

—Ni siquiera he abierto el menú, señora. —Stetson le sonrió y ella se derritió un poco—. ¿Le importaría darme un par?

—Para nada. Les traeré un poco de pan.

El ranchero miró el menú y Curtis hizo lo mismo, sus ojos se detuvieron en el pollo, como siempre, pero no estaba de gira y aquel bistec olía a puro cielo. Bistec sería. Se iría por la papa asada normal y lo acompañaría con una ensalada.

—¿Qué vas a pedir, Lazador?

—Creo que... —Stetson miró de nuevo el menú—. Tienen una hamburguesa, parece.

—Con todo tipo de complementos. ¿No quieres cordero? —Tenía que burlarse.

—No, señor. No, ni siquiera si no fuera tan parecido a un bistec, no lo pediría.

—Bueno, yo invito, así que si quieres bistec, derrocha. Me diste de comer todo el tiempo que me quedé antes. Ahora me toca a mí pagar la cuenta.

—¿Estás seguro? Ya pagaste la habitación del hotel y todo...

Curtis asintió con facilidad.

—Me gané ese cheque más la hebilla de oro y recibí una buena bonificación de mi patrocinador de los sombreros. Estamos bien, bebé. —El vaquero solo quería que Stetson estuviera relajado y feliz.

—Me recuperaré pronto, espero.

—Sé que lo harás. Las facturas médicas son duras. ¿Recuerdas cómo envié a casa todos mis cheques aquel año que mi padre se rompió la pierna? Al menos mi mamá me lo agradeció, pero fue solo ramen por un tiempo.

—Sí. Lo recuerdo. Eres un buen hijo.

—Mierda. Tenía miedo de que ella me pidiera que volviera a casa. —Su mamá lo amaba, pero si él oía «odia el pecado, ama al pecador» una vez más en su vida, podría estallar.

El ranchero asintió, la mirada que le dedicó era comprensiva.

—Al menos mi amá nunca se me echó encima por ser como soy, ni siquiera al final.

—Era tu más firme defensora. —Curtis sonrió con cariño. Doña Betty había sido una mujer feroz.

—No. Estaba decepcionada conmigo. Quería que fuera más como tú.

—Bebé, estaba muy orgullosa de ti. Yo le gustaba porque le recordaba a tu apá, supongo, pero tú eras su niño. —Curtis lo sabía, en el fondo. Betty se lo había dicho.

—Lo era. Lo soy. Como sea. No puedo ser más de lo que soy. Solo soy un...

—Eres un vaquero. Eres más vaquero que el noventa por ciento de esos «atletas de rodeo» que nunca han ensartado medio metro de valla o tirado de un becerro. No vayas por ahí. Lo llevas en la sangre.

Stetson parpadeó y una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Gracias, vaquero. Eso significa mucho viniendo de ti.
—¿Están listos? —La mesera regresó, mas no estaba siendo intrusiva.
—Bistec, papa asada al natural y una ensalada con aceite y vinagre, por favor.
—Yo quiero lo mismo, por favor, pero la papa con mantequilla, crema agria y aderezo ranchero. —Stetson le guiñó un ojo—. No me preocupa no entrar en mis *jeans*.
—Es la hebilla del cinturón —se rio Curtis, al igual que la mesera.
—Tú te dedicas al rodeo, supongo —dijo ella.
—Así es. —Curtis no dio más detalles.
—Disculpa. —Un señor mayor se detuvo junto a su mesa—. No quiero molestar, pero ¿eres Curtis Traynor?
—Sí, señor. —El vaquero se levantó y le tendió la mano para estrechársela.
—Bill Mackey. Te vi ganar las Finales. Es un placer. Un verdadero placer.
—Gracias. No estaba seguro de ganar. —Dejó que Bill le diera la mano, siempre encantado de conocer a un admirador.
—¿Estarás mucho tiempo en la ciudad? Me encantaría invitarte una cerveza más tarde.
—Uy, eso estaría muy bien, pero hemos estado en la carretera...
—Claro. Claro. Bueno, ¿te importa si mi esposa toma una foto con su teléfono?
—Para nada. —El vaquero posó con el hombre e incluso Stetson sacó una foto de los tres.
—Muchas gracias, Curtis. Lo apreciamos. —La pareja salió del comedor y él se dejó caer de nuevo en su silla.
—Señor. Cimarron de todos los lugares. —Se rio entre dientes.
—Mi famoso Sr. Traynor.
—Soy todo eso y una bolsa de papitas.
—Lo eres todo para mí.
Se sonrojó de gusto y alargó la mano para tocar la de Stetson sobre la mesa.
—Me alegro.
—Yo también. —Había una pequeña sombra en los ojos del ranchero, pero el hombre acababa de perder a su mamá. Tenía que doler a oleadas.
Les llevaron su comida, y Stetson se animó. Esa sonrisa valía todo el trabajo.
—Maldición, qué bien se ve esto.
Stetson tenía razón. De hecho, la mantequilla y la crema agria se veían deliciosas.
Curtis se lamió los labios. Maldita sea.
—¿Señora? ¿Me pone un poco de mantequilla y crema agria?
La sonrisa de Stetson era de complicidad y burla, mas no dijo nada.
—Sí, sí. —Curtis vertió aceite sobre su ensalada y luego dejó caer una abundante cantidad de vinagre—. ¿Qué puedo decir?
—¿Qué? Yo no juzgo. La mantequilla es maravillosa.
—Se ve tan rico. —Lo echó todo sobre la papa una vez que llegó, mezclándolo todo. «Huele eso. Carajo».
—¿Sal? ¿Pimienta?
—Por favor. —El vaquero le puso poca sal y mucha pimienta. El simple hecho de sentarse a comer sin contar calorías le asombraba.
Comieron con calma, compartieron risas y contaron historias. Se tomó una segunda cerveza y pidió otra para el ranchero. Era adicto a ver a su amante con los hombros relajados.
—Chicos, ¿quieren postre?
Se miraron el uno al otro y luego a la mesera.

—¿Qué tienen?

—Tenemos pay de nuez pecana, pay de manzana, helado de *brownie* y pastel de tres leches.

—¿Quieres compartir el pay de nuez? —preguntó Curtis. Sabía que a Stetson le encantaba la nuez pecana.

—Me encantaría. Mucho. Después de todo, ya casi se acerca la Navidad.

—¡Así es! —coincidió el vaquero con un asentimiento—. Que sea de nuez, por favor.

—¿Helado?

—Dios, sí. —Curtis iba a necesitar un carrito para llevar su culo de vuelta a la habitación.

Si tenía suerte, el ranchero lo empujaría por él.

El pay y el helado hicieron gemir de felicidad a Stetson, para acompañar pidieron café. Tal vez saldrían a pasear por la nieve y se bajarían la comida afuera... O irían arriba.

Stetson lamió el helado de su cuchara, tarareando por lo bajo.

—Esa podría ser la mejor parte hasta ahora, Lazador. —Curtis sabía que era para él. Stetson lamiendo la cuchara.

—El helado está bueno, ¿eh?

—Ajá. Lo del pay le da sabor a mantequilla de nuez pecana.

—Mmm. Tengo un poco de eso en el congelador en la casa.

—Me acordaré de eso, sabes. —De camino a casa compraría crema batida.

—Lo compartiré contigo.

—Pediremos crema batida y más nueces confitadas para poner encima. —Tendría que pedir uno de esos pequeños trampolines en Amazon y empezar a correr. Diablos, apostaba a que Stetson podría ponerlo a trabajar.

Esa idea le parecía sorprendentemente perfecta.

Iba a tener que desentrañarla un poco, pero había algo tan acertado en pensar en arreglar la casa, las caballerizas, ejercitar a los caballos.

—¿Seguro que puedes ir tan suntuoso? —se burló Stetson.

—Creo que a lo mejor sí puedo, Lazador.

—Hecho. —El ranchero se apoyó en la silla y gimió, dándose palmaditas en la barriga—. Dormiré bien esta noche.

Él tomaría eso. Pensó que la operación Distraer a Stetson estaba funcionando.

Si dejaba de hacerlo, tenía más de una sorpresa en su bolsa de trucos imaginaria. Incluyendo, pero no deteniéndose en, una mamada.

Momento. ¿Eso era sórdido?

Eh. Si lo era, Stetson lo perdonaría. O simplemente se lo diría.

—¿En qué tanto piensas? —le preguntó Stetson, trayéndolo de vuelta a la media taza de café frío y al plato pegajoso.

—Más tarde esta noche.

—Oh. Esos son buenos pensamientos, entonces. Te dejaré con ellos.

—Nah, puedes acompañarme. —El vaquero extendió una mano, queriendo tocar a Stetson. Solo había unas pocas personas alrededor y todas los estaban ignorando.

El ranchero la tomó antes de envolver sus dedos alrededor de los suyos y sujetarse.

Aquel apretón cálido y calloso le produjo un hormigueo en el brazo. Amaba tanto a este hombre.

—Sube conmigo, ¿sí? Cuéntame lo que estabas pensando.

—Como tú mandes. —Se levantó y recogió la cuenta para ver si podía cargarla a la habitación. Se podía. Curtis garabateó su nombre, número de habitación y la propina antes de

firmar.

—Te daré las gracias por la cena más tarde, vaquero.

—¿Lo prometes? —Curtis se hizo a un lado en las escaleras para poder seguir a Stetson.

—Tienes mi palabra.

Muy bien, pues.

CAPÍTULO VEINTIUNO

—¿Estás seguro de que no es un sacrilegio decorar la casa, Curtis? —Stetson esquivó la almohada que salió disparada hacia su cabeza.

—Solo es un arbolito y algunas guirnaldas, Lazador. No es como que vayamos a armar el taller de Santa en la cocina.

—Que es una lástima. —El ranchero sí amaba la forma en que lucían las luces, destellando contra las paredes.

—El año que viene lo haremos como Dios manda. —Curtis colocó un poco de guirnalda sobre la chimenea.

—¿De veras? ¿Crees que estarás colgando tu sombrero junto al mío para entonces?

—Claro. —El vaquero volteó a verlo mientras se mordía el labio—. Supuse que si tengo que montar, me presentaré en el Cowboy Christmas este verano y quizás en el Rodeo de Santa Fe. Puedo saltarme las ferias de ganado. Puede que tenga que ir a algunos lugares para firmas de autógrafos en los stands de los patrocinadores. Podrías venir conmigo.

Una punzada de esperanza lo golpeó, justo en la barriga.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—Sí. Me partí el culo el año pasado para poder ganar esa hebilla antes de que me hiciera viejo. Me... me gusta tener un lugar al que pueda llegar.

«Haré lo que esté en mis manos para que continúe aquí para ti».

—Sabes que siempre tienes un lugar conmigo.

—Ahora lo sé. —Curtis colgó un pequeño reno de fieltro en la guirnalda. Examinando el árbol, Stetson recordó que los adornos y decoraciones que el vaquero había comprado en el camino de regreso a casa habían hecho que Stetson se partiera de la risa hasta que le dolió la panza. Había un castor flocado, por Dios.

Un castor flocado, una llama con un tutú de color arcoíris y un Kokopelli que brillaba en la oscuridad.

El ranchero sonrió mientras colgaba el extraño muñequito de palomitas de maíz falsas en el arbolito de un metro de altura.

Curtis continuaba trayendo cosas: una bocina que llenaba la casa con música navideña, un bonche de focos para las lámparas, incluso una televisión nueva llegó en una furgoneta de UPS.

Stetson había abierto y cerrado la boca, sin saber qué decir. Le había dicho al vaquero que esta también era su casa. ¿Cómo podría reclamarle al hombre que no gastara dinero para hacerla más hogareña para los dos?

En especial cuando él tenía que admitir que esa pantalla grande sí que era increíble. Se podían contar los vellos de la nariz de las personas.

Ahora mismo en la tele se estaba reproduciendo un video de leña crepitando.

Iba muy bien con el fuego en la chimenea. Todo el asunto parecía absolutamente irreal.

—Es un duelo de fuegos —susurró Curtis cuando apareció detrás de él, luego rodeó su cintura con un brazo—. Como un duelo de banyos, pero con flamas.

—Estás chiflado. —Stetson se recargó contra el cuerpo del vaquero, dejando que este lo sostuviera.

—¡Oh! Compré nueces con cáscara. ¿Dónde las puse? Son para las botas.

—¿En serio? Yo pasé por unos bastones de caramelo.

—Uh, lo estamos haciendo muy bien. —Curtis le dio un beso en el cuello.

Había hecho un trueque por una billetera grabada para la bota del vaquero y una pintura de unos tres años que aparentaba estar rota. El ranchero sonrió un poco, esperaba que le encantara a Curtis.

Ambos se quedaron ahí, la música navideña viajaba en el aire alrededor de ellos, y envió un gracias al cielo por lo que tenía justo ahora. Justo aquí.

Era lo mejor que podía esperar. Se preocuparía por el resto mañana.

—¿Quieres chocolate caliente? —preguntó Curtis luego de que se pusiera delante para sujetarlo.

—Quiero. Haremos un poco juntos, ¿eh?

—Por supuesto. —Se dirigieron a la cocina tomados de las manos. Todos los perros agitaron sus colas contra el piso, ya que el vaquero los había metido. Se esperaba que la temperatura bajara hasta menos trece grados esta noche. Él pensaba que Curtis no aprobaba que estuvieran afuera, en especial porque ellos eran domésticos.

El vaquero comenzó a tararear al compás de la música. Siempre estaba moviéndose, haciendo ruido. Stetson adoraba aquello. Se dio cuenta de que estaban bailando, dos pasos de vuelta al área principal, despacio y fluido.

¿Quién necesitaba chocolate caliente? Curtis lo mantenía bien calentito.

El teléfono de la casa comenzó a sonar y él suspiró antes de negar con la cabeza.

—Voy a contestar.

El vaquero lo soltó.

—Está bien, bebé.

Descolgó el teléfono en la cocina.

—¿Bueno?

Necesitaba sacar la leche y el cacao en polvo.

—¿Se encuentra disponible la señora Betty Major?

—Nop.

—¿Sabe cuándo estará disponible? Tenemos unas preguntas acerca de unas facturas médicas.

¿Cómo diablos respondía a eso?

—Soy su hijo —dijo al fin—. Tengo su poder notarial. —Él no sabía si estaba bien decirles que ella estaba muerta hasta que supiera quién le estaba hablando.

—Está retrasada en el pago de varias facturas. Ha sido enviada a cobranza.

¿Podías enviar a cobranza a una mujer muerta?

—Ya veo. ¿Es esta una agencia de cobranza?

—Así es y cualquier tipo de información que obtengamos será usada por...

Stetson colgó el teléfono. No podía lidiar con esta mierda en este momento.

Curtis frunció el ceño.

—¿Quién era, bebé?

—Nadie. —Le pasó la leche al vaquero.

—Cortaste la llamada. ¿Era un vendedor? —Una de las cejas de Curtis se elevó hasta el nacimiento de su pelo.

—Sí, algo así. Los cobradores son personas no bienvenidas, eso es seguro. —El teléfono comenzó a timbrar una vez más.

—Entonces lo desconectaremos. No es correcto llamar a la gente con la Navidad tan cerca. —El vaquero se movió para desconectar el aparato.

—Sí. —Esa era una buena idea. Cualquiera que necesitara comunicarse tenía su número de celular. Debería simplemente apagar la maldita cosa esa por completo.

—¿Qué estábamos haciendo? —Curtis agarró su mano.

—Bailando. Estábamos bailando y haciendo chocolate. —Cosas buenas. No preocupándose.

—Así es. —Curtis lo acercó más, luego lo movió en un rápido swing al ritmo de *Rocking' Around the Christmas Tree*. Jesús, no había imaginado que recordaría cómo hacer eso. El vaquero sabía sacarle brillo a la pista.

Terminaron riendo y sin aliento sobre el sofá, el fuego un poco consumido. Ese era el espíritu navideño. No un estúpido cobrador.

Esto era real. Esto era amor.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El teléfono no había parado de sonar.

Curtis no había dicho nada antes de Navidad, pero Año Nuevo estaba a la vuelta de la esquina y él no quería que Stetson arrastrara su estrés consigo si no había necesidad de hacerlo.

Así que cuando el teléfono sonó una vez más, y mientras el ranchero estaba afuera despejando el camino a las caballerizas, Curtis contestó.

—¿Bueno?

—Estamos tratando de contactar a la señora Betty Major.

—Lo siento, ella falleció. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Perdón?

—Falleció. ¿Puedo preguntar quién habla? ¿Cuál es el motivo de la llamada? —El vaquero recordó que su mamá había manejado estas llamadas cuando su abuelo murió, así que mantuvo su tono tranquilo. Tendría que llamar a un abogado para saber lo que Stetson necesitaba hacer.

—¿Es usted el albacea?

—Sí, señora. —Curtis cubriría los huecos. Sabía hasta donde mentir para conseguir algunos nombres y números.

—Bueno, soy una acreedora y por ley me corresponde notificarle que estamos tratando de cobrar una deuda.

—Sí, señora. Lo entiendo. ¿Cuál es la deuda y quién llama?

—Tenemos una deuda médica por \$39,549 dólares, señor. ¿Va a pagar el adeudo?

—Como usted sabe, tengo el derecho a un estado de cuenta de mi madre por escrito. Una vez que hacienda tenga toda la información que necesite para proceder, se determinará la acción entonces —lo dijo de memoria, agradecido con su mamá y con su abogado de contrato, Paul, quien le había dicho una y otra vez que nunca accediera a nada por teléfono.

Cuarenta mil dólares. Maldita sea. Esa era mucha lana. El vaquero escuchó la voz al otro lado de la línea, poniéndose cada vez más indignado.

—Envíeme esa factura por correo. —Curtis colgó el teléfono, porque, carajo. Esa gente era una pesadilla. Luego encontró sus contactos favoritos y le marcó a Paul Davidson. El abogado vivía y trabajaba en Dallas, era un tiburón con sombrero de vaquero y Wranglers.

Él casi que lo adoraba.

—Despacho de Paul Davidson.

—Ey, Shelly. Habla Curtis Traynor. ¿Está Paul?

—Déjame asegurarme de que no está en llamada, cielo. Siempre está para ti. —Lo puso en espera, los acordes de una versión Muzak de una canción de George Strait lo hicieron gemir.

—¿Qué diablos quiere, señor Traynor? ¿No se supone que estás de vacaciones?

—Estoy de vacaciones, amigo. Celebré la Navidad tanto que mis *jeans* ya no me quedan. Solo necesito preguntarte unas cositas.

—Desde luego, dale.

—Un amigo mío perdió a su madre recientemente. Tiene un rebaño de cobradores encima que están tratando de cobrar una deuda médica. —Curtis se frotó la nuca con su mano libre.

—¿Existe un seguro de vida? ¿Vienes?

—Eh... —Él no tenía ni idea. El ranchero le había dicho que el seguro de vida tenía lo suficiente para enterrarla—. Sé que estuvo enferma por un tiempo. Imagino que se lo pasó todo a Stetson desde hace mucho.

—Investiga eso primero. Investiga los detalles y entonces me echas un telefonazo. Asumiendo que tu amigo no es estúpido, podemos encargarnos de esto con facilidad.

El alivió lo inundó.

—Gracias, viejo. Lo aprecio.

—No hay problema. Por cierto, felicidades por tu triunfo. Lo lograste.

—Lo hice. —El vaquero se permitió sentir el orgullo de aquello—. En realidad no creí que lo haría.

—Nunca dudé de ti. Échame un grito cuando tengas todos los detalles, compa. Tengo una llamada entrante.

—Así será. —Colgó, tan entusiasmado como un cerdo revolcándose en la mierda. Podría ayudar a Stetson con esto. Aligerar la carga.

Hablando del rey de Roma, entró, cubierto de nieve y tembloroso.

—Ey, tú. Vente aquí al fuego. —Curtis trotó hacia el ranchero y terminó de meterlo a la casa.

—Me estaba sudando el culo hace apenas diez segundos, te lo juro por Dios.

—Claro. Dejaste de trabajar. Esa es la zona de peligro. —Le quitó la chaqueta a Stetson, así podría empezar a frotarle esos brazos fríos.

—No me digas. Pero lo dejé despejado.

Maldición, ¿tenía los labios azules?

—Jesús. Necesitas meterte a la regadera. Voy a abrirle al agua caliente.

—Acabo de despejar el camino. Eso es todo. Lo hago cada año.

—Corazón, el año pasado tenías como quince kilos más en ti. He visto fotos.

—Puede ser... —Stetson tembló y con eso tuvo. Llevó al hombre al baño y abrió la llave.

—Siéntate en la taza del baño. Necesito quitarte las botas.

El ranchero se sentó, parpadeando.

Curtis le sacó las botas y frotó esos pies colorados. Era ridículo. Iba a comprar mejores calcetas para los dos antes de que Stetson perdiera los dedos de los pies. El invierno estaba implacable este año, como si la tierra supiera sobre doña Betty.

—Ah, quema. Carajo. —Stetson comenzó a jadear un poco.

—Sí, tenemos que hacer que la sangre vuelva a fluir antes de dejarte bajo el agua caliente. —El vaquero no pensaba que fueran a necesitar baños tibios de pies, pero mierda.

—No estuve tanto tiempo afuera.

—Ajá. Está helando y va a volver a nevar. —Una vez que sintió que el corazón de Stetson no iba a estallar en el minuto que lo metiera bajo el chorro de agua, alzó a su amante del inodoro y lo desnudó. «Calcetas, un calentador de toallas, quizás un calentador portátil para el baño, toallas gruesas y el tapete para baño más suave del mundo».

Curtis suponía que el ranchero no se opondría a que él rehiciera el baño un poco. Ahora, el

baño de invitados, ese necesitaba una transformación completa. Todas esas rosas.

—¿En qué tanto piensas, vaquero?

—Rosas. —Él también se encueró, así podrían ponerse los dos bajo el chorro de agua—. Y en que necesitamos conseguir cosas para baño nuevas.

—¿Rosas? Es muy pronto para plantar más y Dios sabe que mi amá tiene un montón en la tierra.

—Más bien son las de las cortinas en el baño de invitados. —Curtis no quería sobrepasarse, ya que Stetson necesitaba tiempo, pero hombre, esas eran rosas viejas.

—Te refieres al baño tenebroso, ¿eh? Esas han estado allí desde que estaba en la primaria.

—Oh. —Le sobó los brazos con suavidad para mantener la sangre en movimiento—. ¿Es especial?

Stetson lo miró, luego se encogió de hombros.

—No sabes cómo era ahí, antes de que la llevara al hospital. —El ranchero nunca decía geriátrico. Nunca—. Si movías algo, cualquier cosa, se ponía a gritar. Luego quería que las cosas se acomodaran como lo habían estado hace veinte años. Llegué al punto en el que temía tocar algo. Bloqueé mi lado de la casa para que no deshiciera mis cosas mientras yo estaba trabajando.

—Ay, Lazador. —Curtis no podía ni imaginárselo. Moverte constantemente de puntitas en tu propia casa por miedo a alterar a alguien con quien ni siquiera podías estar enojado...

—Una parte de mí quiere quemar este puto sitio hasta dejarlo en cenizas. Otra, quiere dejarlo como ella lo tenía. Y otra parte de mí quiere hacer una enorme venta de garaje para convertirlo en algo nuevo. —Los ojos de Stetson se pusieron brillosos y alzó la cabeza hacia el chorro de agua—. Todo mi ser odia cómo terminaron las cosas con ella. No está bien. Quería que se fuera, al final. Murió por inanición.

Curtis simplemente tomó al ranchero en sus brazos y lo abrazó fuerte. Señor, él debería haber estado allí. Pero Stetson necesitaba lo que podía darle ahora también. Necesitaba un nuevo comienzo.

—Creo que esto... que tú, que estés aquí, amándome. Creo que esto fue lo último que ella me dio.

Ahora fue el turno del vaquero de sentir el escozor de las lágrimas.

—Entonces nos hizo un bien a ambos, bebé. Uno grande.

—Sí. Yo también pienso eso. —Stetson descansó en él, se relajó contra su cuerpo, confiando en que Curtis lo sostuviera.

Y lo haría. El vaquero lo haría durante el tiempo que el Señor se lo permitiera.

A lo mejor mucho más tiempo. Después de todo, él era un hijo de puta testarudo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—L azador, necesitamos hablar. Stetson alzó la vista de la pila de facturas en la mesa, y esta vez estaba tan jodidamente triste que ni siquiera se molestó en voltear la página de hasta arriba y ocultar lo demás.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que ocuparnos de esta mierda. Todos estos papeles y lo demás.

—Lo estoy intentando. —La cabeza del ranchero comenzó a palpar.

—Sé que sí. —Curtis sacó una silla y se sentó—. Tengo un amigo abogado dispuesto a ayudar. Pero necesito saber qué es qué.

Señor, ni él sabía. En serio. A estas alturas había tantas hojas con letras rojas gritando que él no sabía lo que era importante, no sabía por lo que iban a atraparlo.

—Este...

«Verga, ¿cómo les dices al actual vaquero número uno del rodeo en el planeta que no has pagado nada durante quince meses? ¿Que no sabes lo que pasará ahora que la Seguridad de Ingreso Suplementario de tu amá se terminó?».

—Pues, primero necesitamos clasificar las facturas médicas. —Curtis asintió, como si eso fuera todo. Tal vez lo era. Necesitaban una dirección hacia la cual moverse, ¿no?

—Hay toneladas de ellas. Cajas. Esta pila es de este mes.

—De acuerdo. —El vaquero se quedó viendo la pila—. ¿Tienes algunos fólderes usados?

—Eh. Sí. Sí, tengo. De cuando mi negocio andaba bien. —Stetson se puso de pie y fue hacia el ropero y sacó una caja. Dios, el polvo.

Curtis esbozó una sonrisa.

—Apuesto a que se recuperará.

—Eso espero de verdad. No tengo nada más para ofrecer. —Nada más se sentía correcto tampoco.

—No digas eso. Eso es mucho. Eres bueno en ello. Bien, necesitamos un fólder para las facturas médicas, otro para las de la casa y otro para las demás. —El vaquero debía haber estado leyendo mierda sobre organización en línea.

Stetson sacó un par de fólderes y sonrió mientras encontraba bosquejos, notas sobre vigas, acabados para chimeneas y trabajos personalizados.

—¿Podemos guardar estos en unos fólderes más grandes? —preguntó Curtis mientras lo observaba, esos felices ojos azules.

—Claro. Son viejos. No sé por qué los conservé, ¿sabes? Solo son notas. —Solo felicidad.

—Oye, me encanta la expresión que pones cuando las ves.

—Hacía buenos trabajos. —No era lo que hacía Curtis, pero duraba mucho más que cualquier monta.

—Sí. —El vaquero tomó los fólderes que le tendió—. Empezaré con este montón.

—Está bien —concedió, una vergüenza insondable lo invadió. Él debería haber sido capaz de hacer esto, afrontar esta mierda. Él no era un idiota, maldita sea.

—Ey. —Cuando Stetson levantó la vista, Curtis estaba mirándolo fijamente con atención—. Basta. Puedo ver tus labios frunciéndose.

—Cállate. No es cierto.

—Sí es cierto.

El ranchero le sacó la lengua. Eso debería evitar que se le fruncieran los labios.

—No la muestres a menos que quieras usarla —dijo el vaquero.

—Eso es muchísimo más divertido que clasificar facturas.

—Lo es. Terminemos con este mes y te recompensaré.

Bueno, ese sí que era un incentivo.

—Sí, podría hacer eso. —Diablos, él sentía que ambos pasaban horas arreglando las caballerizas, alimentando a los animales o transportando leña y no jugando. Curtis se la estaba pasando bomba haciéndola de ranchero, justo como les ocurría a los tipos del rodeo cuando tenían oportunidad.

La mejor parte era que el vaquero era bueno en ello. En serio. Se metía en el papel y arrastraba su culo a través del lodo junto a Stetson. Curtis estaba adaptándose a la altitud y al frío.

Hacía unos días, lo había hecho bajar a Santa Fe para ir a Target y regresaron con artículos nuevos: calcetas, pantalones térmicos, tapetes de baño, una cortina de baño, toallas nuevas, una cafetera nueva y sartenes. El vaquero estaba consintiéndolo.

Sin embargo, Stetson sabía lo rápido que el dinero de un premio podía esfumarse, así que estaba tratando de evitar de que...

¡Auch!

Curtis lo pellizcó con ganas el brazo.

—Necesitas mantener la cabeza enfocada, bebé.

—¡Lo estaba haciendo! No estaba en el mismo enfoque, pero...

—Nop. Clasificar. Luego la recámara. Concéntrate.

—Clasificar. Luego la recámara. Claro. Entendido. —«Baboso».

Curtis le dio una sonrisa grande.

—Eso es.

Se inclinó hacia delante para recibir un beso cuando el sonido de neumáticos sobre grava se hizo presente.

—Le voy a poner una cadena a la reja.

—Ya sé. Es como una casa de locos aquí todavía. —Curtis juntó los papeles y los fólderes para echarlos en la caja y guardarla. «Buen hombre».

Stetson se asomó a través de la ventana del área principal, frunció el ceño ante la vista de un pequeño Smart en la entrada.

—¿Isaac?

¿Qué rayos hacía aquí Isaac Key? El ranchero no había visto a ese hombre en... ¿cuatro años?

Isaac estaba parado ahí, cambiando su peso de un pie al otro. Tenía que sentir mucho frío con esos mocasines de cuero italiano.

—Jesús, hombre. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Stetson después de que abriera la puerta.

—Me enteré de lo de tu mamá. Traje donas y cerveza. —Isaac alzó un seis de Fat Tire.

—Pues pásale, antes de que te congeles.

—Gracias. Tuve un día libre inesperado, así que pensé en venir a verte.

Isaac entró, casi cayéndose de nalgas cuando tocó el piso. Estaba resbaloso.

—¿Qué tal si te quitas esos ridículos zapatos? Te encontraré un par extra de calcetines.

—¿Amor?

Le dio una sonrisa a Curtis al tiempo que ponía los ojos en blanco dramáticamente.

—No sé si recuerdas a Isaac. Fuimos a la preparatoria juntos y creo que cuando tú y yo empezamos a vernos él estaba en su loca etapa de artista de las Montañas Rocosas con estas rastas de arcoíris.

—¿Verdad? Me volví todo corporativo. Mi mamá está muy avergonzada. —Isaac le tendió la mano al vaquero—. Curtis Traynor, ¿correcto? Soy Isaac Key.

Curtis sonrió con facilidad, pero era su sonrisa para fans, no la que le arrugaba las esquinas de sus ojos.

—Un gusto.

—Bueno, a lo mejor y no. Pero es que alguien no contesta su celular y ese alguien es un menso. Esto es lo que obtienes cuando ignoras a tu mejor amigo. Te interrumpo cuando estás noviendo. Aguántate. En serio, hombre. Estaba preocupado de que fueras... a hacer algo estúpido.

Por Dios, escuchar a Isaac era como tener un ave tropical en casa.

Curtis se relajó un poco.

—Qué va. Iré por los calcetines; tú ve a hacer el café, amor.

—Oh. Tengo donas ¡van muy bien con el café!

Stetson comenzó a reírse entre dientes, lo que luego pasó a ser una risa profunda y sonora.

Isaac le palmeó el hombro con una expresión preocupada, pero Curtis solo resopló antes de ir hacia la recámara. Mierda, eso se sintió bien.

—Ya, de verdad. No puedes desaparecer de la faz de la tierra. Me preocupo.

—No fue mi intención. Lo siento. Es solo que ha sido... una época dura.

—No me llamaste ni siquiera en Navidad.

¿Cómo le decía el ranchero que ni siquiera había pensado en él? ¿Que todo su cerebro había sido para Curtis, su amá y las facturas?

Al final solo abrió sus manos.

—Soy un pendejo. Lo siento.

—No. Digo, no eres un pendejo. Solo me asusté. —El hombre avanzó hacia él y lo abrazó fuerte—. Lo siento mucho, hombre. De verdad.

—Ve a colgar tu abrigo.

—Está bien. ¿Debería irme? No quiero ser...

Stetson puso una mano en el pecho de su amigo.

—Ve. A colgar. Tu abrigo.

—Claro. Es bueno verte. Necesitas comer más. Me encanta tu pelo.

—Bueno. —¿Su pelo? ¿Qué tenía de diferente su cabello

—Amigo, ¿ni siquiera te has dado cuenta? Es lanudo y tiene motas plateadas. Me encanta.

—Oh. —Mantuvo las manos a sus costados para evitar tocar su cabello. ¿Para qué?

—Le queda muy bien, ¿eh? —Curtis regresó con los calcetines, luego los arreó a ambos

hacia la cocina.

—Totalmente. Apuesto a que funciona bien como agarradera en la cama.

El ranchero giró la cabeza de un jalón para mirar fijamente a Isaac, quien solo revoloteó sus pestañas.

—¿Qué? Solo estaba haciendo una observación.

—Pues detente. —Curtis frunció el ceño con molestia, había una expresión intimidante en su vaquero, lo que, de acuerdo, era ardiente. En plan, monumental. En plan, Stetson tendría que ponerse enfrente del refrigerador o salir por un segundo.

—Perdón. —Isaac trató de verse arrepentido, mas no fue convincente.

—Mentiroso. —Curtis le entregó los calcetines—. No estoy seguro de cuál era tu situación, pero las actividades de Stetson en nuestra cama no son de tu incumbencia. ¿Quedó claro?

Stetson solo se quedó de pie ahí en modo tieso, su pene comenzó a mostrar mucho interés.

Isaac, bendito sea, pestañeó varias veces antes de asentir despacio, una enorme sonrisa se extendió por su rostro.

—Entendido.

—Bien.

—¿Sabes cómo usar una de estas cafeteras aparatosas? —El ranchero tenía mejores cosas que hacer que un café en este momento.

—¿Una Keurig? En efecto.

—Genial. —Agarró la mano de Curtis y lo jaló hacia el pasillo antes de estampar su boca en la de su amante tan pronto como llegaron a la puerta de la recámara.

El vaquero le devolvió el beso, dándole lo mismo que estaba recibiendo. Esas delgadas manos aterrizaron en su trasero y de ahí se sujetaron.

«Sí, carajo». Él no sabía con exactitud por qué estaba en llamas, pero lo estaba. Y Curtis no estaba apagando ese fuego, así que se dejaría llevar.

Diablos, el vaquero comenzó a empujarlo hacia la recámara y cerró la puerta detrás de ellos.

Stetson gimió por su hombre, una mano la tenía metida entre ellos para tomar los huevos de Curtis. Este terminó parado de puntitas y soltó un quejido, el beso se estaba tornando baboso. A alguien de verdad le había gustado mucho ese contacto. Así que el ranchero lo hizo de nuevo para luego aplicarlo una vez más.

—Maldición, bebé. Carajo. Qué rico. —El vaquero tironeó de su camisa—. Quita.

—Ajá. —Él mismo se la jaló, botones salieron volando. Qué estúpido ser tan salvaje. No le importaba. Solo quería a Curtis. Ya.

El vaquero batalló con los pantalones de ambos, tiró de botones y braguetas, maldiciendo cuando no cedían a la primera.

Stetson se tambaleó hacia la cama y se llevó a Curtis con él.

El hombre le cayó encima y lo besó con ganas, labios y lenguas uniéndose.

Estaban desnudos en su mayoría, totalmente erectos y frotándose como adolescentes; con torpeza y respiraciones agitadas. No sabían dónde tocar, qué necesitaban hacer aparte de este contacto, aparte de este repentino deseo acuciante.

Curtis se estampó contra él, la conexión fue feroz, y el ranchero asintió con la cabeza para alentarla. Diablos, rogaba por ella.

—Aaah. —El vaquero al fin consiguió la suficiente coordinación para juntar sus vergas en una mano—. Sí. Justo así.

—Ajá. Justo así. Rico. —Se vio reducido a quejidos y chasquidos de lengua.

Se mecían juntos mientras se miraban a los ojos, el color en las mejillas de Curtis era pesado.

Esos ojos azules llameaban por él.

—Mío, Lazador. Todo mío. —La voz de Curtis sonaba extinguida, gravosa y dura.

—Lo soy. —«Igual para ti».

—Ajá. Nada de chicos de ciudad, ya no. —El vaquero tiró de ellos, su mano se movía rápido, arriba y abajo.

—No. Solo tú. Más.

—Más —concedió Curtis antes de que inclinara la cabeza para roerle el cuello.

—¡Jesús! —Le dolió, hasta los huevos, y se permitió gritar.

—Mmmm. —El vaquero solo se limitó a masturbarlo y a lamerle el pequeño hematoma. Dándole más de lo que podía soportar y todo lo que deseaba—. Amo que pueda hacer esto.

—Yo también. Me encanta tanto. Más duro.

—Escúchate. —Curtis le separó las piernas para frotarse entre ambos y la verga le dolió de placer.

Stetson jadeaba, mecía las caderas para acercarse, para conseguir más fricción. Para que el vaquero le diera lo que necesitaba.

—Cerca, bebé. Muy cerca.

El ranchero lo creía. Curtis quemaba como el fuego y estaba duro como el fierro.

Agarró el culo del vaquero y empujó. Con fuerza.

—¡Stetson! —Los ojos de Curtis se ensancharon, su mano se cerró alrededor de los dos.

Ambos se vinieron, uno después del otro, mirándose a los ojos. El olor de ellos se mezcló. Caliente, agudo y perfecto.

Todo este puto asunto parecía ser malditamente perfecto.

Se desplomaron juntos, y no pasaron más que unos segundos antes de que ambos soltaran una risa.

—Oh, Lazador, eso fue grosero.

—¡Lo siento! Lo siento, pero lo necesitaba. —Dios, le iba a arder la cara cuando tuviera que enfrentarse a Isaac de nuevo.

—Lo sé. —Curtis le obsequió esa sonrisa lenta que significaba el mundo para él—. Yo también.

—¿De veras? —Entonces tal vez aquello no era tan malo.

—Mmm. ¿Podemos sentarnos aquí un minuto antes de lavarnos?

—Isaac es bastante autosuficiente. —Y no había forma de que el bastardo no los hubiera escuchado tampoco. Iba a burlarse de Stetson sin piedad.

—Genial. No tengo que preocuparme de él, ¿verdad?

—¿Preocuparte de él? Dijo que sabía hacer café.

—No, bebé. Quiero decir como competencia.

Él casi se rio, pero Curtis hablaba en serio. Preocupado.

—Bueno, alguna vez nos echamos una mano cuando uno de los dos lo necesitaba, pero no. Él odia estar aquí, odia todo lo relacionado con este lugar, ¿y yo? Bueno, él sabe que he estado estúpido por ti desde siempre. No se puede competir contra eso.

Curtis lo besó entonces. Lento, profundo, decidido.

—Eso suena bien, bebé. Muy bien.

—Sí. Excelente. —El ranchero se sintió un poco mareado, un poco como si el mundo estuviera girando fuera de control. Tal vez fuera así o tal vez se sentía libre por primera vez en meses, como si algo se hubiera resquebrajado por la mitad y pudiera respirar.

Cerró los ojos y escondió la cara en la curva de la garganta de Curtis. Solo un segundo.

Únicamente quería flotar aquí, solo un segundo.

285

CURTIS SE DESPERTÓ una hora después más o menos, sobresaltado, con el corazón latiéndole con fuerza. ¿Qué demonios fue...

«Mierda. Isaac, el amigo de la preparatoria».

Va, *okay*. De acuerdo, se acababa de despertar...

Stetson estaba profundamente dormido, despatarrado, esas líneas de estrés desvanecidas. Él no podía perturbar eso.

En su lugar, se deslizó fuera de la cama y se puso unos pants. Sus gruesas calcetas se comieron el ruido cuando salió de la habitación.

Olió café y algo más, algo parecido al pan. Fresco y caliente. Rico.

—Ustedes dos apestan. En serio, Stetson. Dejarme aquí para que los oyera gritar como becerros histéricos. —El sujeto estaba tecleando en su computadora tan rápido que casi se veía borroso—. Aun así, me alegro de que aquel por fin haya venido para quedarse.

—Él está aquí. Stetson sigue durmiendo.

—Oh. —Isaac se dio la vuelta, con los ojos enormes—. Jesús, lo siento. Yo solo asumí. Debes querer golpearme con un martillo.

—No. —Curtis se estiró—. Vine para quedarme. Y fuimos muy groseros. Perdón por eso.

—No pasa nada. Yo nunca... Quiero decir, ¿quién sabía que él podía ser tan *grr*?

—Ei. —Señor, eso había sido perfecto—. ¿Huelo a pan de algún tipo?

Isaac se ruborizó.

—Hago pan cuando me pongo nervioso.

—Esa es una gran cualidad en un hombre. —Y este era un buen partido.

—Gracias. ¿Quieres un rollo de canela? Usé las latas del refrigerador. Les compraré más.

—No tienes que hacerlo. Huelen a gloria. —El vaquero se sentó al lado de Isaac—. Pero en serio, una disculpa. Stetson necesitaba un descanso.

—¿Así es como lo llamamos en Nuevo México ahora?

—Sí. Un deleite vespertino. —Él guiñó un ojo, pero eso era toda la charla sexual que iba a tomar—. Entonces, ¿vives en...?

—Boulder. Soy un tipo gráfico. —Isaac se reclinó en la silla—. Estaba platicando con mi hermana y mencionó que Betty había fallecido. Necesitaba verlo.

—Lo entiendo. Tendrás tiempo de sobra cuando se despierte. —Curtis tomó un plato y lo cargó de delicias glaseadas.

—Entonces, ¿estás... quiero decir, estás viviendo aquí?

—Sip. —Él no tenía otro lugar al que llamar hogar y quería estar con Stetson tanto como pudiera.

—Eso es genial. Felicidades.

—Gracias. —Isaac realmente parecía un tipo decente—. ¿Comes tocino? —preguntó Curtis.

—¿Estás bromeando? Soy un hípster. Me encanta el tocino. Me casaría con el tocino.

—Cocinaré un poco. Me encanta el tocino con rollos dulces.

—Genial. ¿Tenemos que hacer una venta de pasteles para Stetson? ¿Un *GoFundMe*? ¿Algo? Curtis parpadeó.

—No lo sé. Estamos empezando a recibir facturas médicas, pero en realidad aún no nos hemos ocupado de la herencia.

—Bueno, mi hermana dijo... que era grave. Puedo ayudar un poco.

El vaquero luchó por no erizarse. Cualquier ayuda podía ser buena.

—Puede que te tome la palabra con la venta de pasteles si la hacemos en temporada turística.

—Como tú gustes. Nadie quiere que Stetson pierda el rancho.

Eso lo hizo pestañear un poco más. No se le había ocurrido. Sabía que Stetson estaba mal, ¿pero perder el rancho?

—No. Claro que no.

—¿Estás bien? ¿Seguro que no quieres ayuda?

—Estoy bien. —Sin embargo, tendría que sacarle la sopa a Stetson. Curtis se puso a freír tocino e Isaac le preparó un café, que era justo lo que necesitaba.

Stetson entró deambulando, con las mejillas sonrosadas.

—Lo siento.

Isaac se levantó para abrazar fuerte a Stetson.

—Hice rollos de canela. ¿Quieres café?

—Por favor. Me alegro de verte, amigo. Te agradezco que hayas venido.

—Gracias. —Isaac saltó hacia la Keurig—. Te extrañé, hombre.

—Entonces, ¿sigues en Denver?

—Boulder. Más mi gente, ya sabes.

—Ya. —Stetson mostró el atisbo de una sonrisa y Curtis contuvo una carcajada—. Santa Gay nunca fue lo bastante grande para albergarte.

—Nunca. Necesito espacio para rebotar en las montañas. Diablos, necesito estar rodeado de artistas con menos talento que yo.

—Eso es bastante cierto.

Las bromas le fascinaron. Stetson estaba tan suelto, bromeando y jugando.

Él sabía que el ranchero tenía muchos amigos locales, sin embargo, esto era nuevo. Esto era diferente. Curtis no quería ser un tarado, pero tenía que admitir que estaba un poco celoso.

Este no era el Stetson que él entendía, supuso. Conocía dos tipos de Stetson últimamente: el triste y el preocupado.

—¿Quieres azúcar y crema? —preguntó Isaac.

—Solo negro, hombre.

—¡Amigo! ¿Cuándo pasó eso? Eras un tipo dulce y ligero.

—Me acostumbré, creo. Los últimos años he necesitado más cafeína y menos cosas.

¿Los últimos años? ¿Hacía tanto tiempo que Stetson no podía permitirse esos pequeños lujos? Curtis se sintió como un idiota y un ciego.

—Pero hay crema para batir y azúcar. Déjenme consentirlos, consentirnos, quise decir.

—Okay, claro. —Curtis le sonrió a Isaac—. También tenemos crema de caramelo.

—Uh, amigo. Sí, por favor. Siéntate. Coman tocino y rollos, yo les proporcionaré la deliciosidad dulce y cremosa.

Stetson se sentó.

El vaquero se acercó a la mesa y se sentó a su lado al mismo tiempo que colocaba el plato de tocino sobre la mesa.

—Mmm. Tocino. —Stetson le sonrió y la tentación fue enorme, de inclinarse y darle un beso largo y fuerte.

Le echó un vistazo a Isaac, que estaba meneando el culo mientras cantaba, y cedió al impulso. Stetson abrió y lo dejó entrar.

Cuando se separaron para tomar aire, Isaac los estaba observando con una sonrisa tonta en la

cara.

—Dios. ¡Qué lindos son!

—Basta. —Stetson rio entre dientes—. Ven a comer con nosotros, bobo.

—Ajá. En serio. Quiero tomar fotos.

Curtis le lanzó una mirada a Isaac.

—Esa era la tuya gratis.

—Nada de fotos. Esto nos pertenece. —Stetson no parecía estar bromeando ni un poco.

Isaac asintió con facilidad.

—Sabes que estoy bromeando. Nada de videos sexuales. Entendido.

—Nada de videos sexuales, nada de fotos artísticas... bueno, quizás una para mí.

—¡Curtis! —Las mejillas de Stetson se le tiñeron de rosa.

—¿Qué? —Curtis amó esa expresión de sorpresa—. Si tuviera un poco de talento, le haría como el tipo de la película *Titanic*. Dibujarte.

Stetson se agitó un poco, con una expresión entre complacida y avergonzada.

—Tómame tu café fino —dijo Isaac.

—A Curtis le encanta el café fino. Puede que tengamos que ir a Boulder, tú puedes llevarlo a todas las cafeterías finolis.

Fue el turno del vaquero de quedarse boquiabierto.

—Me encantaría ir a Boulder contigo, amor.

—¿De veras? —Stetson le dedicó una sonrisa de felicidad—. Genial. Quiero decir, en cuanto nos recuperemos un poco.

—Ustedes son bienvenidos a quedarse conmigo. Tengo un sofá cama.

—Eso sería genial. —El ranchero parecía más feliz cada maldito segundo. Viajar con él. Imaginen eso. Aunque Curtis pensó que sí pagaría un hotel. Algo decente.

Stetson se merecía un servicio a habitación. Algunos mimos.

—Solo házmelo saber, ¿eh? —Isaac parpadeó y bebió profundamente—. Me van a dejar pasar la noche, ¿verdad?

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —respondió Curtis—. Bueno, al menos unos días.

El ranchero asintió.

—Tenemos la cama de invitados en mi antiguo despacho. Está todo preparado.

—Gracias. —Las mejillas de Isaac se pusieron rojas—. Básicamente me trepé al auto y viajé.

—Te lo agradezco. —Stetson le sonrió al hombre—. Es bueno tener amigos.

—Lo es. —Isaac agarró un rollo de canela—. Llámame la próxima vez que pase algo malo.

—Lo haré. Espero haber terminado con eso por mucho tiempo.

—Vamos a apostar por ello —dijo Curtis. Así nada más, él sabía el poder de una actitud positiva.

—Y que me lo digas. —El ranchero le tocó el muslo por debajo de la mesa.

Aquel roce le produjo todo tipo de hormigueos. Dios, amaba a Stetson con todo su ser.

Lo suficiente para dejar que este viejo amigo demasiado guapo se quedara por unos días.

Aunque probablemente no lo suficiente como para dejar que Isaac les tomara fotos sexis.

Sí, no. No lo suficiente para eso.

STETSON AGARRÓ otro par de leños para la chimenea y los echó mientras Curtis cargaba el

lavavajillas. Habían hecho espaguetis con albóndigas. Tontearon y disfrutaron hasta el cansancio el uno del otro.

No se había dado cuenta de lo bueno que era ver a un viejo amigo.

Isaac se veía bien. Mayor. Un poco nervioso, quizás, y Stetson no tenía ni idea de lo que eso significaba. Era solo una impresión. ¿Una expresión? Como fuera.

Era bueno saber que alguien se preocupaba.

Curtis, ahora, era un payaso, rodeando a Isaac como un lobo grande lo haría con un coyote muy pequeño.

Aun así, no había sido tan malo que el vaquero tuviera un poco de competencia. De hecho, al ranchero le había prendido bastante.

—Estás sonriendo. Eso es genial. —Su amigo estaba sentado en el sillón, observándolo. Curtis había ido al baño, que era siempre cuando Isaac se colaba en una conversación extraña.

—¿Crees que es demasiado pronto? —¿No debería ser feliz todavía?

—¿Qué? De ninguna manera. Apuesto a que no has tenido mucho por lo que sonreír.

—No. No, ha sido... ha sido duro.

—¿Has llorado?

—Cállate. —«Pendejo».

—Es bueno para el alma, Stetson.

—¿Aprendiste eso en terapia, amigo? —se burló el ranchero, tratando de aligerar las cosas.

—Escuela de arte —respondió Isaac, inexpresivo—. Mi profesor de cine me subiría de curso si le produjera la lágrima emo perfecta.

—¿También tuviste que chupársela?

—No, lo hice por voluntad propia. Era un cabrón frío, pero era increíble en la cama.

—¿En serio? —Sabía que tenía los ojos abiertos como platos, pero maldita sea. Curtis se rio de él, venía negando con la cabeza mientras volvía y los movía a ambos al sofá.

—En serio. —Isaac le dedicó una sonrisa torcida—. Acabó mal.

Mierda. El ranchero no sabía cómo responder a eso. En absoluto. Así que se limitó a sentarse. El vaquero soltó una risilla.

—De seguro era demasiado mayor para ti, compa.

—A lo mejor, sí, pero les juro que me hizo como quiso. —Por un segundo, Isaac pareció triste, cansado, pero desapareció con un pestañeo.

—Así que, ¿estás libre de ataduras? —preguntó Curtis—. Conozco a un par de vaqueros...

Stetson sonrió, luego presionó los labios para contener la risa salvaje.

—¿No me digas? —Isaac se sonrojó—. Oh. Eh. Guau.

—Oh, Señor. Ni Trey ni Oscar, ninguno de los dos. Me gusta Isaac. Su culo no podría manejarlo.

—¿No? Bueno, si tú lo dices... —Curtis subió y bajó las cejas un par de veces.

—Cállate, Stetson. Calladito te ves más bonito. ¿Sabes lo que daría por un vaquero de verdad?

—El mío no está disponible.

Curtis parpadeó en su dirección.

—¿Crees que soy un vaquero de verdad?

—¿Qué? Claro que lo eres. No seas más tonto de lo que tienes que ser. —El hijo de puta era el vaquero número uno del mundo.

—Sabes cuánta gente piensa que el rodeo es basura. —Su amante se veía complacido a más no poder.

—Lo sé. La gente es estúpida.

—¿Basura? Jodidamente sexi, querrás decir —bromeó Isaac—. Deja que Curtis me busque un galán.

—Tendrás que venir para el Rodeo de Santa Fe. Todos los chicos vendrán por esa bolsa —comentó Curtis.

—Trato hecho. Incluso pagaré para que todos tengamos habitaciones de hotel separadas para no tener que escucharlos chillar como monos.

—Voy a tener que pegarte, Isaac —amenazó Stetson, y su amigo se limitó a resoplar.

—Curtis ya te ganó con eso, hombre.

—¿En serio?

El vaquero asintió con la cabeza despacio.

—Sin tocarlo.

Bueno.

Se calentó, de los huevos hasta los huesos.

—Me parece justo.

—Para nada justo. —Su amigo sonrió. Se le había olvidado al ranchero cuánto le gustaba reír a Isaac.

—Justo o no, eso no es nada para mí. —Curtis le pasó una mano por el costado para acariciarlo.

Podían ser ellos mismos con Isaac, aunque Stetson tenía que admitir un poco de sorpresa ante el hecho de que el vaquero fuera tan abierto y relajado. Se sentía como... mierda, como si Curtis realmente quisiera estar con él.

—¿Gustan postre? —El vaquero se había superado a sí mismo. Había hecho un pastel volcado.

—¿Oh? ¿Cereza? —Isaac era un facilote.

—Con crema batida —complementó Curtis.

—Me apunto totalmente. Gracias. —El hombre le lanzó un beso a Curtis, quien rodó los ojos.

El ranchero pellizcó a su amigo, olvidando la regla de no tocar.

—¡Ey! ¡Nada de pellizcos!

—Los voy a separar —El vaquero agitó un cucharón en su dirección.

—¡Pero papá! —protestó Stetson mientras le aplicaba a Isaac una llave en la cabeza para frotarle los nudillos en esta.

Curtis le hizo cosquillas con la mano que tenía libre, lo cual hizo que gritara de risa.

Soltó a Isaac y fue tras el vaquero, ambos sonrían como tontos. Dieron vueltas por la cocina, pero finalmente atrapó a Curtis contra una encimera y le hizo una trompetilla en el cuello.

Le encantaba cómo olía ese cabrón: a cuero, pimienta negra y jabón.

Curtis le dio un beso en la boca una vez más mientras se sujetaba al culo del ranchero.

—Postre. Necesito engordarte.

—Shh. Estoy en mi peso de combate. ¿No es eso lo que tú me dices?

—Sí, pero yo soy todo músculo. —El vaquero soltó una carcajada cuando Stetson peló los dientes.

—Te voy a mostrar músculo... —«Esperen, ¿eso tenía sentido?».

—¡Por favor!

Ambos giraron sus cabezas hacia Isaac.

—¡Silencio!

El hombre puso los ojos en blanco.

—Entonces denme pastel, por el amor de Dios. Por favor.

—Lo tienes. Trae la lata de crema, bebé. —Curtis lo mandó al refrigerador antes de que agarrara un trozo del pastel volcado con el cucharón.

Afortunado. Tardó un segundo en comprender cómo se sentía, pero era: afortunado. Esto era suyo ahora y tenía que averiguar cómo hacer que continuara de ese modo. Él podía hacerlo.

Tenía que hacerlo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Isaac era divertido, pero Curtis se alegró cuando por fin regresó a Boulder.

Algunas de las cosas que el hombre había dicho acerca de que el rancho tenía graves problemas financieros le hicieron indagar un poco en todas aquellas facturas mientras Stetson estaba afuera ayudando a alguien a arreglar una tubería congelada.

Esto era serio. La factura de la luz llevaba un mes de retraso, los impuestos eran de cuatro mil dólares, y al parecer, ya habían embargado la camioneta buena de Stetson.

«Dios».

Eso era sin contar las facturas médicas. Esas cifras eran suficientes para darle náuseas.

Le envió por correo electrónico un montón de cosas a su amigo abogado, Paul, sabiendo que primero tenían que resolver lo de la herencia.

Pero Jesús. Stetson no había estado comiendo para alimentar a los caballos, los perros, las llamas y los burros...

Lo siguiente que hizo Curtis fue sentarse y poner en orden sus finanzas. Por suerte para él, sus padres nunca habían necesitado que enviara tanto dinero a casa, así que siempre había sacado lo suficiente para vivir, el resto lo había ahorrado. Hacía años que no tenía que rebuscar cambio en su troca para pagar su entrada a un lugar.

Sus patrocinadores le pagaban la manutención, así que no sufría. Al menos podía ayudar con los impuestos. Solo era cuestión de pagarlos. La casa estaba pagada.

Nunca lo haría sin hablar antes con Stetson y no tenía ni idea de qué más había que pagar...

Sin embargo, ¿cuánto tiempo había estado la situación tan mal? ¿Hacía cuánto que el ranchero no hacía su arte?

El vaquero se frotó las sienes. Señor. Él sabía por qué Stetson no había llamado ni nada, pero sentía que debería haber estado ayudando.

Quería... ¿Qué? ¿Qué hacía aquí? En serio. ¿Qué necesitaba hacer?

—Hola, vaquero. —Stetson golpeó sus botas contra el piso, un viento frío silbó a través de la puerta cuando entró, solo bastó un vistazo para que aquel le preguntara—: ¿Qué pasa?

Jesús, su hombre era verdaderamente sensible. El ranchero no necesitaba ser adivino para hacerse una idea de lo que sentía Curtis.

—¿Qué tal una taza de café? —No quería adentrarse así nada más en los asuntos de Stetson porque estaba perdido. Su padre hacía eso todo el tiempo, se alteraba ante la cosa más insignificante, y él no quería ser ese tipo de hombre con nadie, menos con Stetson, no ahora.

—Está bien... —El ranchero guardó su abrigo en el ropero, colgó el sombrero en el gancho y luego fue a preparar el café sin decir una palabra.

Mierda. Curtis estaba tambaleándose sobre hielo delgado, sin saber cómo empezar.

—¿Qué hice? —El café apareció delante del vaquero, luego Stetson se puso de pie junto al fregadero. Sus ojos negros como el carbón.

—Nada. Quiero decir, solo he estado rebuscando en esa caja de facturas. Quiero ayudar, pero me asusta que vayas a decirme que no.

Él juró que el ranchero se hizo más pequeño, la mirada en ese amado rostro todavía era de piedra, pero Stetson no dijo una palabra.

—¿Te puedes sentar? —No quería que el ranchero se cerrara, pero tenían que resolver esto.

Stetson se sentó delante de él, lo observaba como si el vaquero fuera a atacar o algo así.

Curtis intentó sonreír.

—Ey, no es tan grave, bebé. Solo creo que tenemos que hablarlo.

—De acuerdo. —Pareció por un segundo que Stetson iba a echarse a llorar o algo así, pero en cambio, aquellos ojos casi negros se centraron en la mesa—. Hice lo que pude. La cagué, pero no malgasté ni un centavo. Lo juro por Dios. Si... Mañana iré a hacer cola con los jornaleros. He estado de flojo por culpa de la Navidad.

—Mírame. —Curtis puso su mano sobre la del ranchero—. Tengo que decírtelo, Lazador, no soy una de esas personas que creen que el sufrimiento lleva a la redención o alguna mierda así. No te estoy pidiendo que vayas a sentarte en la maldita cola del trabajo.

—No sé qué hacer. No lo sé desde hace meses. Solo sigo intentándolo.

—Puedo verlo. —Realmente podía. Las pilas de facturas estaban priorizadas. La factura de la luz no estaba pagada porque su presencia la había hecho subir. Curtis no era estúpido—. No estoy aquí para castigarte.

—¿Qué quieres, vaquero? Me siento como una mierda por esto, pero solo puedo disculparme por ser un bueno para nada hasta cierto punto.

—Lo que quiero es que dejes de actuar como un mártir —espetó. Luego apretó los dientes un momento, seguido de una respiración profunda—. Maldición. Lo siento. Solo necesito que repases conmigo qué se ha pagado y qué no, qué es lo más urgente.

—No te preocupes por eso. Yo me las arreglaré. Tengo mierda que hacer. —Stetson se puso de pie, los hombros rígidos como una tabla. Pudo sentir cómo se retiraba, se alejaba de él, se escondía. Carajo, odiaba esta mierda de hacerse el impasible—. He estado ocupándome de mi desastre durante un tiempo. Tú estás de vacaciones y todo eso.

Stetson volvió por su abrigo. Curtis pensó en lanzarle la taza de café a ese cabrón necio. Tal vez si le golpeaba la cabeza, el ranchero lo escucharía.

—¿Estás diciendo entonces que no quieres que me quede?

—¿Qué?

—Hombre, te ves más que listo para que me suba a mi poni y me vaya. Déjate de rodeos y sé sincero sobre lo que quieres. —El vaquero pensó que si iba a pecar, lo haría bien—. Si quieres que me vaya, me iré al carajo.

Stetson se giró de golpe, tenía los ojos encendidos.

—¿Quién coño te pidió que te fueras? ¡Dije que me encargaría de mis propios putos errores! No soy un mártir, cabrón. ¡Solo soy un puto vaquero estúpido que ya no sabe distinguir su culo de un agujero en el suelo!

Curtis se acercó, metiéndose en el espacio de Stetson.

—¡Tú no eres estúpido! ¿Qué te pasa?

—Hazte para atrás.

—Oblígame.

Podía verlo en los ojos de Stetson, un destello de ira salvaje que le recordó por un segundo a

lo que era mirar a los ojos furiosos de un toro. Menos mal que no era tan listo como para asustarse.

—Te lo juro por Dios, Curtis. No quiero hacerte daño.

Luchó contra su sonrisa, porque el vaquero sabía la verdad. Stetson Major no volvería a hacerle daño ni por amor ni por dinero. Esto se trataba de vergüenza, y no iba con él, ni siquiera un poco.

—Puedes intentarlo, Lazador.

El ranchero lo agarró por los brazos, rugiendo de pura rabia, pero su amante no lanzó ni un puñetazo.

—¡Jesucristo! ¡No voy a estar incómodo en mi propia puta casa nunca más! No dije que quería que te fueras. No lo dije en serio si lo hice. ¡Estoy jodidamente asustado, hijo de puta! ¡No puedo arreglar esto!

—¡Entonces déjame ayudarte! —Curtis se cruzó de brazos, cubriendo las manos de Stetson con las suyas—. Solo quiero ayudar.

—¿¿Te dije que no, pendejo?! —Cristo, el ranchero sabía gritar.

—No, simplemente te levantaste y te fuiste. Tenemos que hacerlo mejor esta vez.

Stetson se le quedó mirando y luego se desinfló como si todo el aire se le hubiera ido de golpe.

—Dios, me duele la cabeza.

Eso no le sorprendió a Curtis en absoluto. El ranchero tuvo que aprender a respirar de nuevo.

—Tenemos que almorzar. —Él había hecho algo de trabajo en el porche esta mañana antes de que se pusiera con el papeleo, le estaba gruñendo el estómago—. Pensaremos mejor con algo de comida dentro.

Stetson parpadeó y dio un paso hacia él.

—¿Sí?

—Sí. —Ambos iban a tener que aprender esta parte: discutir sin que fuera el fin del mundo. El Señor sabía que ambos eran unos pendejos testarudos. Iban a pelear.

La última vez habían dejado que eso fuera una brecha entre ellos. El vaquero estaba decidido a hacer las cosas bien esta vez.

—¿Quieres hacer sándwiches o calentar sopa?

—Haré la sopa, supongo. —Stetson seguía parpadeando un poco, aun así se preparó una taza de café antes de que sacara una lata de carne de res con vegetales y una de pollo con fideos.

Curtis agarró pan y luego abrió el refrigerador para sacar pavo y queso. Sorprendió al ranchero con un beso cuando se cruzaron en la parte abierta de la cocina.

—Hola.

—Hola, bebé. Te extrañé esta mañana. ¿Cómo te fue con la tubería?

—La desenterré, Doug y Tom me ayudaron a reemplazarla. Está helado ahí afuera. —Stetson se estremeció un poco.

—Solo de pensarlo te entra frío, ¿eh? —El vaquero se rio entre dientes y dejó a un lado los ingredientes del sándwich para frotarle los brazos a Stetson—. Estamos bien, Lazador. Estamos bien. Debería haber empezado con esto: darte amor y el almuerzo.

—Bueno, los dos hemos aprendido algo. Hurra por nosotros. Perros viejos, trucos nuevos.

Curtis le dio una nalgada al ranchero, porque las palabras eran sarcásticas pero el tono no.

—Listillo.

—Mejor que un zoquete, supongo...

—Ajá. —Puso el sartén en el fuego junto a la olla de la sopa. A él no le importaba si la sopa

era calentada en el microondas, pero a Stetson le gustaba la suya calentada a la antigua. Trabajaron juntos y pudo ver cómo Stetson se relajaba, esos hombros huesudos bajándole de las orejas.

El sándwich a la plancha y la sopa le alegraron la vista, y no platicaron mucho hasta que terminaron de comer.

—¿Mejor? —preguntó Curtis.

—Sí. Es un trabajo duro, cavar.

—Sí que lo es. No debería haberte echado esa mierda en cuanto entraste por la puerta. Lo siento. —Ahí estaba. Lo dijo y era en serio.

—Gracias. Sé que es estúpido estar tan avergonzado, porque no cometí ningún error.

—Vaquero orgulloso. —Curtis guiñó un ojo—. ¿Puedes agendarme contigo para reducirle un poco a eso?

—Te agendaría para cualquier cosa, Curtis.

Eso era suficiente para él. El vaquero se sentía mejor de lo que se había sentido desde que Isaac había hecho su aparición. La pareja había tenido una confrontación y ninguno de los dos había salido corriendo.

Parecía que esta vez estaban llevando esta relación como adultos.

—Quiero ayudar. Digo, si voy a vivir aquí contigo, no solo estar aquí por mientras.

El ranchero encontró su mirada, tan serio, y Curtis casi, casi, gimió. Quería que Stetson lo escuchara, no que se encabritara y...

—No quiero que pienses que te tengo aquí por tu dinero. Te tendría aunque no tuvieras un centavo.

—Así fue. —Curtis sonrió, agradecido de que el ranchero no hubiera sido una mula—. No tenía patrocinadores en aquel entonces.

—Sí. Te amaba cuando pedías prestado para tus entradas. Necesitaba que lo supieras.

—Lo sé. —Eso sí que lo sabía el vaquero. A veces no estaba seguro de que Stetson realmente quisiera *vivir* con él, pero sabía que el hombre lo amaba. Lo había amado desde siempre.

—No sé cómo arreglar lo del dinero. Estoy consiguiendo algo de trabajo, pero vendí todas mis herramientas e intercambié mi madera para pagar las cosas, así que estoy empezando de cero. Ya sabes cómo funciona aquí. Cambias esto por aquello. Es lo que hay.

Curtis asintió lentamente. El ranchero había vendido todas sus herramientas... «Maldita sea».

—Bueno, puedo ayudar. De verdad que puedo. —Curtis levantó una mano antes de que Stetson abriera la boca—. Voy a vivir aquí, tengo que ser capaz de proveer.

—Lo entiendo, pero ya lo has hecho. Tú hiciste la Navidad, compraste comida.

—Pensamiento a corto plazo, bebé. —El vaquero guiñó un ojo—. Lo haremos como se debe.

—Me siento tan jodidamente avergonzado. La gente hace esto todo el tiempo y sale adelante. ¿Por qué yo no pude?

—Stetson. Eres un solo hombre. No tienes hermanos ni hermanas que te ayuden. Tu mamá estuvo enferma mucho tiempo. —Stetson necesitaba dejar de tirarse tanto al piso.

—Sí. Sí, lo estuvo. —La cabeza del ranchero subió y bajó, y aquel peso volvió a caer sobre esos hombros, así que esta vez Curtis se levantó y fue a sobarlos un poco, a aliviar la tensión. ¿Qué tal? Él podía aprender. Podía agarrarle la onda a esto.

Sonrió un poco ahora que Stetson no podía verlo. El ranchero valía la pena.

Curtis lo entendía ahora.

—Se siente bien.

—Jesús, Lazador, estás apretado.

—Palear tierra congelada quema, hombre.

—Lo sé. —Él lo sabía, de hecho. Sus tuberías se congelaban en invierno todo el maldito tiempo porque la casa de sus padres tenía cien años y estaba sobre tocones de *bois d'arc*—. Pero sacaste algo de eso, ¿eh?

—La parte trasera de la camioneta está llena de cachivaches: madera, alambre de cobre, un par de ventanas.

—Bueno, ahí lo tienes. Tenemos que volver a poner en marcha tu taller. —Nadie a los alrededores de la casa de Stetson tenía más dinero que Stetson.

—Sí. Voy a arreglar esas ventanas y se las cambiaré a Tom por piezas para arreglar la estufa de pellets.

—Eso es aún mejor que las ventanas. —Señor. El ranchero hacía trueques por todo. Eso se debía tanto a su lado Pueblo como a cualquier otra cosa, reconoció. Sin embargo, Taos estaba lleno de tipos artísticos que hacían lo mismo. Lástima que no se pudiera hacer trueque con los impuestos—. ¿Qué te parece si traigo algunos broncos aquí?

—Tenemos sitio de sobra. ¿Piensas montarlos?

—Sí. Quiero decir, Miles y yo hemos hablado de ello un millón de veces. Él los llevaría a los eventos... —Que un sueño así pudiera hacerse realidad era raro pero maravilloso.

—Buen trato.

Así de fácil. Buen trato. Depositó un beso sobre la cabeza de Stetson.

El ranchero dejó salir una risilla.

—Tenemos un millón de cosas que hacer.

—Estoy en ello. —Las facturas podían esperar otro medio día. Paso a pasito.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Jesús, María y José, Stetson estaba hecho mierda. Había estado partiéndose el lomo trabajando, corriendo de un lado a otro para hacer algunos tratos y volver a poner las cosas en su sitio, ponerlas en marcha.

Tenía que conseguir el dinero para los impuestos. Sabía que Curtis quería hablar de ello y sabía que tendría que pedir ayuda, pero quería ganar la mitad.

Dios, dos mil dólares parecían ser algo imposible.

Cuando su amá empezó a recaer, él la había llevado a tres médicos distintos para que le dieran una segunda opinión. Fue entonces cuando vendió sus herramientas, sabiendo que las facturas se acumularían.

Ahora deseaba haber tenido un poco más de fe en su trabajo.

Le palpitaba la cabeza, pero así se movió hacia la parte trasera de la casa, donde estaba oscuro y hacía frío y podía cerrar los ojos.

Cuando entró, Curtis estaba en el sofá, acurrucado bajo un edredón, profundamente dormido. Esperándolo.

Hermoso hijo de puta. En serio.

Stetson sonrió mientras observaba cómo subía y bajaba el pecho del vaquero. Curtis le había dado de comer a los animales por él esta noche y probablemente se le habían congelado los huevos.

¿Lo despertaba? ¿Lo dejaba dormir? ¿Qué hacía?

El vaquero se incorporó, parpadeando con fuerza.

—¿Me perdí la cena?

—Perder es una palabra muy fuerte. Acabo de llegar.

—Mierda, amor. Son —Curtis revisó su teléfono— las nueve.

—¿Quieres... albóndigas?

—Claro. Puedo hacer pan de ajo y podemos hacer sándwiches especiales.

—Me parece bien. ¿Cerveza? —Stetson agarró una para él e hizo una mueca de dolor cuando se le abrieron las ampollas de sus manos. «Maldita sea».

—Déjame ver. —El vaquero se levantó echando la cobija a un lado. Se acercó y le agarró la muñeca.

—Es por el frío.

—Estás sangrando. —Curtis lo arrastró hasta el fregadero y abrió el agua para que se calentara un poco.

—¿De veras? Solo estoy un poco adolorido... —Dios, se sentía bien, la forma en que Curtis lo amaba.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Tirando de cables en la oscuridad? —El vaquero le lavó las manos con el suave jabón líquido que había aparecido junto a su jabonera de Lava.

—Reparando la electricidad del taller. Los ratones hicieron de las suyas.

En la cara del Curtis apareció una sonrisa.

—¿Estás trabajando en el taller?

—Sí, no te vi cuando llegué a casa de trabajar en el local de Bexar, así que fui a hacer algunos trabajos en el taller. Una vez que ahorre lo suficiente para los impuestos, quiero volver a comprar mis herramientas.

—Estaba en la tienda de comestibles orgánicos. Debes haberte estacionado detrás del taller, ¿eh? No vi llegar tu troca. —Curtis le secó las manos, luego las envolvió.

—Así es. ¿Compraste algo bueno?

—Un poco de proteína en polvo, también un pollo asado, fruta y unas barritas de cereales que me gustan. Y café.

—¿Proteína en polvo? ¿A propósito? —«Guácala».

—Necesito un batido de proteínas. A pesar de lo mucho que estoy comiendo, bajé un kilo. Me tienes trabajando todo el día. Siéntate, por favor. —Curtis lo empujó hacia una silla de la cocina.

—Perdón. ¿De verdad?

—Te estoy molestando, Lazador. Me la estoy pasando bomba. ¡Mira mis nuevos callos! —El vaquero ya tenía muchos de antes, por montar, pero ahora los tenía en las puntas de los dedos.

—Sexi hijo de puta.

—¿Ah? —Curtis lo miró y luego sonrió lentamente—. Vaya, gracias.

—Es la verdad. —Se apoyó en la cadera del vaquero, el aroma de su amante lo inundó—. Me van a quedar quinientos ahorrados después de pagar la factura de la luz.

—Eso debería bastar para recuperar la mayoría de tus herramientas, ¿no? Quiero decir, no sé a quién se las vendiste, pero debería funcionar.

—Tom. Tom Harrison. Tengo que pagar los impuestos. Sé que tendré que pedirte que me prestes algo de dinero, pero quiero conseguir la mitad.

Curtis se mordió el labio inferior, esa expresión imposible de leer por un momento.

—Los pagué hoy. Los impuestos.

—¿Qué? —Stetson se puso de pie, la silla se volcó ante el repentino movimiento—. Pero... ¿Lo hiciste?

El corazón le martilleaba, el mundo entero se detuvo. No estaba seguro de si sentía un alivio aplastante o solo conmoción.

—Sí. O sea, sí fui a la tienda pero también a la oficina del asesor. Había multas e intereses y era mejor pagarlo. Supuse que... —El vaquero se detuvo y respiró hondo—. Supuse que es una inversión para mí. Con los broncos. Y puedes poner esos quinientos en ahorros para nuestro viaje a Boulder o para herramientas. Soy fácil.

—Dios. —El ranchero extendió la mano hacia Curtis, la súbita pérdida de presión alrededor de sus hombros fue suficiente para que sintiera náuseas. Stetson no iba a perder el rancho.

Dios.

No iba a perder su hogar.

—¿Estás bien? —El vaquero lo agarró de la mano y tiró de él para abrazarlo—. Podría haber hecho un plan de pago, pero solo tenía que transferir algo de dinero de los ahorros.

Stetson no podía respirar.

—¿Bebé? ¿Estás bien? —Curtis lo obligó a sentarse en otra silla y se arrodilló delante de él.

No. No lo estaba. No estaba bien. No podía respirar. Pestañeó, mirando fijamente a su amante.

—¿Stetson?

Curtis tenía que pensar que era el peor de los pendejos en quiebra. Todo lo que el hombre tuvo que hacer era transferir dinero. Mierda. El ranchero ni siquiera tenía una cuenta corriente ahora mismo.

—Háblame. —El vaquero parecía estresadísimo, y Stetson no lo entendía. ¿Por qué tenía que estar estresado? Había venido aquí porque sentía lástima por ellos, por los pobres rancheros, y salvó todo.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Gracias?

Stetson se levantó tan rápido que la silla salió volando y Curtis se fue hacia el otro lado.

—¿Gracias? —Coño, las palabras se sentían secas, como el polvo que conformaba el terreno—. Lo hiciste, vaquero. Viniste, hiciste feliz a mi amá y salvaste el rancho. Lo hiciste todo en un par de segundos.

Y Stetson no había sido capaz.

—¡Putra madre! Deja de ser un bebé, Lazador. ¡Vine aquí para ayudarte! Para hacer esto contigo. Actúas como si... como si hubiera pasado por encima de ti. ¿Querías perder el rancho? ¿De eso se trata? ¿Estás cansado de trabajar por él? Dios sabe que actúas como si esta puta tierra fuera lo más importante del planeta para ti. —Curtis puso los ojos en blanco, y que Dios lo ayudara, Stetson odiaba esa mirada—. Me dejaste por ella, así que supuse que te gustaba.

—Tú fuiste el que me dejó. Tú fuiste el que se fue. —Y el ranchero ni una sola vez se fue a otra parte. Había estado... justo aquí.

Justo aquí como el granjero de tierra bueno para nada que era.

—Tuve que hacerlo. Tenía una vida.

—Todavía la tienes. —Y Stetson lo sabía—. Todavía tienes una vida y no está aquí.

Curtis se le quedó mirando como si le hubiera dado un puñetazo.

—¿Qué? Stetson, ¿qué coño...?

—Sigue. Búscate un rodeo y sal a montar. —«Vete ahora, antes de que pierda la cabeza, porque ya no sé cómo hacer esto. Ya no sé cómo respirar bien».

—Yo no... —Curtis se estiró por él, y el ranchero apartó al hombre de un empujón.

—¡Vete! ¡Viniste porque ella te lo pidió! Todo esto es una puta mentira. —Stetson podía oírse a sí mismo gritar, oía el sonido de su control haciéndose trizas como uno de los platos de cristal de su amá golpeando el piso—. ¡Vete!

Curtis lo miró fijamente por un segundo y luego asintió con la cabeza.

—Puedo hacer eso.

El sonido de la puerta azotándose tras la salida del vaquero fue lo más fuerte que había oído nunca y el silencio que quedó tras él dolió tanto como el vacío que había quedado cuando se despidió de su amá.

✻

CURTIS CONDUJO hasta la cenaduría como alma que lleva el diablo, tomó la curva hacia el estacionamiento sobre tres ruedas y ahí se quedó sentado, los nudillos blancos en torno al volante, deseando que no hubiera dejado el cigarro.

Respiró durante un segundo o dos y luego llamó a su amá, necesitaba oír su voz, para...

Diablos, no lo sabía. Para conectar con lo que Stetson había perdido, tal vez.

—¡Ey, corazón! —Dios, sonaba feliz de saber de él—. ¿Cómo estás?

—Estoy. —«Volví con Stetson, excepto que está enojado conmigo y no sé cómo arreglarlo. ¿Me ayudas?».

Hubo una pausa y luego:

—¿Qué pasa? —Ella siempre lo sabía. Siempre.

—La mamá de Stetson murió.

—Oh, mierda. Gracias a Dios. Me refiero a que es una pena pero una bendición. Pobre Stetson. Apuesto a que está tan perdido.

—¿Supongo? Él solo... No sé, mamá. Es tan...

—¿Vaquero?

Curtis soltó una pequeña carcajada.

—¿Cómo lo adivinaste?

—Lo amas, así que debe serlo. Nunca sufriste por tontos que no valieran la pena, muchacho.

No. Suponía que no lo había hecho.

—Sigo haciéndolo enojar, amá. Juro por Dios que no es intencional pero lo hago.

—Bueno, por supuesto que no lo estás haciendo adrede. No está enojado contigo, hijo. Está enojado con Dios, con el mundo, con su mamá por abandonarlo. Contigo se puede enojar porque cree en ti. Perder a un padre es duro y él ya perdió a los dos.

—Lo sé, pero... —Maldita sea. Maldita sea, odiaba que ella pudiera hacer esto, ser tan... mamá.

—¿Pero qué? —Ella se rio por lo bajo—. Hijo, si quieres algo fácil, no ames a un vaquero. Si quieres algo fácil, ve a ligarte a un maestro de los suburbios con una lista de preocupaciones que incluya qué comprar en Starbucks.

Eso lo hizo reír, hizo que su puño se abriera. Claro, porque él podía vivir con eso. Quería a Stetson, a pesar de lo pendejo que era.

Maldito pendejo orgulloso.

Maldito tarado testarudo.

Maldito *vaquero*.

El pensamiento hizo sonreír a Curtis, aunque no quería.

Era eso, ¿no? Todo el mundo en el gran circuito quería ser un vaquero «de verdad». Todos querían estar tan metidos en un pedazo de tierra que pudieras verlo escrito en las líneas de su cara. Cada uno de ellos quería ser la sal de la tierra, quería ser un vaquero trabajador con cicatrices de haber sangrado en una tierra que era suya.

Cada uno de ellos quería saber qué había de malo en ellos que no lo tenían.

Puto vaquero terco, orgulloso, obstinado y escondido.

Curtis lo amaba más que a la vida.

—Sabes que te amo, ¿verdad, amá?

—Nunca lo he dudado ni por un segundo, hijo. Ve a casa y abrázalo fuerte. Seguro que le duele el alma.

—Sí, señora. —Pasaría por un par de rebanadas de pay de cereza y unas hamburguesas con papas fritas. Eso sabría rico, aunque tendrían que arreglar las cosas antes de comer.

STETSON EMPEZÓ con la puta televisión, la explosión cuando el viejo aparato cayó al suelo fue

enormemente satisfactoria. Luego empezó con los muebles que ella nunca le había dejado mover, nunca le había dejado cambiar, ni siquiera cuando habían estado acabados.

«No, Stetson, este era el favorito de tu apá».

«No, Stetson, esta es mi casa. Deja de tocar».

«No, Stetson».

—¡Nunca me dejaste cambiar nada y te quejabas de mí por estar atado a esta tierra! —gritó las palabras mientras arrancaba la parte superior del antiguo sillón reclinable que olía a mujer vieja, a orina, a muerte—. ¡Nunca me dejaste salir de aquí y ahora estoy arruinado! Ahora no puedo encontrar la salida, no podría aunque quisiera.

Ahora Curtis se había ido, alejado como antes, y él estaba aquí, en este lugar al que había entregado toda su vida, ¿y para qué?

Entró en la recamará de su mamá, arrancó la barra del clóset y la ropa de la mujer salió volando. El primer golpe hizo un agujero en la pared; el segundo destrozó el ventilador del techo y le llovieron cristales.

—¡Yo quería ir con él! Quería irme, pero me necesitabas aquí. Me necesitabas y ¡me quedé!

Volvió a arremeter y el tercer golpe fue detenido en seco, Curtis estaba parado ahí, mirándolo fijamente.

—¿Lazador? ¿Qué coño?

—¡Déjame en paz! —gritó Stetson, tirando del tarugo de madera—. Lárgate.

—Sí, no lo creo. Has estado ocupado, ¿eh? —Curtis no le quitó el tarugo, pero tampoco dejó que Stetson la tuviera.

—Yo... —«Oh, mierda». Una de las aspas del ventilador de techo estaba allí en el suelo, unida por nada más que polvo.

—Sí, parece que has empezado a redecorar sin mí. Buen trabajo.

Soltó el tarugo y se tambaleó hacia la habitación principal, contemplando la destrucción.

La casa de su amá. Oh, que Dios lo perdone.

¿Qué fue lo que hizo?

—Ey. Necesitas... necesitas agua.

—Yo... —se le quebró la voz e hipó, tambaleándose hacia delante. Le hubiera gustado golpearse las rodillas si Curtis no lo hubiera atrapado para bajarlo al piso.

—Quédate ahí.

El vaquero desapareció y Stetson hizo precisamente eso, se quedó ahí. La vergüenza y el dolor lo invadieron y lo dejaron sintiéndose estúpido.

—Bebe. —Una botella de agua fue presionada contra sus labios y bebió, temeroso de que aquello le devolviera la cordura. Curtis estaba aquí, de vuelta como si el viento lo hubiera traído de la cordillera.

Stetson tragó el agua, lo que le provocó arcadas, así que el vaquero se la quitó antes de que se arrodillara junto a Stetson.

—Dios, siento haber dejado que me echaras, aunque solo fuera un minuto. Estabas tan enojado.

El ranchero estaba temblando; tenía el cuerpo helado. Sus putos dientes castañeteaban.

—Sé que esto en realidad no es por los impuestos —continuó Curtis—, lo sé. Lo siento, bebé. De verdad. Solo sabía que se tenía que hacer, ¿de acuerdo? Quiero decir, hablamos de esto un poco, aunque te haya entrado por una oreja y salido por la otra. Somos compañeros, ¿no? —Curtis le estaba pidiendo que fuera coherente, y él no pudo hacer más que aferrarse fuerte.

Luego asintió con brusquedad, más de una vez. Lo sabía. Lo hacía. Dios, iba a explotar. La

puta presión dentro de él seguía creciendo y todo el daño que había hecho... Dios. Stetson había estado tan asustado durante tanto tiempo.

—Pensé que iba a perderlo. Esto ha estado en la familia de mi amá durante mucho tiempo y pensé que iba a perderlo.

—No. Vamos a reconstruirlo —El vaquero dejó salir una risilla suave—. Parece que has empezado a renovarlo tú solo.

Stetson miró los daños, el caos que había creado, y luego miró a Curtis a los ojos, horrorizado.

—Oh, Dios.

El ranchero buscó la decepción, la rabia, la vergüenza. Todo lo que pudo ver en la mirada de su vaquero fue un hogar.

—Curtis. Ella ya no está. Se fue de verdad. —Agarró a su amante y lo zangoloteó, se permitió confiar en que Curtis podría soportarlo, soportar todo el peso de esta agonía—. ¡No me estás escuchando, maldita sea! Ella se ha ido y yo iba a perder su casa. ¡Quería que se muriera al final! Quería que se fuera, que me dejara en paz y que me dejara dormir en mi cama sin pasar frío.

—Te tengo. —En lugar de apartarse de él, Curtis lo atrajo hacia sí, lo abrazó y lo estrechó, esos brazos eran como bandas de acero.

—¿No me escuchaste?

—Sí, señor, te escuché. Te tengo, Stetson.

Intentó apartarse y el vaquero se aferró, tan testarudo, tan jodidamente testarudo que finalmente aulló su rabia contra el universo y dejó que brotaran las lágrimas. Lloró y se lamentó por todo: por lo asustado que había estado, por lo que ella había sufrido, por lo mucho que habían perdido en los últimos años.

Stetson la extrañaba. Dios, la había extrañado tanto que ni siquiera podía deshacerse de aquellas putas rosas del baño.

Curtis lo sostuvo, sin decir una palabra, no hizo nada más que sujetarlo y hacerle saber que no estaba solo.

Ya no.

Gritó en busca de aire, intentando que le entrara aire en los pulmones, intentando parar, pero ahora que había empezado, no podía detener el flujo.

Stetson pensó que quizás Curtis le estaba cantando.

Cuando la tormenta cesó, el vaquero le apartó el pelo de la frente.

—Ey.

—Ey. —Por fin recuperó el aliento. Sí. De acuerdo, podía hacerlo. Stetson se quedó muy quieto, con las manos aferradas a la tela de la camisa de Curtis. La cabeza le estaba taladrando, las sienes le pulsaban—. Dios, no quería que pasara eso.

—Pero está bien. Recuerdo cómo estaba mi mamá cuando murió la abuela Miller. Tienes que desahogarte. —Curtis se levantó, luego se movió para agarrar la caja de Kleenex para él.

—No estoy encabronado por los impuestos. Eres mi puto héroe. Me aseguraré de que valga la pena.

—Ya lo haces, bebé. Yo... ¿Saber que tengo un lugar? No he tenido eso desde que dejé la preparatoria. —Curtis sonrió para él entonces.

—¿Dijimos que íbamos a hacer de cenar?

—Bueno, habíamos hablado de albóndigas, pero compré pollo, algo de ensalada de papa y rollos. ¿Por qué no comemos eso?

—Me parece bien. Yo... la extraño. Dios, en serio. A ella de cuando aún era mi amá, ¿sabes?

—No puedo ni siquiera imaginármelo, bebé. No veo mucho a la mía, pero sé que está ahí si la necesito. Te tiene que estar matando. Te amo.

—Te amo. Dios. Te amo.

—Me amarás más si te alimento.

—Apuesto a que lo haré. —En verdad pudo esbozar una sonrisa. Señor, se sentía viejo. Le tronaron las articulaciones.

—Vamos a comer, bebé. En serio. Comida. Un baño. Las cosas buenas.

—Sí. —Mañana... Dios, mañana podría llamar a Tom y recuperar sus herramientas.

Pensar en ello podría hacer que se derrumbara de nuevo.

—Comida, amor. Concéntrate. Comida. Baño. Descanso. Mañana será otro día.

Stetson rodó los ojos.

—Mañana puede que empiece tarde.

—Puede. —La sonrisa de Curtis cambió a algo lento y acalorado—. Podemos acurrucarnos.

—Eso me gusta. Me gusta saber que estás en mi cama.

—Ahora es nuestra cama —le recordó Curtis, y sí. Suya. Incluso tenían sábanas nuevas.

—Sí. Nuestra cama. Nuestro rancho. Me agrada.

—Ya quedamos. —Curtis se limitó a asentir, como si estuviera hecho.

Stetson sacó el pollo y la ensalada de papa del refrigerador. Quizás así era.

Quizás todo estaría bien.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Cuando el teléfono sonó en su bolsillo, a Curtis casi se le salió un pedo del maldito susto. Mierda. Hacía tiempo que nadie, a excepción de Stetson, le enviaba mensajes de texto.

Sacó el teléfono y pulsó el círculo verde cuando vio que aparecía el nombre de Ty Berry.

—¿Curtis? Hola, hijo. Soy Ty, de Cinch.

—Hola, viejo. ¿Cómo te va? —Ty era su patrocinador de enlace con la compañía de pantalones de mezclilla.

—Bien. Muy bien. ¿Vas a hacer una aparición en el evento de Dallas? Nos gustaría verte.

—¿Dallas? —No estaba seguro de qué era eso—. Eh...

—Normalmente ya nos habríamos sentado para concretar tu agenda, pero supuse que te lo estarías tomando con calma después de tu victoria.

—Sí. Así es. He estado trabajando en mi rancho. He estado pensando en invertir en caballos salvajes.

—Wuuu, hijo. ¿Ya tienes un rancho? Mírate, estás convirtiéndote en un verdadero vaquero.

—Oye, yo crecí así. —A veces la actitud del rodeo se le subía, a pesar de que sabía la verdad—. Me he establecido en un lugar a las afueras de Taos.

—Muy campirano el lugar. A veces voy a esquiar con mis hijos.

—Bueno, deberías venir a ver el rancho. Tiene cimientos increíbles. —Y a Stetson—. ¿Me recuerdas lo de Dallas?

—Van a hacer ese gran evento de Ride of Champions. Tú serás la gran atracción. Veinte campeones diferentes. Se monta por rondas hasta que quede uno en pie.

—¿Solo ganado de rodeo? ¿De cuánto es la bolsa?

—Puros toros en todas las rondas. Un millón al final.

—Mierda. —¿Un millón de dólares para el ganador? El ritmo de su corazón se aceleró—. ¿Algún pago para el subcampeón?

—Cincuenta mil para el cuarto, hasta cien para el segundo.

—Maldición. ¿Cuándo tengo que estar en Texas?

—El fin de semana de San Valentín.

Híjole. Tendría que llevar a Stetson con él. Podrían celebrarlo juntos.

—De acuerdo. Le entro. Llamaré a Barb para que haga los arreglos.

—Listo. A lo mejor y ya te registró.

—Sí, bueno, si es así, debería habérmelo dicho. Necesito ejercitarme un poco. —Se rio, pero ya estaba temiendo el régimen agotador que tendría que encajar en las próximas tres semanas más o menos—. ¿Hay un *meet and greet*?

—Sí. También hay un paquete VIP. Ya sabes lo que hay que hacer. Traeremos a los Curtis de cartón más grandes que el verdadero.

—Vete al carajo, hombre. No soy tan bajo.

—Ajá. Todavía...

—*Okay*. Bueno, como dije, déjame poner a Barb en ello y que ella te llame.

—Ya quedamos. Envía fotos del rancho.

—Lo haré. —Sabía que Ty querría saber si el lugar era digno de una sesión de fotos.

Se preguntó qué diría Stetson de una casita. Un sitio para alojar a invitados. Por supuesto, había una parte de la casa que no estaban usando.

Aun así, una casita les permitiría alojar a los invitados de negocios en algún lugar con una pequeña cocina y su propio baño, y solo tendrían que ocuparse de ellos cuando llamaran a...

De repente se dio cuenta de que no se había despedido de Ty. Ja. Tenía la mente puesta en todo lo que podrían hacer con un buen premio.

Sopesó la posibilidad de localizar a Stetson, pero no quería interrumpir su tiempo en el taller. Aquellas herramientas acababan de llegar hoy a casa. Supuso que no vería a su Lazador hasta la cena.

Así Curtis podría hacer algunas llamadas y preparar el plan. Mejor pedir perdón que pedir permiso. Stetson se opondría a que hiciera cuatro o más rondas de jineteo de toros y él lo sabía.

Era demasiado pronto, pero el dinero era demasiado bueno como para dejarlo pasar. ¿Con ese tipo de premio?

Mierda.

Podría tomarse el resto de su maldita vida. Bueno, excepto por Santa Fe. Aquello era como una cosa de orgullo estatal si iba a ser un neomexicano ahora.

Podría comprar caballos y establecerse, ser realmente el vaquero trabajador que quería ser.

Curtis se detuvo allí mismo, en la cocina, con el cuero cabelludo erizado. Su puta madre. Realmente estaba listo para retirarse.

Jesús. Se quedó mirando por la ventana de la cocina a las caballerizas, *sus* caballerizas.

De Stetson y suyas. El mundo entero se había inclinado sobre su eje en tan solo unos meses. La tormenta perfecta los había vuelto a unir y ahora era el momento.

Casi se le había parado el corazón cuando el ranchero se quebró. Nunca había visto algo así en su amante, pero fue como si, de repente, Stetson pudiera respirar.

Curtis pulsó algunos botones de su teléfono para llamar a su agente, Barb. Necesitaba participar en aquella monta de campeones. Incluso cincuenta mil significaría muchas mejoras para el rancho.

Diablos, aparecer sería un bonito guiño a sus patrocinadores y posiblemente un anuncio o algo así. Podría estrechar manos, firmar autógrafos y llevar su hebilla de oro. Luego podría volver a casa. Con Stetson.

Tal vez incluso podría llevar a Stetson. Iba a intentarlo. Vaquero testarudo.

De acuerdo. Hora de hacer un plan. Se sentía bien. Realmente bien. Sabía a dónde quería ir a largo plazo.

Ahora tenía que pensar cómo decírselo a Stetson para que no sintiera que Curtis lo estaba abandonando. A lo mejor debería hacerle una invitación labrada.

El vaquero soltó una carcajada.

Eso podría funcionar.

SU TALLER SE VEÍA... suyo otra vez.

Stetson se sentó en el taburete y respiró, sorprendido de no poder ver su aliento. Aquel pequeño calentón había hecho su trabajo. Sus herramientas colgaban de los tableros de clavijas y estaban ordenadas en los cajones de la mesa de trabajo. Tenía algo de cedro torcido y un gran trozo de palo de hierro que doña Ivy le había cambiado por una llama extra que había aparecido en sus tierras el año pasado.

Una vez a la semana se pasaba por allí con un soplador de hojas, acicalando a la llama para poder esquilarla a finales de la primavera y hacer estambre.

Dios, ¿era verdad? ¿La vida estaba retomando su cauce?

Se miró las manos mientras intentaba decidir si debía sentirse culpable. Su mamá había muerto y, de repente, su mundo volvía a girar. ¿Eso lo convertía en un pendejo?

Él creía que no. Lo había dejado todo para estar a su lado. Le había dado lo mejor.

De acuerdo. Está bien, Stetson tenía su taller. Sus herramientas. Las luces estaban puestas. Tal vez...

El ranchero levantó un trozo de cedro torcido.

Para cuando apartó la vista de la madera, ya había oscurecido y tenía una rosa en la mano, pesada y eterna. Las vetas de la madera se abrían camino alrededor de los pétalos exteriores y en espiral hacia el centro. Pensaba que se veía condenadamente bien para ser el primer intento.

La puso sobre la mesa y se quedó mirándola.

—No está mal. Nada mal.

Sonriendo, sacó su celular, tomó una foto y se la envió a Curtis.

Solo tardó unos segundos en recibir un:

HERMOSO. Ahora regresa para comer.

EL VAQUERO ESTABA OBSESIONADO con aprender a cocinar. Stetson lo había visto buscando en Internet clases de cocina en Santa Fe.

Rarito.

Limpió su mierda y guardó sus herramientas, luego cerró. La nieve estaba cayendo otra vez, parecían ser hadas cuando los copos captaban las luces de la casa.

Se subió el cuello y se puso en marcha. Dos de los perros se le unieron, bailando alrededor de sus piernas y pidiendo jugar.

—Hola. —Se agachó, recogió un puñado de nieve mientras caminaba y lo arrojó, las tontas bestias se lanzaron tras él.

Ladraron, saltaron y se revolcaron en la nieve blanca hasta el porche, donde Curtis se reunió con él.

—Hola, bebé.

—Hola. ¿Qué tal? —Hizo otra bola de nieve y la lanzó con fuerza.

—Bien. Me gusta tu rosa.

—Salió decente. Necesito practicar.

—Menos mal que tienes un taller con calefacción. —Curtis le guiñó un ojo—. Yo tengo que practicar. Tengo que salir al frío.

Stetson resopló levemente.

—Estás trabajando en acondicionar esas caballerizas tan bien que terminarás sin abrigo ahí

dentro.

—¿Es ridículo querer un ruedo de práctica cubierto?

—No veo por qué. —El ranchero se quitó las botas—. Ahorraremos y construiremos uno entre las caballerizas grandes.

—Suenan excelente. —Una vez dentro, Curtis lo agarró y lo llevó al ritmo de *two-step* al vestíbulo.

Stetson se rio y tronó un beso helado en la garganta del vaquero.

—¡Ah! ¡Maldita sea, está frío! No quiero ni pensar cómo se sentirán tus manos.

Fingió agarrar la bragueta de Curtis.

—¿Quieres saberlo?

—¡No! —El vaquero se apartó bailando—. Hice lasaña.

—¿De verdad? Hombre, eso suena bien. —Le encantaba todo lo que tuviera que ver con pasta y queso.

—Sip. Me entró el gusanito. Es mía, no la de Stouffer's.

Mmm. De acuerdo, ¿qué quería el hombre? Stetson sonrió, dispuesto a estirarlo un poco, a hacer sudar a Curtis.

—Tú y tus gusanitos. —Primero un ruedo de práctica, ahora lasaña. ¿Había comprado un montón de caballos?

—Me entran. —El vaquero no lo estaba mirando del todo y eso dejó caer una pequeña bola de terror en su panza—. Pues, recibí una llamada de un patrocinador.

—¿Sí? —¿Eso era malo? Antes eso era bueno.

—Bueno, ¿recuerdas que dije que me saltaría la temporada de las ferias de ganado y que tal vez haría solo algunos eventos cerca de Cowboy Christmas? —Curtis se serenó mientras hablaba y encontró la mirada de Stetson—. Hay un evento en Dallas el fin de semana de San Valentín. Uno donde solo queda uno al final. Con puros toros. La bolsa es de un millón para el primero y Cinch quiere que yo sea la cabeza de cartel.

Él sabía que esto iba a pasar. Era la naturaleza de la raza y Curtis no iba a pasar el resto de su vida en el rancho. Stetson tomaría todo lo que pudiera conseguir.

—Suenan bien.

—Incluso si solo me clasifico, es un buen dinero. Cincuenta mil para el cuarto. Esa es nuestra inversión inicial para la operación de caballos y podría dejar pasar el resto del año.

—Maldición. Esa es una buena bolsa. —El ranchero no ganaría eso en todo el año, a menos que tuviera suerte y consiguiera un proyecto grande en una casa o una iglesia.

—Sí. Podemos ir a Dallas juntos, ¿eh? —Curtis agarró su mano, claramente emocionado ahora—. Tengo que entrenar un poco, pero tengo unas cuantas semanas.

—¿Sí? ¿Quieres compañía? —Eso sonaba aún mejor. Stetson no había estado en ninguna parte en siglos.

—Claro que quiero. —Curtis apretó su mano—. Te lo dije, esto es a largo plazo. No más escapadas sin ti.

—Bueno, eso me gusta. —A él le gustaba mucho, para ser honestos.

—Genial. Le diré a Barb que arregle los boletos y el hotel entonces. Creen que habrá mucha gente.

—A la gente de Dallas le gustan sus toros. —Y estarían en llamas, por muy corta que fuera la distancia que tendrían que recorrer esos bastardos. El vaquero tendría que ser cuidadoso, porque los toros de la National Finals Rodeo de verdad que no tenían nada que envidiarles a algunos de los que usaban en los eventos de puro jineteo de toros.

Señor, le dolía el cuello. Giró el hombro para tratar de que se aflojara la contorsión.

—¿Estás bien? —Curtis frunció ligeramente el ceño antes de darle la vuelta para frotarle bien justo donde le dolía.

—No estoy acostumbrado a tallar tanto... ¡Ahí! Ah, maldición. Justo ahí. —No estaba seguro de si le dolía o le sentaba de maravilla. Se le enchinó la piel de los brazos y se puso de puntillas—. Diablos.

—Te acostumbrarás. —El vaquero le besó el cuello—. ¿Puedes sacar el pan de ajo del horno?

—Seguro que sí. —Se acercó al horno y lo sacó—. Deja que me quite las botas y me cambie los calcetines y regreso.

—Ya estás. —Curtis se puso a tararear mientras ponía la mesa, feliz como una lombriz.

Eso le gustaba a Stetson. Le gustaba que el vaquero quisiera compañía. Que *él* quisiera ir. Se sentía condenadamente bien e incluso mejor haber dicho que sí. Años atrás lo habría rechazado.

Años atrás Curtis no se lo habría pedido.

Supuso que ambos habían madurado un poco.

Podía vivir con ello. Ahora, ¿los pies fríos en sus botas? No tanto.

Se quitó la ropa fría y húmeda, se puso unos pantalones de mezclilla cómodos, una sudadera y calcetines gruesos. Mejor.

Y esa la lasaña. Toda la casa olía a ajo y salsa roja, y de pronto estaba muriendo de hambre.

—Dios, que hambre tengo. —El ranchero entró en la cocina con la pesada mesa donde siempre había estado, la cazuela en la que su amá solía hacer el pay de tamal ahí, y le hizo sonreír.

—Me imaginé que estarías trabajando hasta el cansancio.

—No estuvo mal. —Nada de esto lo era.

—Bien. Me gusta un Stetson feliz. —Curtis le regaló una sonrisa, esos ojos azules sobre él, admirándolo.

—Tú también luces muy encantado contigo mismo.

—Lo estoy. Hice lasaña y se parece a la de mi mamá. Además conseguí que aceptaras ir a un trabajo conmigo.

—Me gustó que me lo pidieras. —Le gustaba mucho.

—Me alegra tanto que dijeras que sí. —Curtis había servido lasaña, ensalada y pan. Se veía increíble.

—Gracias.

—¿Por qué, Lazador?

—Por la cena. Por tener a alguien con quien volver a casa. Por pedirme que fuera.

—Una vez cometí el error de dejarnos vivir vidas separadas. —Curtis se sonrojó y agachó la cabeza—. No volveré a hacerlo otra vez.

—No. Y yo nunca dejaré que solo te marches. —Nunca.

—Vaya, ¿ves? Estamos descifrando cómo hacer esta mierda.

Lo estaban haciendo. Día tras día.

Una cena seguida de otra.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Curtis sonrió cuando los perros comenzaron a ladrar como locos; armando un alboroto. No esperaba a Miles hasta después de la cena, pero el hombre conducía como un demonio y apostaba a que estaba de presumido ante su nuevo compañero de viaje. Un huerco de Texas, todavía verde, si mal no recordaba Curtis.

—Silencio los tres —dijo mientras salía al porche.

Miles tocó el claxon y lo saludó con la mano, sonriéndole como un mono.

—¡Amigo, mira toda esta mierda blanca!

—¿Verdad? En mi pueblo nieva, pero no así.

—Lo sabes. Creo que Braden se va a congelar.

—¡Ey, Braden! Entren. Tengo un fogón puesto.

El chavo parecía recién salido del cascarón. Jesús. El vaquero pensaba que cada día estaba más viejo, pero al menos se afeitaba. Braden era...

Ya que Braden estaba caminando como si la nieve fuera hielo quebradizo, aprovechó para burlarse de Miles.

—¿Ahora asaltas cunas?

—Come mierda. No estaba asaltando nada cuando se coló en mi saco de dormir. —Miles suspiró—. Escucha a Dustin Lynch.

—Qué Dios guarde tu corazón de *horrorbilly*.

—Lo sé. Sálvame, hombre. ¡Agárrame! —Miles se tiró sobre Curtis.

—¿Qué pu...? —Soltó una carcajada, haciendo bailar a Miles.

—Ey. No estés bailando con mi hombre. —La voz de Stetson era segura, firme, sorprendentemente fuerte.

—¡Stetson! ¿Cómo te va, amigo? —Miles lo soltó tan rápido que se tambaleó y se acercó a la puerta para darle la mano a Stetson.

—Curtis Traynor —se presentó el vaquero cuando Braden subió las escaleras.

—Braden Matthews. —El huerco parecía un caballo sin domar.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja—. ¿Prefieres quedarte en un hotel, muchacho? —Si a Braden no le parecía bien que Stetson y él estuvieran juntos, no iba a permitirlo.

—No. No, yo solo... ya sabes. Tienes que ser muy cuidadoso todo el tiempo. Miles me dijo que ustedes son familia.

—Aquí no. —Le dio una palmada en la espalda a Braden—. Stetson y yo estamos juntos. No vamos a empezar a juzgar a nadie.

—Genial. ¿Hace tiempo que están juntos? Es un hombre bonito.

¿Bonito? ¿Su Stetson?

Para él Stetson era deslumbrante, bonito no. Parecía una de sus esculturas, tallada por el paisaje de Nuevo México.

—Ya un tiempo, sí. —Intentó ver a su amante a través de los ojos de este huerco, pero no le parecía bonito. ¿Deslumbrante? Seguro. ¿Cogible? Por supuesto que sí.

—Qué padre. Gracias por... dejar que me quede unos días. No me conocen de nada.

Curtis resopló.

—Mete el culo a la casa antes de que te mueras congelado.

—Sí. Dios, está más frío que la cola de un pingüino.

—Me he aclimatado un poco. —Sin embargo, el vaquero cerró la puerta detrás de ellos tan rápido como pudo. Los huevos estaban tratando de metérsele en el cuerpo.

Stetson estaba colgando abrigos, ofreciendo café, fácil y amable, como si no hubiera pasado casi una maldita década desde que había visto a Miles.

Lo mismo con Miles. Estaba radiante, hablando a mil por hora.

—Tuvimos una tormenta tremenda cerca de Denver. Uff, pensé que íbamos a terminar bajo tierra.

—Se supone que nos va a caer una durante un par de días, ya sabes. —El ranchero sonaba perversamente divertido.

—Tendremos que acurrucarnos todos para entrar en calor —murmuró Miles.

Braden se quedó boquiabierto.

Curtis soltó una carcajada.

—Ajá. Solo quieres manosear a mi vaquero. No tienes permiso. —Stetson puso cara severa.

—Van a hacer que le dé un infarto a Braden —dijo Curtis—. ¿Quieren café? ¿Chocolate caliente? Llegaron a tiempo, así que podemos prepararles lo que quieran para cenar. Dentro de lo razonable. Esto es Taos.

—Café, por favor. Y no hagas que este viejo se regrese a la camioneta.

—Listo. Puedo hacernos quesadillas. Tengo todas las cosas. —A Curtis le gustó la idea.

—Se está convirtiendo en un cocinero increíble. En serio. —Stetson estaba orgulloso de él, se notaba.

—Curtis Traynor. Comiendo comida. El rey del batido de proteínas. —Miles le guiñó un ojo y el vaquero puso los ojos en blanco.

—Vete a la mierda. He adelgazado.

—Te ves sano, hombre. En serio. Te ves... macizo.

—Gracias. —Curtis tuvo que sonreír ante eso. Se sentía increíble. El trabajo, el trabajo duro de verdad, era mejor que las abdominales. Y se lo estaba pasando en grande. Trabajando con el ganado, en las caballerizas y en la casa. Diablos, poder entrar y ver a Stetson en su taller, ese rostro apuesto en total concentración, era mágico.

—Me encanta la vida —admitió Curtis—. Siéntate, ¿ah? Cuéntamelo todo.

—Bueno, no hay mucho qué decir. Tú te fuiste y todos los demás también. Fui a Hawái para ese pequeño evento de Aloha y pasé allí la Navidad, conocí a Braden y volvimos a mi casa para Año Nuevo.

—Bueno, bienvenido, Braden —el vaquero se rio entre dientes—. Miles no lleva a todo el mundo a su casa.

—¿No? —Oh, ahí había interés. Se preguntó si necesitaban dos camas o solo una...

—Nop. Soy exigente —dijo Miles.

Stetson resopló, pero se puso a preparar café y chocolate.

Braden tenía las mejillas teñidas de rosa, pero Miles no se veía preocupado. No, parecía muy

contento. Qué bueno por él.

Curtis empezó a sacar cosas del refrigerador: pollo asado que había hecho ayer, tortillas de harina y queso.

Stetson le pasó la mantequilla. Bien. Siempre lubricar el sartén.

—Gracias, bebé.

—Mjm —Stetson se movía a su alrededor en una órbita feliz, sacando una lata de frijoles refritos y un poco de mezcla de arroz en caja.

Lo agarró de una muñeca y tiró del ranchero para darle un beso, negado a que su compañía los detuviera.

Stetson emitió un sonido de felicidad y se abrazó a él por un momento. Cuando volvieron a cocinar, Miles les sonreía como un tonto y Braden parecía a punto de explotar.

—Será mejor que nos portemos bien, ¿eh? —susurró el ranchero.

—Supongo. —Chocó las caderas con su amante—. Aunque esto es divertido, ¿eh?

—Qué malo. —La risa de Stetson encajó con él por completo.

—Bueno, ustedes dos. Cuéntenme sus planes para el rancho —dijo Miles, interrumpiendo.

—Al parecer, Curtis va a empezar a vender caballos salvajes.

—No inventes.

—Ni un poco —dijo Curtis—. Ahora, voy a necesitar un contratista para transportar.

La cara de Miles se iluminó con una sonrisa lenta y completa.

—Hablamos de esto un poco, ¿sabes?

—Lo hicimos. Stetson está más que dispuesto a trabajar con las yeguas y los potros, pero solo está dispuesto a viajar hasta cierto punto —el vaquero le sonrió a su amante—, tiene un negocio de carpintería.

—Eso es genial —Braden lucía interesado en eso—. ¿Qué haces?

—Vigas, marcos, barandales. Prácticamente cualquier cosa.

—Eso es realmente impresionante. Mi hermano es carpintero de acabado, pero no es un gran tallador.

—Yo sobre todo tallo cosas. Me gusta lo rústico.

—¿Puedo ver tu taller mientras estoy aquí? —Dios, ¿alguna vez él había sido así de joven?

—Claro. —Stetson sonaba a gusto, totalmente en casa. Dios, se sentía bien. Se sentía condenadamente bien.

Curtis sacó el sartén de hierro para calentarlo y empezó a untar las tortillas con mantequilla.

—Ustedes se ven tan domésticos. Es adorable. ¿Quién se pone el delantal? —Miles lo miró con una sonrisa comemierda.

—Él tiene uno de cuero para trabajar la madera. —Que Miles meditara eso por un momento.

—Uuuuh. Cuero. Sexiii.

—¿Asustado o desesperado? —susurró Stetson.

—Asustado. —Curtis asintió sabiendo—. Creo que él y el chavo se enrollaron. Eso es, como, un compromiso.

—Sí. Eso lo oí. Me portaré bien.

—Sip.

—¿Pueden dejar de hablar de mí como si no estuviera aquí? ¿Dónde está tu baño, hombre? —Miles se puso de pie antes de alzarse el cinturón.

Stetson señaló el baño de las rosas al final del pasillo. A Miles le iba a encantar.

—Perdón si nos pasamos de la raya —le dijo Curtis a Braden—. Vivimos de burlarnos.

—He aprendido mucho de eso de Miles —Braden sonrió un poco—. Solo que no estoy

acostumbrado a ser obvio.

—No lo eres, hombre. Solo somos abiertos.

El vaquero asintió.

—He estado en el clóset también.

—Claro —dijo Braden—, pero ¿y si hubieras estado fuera de él en las Finales? ¿Habrías ganado igual?

—No lo sé. —Era lo bastante honesto como para admitir que su puntuación podría haber sufrido—. Pero hice mi tiempo. Cometí muchos errores. En algún momento tienes que saber qué es más importante. Eres lo suficientemente joven como para que sea todo un viaje. Ya lo descubrirás.

—Sí. Sí. Supongo. —Pobre huerco. Curtis recordaba aquello. Diablos, no eran recuerdos tan lejanos.

—En fin, ¿cuál es tu disciplina? —El vaquero estaba haciendo un poco de charla. Hurra.

—Soy jinete de toros. No monto broncos.

—¿No? Son más peligrosos muchas veces. Los toros solo requieren equilibrio y fuerza. — Braden tenía el aspecto de un jinete de toros. Relativamente bajo, ancho de hombros y estrecho de caderas.

Él, era demasiado alto para montar toros, pero había nacido para montar broncos. Se había acostumbrado como un pato al agua.

—Tu sartén está caliente —dijo Stetson, la suave sonrisa en su cara le decía a Curtis que el ranchero sabía que estaba pensando en el juego.

Stetson no sabía que todo era nostalgia.

Le había encantado el juego, claro, pero ¿esto? ¿Esto de estar en casa? No podía superar la sensación que le producía. Le sorprendía a diario, sin embargo, Curtis supuso que se acostumbraría.

—Gracias, amor. —Empezó a hacer las quesadillas—. ¿Vas a montar en Dallas?

—No, señor. Solo voy acompañando a Miles. Él va a montar.

—Sí. Es bueno en lo que hace.

—Mejor que tú.

—Vete a la mierda, hombre. Yo me voy a llevar esa bolsa. La necesito.

Curtis frunció los labios ante el sartén. El queso necesitaba algo. ¿Tenían queso Monterrey Jack?

Stetson comenzó a rebuscar en el refrigerador y le entregó una bolsita Ziploc con el queso. Un hombre brillante.

Dejó caer un poco y Stetson sacó crema agria y salsa mientras Miles parloteaba con ellos. Puede ser que Braden estuviera dormitando. Curtis sonrió. Debió haber sido un viaje tenso con tanto hielo.

Al poco rato tenía un buen montón de comida y llevaron todas las piezas y partes a la mesa. Maldición, qué ricos se veían.

—Hombre, se ven increíble.

—El arroz también huele condenadamente bien.

Miles puso los ojos en blanco.

—Braden puede que sea un fanático del arroz. Bromeo diciendo que debe ser de Carolina del Sur.

—Solo del este de Texas —murmuró el aludido.

—Eso está muy cerca de Luisiana. —Stetson le pasó a Braden el bol de arroz.

—Lo cultivamos allí. Me gusta el arroz.

—Miles solo está de mamón —dijo Curtis—. Nada nuevo.

Su amigo se encogió de hombros.

—Solo estoy jugando con el muchacho. Eso es todo.

El vaquero le lanzó un guiño.

—Lo sé, compa. No olvides que todos somos nuevos para él. —Le pasó a Miles la salsa verde, ya sabía que le encantaba.

—Oh. Ya extrañaba a Nuevo México —Su amigo vertió una buena cantidad de salsa. Tenía los ojos cruzados.

—Señor, tendrá aliento de dragón. Pásala. —Braden extendió una mano y Miles la deslizó hacia él.

De acuerdo, eso fue adorable. De verdad. Le echó un vistazo a Stetson. ¿Ellos eran así?

La sonrisa del ranchero lo dijo todo. Sí, eran así. Bobos y enamorados.

Nunca había hecho esto: estar en su casa con su pareja y su mejor amigo, que tenía una pareja. Se sentía surrealista, como si estuviera protagonizando una obra de teatro.

También se sentía libre y correcto. Dios.

Se terminaron toda la comida y Braden gimió.

—Creo que es mi turno de ir al trono.

—Cuidado con las rosas —murmuró Miles.

—¿Las qué? —El pobre huerco parecía sinceramente preocupado.

—Era el baño de mi amá. No lo hemos redecorado. —Stetson no sonaba para nada tenso.

—Ah. Mierda, mi mamá tiene flamencos rosas en su baño de invitados. —Braden negó con la cabeza antes de alejarse por el pasillo.

—Entonces, los dos se van a quedar en la habitación de invitados, ¿no? —Curtis miró a su amigo—. ¿Cuándo ocurrió esto?

—En Hawái. Lo juro por Dios, vino a mi habitación una noche y... nunca se fue. Es como el conejito Energizer.

—Bien por ti —comentó Stetson—. Se ve que está enculado, Miles. Se nota.

—Solo espero poder seguirle el ritmo. ¿Sabes?

—Solo sé tú. —Curtis le dio una palmada en la espalda a Miles—. Eres un buen tipo. Y como te dije, si te preparas para salir del juego, me vendrá bien alguien que transporte caballos. Aún puedes viajar con él, si todo sale bien. —¿Lo escucharon? Todo un gurú. Necesitaba cerrar la maldita boca y dejar que Miles resolviera su propia mierda.

Diablos, había sobrevivido a una crisis por doña Betty y él ya se creía el puto Dr. Phil. Por otra parte, había pasado años sin hablar con Stetson y miren lo que eso le había dado.

Su mejor amigo se encogió de hombros.

—Un día a la vez. Él es... guau.

Le dio un medio abrazo a su Miles.

—Hecho. No puedo esperar a enseñarte las mejoras que quiero hacer.

—Quiero oírlo todo. En serio —su amigo negó con la cabeza—. Ya sabes cómo es esto, ¿eh? Nos estamos haciendo viejos.

—Es un juego de jóvenes. Y por joven, me refiero a menos de treinta. —Al final todos tendrían que idear otra cosa que hacer. Si Curtis podía ayudar a su amigo más viejo del circuito, que así fuera.

—Señor, hablan como si tuvieran ochenta años. —Stetson le tocó la mano—. Están en la cima del mundo.

—Solo se necesita una mala monta, Stetson —comentó Miles, y el vaquero quiso golpear al cabrón. Había conseguido que Stetson accediera, que lo acompañara.

Todavía necesitaba ese millón de dólares.

Stetson asintió lentamente.

—Sí, estoy consciente. ¿Quieres ponerte unos pants? Nos sentaremos frente al fuego a ver películas y dormir.

—Dios, eso suena increíble. Llevaré las maletas a la habitación, claro.

—Te enseñaré el camino. La cama es cómoda. —Curtis agarró una bolsa de lona y guio a Miles por el pasillo—. Ah y no le hables a Stetson de montas malas. Conseguí que aceptara venir a Dallas y ser mi amuleto de la buena suerte.

—Lo siento. Hombre, lo siento. Es que... ya sabes cómo es.

—Lo sé. Aun así. Va a venir con nosotros.

—Eso es genial. —Su amigo le dio un puñetazo en el brazo una vez que pusieron las maletas sobre la cama—. Estoy feliz por ti. De verdad.

—Sí. Sí, esto es lo que quería, ¿sabes? —El vaquero sabía que era un cliché, pero le importaba una mierda.

—Lo sé. Siento mucho lo de la mamá de Stetson. Debería decírselo, ¿eh? —Miles se encogió de hombros, un movimiento diminuto—. Es tan raro. No era mayor que mi amá.

—Fue de aparición temprana. Aunque no es que la diagnosticaran a tiempo.

—No. Supongo que ahora tienen medicamentos para ralentizarlo, ¿eh?

—Los tienen. Demasiado tarde para doña Betty. Es duro pero cada día es mejor. —Miró a su mejor amigo de reojo—. ¿Así que vas a conocer a su gente?

—Dios, no. Me lincharían. Tengo edad para ser su tío.

—Mmm. Pero ¿se lo presentaste a tu mamá?

—Sí. Ya conoces a mi amá. Es una hippie. Pondría la bandera del arcoíris en el ayuntamiento si yo la dejara.

—Señor. —Curtis se apoyó en el marco de la puerta—. ¿Qué le pareció a Braden?

—Creo que le cayó bien —Miles se rio—. La miraba mucho. Como si fuera una loca.

—Sí. Ella es increíble. Yo la adoré.

—Te hizo unos dulces *divinity*. Están en la troca. Se me olvidó sacarlos.

—Dame las llaves e iré corriendo. Tú cámbiate.

—Gracias. —Su amigo le entregó las llaves de la camioneta—. Hay una bolsa en el asiento trasero. Regalos envueltos y latas de comida de mi amá.

—Le diré a Stetson que te dé una de sus rosas para que se la envíes. —Se dirigió hacia afuera y le regaló una sonrisa al ranchero mientras pasaba—. ¡La mamá de Miles envió golosinas!

—¡Wuuu! ¿De qué tipo? —Stetson lo siguió hasta la puerta trasera—. No dejes entrar a esos perros.

—No eres razonable con los perros. Se portan bien.

—No es cierto. —El hombre se agachó para rascarles las orejas—. Ensucian las sillas del comedor.

—Solo espera, los tendré meneándose y comiendo de tu mano.

—¡Curtis, que coman no es uno de mis problemas!

El vaquero dejó salir una carcajada y trajo la bolsa de la camioneta, su aliento creaba franjas de niebla a través de la noche. Subió corriendo las escaleras como si trajera el culo en llamas, pero en realidad estaba helado. Stetson lo agarró para meterlo.

—Eres mío, ¿sabes? Deja de congelar tus partes.

—La mamá de Miles hizo *divinity*. Vale la pena. —Besó a Stetson para entrar en calor.

El ranchero tomó sus labios mientras corría sus manos de arriba abajo por la espalda del vaquero.

—Mmm. Eso sí que es un postre. —Curtis se estremeció—. Todavía demasiado cerca de esa maldita puerta. Necesito poner una ventana nueva.

—¿Sí? ¿Crees que eso ayudará? —Stetson los acercó al fuego.

—Creo que sí. ¿Le ponemos una ventana de doble cristal con esas persianas en medio? Creo que quedará estupendo.

—Eso sería de lujo. Me gusta. —Stetson le besó la sien—. Entonces, ¿van a quedarse en la recámara, vaquero?

—Así es. Están juntos. —Curtis negó con la cabeza—. Miles siempre estaba dispuesto a echar una mano, pero no tenía ni idea de que aplicaría la de *Secreto en la montaña*.

—Con los vaqueros nunca se sabe. Tengan abdominales o no. Me refería más bien a si puedo llevarte a la cama y hacer contigo lo que quiera o tenemos que ser sociables.

—Ah. Bueno, les dijimos fuego y películas, pero si nos disculpamos, apuesto a que se acurrucarían bien.

—No. No, solo quise decir... —Stetson bufó—. ¿Qué película deberíamos ver?

Curtis le dio un beso más, que fue cuando Miles y Braden aparecieron tambaleándose por el pasillo, sonrojados y con cara de culpables.

—¿Película, chicos? —preguntó el vaquero.

—Ajá.

—Claro. Claro. —Miles lucía muy despeinado.

Stetson soltó una carcajada.

Braden esbozó una sonrisa gigante.

—Nos veo viniendo mucho de visita, si no les importa.

Curtis miró al ranchero y asintió.

—Definitivamente tenemos que construir esa casita.

—Así es. —Stetson fue a sentarse en el gran sofá biplaza acolchado—. Pueden quedarse con el sofá.

—Gracias. El fuego es genial. Aquí está más frío que la cola de un pingüino. —Braden se sentó en un extremo del sofá y se ruborizó cuando Miles se sentó justo a su lado en vez de en el otro extremo.

El vaquero agarró control remoto y la caja de *divinity*. Iba a tener que ponerse a dieta. De verdad.

Hoy tal vez no.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—¿Has visto el estuche de mi sombrero, bebé? —Básicamente ya habían empacado, pero Curtis no encontraba el estuche para su sombrero bueno. Lo necesitaría para las entrevistas y la sesión de autógrafos.

—¿Lo pusiste en el clóset de la habitación que vas a convertir en tu despacho?

—Oh. —Sí, tal vez lo había hecho. Se dirigió hacia allí y resultó que sí estaba en el clóset.

Iba a tener un despacho aquí mismo. Stetson lo había sorprendido vaciando el cuarto de costura de Betty y lo pintó para él. El escritorio estaba hecho a mano y acabado en un color de nuez oscuro, el lugar perfecto para su *laptop* y sus archiveros expandibles.

Era jodidamente extraño y maravilloso tener un lugar propio como este. Le daba un poco de vértigo.

De hecho, Curtis no estaba seguro de querer marcharse, pero la paga de Dallas era una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar.

Sin embargo, Stetson estaba entusiasmado por tener unas vacaciones, una aventura. Nunca habían tenido muchas oportunidades de viajar juntos y él quería mostrarle todo al ranchero. Y presumirlo.

—¿Lo encontraste? —Stetson se asomó, la pesada melena lo suficientemente larga como para atársela hacia atrás.

—Lo encontré. Voy a pedir que lustren mis botas en el hotel. —Sabía que el Sheraton del centro tenía un puesto de lustrado.

—Uuuh, ¡elegante! —El ranchero le sonrió y movió las cejas.

—Oye, tengo la intención de llevarte a Cavender's —Stetson necesitaba botas nuevas. Habían comprado un par en la tienda de pienso para sustituir las que tenían agujeros, pero necesitaba un par nuevo de vestir.

Tenía muchas ganas de jugar a «vestir al vaquero». La idea por sí sola le hacía feliz.

El ranchero puso los ojos en blanco.

—Guarda tus centavos para los caballos.

—Calla. Déjame jugar. Quiero verte con una camisa blanca abotonada y unos pantalones de mezclilla que te queden bien.

Le encantaba poner esa mirada en la cara de Stetson. Amaba. El color en las mejillas del ranchero tampoco hacía daño.

—Conseguí varias personas para que den de comer y la entrega llegará el jueves. Tom estará aquí y se llevará a los perros.

—Perfecto. Le cambié el aceite a la camioneta, así que estamos listos con esa parte. —Él también estaba deseando que llegara el viaje. Doce horas en la troca con su amante.

—¿Qué más tenemos que hacer? —Stetson parecía un poco perdido.
—¿Colgar las camisas en el asiento trasero?
—Yo puedo hacerlo. Llené la hielera con latas de Coca-Cola, queso y uvas.
—Excelente, bebé. Voy a cargar las maletas.
—¿Estás emocionado? —El ranchero le dio otro beso.
—¡Lo estoy! Es un día de trabajo por cinco o seis días de diversión. Pan comido.
—Yo también. Nos vamos de viaje.
—Bien. —El vaquero tomó un beso más—. De acuerdo, necesito empacar mi sombrero.

Vamos a subir las cosas.

Stetson le dio un saludo militar mientras se reía entre dientes.

—Yo me encargo de las camisas y la hielera.

El ranchero desapareció en la cocina y Curtis agarró el estuche de su sombrero.

Tenían un viaje largo y tranquilo por delante y luego un día en el hotel antes de tener que rendirse a los patrocinadores y demás. Braden y Miles igual estarían allí. El vaquero tenía tres docenas de personas a las que les quería presentar a Stetson.

Era hora de que su mundo de rodeo colisionara con su nuevo mundo de rancho.

Los nervios revoloteaban en su vientre. Miles lo sabía todo, la mayoría de sus amigos, su agente y algunos de los representantes de sus patrocinadores sabían que él era *queer*. Ahora, los aficionados de seguro no tenían ni idea. Tampoco los jueces.

Stetson no lo delataría. Él lo sabía. Pero tampoco iba a empezar a mentir. No ahora. No ahora que por fin tenía lo que necesitaba en este mundo.

Cargó el estuche y las maletas. Los perros habían desaparecido; odiaban cuando se cargaban maletas en la camioneta. Todos en el rancho tenían un poco de TEPT. Pobres cachorros, no habían comprendido del todo que irse no significaba marcharse para siempre. Cada vez que alguien se iba, se preocupaban.

Curtis consideraba que todos iban a tener que acostumbrarse a un viaje periódico. Él iba a explorar el mundo con Stetson y no creía que su Lazador fuera a poner peros.

El ranchero colgó camisas y revisó puertas, finalmente se paró en el porche y miró a su alrededor.

—Sigo teniendo la sensación de que voy a bajar a ver a mi amá y eso me pone nervioso.

—No vas a eso. Vámonos, amor. En serio. Ven a jugar conmigo. Por favor.

Stetson le tendió la mano a la vez que asentía, la mano firme.

—Estoy listo cuando tú lo estés.

Se dirigieron a la troca. Haría lo que fuera necesario para que Stetson se sintiera mejor. En cuanto pasaran Santa Fe, esa extraña sensación se desvanecería, lo sabía. Entonces estarían dándole con todo.

—Vamos a ver si Dallas es todo lo que se supone que es.

—Creo que te va a encantar. —El solo observar a la gente le fascinaría a Stetson, e iba a haber una sala de vendedores.

—No lo dudo ni un poco. —El ranchero se acomodó en el lado del pasajero, una almohada ya allí para apoyarla contra la puerta.

—A lo mejor vamos a Fort Worth a ver los corrales.

—Suenan bien. Tenemos tiempo para jugar un poco.

—Sí. Comeremos un bistec en el Cattlemen's. —Se estaba portando bien. De vuelta en forma de combate con apenas un batido de proteínas a la vista.

—Cuando quieras ofrécame un bistec, vaquero.

—Un hombre a la antigua. —Pero era la papa asada lo que le gustaba a Stetson. Siempre.

—Sí, señor. —El rancho extendió su mano mientras salían.

Curtis agarró la mano del hombre y se aferró, contento de que ya no estuvieran obligados a conducir con la palanca de cambios. Tocarse era mucho más fácil. Todo lo que necesitaban era a Tim McGraw en la radio y emprenderían el viaje.

Con la bendición de Dios.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Jesús, Dallas era grande.

Stetson contempló el horizonte que había visto en cientos de episodios de televisión y se quedó boquiabierto como si nunca hubiera salido de Taos.

Allí estaba el edificio con la X iluminada, la torre del hotel con la gran bola y una docena de cosas más para mirar. Curtis conducía como si hubiera estado aquí cientos de veces, y Stetson supuso que así era. Estaba agradecido porque quería quedarse mirando.

—¡Oh, mira eso! —Vio que su hotel era alto y asombroso cuando el vaquero giró para detenerse en el área del *valet parking*—. ¿Qué tengo que hacer, vaquero? —¿Cómo funcionaba esto?

—Yo me encargaré del *valet*, tú puedes ir a la recepción allí mismo y conseguirnos un botones con un carrito.

—Claro. Claro. —Siguió las instrucciones: botones, carrito, ya.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—Vamos a registrarnos. Necesitamos un carrito hasta la habitación.

—Entendido. Llegaron a buena hora. Un par de horas después de la hora pico. —El huerco agarró un carrito y lo siguió hasta la troca.

—Sí. Fue un buen viaje. No estuvo mal el tráfico.

—Bien. Se pondrá peliagudo el fin de semana. —Una vez que llegaron a la camioneta, el chavo empezó a sacar bolsas y camisas y cajas de sombreros como si nada—. ¿Cuánto tiempo estarán aquí?

—Hasta el martes por la mañana, creo. —Puede que se fueran a Fort Worth el lunes por la mañana.

—Oh, eso será agradable para ustedes. El domingo por la tarde estará tranquilo y podrán ir a los restaurantes y bares sin competencia.

—¿Sí? Es bueno saberlo. Nunca he estado aquí antes.

—¿No? Deberían preguntar en conserjería. Jack conoce todos los lugares para visitar.

—Gracias. —Le envió a Curtis una mirada salvaje y este sonrió antes de que se acercara para tomar su codo.

—Tendremos que registrarnos. ¿Puedes esperar o tenemos que tomar un boleto para que puedas traerlo todo más tarde?

—Les daré esto. Lllaman a la recepción cuando lleguen a su habitación y lo subiremos. Qué tengan una buena estadía.

Stetson vio cómo se llevaban la camioneta y sus cosas, menos la bolsa de aparatos electrónicos de Curtis. De acuerdo, eso era desconcertante.

—Tendrías que haber visto mi cara la primera vez que me alojé en un gran hotel —dijo el vaquero mientras lo dirigía hacia la gran puerta giratoria—. El huerco del carrito agarró mi petral de grapa y casi le surto uno en la barbilla.

—Me acuerdo de eso. Me llamaste desde la habitación, casi histérico.

—¿Verdad? Ahora sé que no debo dejar mi *laptop*, pero nadie quiere mi equipo de montar. —Curtis se acercó a la recepción—. Hola. Curtis Traynor, quiero registrarme. Soy un miembro *rewards*.

Señor, cuántas personas. Había alguien aquí para una boda, colores negro y verde, pensó, aunque tal vez toda la familia solo tenía bolsas a juego. Había un montón de gente vestida del oeste, un par de niños pequeños con botas de vaquero y un montón de tipos con traje.

Tendrían que volver a bajar y tomarse una cerveza en el bar del vestíbulo, para ver a toda esa gente.

—Gracias. —El vaquero se giró y lo atrapó boquiabierto—. Estamos en la 904.

—¿Sí? Genial. Solo estoy mirando a la gente. Nada importante.

—Sabía que eso te atraparía. —Curtis le guiñó un ojo—. ¿Quieres ir a pedir las maletas y que nos aseemos un poco? Luego pensamos en la cena.

—Claro. No tienes que reportarte con los organizadores del evento ni nada, ¿verdad?

—No. Le enviaré un mensaje a Miles para avisarle que estoy aquí. Tal vez a Barb. Pero nadie está esperando nada.

—Ya está. —Hicieron su camino hacia una habitación de hotel de lujo que era toda beige y elegante y, mierda. Incluso había un sofá—. Saben que son vaqueros, ¿verdad?

—Atletas, bebé. Somos atletas.

—Cierto. ¿Vas a ir a un psicólogo deportivo para que te ayude a ganar más?

Curtis le lanzó esa mirada.

—Por supuesto que no.

No podría haber luchado contra la sonrisa si lo hubiera intentado y tenía que admitir que no se esforzó tanto en intentarlo.

—Tonto. —El vaquero levantó el teléfono para pedir las maletas—. Pero es bonito, ¿eh?

—Es increíble. Sofocante. ¿Te importa si enciendo el aire acondicionado?

—Dios, no. La humedad aquí es mortal.

—Es una locura. El aire es tan pesado. Pero mira lo verde que está todo. —Ni siquiera era primavera todavía y las cosas estaban verdes y había agua acumulada por todas partes.

—Lo sé. De verdad me pregunto qué hacen con todo eso.

Sí, Stetson sabía que a Curtis también le encantaba el desierto. Quizás los lugares que el vaquero solía frecuentar no eran tan altos como con él, pero la parte favorita de Curtis en Colorado era todo acantilados de adobe y matorrales. El agua salada era extraña y maravillosa y Stetson no terminaba de entenderlo.

Bajó el termostato y se sentó en el extremo de la cama.

—Oh, qué bien se siente.

—Qué bueno. No hay nada peor que una cama blanda después de un día de monta. —Curtis tomó el libro del hotel del escritorio.

Stetson se quitó las botas y se recostó, los ojos cerrados y el cuerpo repentinamente pesado. Poco más de diez horas no le habían parecido mucho tiempo en la troca, pero ahora estaba agotado.

—Una siesta antes de bajar a cenar, ¿eh? Falta media hora para que lleguen con las maletas.

—Suenan bien. —Bastante.

Curtis se sentó a su lado y oyó cómo las botas golpeaban el suelo.

—Las últimas veces que viajaste, o sea, antes de mi llamada, ¿viajabas solo?

—Casi siempre, sí. Miles se alojaba conmigo de vez en cuando, pero aún le gustaba salir a beber después del espectáculo y yo ya no puedo hacerlo. Me hincho.

El ranchero arrastró una mano sobre el vientre de Curtis, fascinado por las crestas de aquel lavadero, incluso bajo la tela de su camisa abotonada.

—Eso no es dormir la siesta, bebé.

—¿No? —Tenía los ojos cerrados, no había ruido y el vaquero estaba allí.

—Eso es acariciar, pero puedo soportarlo. —Curtis se acercó a él y se estiró.

—Gracias —susurró Stetson.

—¿Por qué? —le susurró el vaquero de vuelta.

—Por contestar al teléfono cuando te llamé.

Curtis tomó su mano y la rodeó con los dedos.

—Me alegro de haberlo hecho.

—Yo también. Por mil razones.

—Me asustó. No era tu antiguo número y pensé que te había pasado algo.

—Algo me había pasado. —Stetson había descubierto que tenía que soltar toda esa vieja mierda de alguna manera cuando su mamá se quedó atrapada en el pasado.

—Lo sé, bebé. Lo siento mucho. —Curtis lo había dicho cientos de veces, pero Stetson sabía que lo decía en serio.

—Yo también, pero es lo que es. O era. Eso.

—Correcto. —El vaquero jugueteó con sus dedos—. Yo también tengo que darte las gracias.

—¿Por? —En su cabeza oía la voz de su amá diciendo: «no hay preguntas tontas, sino tontos que preguntan».

—Por decir que sí. Por venir conmigo. Siempre quise que lo hicieras.

—Debería haberlo hecho. Tenía miedo.

—Amor, ninguno de los dos estaba preparado. Sé que hubo mucho tiempo perdido, pero a lo mejor teníamos que aprender lo que tuvimos que aprender —Curtis resopló—. ¿Te has dado cuenta de que últimamente soy un filósofo habitual?

—Lo sé. ¿Te enseñan eso en la escuela de rodeo?

—Nop. Es toda esa radio de tertulia nocturna que escuchaba en la carretera. El Club de los Corazones Solitarios.

—Ah. —Los labios de Stetson se curvaron hacia arriba—. Señor, ¿qué vas a hacer ahora? Ya que no estás solo o en la carretera.

—¿Pensar en todas las cosas que podemos hacer en las habitaciones de hotel? —se burló Curtis.

—¿Sí? ¿Crees que puedes hacer una lista?

—Desde luego que puedo hacer eso. Tal vez después de la siesta.

Esto ya era suntuoso. Nada que hacer más que tumbarse aquí, tomarse de las manos y dormir.

—Suena al paraíso.

Al mismísimo paraíso.

CAPÍTULO TREINTA

Curtis se estiró; tenía el brazo y el hombro un poco adoloridos por firmar su nombre en itinerarios y carteles y en esas tarjetitas que sacaban los patrocinadores. Siempre se sentía como un idiota cuando las entregaba, porque no se parecía en nada a la foto que siempre aparecía en ellas. De pie, con el pecho hinchado y los brazos cruzados.

Le sonrió a una dulce ancianita vestida con una brillante camisa rosa.

—Buenas tardes, señora.

—Sr. Traynor. ¿Puede firmarme el sombrero, por favor?

—Claro que sí. ¿Qué le parece el encuentro? —Agarró el sombrero, con su Sharpie listo.

—Todo el mundo ha sido muy amable. Aunque ya estoy un poco cansada. ¿Está listo para montar?

—Lo estoy. Vivo para eso. —Terminó su apellido con una floritura y le guiñó un ojo.

—Eh. Todos sabemos que es un hombre de broncos. Me encanta verlo montar.

—Gracias. —Curtis negó con la cabeza—. Pero me atrapó. Me encantan los caballos salvajes. Los toros están demasiado ansiosos por hacer el trabajo. En cambio, los equinos son fieros.

La mujer se inclinó hacia delante, olía a chicle.

—Los toros no son tan listos. Los caballos pueden ser pura maldad.

—Pueden serlo. Hay que dominarlos. Los toros son solo equilibrio y fuerza. —Le encantaba esta parte. Le fascinaba.

—Sí, señor. Solo hay que mantener el equilibrio. Lo veo ganando el evento.

—¿De veras? Estoy en racha. —El vaquero flexionó los músculos dramáticamente.

—Mírate —ululó ella como una vieja lechuza, acariciándole el estómago. «¡Uh! ¡Abuelita manoseadora!».

Curtis se agachó y la abrazó.

—Gracias, señora. Que se divierta este fin de semana.

Ella chilló como una niña y se alejó, radiante.

—Buen trabajo, vaquero. —Stetson se apoyó en el alféizar de la ventana, tomando fotos como un loco.

—Gracias. Andaba tocona. —Le guiñó un ojo. El culo le ardía por ese pequeño pellizco al final.

—Eres un semental.

Él iba a pellizcar al ranchero.

—Estoy un poco adolorido, en realidad. Los autógrafos usan músculos diferentes.

—¿En serio? ¿Como tus dedos?

Joe Martin, su gestor, apareció interrumpiendo el momento.

—Tienes una sesión de fotos, Curtis. ¿Estás listo? Tengo tu equipo.

—Eh. Claro. ¿Para quién es esto? —Dejó las hojas y los bolígrafos sobre la mesa, solo agarró su Sprite.

—El periódico del domingo. Creo que también van a hacer un par de anuncios para las noticias locales.

—Genial. —Le gustaba la gente local de Dallas. Siempre se divertían—. Entonces tenemos un descanso para comer, ¿no?

—Estoy libre hasta mañana por la mañana, hasta donde tengo entendido. ¿Vas a jugar golf o herraduras?

—Herraduras, hombre. No juego golf. —Rodó los ojos con la cara hacia Stetson, que se reía de él en voz alta—. A menos que sea minigolf. Vamos, viejo. Ubícate.

Allí habría un lugar para los cónyuges y demás. Stetson podría sentarse y tomar una Coca-Cola y visitarlo, hacerle compañía.

—Claro. —Joe los sacó, sin cuestionar que el ranchero estuviera con ellos. Gracias a Dios.

Por supuesto, si Joe lo hubiera hecho, habría conseguido una nueva persona para que lo ayudara. Estaba claro.

—Deja de fruncir el ceño —murmuró Stetson.

—¿Eh? Oh, lo siento. Estaba defendiendo tu honor en mi cabeza.

—Mi honor está a salvo. Lo prometo. Te saldrán arrugas.

—Sí, sí. —Le dedicó a Stetson una sonrisa irónica—. Todavía me estoy acostumbrando un poco a esto.

—Tú y yo. No me extraña que hagas tanto condenado ejercicio.

—Sí. —No estaba seguro de lo que eso significaba exactamente, pero Curtis se limitó a asentir y sonreír.

Stetson resopló y lo siguió, y supo, sin lugar a duda, que el hombre se estaba riendo de él.

Acabaron haciendo dos series de fotos. Una para una revista de Dallas en la que querían que se desabrochara la camisa y enseñara algo de piel. Machos del Rodeo o alguna mierda así...

Stetson no pararía de burlarse de él.

—Bien, flexiona tus abdominales. Perfecto. —La fotógrafa era una dulce señora de mediana edad con el pelo morado y llevaba una camiseta de Megadeth. Dios Padre.

Flexionó y un montón de gritos llenaron la sala. Puta madre.

Las mejillas se le calentaron y Haley levantó su cámara.

—A ver, tienes que dejar de ruborizarte o terminaré metiendo un chingo de Photoshop.

—Lo siento. Es que... esto no es lo mío.

—Eres demasiado atractivo. Estás bueno. —Ella le sonrió—. Pregúntale a cualquiera.

Levantó una ceja mirando a Stetson.

El ranchero le sonrió, despacio y fácil, lo miró de arriba abajo y luego hundió la barbilla.

Wuu, sí. Pues muy bien. Podía presumir un poco.

Se lució para la cámara, concentrado en Stetson, en la forma en que su amante lo admiraba. Curtis nunca se había sentido más seguro ni más deseado.

—Quiero impresiones, ¿eh?

Ella le entregó una tarjeta.

—Lláname y lo vemos.

—Gracias. —Terminaron poco después de eso y Curtis estaba agradecido. Iba a morirse de hambre o a saltar sobre Stetson allí mismo.

—¡Hombre, mírate! ¡El gallo del corral! —Miles le dio una nalgada al pasar—. ¿Vienes a comer, amigo?

—¿Eh? Claro, si a Stetson le parece bien. —Sabía que habría una docena de vaqueros allí. El rancho podría querer un descanso.

—Lo que necesites. ¿Qué va a pasar esta noche?

—Joe dijo que terminamos por hoy. Podemos hacer lo que queramos.

—Bien. —Stetson le sonrió—. Entonces, ¿almuerzo?

—Sí. ¿Elegiste un lugar, Miles?

—Iron Cactus. Será la hora feliz a las tres, así que podemos comer ahora y beber después.

—Suenan bien. Allí nos vemos. —Él no quería taxis; iría por la camioneta al estacionamiento. Curtis sacó su teléfono para ver qué tan lejos estaba.

—Nos conseguiremos una mesa. —Miles se despidió y se marchó.

Lo buscó y, diablos, no estaba ni a un kilómetro. Podían ir a pie.

—¿Quieres caminar? Está cerca.

—Claro. Tenemos tiempo. —Stetson no parecía preocupado.

—Genial. —Ingresó la dirección en esa cosa de la aplicación de puntaje de caminata. Eso les diría dónde ir—. Entonces, ¿qué te pareció?

—Creo que eres el hijo de puta más genial que he conocido.

Eso le sacó una carcajada.

—¿Sí? Gracias, bebé. Sé que a lo mejor fue aburrido.

—Me gustó. En especial la última parte.

—¿Crees que estuvo bien? —Se sonrojó de nuevo, estaba tratando de no ser obvio, pero aquello había sido ardiente, tener a Stetson allí mirando.

—Me pareció bien. Sentí que estabas posando para mí.

—Así fue. —Curtis se rio un poco al tiempo que salían del hotel, luego cruzaron la calle—. Nunca he hecho una sesión así.

—Hubiera comprado ese calendario y lo hubiera mirado cuando yo... ya sabes.

—Te voy a conseguir copias. —Curtis sintió unas locas ganas de tomar a Stetson de la mano, pero estaban en Dallas. Probablemente no era prudente.

El rancho sonreía demasiado encantado.

—Te partes el lomo —comentó Stetson—, cuando viajas.

—Apuesto a que pensaste que solo holgazaneaba.

—No. Creo que pensé que hacías abdominales y te quedabas mirando al ganado.

—Lo hacía cuando era más joven. Eso, bebía cerveza y dormía en una furgoneta con otros cuatro tipos.

—Eso no suena divertido, vaquero.

—Apestaba. Y era ruidoso. Yardley roncaba.

—Mi amá también. —El chiste era fácil, cariñoso, y le hizo querer bailar un poco, porque quería eso para Stetson: buenos recuerdos, pensamientos felices de Betty. Ahora llegaban más a menudo, no igualaban la tristeza todavía, pero el tiempo era lo único que curaba aquello.

—Recuerdo la primera vez que pasé la noche. ¿Te acuerdas? Tu primo estaba en el cuarto de huéspedes, así que dormí en el sofá. Y juro que pensé que el lobo feroz estaba tratando de volar la casa.

—Señor, sí. Al final te metí a escondidas a mi habitación y dormiste.

—Sí, a una casa entera de distancia. —Miró de reojo a Stetson—. Podría ser que al final te estuviera abrazando.

—Podría ser que estuviéramos donde debíamos estar.

—Exacto. Entonces, ¿qué piensas de esta noche? —Quería escuchar todo lo que el ranchero quería hacer. En serio necesitaba a Stetson involucrado.

—Creo que te abrazaré toda la noche, vaquero.

—Oh, maldición. Me gusta esa idea. —Le gustaba mucho—. ¿Tal vez pedimos servicio a la habitación? Tienen un pastel de zanahoria increíble.

—¿Sí? Eso estaría bien. Tú y yo, compartiendo comida en la cama, desnudos...

Le estaba encantando este nuevo y sensual Stetson.

Irresistible.

—¡Curtis! ¿Estás caminando hacia el Iron Cactus? —Terry Rodaine le alcanzó el paso—. Un par de chicos tomaron un taxi. Bastardos flojos.

—Sí, hacia allá vamos. ¿Conociste a Stetson Major?

—Sí. Qué bueno verte. —Terry era un buen tipo, un cajún-texicano. El hombre estaba acostumbrado a no encajar en ningún sitio, pero tenía un pie en cada mundo.

—Un gusto. —Stetson asintió hacia Terry, sonriendo ampliamente—. Pienso que tus montas en Santa Fe fueron unas de las mejores que vi en todo el año.

—¡Gracias! Me encanta ese estadio. Es tan acogedor.

—A mí también. Nunca me he perdido el Rodeo de Santa Fe.

Las palabras del ranchero lo hicieron parpadear. Había montado en ese rodeo. Muchas veces. A lo mejor todos los años desde que habían terminado. Él estaba seguro de que Stetson lo evitaría y había buscado al Lazador todos los años, pero nunca nadie se sentaba en sus asientos del palco.

Dios, ¿Stetson había estado allí? ¿Simplemente observándolo? ¿Alguna vez el ranchero había intentado hablar con él? Aquel rodeo estaba plagado de ligues para la mayoría de los chicos —el buen Santa Gay—, ¿había visto aquello Stetson?

Curtis agachó la cabeza, pero el Lazador le tocó brevemente la mano. El vaquero volvió a alzar la mirada y Stetson le obsequió una sonrisa. De acuerdo. Podía vivir con esa mirada.

—Es una buena bolsa. No tan buena como esta, ¿eh? —Terry le dio un empujoncito en el brazo.

—No me digas. Esta... —La quería. Quería llevársela a casa con Stetson. A su casa.

—Las probabilidades están en ti, *bougre*. Yo también voy a apostar por ti.

—Bien. Yo también. —Por primera vez en mucho tiempo, necesitaba esto.

—¿Tú? —le preguntó Terry a Stetson.

—Siempre he apostado por Curtis. Siempre.

Señor, eso podría subirle el ego a un hombre. El vaquero sonrió, sintiéndose en la cima del mundo.

—Gracias, Lazador.

Stetson se encogió de hombros, pero aquella sonrisa era cálida y correcta.

Llegaron al restaurante en el momento en que un taxi se detuvo, del cual salieron cinco vaqueros, entre ellos Miles y Braden.

—¡Ah, puta madre! ¿Es en serio? —Miles puso los ojos en blanco.

—Sí. En serio pagaste para llegar hasta aquí, hombre. —Curtis se rio con fuerza, dándose una palmada en la pierna—. Flojo.

—Jódete. Estoy ahorrando energía para montar a Big Mickey.

—Basura. Ese toro es mío. —Él esperaba. Todo estaba en el sorteo y varios de ellos tendrían la oportunidad de montarlo.

—¿Tú crees? Podrías probar con Tres Equis.
—Miiierda. —Ese fue Terry—. Nadie lo ha montado.
—Es un asesino de vaqueros —murmuró Braden—. Como ese Bodacious en su día.
—Antes de que tú nacieras —Miles resopló.
Los labios de Stetson se contrajeron, pero Terry aulló de risa.
—Sí que eres joven, pero todos lo fuimos alguna vez.
—¡Ey! ¡Nací antes de que él se retirara!
—Como un año antes. —Otro joven vaquero se les unió, burlándose de Braden.
—Más bien dos.
—Que Dios me libre —dijo Miles, y Curtis se partió de la risa.
—¿Qué significa eso?

Terry soltó una risotada y palmeó la espalda de Miles. Se lo estaban sacando del pecho antes de entrar.

Al final, veinte vaqueros estaban en dos mesas enormes, hablaban y comían, tomaban cerveza y margaritas.

Stetson se reía con Miles y Braden, que lo tenían flanqueado entre ellos y Curtis. Buenos hombres.

—¿Es verdad, Traynor? ¿Ahora tienes un rancho? —Frank Hanson, el mejor caporal del negocio, estaba muy iluminado y sonreía.

—Tengo un lugar, sí. Soy copropietario. Voy a dedicarme a los caballos salvajes.

—¿Sí? ¿Cerca de Taos? ¿Vas a dejar que subamos cuando no estemos de gira? ¿Ir a esquiar?

Se quedó quieto un segundo, pero fue Stetson quien se recargó en la silla y le sonrió a Frank, la mirada tan cálida como la primavera.

—Por supuesto. Tenemos una habitación de invitados y estamos planeando poner una casita para los amigos.

—Oh, eso estaría bien. Diablos, preferiría pagarles la electricidad y la comida que un hotel.

—Bueno, ahí tienes. —El ranchero extendió una mano—. Soy Stetson Mayor. Estoy con él.

—Encantado. —Frank les dio una especie de inspección antes de asentir—. Tienes que vigilar a este, Stetson. Le pican los pies.

—No como tú creerías, amigo —dijo Curtis—. Me siento asentado.

—No me preocupa. Él sabe dónde está su casa.

Frank se rio entre dientes y asintió un poco más, como uno de esos muñecos con cabezas movibles.

—¿Cuál es tu tipo de ganado? —preguntó Chauncey Davis, y todos estuvieron hablando de caballos en poco tiempo.

—Me gusta criarlos en altura. Huesos más grandes, pulmones más grandes, y saltan como si estuvieran más cerca del cielo. —Stetson tenía la atención de todo mundo. Todos los chicos estaban pendientes de sus palabras como si fueran pasajes de la biblia.

—¿No se enferman con frecuencia por la alimentación suplementaria? —preguntó Frank.

—Si tienes cuidado, estarán bien. Me preocupa más el calor.

—¿Sí? Mm. Estoy tan acostumbrado a tener hierba que me preocuparía.

Braden se rio un poco.

—Esos caballos en Cheyenne sí que son huesudos. Creo que tienes algo, Stetson.

—Le dije a Curtis que podíamos calar algunos Mustang, a ver qué sale.

—Genial. —Miles puso una mirada melancólica—. Siempre quise hacer eso de adoptar un Mustang.

—Tengo una caballada en la parte trasera del pueblo fantasma. —El rancho se acomodó y empezaron a correr las historias sobre los caballos, el ganado, los alces y la tierra, y Curtis tuvo que sonreír.

Toda la fama y la fortuna del mundo, y lo que todo vaquero quería era tierra que trabajar y ganado que cuidar. Aunque no hubieran crecido así, lo llevaban en los genes.

Dios los bendiga.

Él y Stetson compartieron las fajitas de bistec para dos con guacamole extra. Maldición. Esta era su vida.

Curtis le sonrió al rancho. Amaba a ese hombre más que a nada en el mundo.

—Cómeme tu carne, vaquero —murmuró Stetson.

—Eso hago. Y mis verduras. —El rancho se podía quedar con las tortillas esta vez.

—Te daré unas caseras. Después. —Stetson lo entendió.

—Gracias, Lazador. —Curtis le guiñó un ojo. No había nada como las tortillas caseras si iba a ingerir carbohidratos.

Ahora mismo tenía que mantenerse en línea, la mente enfocada.

Mañana tenía ese asunto de la caridad, luego el evento que comenzaba a las siete, por lo que tenía que estar en el ruedo a las cinco más o menos, equipo en mano.

Luego se iba a llevar ese puto dinero a casa.

CAPÍTULO TREINTA Y ÚNO

Lo del «pastel de zanahoria con ellos desnudos en la cama» los tenía partiéndose de la risa. Cada vez que Curtis miraba a Stetson, su Lazador se echaba a reír, un sonido de lo más alegre.

El ranchero parecía una estatua, sentado con las piernas cruzadas y el pelo suelto sobre los hombros. Lo de estatua era doblemente reforzado por la mancha de betún de queso crema que Stetson tenía en la mejilla.

Curtis se inclinó hacia él y se la lamió.

—Oh... —Aquellos ojos oscuros se ensancharon y Stetson jadeó, posando una mano en su muslo.

—Mmm. Sabe rico —Curtis se rio por lo bajo—. Mucho mejor con un poco de sal.

—Escúchate. Te lo juro, vaquero, esto ha sido de lo más divertido. Gracias por todo esto. Me gustó conocer a tu familia.

—¿De veras? Y sí, supongo que eso son, ¿eh? Son buenos tipos. —El almuerzo había sido un baile, de Frank a Terry a...—. Amor, ¿de verdad estuviste en todos los eventos de Santa Fe?

Stetson asintió.

—Sí.

—¿Por qué nunca...? Digo, nunca me enteré. —No era de los que se preocupaban por cosas que podría haber hecho en el pasado, pero esto olía a muchas oportunidades desperdiciadas.

—Yo solo era una cara más. Solo quería ver el rodeo. A veces montabas, a veces yo no estaba el día correcto.

—Oh. —¿Eso era bueno o malo? Supuso que no importaba mucho, por la forma en que Stetson lo dijo—. Bueno.

—Tú eres el único para mí, Curtis. Sabía que habías seguido con tu vida. Quería fingir que... Mierda. No lo sé. ¿Qué respuesta me hará parecer menos desesperado y solitario?

—Oye. —Tomó la mano del ranchero entre las suyas—. Ninguna de las dos. Supongo que solo necesitaba saber que querías verme montar. A mí, no a Joe Cowboy. Soy un bastardo vanidoso, ¿eh?

—Nunca me he perdido un solo rodeo televisado. Jamás.

Apretó la mano de Stetson.

—Te amo, Lazador. Siempre te he amado. Puede que me haya desviado, que haya intentado encontrar otra cosa, pero siempre has sido tú. —Le había llevado un tiempo entender algunas cosas. Esto ya lo tenía claro. Quería estar con Stetson.

Diablos, lo amaba tanto que había ido a Santa Fe y comprado un anillo. Cuando ganara el evento mañana, le haría la pregunta.

Se negaba a creer que hubiera otra respuesta.

—Bien. Ahora soy tuyo, al fin y al cabo. —El ranchero recogió con el dedo una buena cantidad de betún—. Abre.

Curtis abrió la boca y Stetson le frotó el glaseado por el labio inferior, así que lo lamió hasta dejarlo limpio.

—Rico, otra vez. Es como el crack.

—¿Me dejas probar? —El ranchero volvió a frotar el betún sobre la boca de Curtis, luego Stetson se inclinó para lamerle los labios hasta dejarlos limpios.

El vaquero tarareó y luego deslizó una mano por detrás de la cabeza del ranchero para sujetarlo allí mismo. Puede que el pastel de zanahoria no fuera afrodisíaco, sin embargo, aquel hombre tan necesitado le hacía increíblemente feliz. Stetson apartó el pastel y se subió a su regazo.

—Hola, vaquero.

—Hola, tú, listo para montar. —Esperaba que el ranchero quisiera más de ocho segundos.

—Mmm. Puedo montar durante días, sabes. Días.

—Lo sé. Es una de las cosas que más me gustan de ti. —Agarró las caderas de Stetson con ambas manos para balancearse y mecerse juntos.

—¿Sí? —El ranchero se veía de pronto vulnerable—. ¿Te estoy dando todo lo que necesitas?

—Eres todo lo que podría querer, Lazador. —Levantó una mano para acariciar ese vientre plano—. Esa forma tuya tan deliciosa de necesitar. —Le dio un empujoncito al miembro de Stetson y amó la sedosa piel que encontró—. Haces que me den ganas de hacer cosas cada vez que te veo.

—Me gustan las cosas. —El ranchero unió sus bocas, tan fuerte que sus dientes chocaron—. Nuestras cosas.

—Ajá. Buenas cosas. —Curtis estaba perdiendo la capacidad de hablar, pero de eso se trataba, ¿no? El Lazador lo volvía estúpido de necesidad; le hacía querer suplicar por él. Al vaquero también le encantaba oír cuando Stetson suplicaba.

Bajó la mano hasta tocar la punta del pene de su amante y la frotó con los dedos. Stetson se arqueó, se curvó sobre él y su cuerpo delgado empezó a mecerse.

—Eso te gusta, Lazador.

—Ajá. Necesito. Lo necesito.

—Podría mirarte todo el día. —Curtis sabía que podía. Podía esperar por su propio placer y darle todo a Stetson—. Montas con una facilidad.

—Sí. Sí, vaquero. Puedo. —El ranchero se inclinó y abrió la mesa auxiliar antes de mostrar una botella de lubricante y un paño.

—¡Mírate! Planeando travesuras. —Curtis estaba tan orgulloso.

—Lo sé. Pensé que lo celebraríamos por todo lo alto cuando ganaras, pero esto también está bien. No, no. —Stetson le plantó una mano en el pecho—. Déjame hacer las cosas a mí, tú tranquilo. Tienes que guardar fuerzas para mañana.

—¿Vas solo a montar, entonces, Lazador? ¿Tomarme hasta el fondo?

—¿Solo? Vaquero, voy a volarte la cabeza.

—Oh, diablos, sí. —Le sonrió al ranchero, listo para tomar y tomar.

Ese era su Lazador, tentativo hasta que empezaba a acelerar para hacer su trabajo.

Stetson abrió el lubricante y se lo echó en la mano. Lo frotó entre los dedos, probablemente para calentarlo, y Curtis observó cada movimiento. Tenía la boca seca y cuando Stetson llevó la mano atrás para tocar ese agujerito, la tentación de darle la vuelta para que pudiera verlo era

enorme.

No lo hizo, porque no quería alterar el equilibrio que Stetson había conseguido, pero maldita sea. El oír al ranchero jadear le daba ideas increíbles.

—Vas a hacer que dispare, bebé. Nada más con esto.

Stetson resopló y lo fulminó con la mirada.

—No te atrevas, vaquero. Me prometí a mí mismo una monta.

—Puedo aguantar. Pensaré en Tres Equis —se burló Curtis.

Oh, ¡esa mirada de enojo!

—Juro por Dios que te sacaré más de ocho segundos.

—Lo harás. Lo sé. Prepárame a mí también, bebé. —Necesitaba las manos de Stetson, que lo humedeciera.

—No hay nada que me guste más que tocarte. —De repente, Lazador lo estaba masturbando, tocando y mojando.

El vaquero bufó, sus pulmones medio que se negaban a funcionar.

—Me encantas. Tus manos. Todo.

—Ajá. Igual. Necesito que me cojas.

—Aquí estoy, bebé. ¿Estás listo? —Curtis volvió a agarrar esas estrechas caderas, listo para ayudar a levantar a Stetson en su lugar.

Se le fueron los ojos cuando el ranchero lo tomó, cuando lo envolvió en un calor resbaladizo. Quería alzar las caderas, penetrarlo a fondo, pero esto era algo de Stetson. El juego de Stetson.

Así que intentó respirar mientras temblaba por la necesidad de moverse.

—Vamos, bebé. Dame.

—Paciencia. —El Lazador comenzó a moverse, balanceándose hacia arriba y hacia abajo.

—No es una virtud que se me dé bien. —El vaquero mantuvo su agarre sobre Stetson tan flojo como pudo al mismo tiempo que apretaba los dientes mientras el placer se disparaba por su columna vertebral.

—Te amo. —Stetson se balanceó y luego se hundió sobre él, tomándolo hasta la raíz.

—Dios. Sí. Ah, sí. Más. —Curtis podía vivir oyéndolo decir eso todos los malditos días.

—Más. —Stetson juntó sus labios, curvándose hacia abajo para que así estuvieran unidos, bocas y cuerpos.

El vaquero profundizó el beso, metió la lengua en la boca de su amante. Todo su mundo se redujo a la piel de Stetson, su aroma almizclado, el apretado agarre de su culo.

El meció las caderas hacia arriba, sumó su fuerza a la del ranchero y, de pronto, estaban cocinándose en aceite, los dos en llamas.

El ritmo se duplicó. Ambos estaban jadeando y sudando.

—Nunca jamás volveré a montar si no estás viéndome. —Y lo decía en serio. Nunca más sin esos ojos negros mirándolo desde las gradas.

—Bien. —Stetson apoyó ambas manos en el pecho de Curtis—. Estaré allí mañana. Mirándote y animándote.

—¿Lo juras?

—Lo juro. Tienes mi palabra. Dios, vaquero, tócame. Por favor.

—Estoy en ello. —Su sonrisa de seguro parecía más bien una mueca, pero el vaquero estaba colgando de un hilo. Agarró la verga aterciopelada de Stetson y la masturbó. Con fuerza. Le rodeó la punta y amó el grito salvaje que el hombre le ofreció.

Luego regresó la mano hacia abajo y subió la otra para aumentar la fricción y las sensaciones.

—Mierda. Carajo, vaquero. Ahora.

—Vamos. Vente para mí. Quiero verlo. —Quería sentirlo a su alrededor, el ranchero apretado como un puño.

Stetson lo miró fijamente, los ojos muy abiertos y negros como agujeros quemados en una sábana. Entonces, el calor se derramó sobre sus manos, húmedo, espeso, correcto.

—Oh, Jesús. —Curtis se arqueó, sus huevos se tensaron, un profundo fuego surgió en su vientre. Disparó con fuerza, hasta el fondo de su amante, dándole a Stetson todo lo que tenía.

El ranchero se inclinó sobre él, su pecho trabajando como un fuelle.

—Maldita sea.

—Mjm. —Curtis le dio un beso descuidado—. Lo decía en serio. No más montas sin ti allí.

—De acuerdo. En serio. Estoy contigo.

—Y yo estoy contigo. Si no puedes venir, no voy. —Ya había hablado con su equipo acerca de que iba a hacer más apariciones que eventos este año. Más autógrafos, menos montas.

Tenía un rancho que mejorar, caballos que comprar, un amante que abrazar.

Por primera vez en su vida, el rodeo pasó a un segundo plano. Curtis se sorprendió de lo libre que eso le hacía sentir.

Pensó que, tal vez, tenía su mente en el enfoque.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Stetson se dio cuenta que nunca había visto algo tan gracioso como un bonche de vaqueros —que eran increíblemente atléticos y malditamente masculinos— tratando de jugar herraduras.

Señor, era como un tipo raro de ballet, si el ballet incluyera: lanzar cosas pesadas, fallar, chanfleo y maldiciones. Debería haber jugado. Él era mejor que Curtis. Ahora, ¿los saludos y la firma de autógrafos que le siguió? Eso era por completo del vaquero.

Esa parte no parecía ser divertida en absoluto. Desde luego, aquello no era algo por lo que Stetson se preocuparía alguna vez. Él no estaba buscando fama.

Estaban navegando a través de Dallas, el tráfico era una cosa bárbara, más aún porque hoy era sábado. Estaba diluviando, el frío le penetraba los huesos.

Al ranchero le emocionaba llegar al ruedo. Había tenido la oportunidad de ver a Curtis en la televisión, pero esto era un evento grande.

Esta vez estaban juntos. Esta vez Stetson estaba en la lista de invitados del vaquero.

Una flota de pickups y taxis llegaron al mismo tiempo, Curtis se estacionó en la zona de los participantes.

—¿Estás listo para el recorrido detrás de los cajones?

—Listo. ¿Necesitas subir para cambiarte?

—Todavía no. Mejor me quedo con las botas cómodas por un rato más.

—Mejor. —Stetson comenzó a burbujear de los nervios que obviamente Curtis no sentía. El vaquero lucía muy a gusto, estaba relajado y sonreía. Él no podía creer del todo que su amante fuera a ser feliz estando en el rancho a tiempo completo, pero nadie decía que tenía que serlo.

Imaginaba que Curtis podría conservar su tarjeta vigente, hacer eventos cuando tuviera la espinita. Cuando pudiera, Stetson iría con él, vería un poco el mundo.

Por ahora, él se empaparía de lo que tenía. Disfrutaría a más no poder de esto y vería a Curtis montar.



CURTIS ESTABA de pie detrás de la barandilla, brincando para calentar los músculos. Tenía puesto su chaleco y sus guantes. Su toro era el siguiente en ser traído, así que todo lo que debía hacer era esperar.

Él había sacado a Big Mickey en la primera ronda y había montado al cabrón por ocho punto cinco segundos. Ahora tenía la mirada puesta en el ancho lomo de Tres Equis.

—Si avienta la cabeza hacia atrás —dijo Miles—, y aplicas una como Tuff, te revientas la

cara. Él se gira a la izquierda.

Curtis asintió. Recordó que había visto un video de Tuff Hedeman después de que Bodacious le quebrara cada hueso de la cara. A diferencia de ese gran toro amarillo. Tres era un Plummer. Mitad Brahma, mitad longhorn.

—Yo puedo.

Miles había sido tumbado en la primera ronda. Diablos, solo eran seis los que iban a entrar a montar en la ronda dos. Las probabilidades jugaban a su favor. Si en verdad tenía suerte, él sería el único victorioso en esta ronda, pero tres de los hombres eran de la gira Professional Bull Riders, no de la FNR, y Dios sabía que ellos conocían a estos toros. KC Kramer era un maldito prodigio.

—Detente. Tú puedes. Sé que sí. Eres el vaquero número uno del mundo —aseveró Miles, las palabras suaves y estables.

Curtis levantó la vista a la sección familiar en las gradas. Stetson estaba sentado en la primera fila, los brazos apoyados en la barandilla. Observándolo. *Okay*. Él podía hacerlo. Cuando Tres estuvo en el cajón, el vaquero trepó la barandilla y le dejó saber al bruto con la rodilla que se estaba acercando.

Miles sujetaba su chaleco y Terry estaba jalando la cuerda. El grueso bastardo era un ansioso, estaba esforzándose por empujar su pata a través de la puerta. Los caporales tenían que colocarse en cada esquina para empujar a la bestia de más de novecientos kilos.

—Ey, anda. —Le dio una palmada a la joroba de Tres—. Párate.

Tendría que asentir con la cabeza tan pronto como el toro...

La presión se liberó y él asintió, la puerta fue abierta.

La enorme bestia salió disparada y bajó tanto la cabeza que Curtis casi recogió tierra con la boca. Arqueó la espalda hacia atrás tan rápido como pudo mientras mantenía la mano libre limpia, así que cuando Tres subió de golpe, sus cabezas no se estrellaron.

El movimiento provocó que meciera sus caderas demasiado lejos de la soga para su gusto, así que se arrimó hacia delante como un gato patinando sobre hielo, los pies casi llegaron por encima de gran lomo. Curtis logró recuperarse y entonces, Tres comenzó a dar vueltas.

Se aferró, deseaba saber cuál era la cuenta. Se la había perdido desde el inicio.

La fuerza G tiraba de él, pero entonces, Tres giró la cabeza en su mano y que lo partiera un rayo si no logró elevar el pie para espuelearlo.

El público enardeció y la campana sonó, ahora todo lo que tenía que hacer era desmontar.

Claro. El vaquero volteó la cabeza para localizar una desmontada, sin embargo, los caporales estaban batallando, intentando seguirle el ritmo a Tres mientras este daba vueltas y comenzaba a corcovearse en medio del ruedo.

—¡Maldita sea!

Su mano se torció en la soga y Curtis la jaló, con fuerza, sin percatarse de ese cuerno que se estampó contra su sien.

CAPÍTULO

TREINTA Y TRES

Stetson vio a ese cuerno conectar y salió disparado sin emitir palabra en dirección de las escaleras. Él no era un maldito amigo. Era familia.

Uno de los sujetos abajo le abrió la reja.

—Atención médica está hasta al fondo a la izquierda. Es mejor que estés ahí.

El ranchero corrió, sus pasos resonaban sobre el azulejo.

Se topó con otro hombre en la puerta.

—¿Estás aquí por Traynor? Necesito que prometas que te vas a quedar sentado aquí atrás y que no estorbarás hasta que determinemos qué tan lesionado está.

—Soy bueno en eso. —De hecho, él era un campeón en ello.

El tipo sonrió.

—Soy Pete. He estado revisándolo por años.

Tal vez diez segundos después, un grupo de hombres irrumpió en la habitación, Curtis iba en el centro. Los pies se movían como en una caricatura.

Miles estaba justo detrás de ellos, venía cargando la soga del vaquero y su sombrero.

—Miles —llamó Stetson, luego agitó la mano.

—Ey. No es tan malo como se vio desde allá arriba. Lo golpeó y vio estrellitas, pero fue un golpe de refilón. —Miles le entregó el sombrero, pero se quedó con la soga.

—Bueno. Fue una monta hermosa, hasta el final. —La parte donde a Curtis vio estrellitas.

—El viejo Tres Equis se encabritó. Voy a llevar su soga allá enfrente. Si monta en la siguiente ronda, la necesitará en el toro.

—¿Crees que vaya a montar? —Curtis ni siquiera estaba consciente, ¿o sí?

—Veremos. Harán una pausa si él no ha tomado una decisión para cuando todos hayan montado. Él es el campeón.

—De acuerdo. Genial.

Miles no parecía pensar que Curtis fuera a tener problemas, pero en este instante su pareja estaba en la camilla. Inconsciente.

Stetson se quedó sentado tan quieto como pudo mientras Pete y otro hombre mayor examinaban al vaquero. Él sostuvo ese sombrero sin mirar a la parte aplastada.

«Por favor, Dios». Eso fue todo lo que pidió, porque era todo lo que él tenía, y Curtis era lo más sagrado que poseía. «Por favor, Dios».

—Pete, deja de estar toqueteándome. ¿Dónde diablos está Stetson? Necesita saber que estoy bien.

Oh. Se aflojó. Aquella voz sonaba más débil de lo que le gustaría, pero era Curtis.

—Estoy aquí, vaquero. Justo aquí. —«Gracias».

—Oh, hola. —Cuando asomé la mirada por un lado de Pete, los ojos azules de Curtis estaban abiertos, enfocados en él—. Ey, tú. Estoy bien.

—Bien. Me agrada eso. Mucho. Tú —«me asustaste»— montaste bien.

—Gracias.

—Traynor, cierra la boca y deja que Doc te revise.

El vaquero sonrió, pero se volvió una mueca. Su cara ya se estaba hinchando.

Stetson retrocedió otra vez. Podía esperar ahora, sin chistar. Curtis sabía quién era él; era todo lo que necesitaba.

El doctor hizo algunos ruidos con la garganta y finalmente suspiró.

—Si tuviera una unidad móvil de rayos X, le echaría un vistazo a tu órbita, pero fuera de eso, pareces estar intacto. No veo señales de una contusión, sin embargo, mi consejo es que te quedes fuera de la siguiente ronda.

—De ninguna manera.

Stetson se acercó.

—¿Curtis?

—Ey, Traynor. —Frank, el caporal, se deslizó hacia el marco de la puerta como un patinador de hielo—. KC y tú. KC sacó a Sit-n-Spin. A ti te tocó Tres otra vez. Tú ya ganaste de todos modos.

—Verga. Tengo que volver a montar entonces.

—Esa es una mala idea, Traynor. —El doctor frunció el ceño, molesto—. Ese toro ahora huele la sangre.

—No tienes que hacerlo, Curtis. No tienes que. —Stetson no quería que el vaquero terminara roto por él, por el rancho. Ellos lo resolverían, con o sin la gran bolsa.

Curtis cerró los ojos por un momento.

—¿Cuánto tiempo tengo, Frank?

—Habrá una intermisión de veinte minutos. Están nivelando la tierra.

—Va. Doc, ¿me da un minuto?

—Claro. Pete estará aquí si lo necesitas.

—Gracias. —Una vez que los demás se fueron, Curtis le regaló una sonrisa pequeñita—. Puedo hacerlo, bebé. Me ha ido peor.

—No tienes que hacerlo. No me importa el dinero. —Fue a sentarse cerca y se atrevió a tocar la mano del vaquero—. No me importa la monta. Me importas tú.

—Lo sé. —Curtis volteó la mano y entrelazó sus dedos—. Ya lo sé, y sé que probablemente no tiene sentido conmigo aquí echado y con un morete grande, pero necesito montar.

—¿Por qué? —Era una pregunta simple pero importante. Todos los posibles y si corrieron a través de él. Apenas había recuperado su vida, no quería perderla ahora.

—No es tan simple. Si no fuera KC, podría irme, pero ese huerco es un imbécil. Sé que nos puede ir muy bien con el dinero del segundo lugar, sin embargo, yo no soy un hombre de segundo lugar. Tenemos planes.

—Tengo que admitir que, temo por ti. ¿Y si sales golpeado otra vez y es grave? —«¿Y si olvidas quién soy?».

—¿Quieres que me ponga un casco? Lo hago. —Stetson sabía que Curtis odiaba los cascos, así que aquella era una oferta enorme.

—¿Qué? ¿Y joder tu equilibrio? Conozco cómo son las cosas. Podría solo cargarte y echarme a correr... —El ranchero intentó aligerar el ambiente, pero se le estaba rompiendo el corazón. ¿Y si Curtis se machacaba el cerebro? Él había visto que eso pasara—. Por favor, Curtis. Solo

llevémonos lo que ya tenemos. Tu vales ochenta ranchos para mí. Más. Por favor, vámonos.

—No puedo —dijo el vaquero tajante—. A lo mucho, no puedo dejar que ese toro hijo de puta gane.

Stetson dejó salir un leve suspiro. Odiaba esto, pero Curtis era quien era. Un vaquero de rodeo hasta el tuétano.

—Iré a decirles.

—Gracias, bebé. ¿Te quedas a ver? Sé que estoy pidiendo mucho, pero te necesito.

—Ponte algo de hielo en la cara, ¿sí? Aquí está tu sombrero. Lo necesitarás.

Curtis abrió la boca de nuevo, pero un grupo de gente entró, querían saber lo que estaba pasando, y Stetson aprovechó para salirse. El vaquero necesitaba concentrarse en lo que era importante.

Él iría a rezar.

CAPÍTULO

TREINTA Y CUATRO

Curtis creía que vomitaría sus tripas sobre las botas de Miles. La cabeza le dolía horrible y levantarse y ponerse de nuevo el chaleco y asegurar su guante...

Bueno, había tenido días mejores.

Miró el asiento donde Stetson había estado antes de la última monta, pero no estaba allí.

«Maldita sea». Necesitaba al cabrón. Lo necesitaba aquí, que lo apoyara. No que huyera. Necesitaba que Stetson tuviera fe en él. Podía hacerlo. Curtis no era un perdedor y no iba a dejar que Stetson se las arreglara solo.

—¿Lo ves, Miles?

—Lo siento, amigo, no lo he visto.

—Putra madre. —Iba a vomitar.

—¿Quieres agua? Te ves verde.

—Nah. Solo la vomitaría. Únicamente necesito un lugar que no huela a mierda de vaca.

—Tan pronto como montes y sonrías por tu gran cheque, puedes irte.

—De acuerdo. Háblame. —Esperó a que cargaran Tres Equis, encabronado con aquel toro y con el mundo entero.

—Hasta que salgas al ruedo. Está encabritado contigo. Solo mantén tu puta cabeza a salvo, ¿de acuerdo?

—Lo haré. No más miradas fuera. Puede dejarme tirado donde se suelte mi soga.

La multitud empezó a gritar y luego el sonido se apagó en un «uuuuuh».

Curtis levantó la vista a la gran pantalla. KC acababa de ser tumbado. Todo lo que él tenía que hacer era aguantar hasta la campana. Ser el último hombre en pie.

Se inclinó sobre la barandilla, girándose hacia la cabeza de Tres, y fue entonces cuando vio a Stetson, de pie detrás de los cajones, en el otro extremo.

Stetson estaba mirándolo, con unos ojos oscuros encendidos.

«Por favor, bebé. Por favor, necesito saber que sí crees en...».

Stetson le sonrió, le dio un pulgar arriba y gesticuló con la boca:

—Buena monta, vaquero.

El corazón le empezó a taladrar y las náuseas disminuyeron un poco.

—Okay, hijo de puta. Vamos a bailar otra vez. Necesito ese título.

Curtis tenía un plan y no iba a renunciar a él. Iba a hacerlo, por ellos. Por los dos.

Aquella pobre cara de bebé estaba hinchada y morada, y él solo quería que Curtis se librara de aquella bestia bastarda y estuviera a salvo.

Sin embargo, tenía que quedarse allí y mirar. Había visto la mirada de Curtis cuando el vaquero se dio cuenta de dónde estaba, supo que contaba con él.

Como si fuera a perderse una monta. Mierda. Por estúpido y acosador que sonara, era el mayor puto fan de Curtis Traynor.

El vaquero se situó en el lomo del toro. Miles sostenía su chaleco y el cajún tiraba de la cuerda. Esta vez el toro no se agachó ni se inclinó. Permaneció inmóvil y bufaba con fuerza.

El público estaba igual de impertérrito, demasiado callado para haber tanta gente. Estaba sonando una estúpida canción pop y el animador parloteaba acerca de nada.

No podía soportarlo, pero tampoco podía cerrar los ojos. Lo único que podía hacer era esperar a que el vaquero asintiera.

«Amá, estoy aquí. Estoy aquí con Curtis, viajando con él como siempre quisiste. Por favor, pon tu mano sobre él. Lo necesito como al aire y a Jesús...» Le habló como cuando se estaba muriendo, creyendo que en algún lugar podía oírlo.

El asentimiento llegó demasiado pronto, pero tras una interminable espera, la puerta se abrió por completo.

—Uno.

El vaquero tomó el primer reparo profundo, el brazo libre estuvo a punto de tocar el lomo del toro.

—Dos.

El toro giró en la dirección opuesta a lo que había hecho la primera vez, giraba y pateaba como un lunático. Tierra y mierda volaron, lo que hizo que las *buckle bunnies* de la primera fila se agacharan y chillaran.

—Tres.

Curtis se corrigió de más y aquella bestia demoníaca lo supo, llevándose al vaquero hacia el suelo.

Stetson casi trepó por la barandilla, pero consiguió mantenerse detrás de los cajones y golpeó la barra metálica superior.

—¡Siéntate! ¡Siéntate!

Cuatro.

Curtis empezó a deslizarse hacia abajo, la sogla del toro empezaba a moverse.

—¡No te sueltes, vaquero! —gritó Stetson.

Cinco.

Curtis se movió un poco hacia arriba cuando el toro brincó en la dirección opuesta, enloquecido ahora, estaba intentando quitarse al hombre de encima. Ese cambio ayudó a Curtis a mantenerse en su lugar, el brazo libre demasiado cerca del toro para su seguridad.

La multitud empezó a gritar, el aire estaba cargado de emoción. Stetson sabía que estaba gritando, solo soltaba palabras de aliento tras otras.

Seis.

La sogla se deslizó otros dos centímetros, pero aguantó, y las piernas de Curtis técnicamente estaban en lados opuestos del toro. Podía verlo, la forma en que Curtis apretaba la mandíbula, esa mano que nunca se soltaba por mucho que se aflojara la sogla.

Siete.

El ruedo vibraba, esos texanos levantando el techo, el golpeteo de miles de botas sacudían el puto mundo entero.

—Vamos, vaquero. Por mi amá. Por mí.

Ocho.

Sonó la campana y toda la fila de vaqueros que se extendían a lo largo de los cajones junto a él se volvieron locos, gritando y lanzando sombreros.

Curtis se soltó y también lo hizo el aliento de Stetson. La determinación había sido lo único que lo había mantenido sobre el toro. Una vez suelto, aterrizó en el suelo bajo aquellas pezuñas afiladas y ágiles.

Frank se acercó y palmeó al toro justo en el hocico, bailando entre los grandes cuernos.

—¡Sal de ahí! ¡Vamos, Curtis! ¡Sal de ahí! —«No vuelvas a lesionarte. No dejes que ese puto toro gane un golpe más».

El vaquero rodó en dirección opuesta al toro. ¡Sí! Todo lo que Curtis tenía que hacer era levantarse y correr.

Jamie Bardon, uno de los mejores hombres de seguridad del negocio, giró alrededor del toro y lo lazó para luego arrastrarlo hacia la puerta.

Curtis se levantó como el muñeco de una caja sorpresa, levantando los brazos.

El público rugió un poco más, la voz del animador retumbó.

—¡Curtis Traynor, damas y caballeros! Campeón absoluto de la NFR y ganador del Ride of the Champions! ¡Un. Millón. De. Dólares!

—Lo hizo. —El vaquero estaba a salvo. Gracias a Dios. Estaba a salvo.

Miles lo agarró y lo golpeó en la espalda. Tuvo que gritar para que Stetson lo oyera.

—¡Ve a encontrarte con él en la puerta, hombre!

Salió volando como un murciélago del infierno. Su vaquero estaba sano y salvo, y ahora podían conseguirle algo de hielo.

Su corazón dio un vuelco, el alivio lo aplastó como lo había hecho aquel día en que se dio cuenta de que Curtis lo había salvado. Señor, no estaba preparado para tanto estrés.

El vaquero saludó una vez más a la muchedumbre antes de acercarse a él cojeando, una sonrisa de oreja a oreja. Hombre necio.

—Lo lograste. Otra vez. —Stetson negó con la cabeza, tan orgulloso que estaba a punto de estallar—. El mejor vaquero del mundo.

—Sí, y me diste un lugar para refugiarme. —La mirada que Curtis le dedicó fue como para quemarlo hasta los cimientos. Jesús, eso era algo.

—Es todo lo que tengo, pero es tuyo, ¿eh? —Se estiró por la soga para toros de Curtis—. Déjame eso para que puedas dar tu vuelta de la victoria.

—Mierda, supongo que la necesito, ¿eh? Y ahí es la presentación del cheque. No salgas corriendo. Tengo algo que hablar contigo. —Curtis intentó guiñar, pero ese pobre ojo no estaba dispuesto a cooperar—. Ay —chilló el vaquero.

—Necesitas hielo, en cuanto termines. Iré a buscarlo.

—De acuerdo, Lazador. Vuelvo enseguida. —El gestor de Curtis se acercó y lo agarró del brazo para llevárselo.

Stetson rio entre dientes y se dirigió de nuevo hacia la atención médica. Estaban recogiendo, se movían a una velocidad infernal.

—¿Me das una bolsa de hielo para Curtis Traynor, por favor? ¿Puedo darle Tylenol o algo? Se le va a abrir la cabeza.

—Por supuesto. —El tipo Pete sonrió y hurgó en una hielera—. Vaya monta, lograr el segundo ocho colgado de un lado.

—No es el primer campeón que lo hace así. No tiene que ser bonito, ¿verdad?

—Nop. Los jueces lo revisaron, así que está dentro de lo justo. Aquí está el hielo. Déjame traerte un par de blísteres de Tylenol. Al doctor le gustaría hacerle una radiografía esta noche o mañana a más tardar.

—De acuerdo. ¿Adónde lo llevo? —La idea de salir con el tráfico del sábado por la noche era intimidante, pero lo haría.

—Ten. —Pete le entregó las pastillas y una tarjeta—. Metodista. Está a unos diez o quince minutos de aquí.

—De acuerdo. —Señor ten piedad—. Gracias. Te dejo en paz.

—No pasa nada. —Pete agitó su mano y Miles lo alcanzó cuando salía de la habitación.

—¡Ey! ¿Vienes por su bolsa de viaje? Vamos a sorprenderlo con una pequeña celebración en el hotel. Braden, Terry y yo ganamos un montón de dinero de la gente de KC.

—Claro, pero necesita una radiografía...

—Bah, él no irá. Tenemos que sacarlo antes de que Barb aparezca con un montón de periodistas.

—Está bien... —Esto era nuevo para Stetson y Miles sabía más que él, así que lo siguió con la sogá, la bolsa de hielo y el Tylenol en las manos.

Braden se reunió con ellos en la puerta de los vestuarios.

—¡Ey! Aquí está su bolsa. Sus botas buenas están ahí y su teléfono. ¿Podemos los dos volver con ustedes?

—Claro. Por supuesto. —Se sentía extrañamente como un libro para niños.

«Aquí hay un vaquero. Lleva una sogá para toros, un paquete de hielo, drogas y una bolsa. En la bolsa están las botas del vaquero».

—Gracias. Llevaré nuestro equipo a la camioneta.

—Ey, ahí estás. —Curtis llegó por el pasillo, venía cargando un montón de cosas. ¿Flores? Una caja de hebilla y un par de sobres.

—Veamos si hay espacio en tu bolsa. Te cambio algo por la bolsa de hielo.

—Los sobres son lo importante. Así es como me pagan. —Curtis miró a su alrededor y luego lo apartó—. Escucha, bebé, quería hacer esto ahí afuera pero...

—¡Chicos! ¡Vamos! ¡Andando! —Miles golpeó con el pie como una abuelita esperando que alguien la llevara a la iglesia.

—Mierda —el vaquero se rio—. Está bien, vamos. —Curtis tomó el brazo de Stetson después de meter todo menos las flores en la bolsa de viaje—. Recuperemos el aliento.

—El médico dice que necesitas radiografías. —Le entregó los medicamentos y la bolsa de hielo. Esto era un poco como estar borracho. Todo se movía más rápido que él.

—Nah. Si el dolor de cabeza no desaparece por la mañana, me iré de camino a Fort Worth. Te lo repito, tengo planes.

—¿Seguro? Es que... no crees que esté rota, ¿verdad? —Había conocido a tipos a los que les habían pateado la cara. Esa mierda no era cualquier cosa.

—He tenido una mejilla rota. Esto parece un golpe fuerte, pero nada mortal. —El vaquero se rio cuando Terry rugió detrás de ellos y empezó a empujarlos como una excavadora.

—Barb los está buscando —dijo Terry—. Salgan, salgan, salgan.

—Mierda, bebé. Vamos. ¡Corre!

—¿Es mala? —Las botas de todo el grupo sonaron hasta llegar a las puertas de la salida.

—No, pero siempre quiere que haga cien cosas, «solo un minuto más». —Curtis se lo llevó consigo, la forma fácil en que se movía tranquilizó su mente acerca de la condición básica del vaquero.

Se amontonaron en la troca, Stetson al volante, cuatro vaqueros en el asiento trasero y otra media docena en la batea.

Santo Dios, era como ir a una fiesta de quince años o un día de festín en casa. Con más griterío y agitación de sombreros.

Tomaron rumbo hacia Sheraton, y la cara del *valet* era una mezcla de resignación y diversión. Esto era Dallas, ¿verdad? Debían estar acostumbrados a esta escena.

—Cuiden esta camioneta —le dijo Braden al hombre—. ¡Pertenece al actual rey de los putos vaqueros!

La sonrisa de Curtis rivalizaba con la bola iluminada del Reunion Tower.

—Sí, señor. —El *valet* dejó salir una risilla, pero no parecía ser en mala onda.

—Bueno, chicos, voy a cambiarme... —empezó a decir Curtis, pero Miles lo cortó.

—No, no. Puedes ir a descansar la cabeza en un minuto. Vamos.

—Pero...

—Ahora. ¡Vamos! ¡Celebremos! —Miles se llevó a Curtis—. Braden, ¿te quedas con Stetson y le enseñas dónde ir?

—De acuerdo —Braden le sonrió—. Te ayudaré a subir las cosas. ¿Tienes algunas para el *valet*?

—Sí. —Juntos subieron toda la mierda de Curtis, y el ranchero agarró una de las aguas de la hielera Yeti 110—. ¿Quieres una?

—Mierda, no. Hay una fiesta abajo, hombre. ¡Vamos a celebrarlo por todo lo alto!

—Bueno, está bien. —Stetson podía animarse a ello. Celebrar a Curtis Traynor era uno de sus pasatiempos favoritos.

—Vamos. —Braden lo acompañó hasta los elevadores, donde bajaron al vestíbulo y luego a una de las zonas más privadas del bar.

Debía de haber ya unas cincuenta personas allí, el equipo de sonido retumbaba con *Copenhagen* de Chris LeDoux.

Pues bueno.

El ranchero sonreía mientras los vaqueros pasaban junto a Curtis, platicaban con él, se tomaban selfis. Se sentó en la esquina de enfrente. Lo observó con una sonrisa porque, al fin y al cabo, Curtis subiría con él. Después, irían a casa, a Taos.

Cuando el vaquero por fin vio a Stetson, lo saludó con la mano, le costó levantarse para acercarse.

El ranchero se rio y agitó la mano para que Curtis se quedara sentado.

—Estoy bien, vaquero.

Curtis alzó las manos en una especie de encogimiento de hombros que decía «¿por qué a mí?», y luego tomó la cerveza que alguien le tendió. Stetson lo observó y el vaquero no bebió ni un sorbo, se limitó a dejarla colgar entre los dedos.

Stetson agarró su teléfono y escribió:

PORQUE ERES el vaquero número uno del mundo.

CUANDO EL TELÉFONO de Curtis se iluminó, este lo revisó. Esa sonrisa se hizo más grande.

TAMBIÉN QUIERO TENERTE a medio metro de mí.

PUEDO ARREGLARLO.

SE LEVANTÓ, se guardó el teléfono en el bolsillo trasero y caminó hacia el vaquero, serpenteando por la sala. Al fin estaba a unas cuantas personas de distancia, la mirada fija en un ojo azul. Curtis tenía que mantener puesta la bolsa de hielo.

—Ahí está. Dejen pasar a Stetson, ¿quieren? —Curtis extendió su mano hacia él.

—Perdón, ¿eh? —Tomó la mano, la apretó—. ¿Cómo está tu cara?

—Adolorida —Curtis lo acercó y Braden lo empujó sobre un taburete para que dejara caer el culo sobre él—. Pero no está mal. El Tylenol que me diste en la camioneta me está ayudando.

—Qué bueno. —Le gustaba más esta vista porque podía verlo todo: el lugar que Curtis no se había afeitado, la pequeña cicatriz en la orilla de la oreja.

—Sí, mira...

—¡Curtis Traynor! ¿Te estás escondiendo de mí? —Una mujer redonda con unos pantalones de mezclilla oscuros y una camiseta rosa se abrió paso entre los vaqueros para golpear al susodicho justo en el pecho.

—No, Barb. No estoy en condiciones de hablar con la prensa. —Curtis se indicó el ojo—. Estoy desconchabado.

—No estás tan desconchabado. Estás bebiendo cerveza.

—No ha bebido ni un sorbo. —Stetson no iba a permitir que nadie le gruñera a su vaquero. Barb frunció el ceño.

—¿Quién diablos eres tú?

—Soy Stetson Major —Le tendió una mano—. Encantado de conocerla.

—Ah. ¡Ah! Pues hola. He oído hablar mucho de ti. —Se giró de nuevo hacia Curtis—. ¿Puedo conseguir que al menos hagas una entrevista para ese programa de radio antes de que te vayas a Fort Worth?

—Claro. Pero media hora como mucho.

—Trato hecho. Puedes hacerlo por teléfono. Sencillito.

—Excelente. Mándame un mensaje con la hora y estaré arriba.

Famoso y cotizado vaquero.

Stetson rio quedito, le robó a Curtis la botella de entre los dedos sueltos y le dio un largo trago.

Curtis aún no podía guiñar el ojo, pero seguía intentándolo.

—¿Te quedas a tomar una copa, Barb? ¿Está Joe?

—Joe está bailando con una de tus fans. Creo que me quedaré a tomar una cerveza, gracias por preguntar.

—Bien. Tengo algo que decir y quiero que todos ustedes sean los primeros en escucharlo. Braden, ¿puedes pedirles que bajen la música? —Curtis lucía harto. No enojado. Solo listo para salirse con la suya.

—¡En ello, jefe!

Stetson se acercó.

—¿Estás bien, vaquero?

—Estoy más que bien —Curtis le agarró la muñeca para ayudarse a mantener el equilibrio—.

Es solo que estoy tratando de hacer esto bien y nadie me deja.

—¿Hacer qué, corazón? ¿Estás mareado? Me estás preocupando.

—No. Lo que estoy es decidido. —El nivel de la música bajó mucho y la sonrisa del vaquero se ensanchó como la del gato de Cheshire. Se levantó, pero no soltó la muñeca de Stetson—. Oigan, muchachos, ¿pueden prestarme atención un momento?

—¡Tú eres el jefe! —gritó Miles, risas llenaron el aire.

—Lo soy. Soy el campeón. —Curtis se rio, el sonido tan feliz y libre, el ranchero tuvo que sonreír también—. En fin, conozco a la mayoría de ustedes desde hace más años de los que puedo contar y han estado ahí, especialmente esta noche con la forma en que salí golpeado de la cabeza. Así que quiero que sean parte de esto. He tenido un buen año. Gané algunas hebillas y me llevé algunos buenos golpes, pero la mejor parte fue cuando Stetson me llamó y me pidió que fuera a verlo.

«Sí. Y Curtis dijo que sí. “Sí, iré, ayudaré”».

Stetson aguardó, encantado a más no poder.

—Todos sabemos que este deporte es cosa de jóvenes y yo no me estoy haciendo más joven. Llevo un par de años sin rumbo, y Stetson, bueno, me ha dado un lugar al que llamar hogar. —Curtis lo soltó, pero solo para meter la mano en el bolsillo y sacar una cajita negra—. Espero que me deje hacerlo permanente.

Toda la habitación se quedó en silencio total.

Se quedó mirando a Curtis.

—¿Vaquero? —«¿Era esto real?»

—Sip. —Curtis abrió la caja, había un anillo de banda ancha y plana con una franja incrustada de turquesa que recorría todo el centro—. Lo compré el mes pasado en Santa Fe. ¿Quieres casarte conmigo, Stetson Major?

Nunca en su vida había soñado con oír esas palabras. Ni siquiera en sus sueños más salvajes.

—Sí, señor, creo que sí quiero.

Curtis sonrió como si fuera Navidad, Año Nuevo y Domingo de Pascua, todo en el mismo día.

Se oyó una enorme ronda de aplausos, pero a Stetson no le importó. Lo único que oyó fue la voz de Curtis, el «gracias a Dios» susurrado.

Entonces el vaquero lo agarró y lo abrazó hasta que sintió que no podía respirar. Pensó que los besos tendrían que esperar hasta que volvieran a su habitación. Después de todo, era Dallas.

—¿Vienes arriba? ¿Por favor? —susurró las palabras, pero aquello era lo que el ranchero quería. Hablar con Curtis. Llevar su anillo.

—Sí. ¡Que pasen buena noche y gracias por celebrar conmigo! —Curtis tomó su mano y se detuvo delante de Barb—. ¿Podemos invitarles a los chicos una ronda y me lo cobras cuando cambie ese cheque?

—Yo me encargo. Te llamaré mañana.

—Mañana en la tarde.

—Entrevista telefónica —dijo ella.

—Correcto. Pero luego volveré a dormir. —Curtis se despidió con la mano de Barb, y pasaron la fila de vaqueros estrechando manos y recibiendo palmadas en la espalda.

Stetson caminaba aturdido, el mundo no tenía ningún sentido.

El vaquero lo llevó a la habitación y cerró la puerta, luego deslizó aquel anillo en su dedo. Le quedaba perfecto.

—Gracias. Eso... vaya día. ¿Todos los eventos son tan emocionantes?

—Nop. Suelen ser bastante aburridos. —Curtis se quedó a medio metro de distancia, con una expresión... extrañamente insegura.

—Bueno, me alegro de haber estado en este. ¿Lo decías en serio? ¿Quieres hacerlo legal?

—Lo digo en serio. Lo he estado pensando mucho desde Navidad. Se sentía correcto. Quería pedírtelo justo después de montar, pero no pasó. —Curtis agachó la cabeza—. Está bien, ¿verdad? ¿No estás enojado?

—Vaquero, nunca me lo habría imaginado... He sido tuyo siempre. Tienes que saberlo.

—Lo sé. Y ahora estamos listos. Sé que lo estamos. —Curtis tomó las manos de Stetson, la emoción en cada línea de su cuerpo—. La idea de despertarme a tu lado, de que dirijamos juntos ese rancho de caballos... me hace sentir cosquillas al levantarme cada día.

—Estoy dentro. Primero, voy a traerte otra bolsa de hielo antes de que te explote la cara.

—Mi práctico Lazador. —Curtis lo atrapó cuando se dio la vuelta—. En realidad, primero vas a besarme.

—Lo voy a hacer. —Iba a besar a su prometido. ¿Cuán jodidamente increíble era eso?

El vaquero lo atrajo y el beso fue suave y dulce. Podía sentir el calor de la piel de Curtis en su mejilla.

—Deja de pensar, amor. Bésame una vez más.

Una vez más.

Podía hacer aquello, una y otra vez.

EPÍLOGO

El ruido del motor del pequeño Smart provocó que todos los perros se pusieran como locos y Curtis sonrió, luego se levantó del escritorio en su oficina.

—¡Stetson! ¡Ya llegó!

—Qué bueno. Estoy preparando la cama de invitados.

—Amor, va a terminar en la casita con Trey y Oscar. No quiero que lo que sea que vayan a terminar haciendo toque nuestra casa.

Stetson asomó la cabeza por la puerta.

—Pero quiero que tenga su propio espacio si ellos se ponen demasiado raros.

—Jaja. Son buenos chicos.

—Bueno, al menos son más maduros ahora que cuando los conocí por primera vez.

—Cierto. —Un diminuto ladrido seguido de un enorme bostezo hizo que Curtis bajara la vista y se agachara para recoger al nuevo cachorro. Las chicas ahora dormían en el recibidor, lo que era un avance, pero a este pequeñito lo criaría él mismo.

—Perro consentido. —Stetson se inclinó, besó su sien y acarició la cabeza de Yellowjacket.

—No lo es. —Bueno, está bien, sí lo era. Un labrador amarillo no iba a servir como un perro de pastoreo ni nada. Solo estaba ahí porque el vaquero no había tenido una mascota desde que se había ido de la casa de sus padres.

El golpe en la puerta los envió a ambos al pasillo, el ranchero fue a abrir la puerta; Curtis fue a encender la cafetera.

—¡Stetson! ¡Corazón! ¡Volví!

—Creo que deberíamos darle su propia habitación —el vaquero se aseguró de decirlo lo suficientemente alto para que Isaac lo escuchara.

—¡Pónganme donde quieran! —El hombre entró por la puerta trasera—. Uff. Mucho más fácil conducir ahora. No hay nieve.

—¿Tampoco de tu lado? —Le dio un abrazo fuerte a Isaac. Ese rarito era superdulce y era un visitante habitual últimamente.

—Nop. ¡Yupi! Amo el otoño. —El invitado se movió para besar la mejilla de Stetson—. ¿Dónde están mis compañeros de juegos?

Curtis soltó una carcajada.

—Llegan mañana en la mañana. Vienen conduciendo desde la feria de ganado en Omaha.

—Traje tres kilos de café, un poco de mantequilla de almendra y cuatro *six-packs* de cerveza artesanal.

—¿Metiste todo eso en ese cochecito? —Stetson se rio.

—¡No menosprecies al Smart de la alegría!

—¡Es que es tan chiquito! —Curtis le restregó el chiste entre ellos.

—Eso es lo que dijo Stetson en su luna de miel.

—¡Oooh! Qué buena. —Chocó puños con Isaac, quien se veía bastante orgulloso de sí mismo—. Lástima para ti, yo sé que mantuve a mi hombre tan ocupado que no te llamó.

De hecho, si hubiera sabido que la luna de miel iba a ser tan divertida, se habría casado antes con el rancho.

Isaac volteó los ojos.

—Sí, sí. Ni siquiera quiso compartir los detalles escabrosos con el pobre de mí, yo que estoy todo privado de.

—Son terribles. Los dos. Van a violentar mi inocente casita. —Stetson habría sido más creíble si no fuera porque se estaba riendo.

—Eso espero. —Isaac inspiró hondo—. Mmm. Café. Oh, cierto. Déjenme sacar todas las cosas del auto.

—Te ayudo. —Stetson salió junto con Isaac, así que Curtis hurgó en el refrigerador para ver qué podría hacer de comer.

Menos mal estaban acostumbrados a que vaqueros vinieran y se fueran. Siempre había opciones. A Curtis le gustaba la idea de que el rancho fuera un lugar al que todos supieran que podían venir a resguardarse, solo para ser ellos mismos.

El rancho le había dado eso y Curtis esperaba haber hecho la casa de ambos —y no de doña Betty— para Stetson.

Ahora ellos podían voltear la tortilla y darles esa sensación a sus amigos.

Ese era un muy buen condenado arreglo.

Todos necesitaban su propio lugar para refugiarse.

POSTFACIO

¡Hola a todos!

Gracias por darle una oportunidad a Un lugar para refugiarse. Espero que hayas disfrutado de la historia y que consideres la posibilidad de dejar una reseña en el sitio web de la tienda de libros electrónicos donde realizaste la compra.

No olvides darle «me gusta» a mi página de BA Tortuga en Facebook para estar al día con los nuevos lanzamientos, noticias, códigos de descuento especiales y anuncios de rebajas. Y si te interesan los adelantos, las fotos de rodeo y la diversión en general, ven a BA's Cowboys en Facebook. ¡Nos encantaría tenerte!

¡Ajúa!

BA

¿Te interesa enterarte sobre los demás vaqueros de BA Tortuga? ¿Quieres ficción gratis y noticias? ¡Únete a mi boletín de noticias! <https://lp.constantcontactpages.com/su/qte2ulU/BATortuga>

ACERCA DE BA

Vaquera hasta la médula y una impenitente niña de papi, BA Tortuga pasa los días con sus sabuesos y su amada esposa, teniendo citas madre-hija y comiendo comida mexicana. Cuando no está haciendo eso, está escribiendo. Pasa sus días libres viendo eventos de rodeo, tejiendo y navegando por Pinterest en nombre de la investigación. Siguiendo sus propias alegrías personales, BA y Julia escucharon la llamada del elevado desierto y ahora viven en las montañas de Nuevo México. Los salvadores personales de BA son su esposa, sus mejores amigos y el café. Mucho café. El buen café.

Después de haber escrito de todo, desde vaqueros entrones a los golpes hasta padres solteros rurales y hombres lobo, BA hace todo lo posible por contar las historias de su corazón, que está comprometido a darles a todos su «felices por siempre». Con libros que van desde historias conmovedoras de familias encontradas, pasando por vaqueros de rodeo que luchan por dejar huella, hasta fogosas y apasionadas aventuras amorosas, BA se niega a que nadie la encasille, salvo las voces de su cabeza.

